

**KARLHEINZ  
DESCHNER**

**OPUS  
DIABOLI**



Opus Diaboli expone de forma sinóptica, pero enjundiosa y plena de informaciones de gran interés, cómo se ha enfrentado el cristianismo a los problemas y realidades que constituyen los resortes más fuertes de la conducta humana: el dinero, el poder, la sexualidad, la guerra.

Al hilo de su exposición, Deschner va refutando cáusticamente, con ejemplos, citas y comentarios chispeantes, muchos de los lugares comunes arraigados en la conciencia del cristiano bienpensante. Tales, por ejemplo, la idea de que la Iglesia ha sido en lo fundamental una fuerza de paz; que liberó a los hombres de la esclavitud del paganismo, *etc.*

La conclusión fundamental a la que Deschner llega tras estudiar el comportamiento histórico de la Iglesia es la de que ésta, apenas encumbrada por Constantino en el siglo IV, traicionó todos los ideales constitutivos del cristianismo original y se convirtió en una organización ávida de riquezas y de poder, no sólo cruelmente represiva, sino capaz de provocar, de forma abierta, o taimadamente, las guerras más implacables para alcanzar sus objetivos.



Karlheinz Deschner

# **Opus Diaboli**

**ePub r1.0**

**bigbang951 26.03.15**

Título original: *Opus Diaboli*  
Karlheinz Deschner, 1987  
Traducción: Anselmo Sanjuán

Editor digital: bigbang951  
ePub base r1.2



**KARLHEINZ  
DESCHNER**

**OPUS  
DIABOLI**



## PRÓLOGO

Que España ha dado mucho a la Iglesia parece algo históricamente incuestionable. Baste recordar que órdenes religiosas como la de los dominicos y la de los jesuitas, pilares de la Iglesia en tiempos difíciles, fueron fundadas por españoles. Como lo ha sido también el Opus Dei que hoy goza de gran predicamento en el Vaticano.

El descubrimiento y la dominación de buena parte de América por los españoles le ha valido a la Iglesia el ascendiente espiritual sobre las masas católicas más numerosas y prolíficas: su reserva humana para un futuro que no parece muy halagüeño en los países desarrollados.

Que la Iglesia no sólo se benefició «espiritualmente» de las aportaciones españolas se puede deducir del hecho de que el presupuesto de la Iglesia Española antes de las distintas desamortizaciones del siglo XIX era, a veces, tan elevado como el del Estado y que le pertenecían el 18% de las tierras cultivables. El arzobispo de Toledo, aparte de gozar de las rentas más elevadas del orbe cristiano —descontadas las del «obispo de Roma»— tenía un presupuesto superior al del Ministerio de Fomento. Nada sorprendente puesto que los seminarios de la Iglesia tenían, hasta

finales del XIX, más alumnos que todos los colegios e institutos de enseñanza media de la nación.

Sí, España ha hecho mucho por la Iglesia, pero convendría saber si la Iglesia ha hecho tanto por España. No vale contestar, como hacen bastantes apologistas católicos, que la Iglesia ha pagado con creces al darnos la fe verdadera.

Esa respuesta sólo puede satisfacer al católico dogmático, convencido de que su verdad es única y absoluta. Ésa es la mentalidad que refleja, por ejemplo, ese texto salido de la pluma de A. Serrano de Haro, uno de los más conspicuos educadores de la primera fase del franquismo: «Es un absurdo pensar que todas las religiones son verdaderas. La verdad es una y cuando dos se contradicen es imposible pensar que las dos la poseen. Para distinguir la religión verdadera existen los “criterios de revelación”. La religión verdadera no tiene ni un solo error, ni una sola contradicción, ni un solo resultado funesto para la sociedad o el individuo... Todos los males que padece la sociedad tendrían remedio si los hombres practicasen las doctrinas del evangelio... La religión católica es el gran regalo y el don más precioso de la humanidad...».

Para quienes piensan así, aquel «don precioso» no sólo paga con creces los beneficios obtenidos por la Iglesia, sino que compensa sobreabundantemente los errores circunstanciales que hayan podido cometer sus dirigentes, que son en definitiva «humanos».

Si miramos retrospectivamente nuestra historia y aplicamos, precisamente, la lógica del texto anterior, nos toparemos con arduos problemas. Aceptando que el evangelio es la verdad y que sólo la religión católica está plenamente inspirada en él, deberíamos aceptar, por ejemplo, que episodios largos y

dolorosos de nuestro acontecer histórico, tal el de la Inquisición española o el de la colaboración de la Iglesia con la sublevación fascista del 36, no sólo no tuvieron «resultados funestos para la sociedad y el individuo» sino que, evangélicamente inspirados, pusieron remedio a los males de nuestra sociedad. Ni los mismos católicos de hoy en día aceptarían, todos, esas conclusiones, de modo que las premisas de que parten se tornan más que cuestionables.

Aquella lógica nos obligaría a concluir asimismo que el evangelio recomienda quemar herejes y «brujas», expulsar del país a españoles de otra religión —todo lo cual ha acontecido no pocas veces en España— o bien, si no aceptamos esas conclusiones, a reconocer que nuestro catolicismo oficial tenía poco de evangélico.

¿Cómo admitir, según dicen sus apologistas, que nuestra Iglesia —errores «humanos» aparte— siempre estuvo guiada por la «luz del evangelio»? Es algo inadmisibile habida cuenta de que esa Iglesia fundamentó las expulsiones y conversiones forzadas de judíos, las quemas inquisitoriales, el prolongado secuestro de la libertad intelectual y la alianza con el fascismo en su «magisterio infalible» guiado por aquella luz. Y si alguien replica que el «error humano» estuvo precisamente en la errónea interpretación del evangelio, hay que decir que eso equivale a reconocer que la Iglesia no estuvo guiada por él, sino que anduvo extraviada. Esa admisión implica además que la visión de la Iglesia acerca del hombre, del Estado y de la política era falsa y que en momentos decisivos no ha servido para enmendar los errores del Estado o de las fuerzas más retrógradas, sino para reforzarlos y suministrarles justificaciones ideológicas.

No, la actuación de la Iglesia no ha sido una bendición para

España. Los tiempos de mayor predominio eclesiástico no han sido los de mayor libertad intelectual ni los de mayor justicia social. Apenas conseguida la supremacía política y militar en la península, la Iglesia acabó con la convivencia pacífica de las tres religiones que florecieron en nuestra Edad Media. Que no se diga que eso era el signo de los tiempos y que cada nación moderna tendía a constituirse sobre la base de la unidad religiosa. Si la Iglesia hubiese estado guiada por razones de tipo superior, se hubiese opuesto al «signo de los tiempos», pues éste depende, en último término, de las ideas e intereses dominantes en una época. Lo que hizo cabalmente la Iglesia fue animar la represión estatal y justificarla con razones trascendentes. Los turcos fueron mucho más generosos en su Imperio y llegaron a acuerdos con sus minorías religiosas.

Al papel censor de la Iglesia debemos el que nuestros cartesianos fuesen perseguidos como criminales. Le debemos también el que la nueva astronomía de Copérnico y Galileo no se enseñase hasta mucho más tarde en nuestras universidades. Nuestra Inquisición duró más que la de cualquier otro país y para cuando fue suprimida, en 1833, había causado efectos sumamente perniciosos en nuestro desenvolvimiento cultural.

Fue el Estado laico surgido de la revolución de 1868 el que comenzó a abolir la esclavitud, Estado con el que la Santa Sede rompió las relaciones. Roma no se conformó con ello, sino que, juntamente con buena parte de nuestra Iglesia, alentó la rebelión carlista. Ésta se financió, parcialmente, con el dinero recogido por las iglesias mediante la venta de bulas, dinero que entregaban gustosamente a los rebeldes la mayor parte de los curas del norte.

Roma sólo restableció las relaciones con el Estado de la Restauración en 1875 y tras recuperar casi todo su poder y sus

privilegios. Entre ellos el de controlar el sistema educativo para proteger el país de la herejía. Pese a todo, cuando los carlistas se reintegran a la vida política, hallan mucho apoyo de parte del clero, que también respaldó a otras tendencias integristas.

La Iglesia de la Restauración siguió condenando enérgicamente liberalismo y socialismo. Admitió, eso sí, que la nueva constitución le reservase once escaños para sus arzobispos y algunos más, cubiertos por designación real con otros miembros de su jerarquía. Su «reino no es de este mundo», pero no desdeña, sino que apetece ávidamente el dominio del terrenal. Cuando los parlamentos eran de otro signo, pensaba mayoritariamente como el carlista e integrista Vázquez de Mella: «Prefiero la dictadura del sable a la de la toga».

«Dad a Dios lo que es de Dios y al César...». ¡Cuántas interpretaciones para una frase que parece tan elemental! A lo largo de nuestra historia la Iglesia aspiró siempre a que el César cediese buena parte de lo suyo en su favor y a que respetase estrictamente los bienes de aquélla por muy mundanos y discutibles que fuesen los modos de obtenerlos.

Aspiró asimismo a que el César se le sometiese ideológicamente garantizando su censura en cuestiones de moral. En suma, tendió siempre a considerar como ideal la situación que uno de sus ideólogos, M. García Morente, definía con estas palabras: «Para los españoles no hay dualidad entre Patria y Religión. Servir a Dios es servir a España y servir a España es servir a Dios... Para los españoles no existe el dualismo entre César y Dios porque España, nuestra patria española, es, por esencia, servicio de Dios y de la cristiandad en el mundo»<sup>[1]</sup>. Aunque escritas cuando aún perduraba la euforia tras el triunfo del fascismo en la Guerra Civil, estas palabras expresan certeramente

la visión que, durante siglos, obsesionó a nuestra Iglesia.

La alianza entre el trono y el altar ha sido especialmente estrecha entre nosotros. Aunque institución religiosa, la Inquisición actuaba a menudo siguiendo instrucciones políticas. Estaba hasta tal punto instrumentalizada por el Estado que cuando la flota de Su Majestad necesitaba más remeros, los tribunales del Santo Oficio condenaban a galeras prácticamente a todo hereje no merecedor de la muerte. Quien no servía ortodoxamente a Dios servía, pues a Dios y a España aunque fuese contra su voluntad.

Esa tendencia a confundir lo político y lo religioso ha generado a veces decisiones que resultarían grotescas si no fuese por la seriedad con que se adoptaban y por la sangre que costaron. Ya es chocante que diversos santos y vírgenes patrocinen a distintas armas militares. Lo es que Santa Teresa fuese patrona de la sección femenina de la Falange. Pero lo es aún más el que sean escogidos como auténticos capitanes en lucha, tal como lo fue la Virgen de los Dolores, nombrada por el carlismo «generalísima» de los ejércitos del pretendiente. Fernando VII organizó una gran ceremonia de desagravio al Santísimo Sacramento por los pretendidos desmanes del Trienio Liberal (1820-1823), sin duda para hacer a aquél cómplice de sus propios desmanes reales (en el doble sentido de la palabra).

Si el español es «por esencia» católico y no puede servir al Estado si no es «sirviendo a Dios» —frase que para el catolicismo tradicional significa comportarse como una dócil oveja del redil eclesiástico— todo diálogo con el no católico se convierte en vehículo de contaminación herética y de subversión del Estado.

Muchos españoles consideran hoy necesario ese diálogo, así como el debate sobre el papel histórico de nuestro catolicismo. El

pluralismo ideológico exige respeto pero también exige entrar a fondo en las deformaciones de nuestra historia sin que el análisis se vea interferido por el tabú o el oportunismo. Nuestros historiadores han aportado ya muchos elementos de juicio acerca de ello. Es cuestión aquilatarlos y valorarlos debidamente para emitir un juicio sobre tan decisiva cuestión.

La estabilidad y mejora de nuestra democracia no requieren que los católicos entonen un «mea culpa», pero sí que reflexionen a fondo sobre los errores históricos del catolicismo. El obispo A. Iniesta escribía recientemente en *El País* un artículo contra la pena de muerte basando sólidamente sus argumentos en el evangelio. Reconforta leer algo así en un país cuya Inquisición gozó de tan larga vida y algunos de cuyos prelados, cansados de la «tiranía de la toga», llegaron a bendecir en los comienzos de la Guerra Civil los cañones y las balas si a través de sus impactos penetraba la luz del evangelio.

La obra «*Opus Diaboli*» de K. Deschner es una notable contribución a la ilustración y al debate que, como se ha dicho, tanto necesita nuestro país.

*Opus Diaboli* expone de forma sinóptica, pero enjundiosa y plena de informaciones de gran interés, cómo se ha enfrentado el cristianismo a los problemas y realidades que constituyen los resortes más fuertes de la conducta humana: el dinero, el poder, la sexualidad, la guerra.

Al hilo de su exposición, Deschner va refutando cáusticamente, con ejemplos, citas y comentarios chispeantes, muchos de los lugares comunes arraigados en la conciencia del cristiano bienpensante. Tales, por ejemplo, la idea de que la Iglesia ha sido en lo fundamental una fuerza de paz; que liberó a los hombres de la esclavitud del paganismo, etc. Aparte de la chispa del buen

ensayista, Deschner posee simultáneamente un enorme caudal de conocimientos históricos asimilados, durante un trabajo intelectual de varias décadas, a razón de cien horas semanales de trabajo.

Su estilo es a veces provocador y sarcástico. Es el justo contrapunto a la autosuficiente apologética oficial de la Iglesia, dogmática y marrullera las más de las veces. Contra ella mantiene Deschner un duelo que dura décadas y que culminó en un proceso judicial en 1971, a raíz del ensayo *Ecrasez l'infame* que recogemos en *Opus Diaboli*, y en el apedreamiento y destrozo de los escaparates de una librería de la ciudad arzobispal de Würzburg, en la que se vendían la *Historia Criminal...* y el *Opus Diaboli*.

La conclusión fundamental a la que Deschner llega tras estudiar el comportamiento histórico de la Iglesia es la de que ésta, apenas encumbrada por Constantino en el siglo IV, traicionó todos los ideales constitutivos del cristianismo original y se convirtió en una organización ávida de riquezas y de poder, no sólo cruelmente represiva, sino capaz de provocar, de forma abierta, o taimadamente, las guerras más implacables para alcanzar sus objetivos.

Muchos cristianos críticos compartirían a buen seguro lo sustancial de esa conclusión. Discreparían, sin embargo, de otra valoración de Deschner: no es posible la reforma de la Iglesia. Cualquier reforma, enfatiza, exigiría volver al cristianismo inicial y se convertiría por ello mismo en una revolución que destruiría la Iglesia actual. Que el lector mismo juzgue esta cuestión una vez haya leído el libro, reflexionado sobre él y sobre el estado actual de la Iglesia.

## ¡ALELUYA! ¡LA IGLESIA PROGRESA!

Los obispos no insisten ya en que se les llame «Eminencia» a toda costa. Los párrocos van vestidos de paisano. Las monjas llevan faldas más cortas. Galileo ha sido rehabilitado por la Iglesia y algún que otro santo benemérito ha sido tachado a sangre fría del calendario por la simple razón de que nunca existió. Los jesuitas no viajan ya con barba postiza sino que, en puros cueros, se deslizan entre los nudistas o bien se arriesgan, menos ostensiblemente, a hacerlo entre los discípulos de San Karl Marx. El Santo Padre de Roma, con tantas tablas como cierto ángel de oropel, implora ¡paz, paz!, incluso en época no navideña, y exhibe poses, *urbi et orbi*, que hacen empalidecer de envidia a cualquier estadista. Y por último, en la catedral de San Pedro se celebra nuevamente un pomposo espectáculo, *superflua non nocent* (lo superfluo no daña) con un *ensemble* internacional de prelados incurso en la búsqueda múltiple de «nuevos horizontes», en una «dinámica renovadora», «abierta al mundo», «al pluralismo de opiniones», «al diálogo». Todo ello induce a algunos, y no siempre a los más tontos, a creer que el orbe ha cambiado, que el catolicismo se ha vuelto liberal y la teología progresista...

¡Pero si un teólogo progresa, no puede seguir siendo teólogo! ¡Si el catolicismo se vuelve liberal, deja de ser catolicismo!

Y si un cristiano comienza a pensar —a pensar lógicamente, se entiende—, y a obrar en consecuencia, el resultado será siempre un no-cristiano, o bien, concedamos, un oportunista.

Pues, ¡por todos los diablos!, ¿qué es lo que ha cambiado hoy en día?, ¿qué es lo que podría haber cambiado, prescindiendo incluso del hecho de que al impulso hacia «nuevos horizontes» de los mimos y sus comparsas le siguió de inmediato el marasmo total y que el sínodo de los santos feneció a todos los efectos? ¿Acaso no sigue en pie la divinidad de Jesús? ¿El misterio de la santísima trinidad? ¿El milagro de la transustanciación? ¿Toda la fábula de los dogmas marianos? ¿Ergo toda esa grandiosa maraña de sofística burdamente urdida y de visionarismo providencial? ¿O acaso se ha restablecido el comunismo de los primeros cristianos o se les ha rebanado limpiamente la cabeza a los obispos castrenses? (Sólo a unos cuantos pastores en lugar de la totalidad de los rebaños). ¿Ya no está vigente aquella siniestra moral sexual? ¿Se permite ya el aborto? ¿Los anticonceptivos? ¿El coito con quienes lo acepten y tengan madurez sexual?

¿Acaso la religión del amor propaga ahora... el amor? ¿No sigue exigiendo como siempre la abstinencia extramatrimonial y, hartas veces, la matrimonial? ¿No se hace rica con los ricos a costa de quienes ya se sabe? ¿No está ya dispuesta a que se sacrifiquen sus ovejitas tan pronto lo ordena un Estado, sea del Este, sea del Oeste? ¿No va de la mano de los fascistas en Chile y de los comunistas en Polonia y en la URSS? ¿No sigue, en España, celebrando misas en memoria de Hitler?

En suma, ¿no sigue el viejo juego de siempre? ¿No sigue acompañando ese juego malvado, archiprobadado, con la bien conocida expresión de su cara rolliza? ¿No hay que buscar ya en Pablo el inicio de su prostitución? ¿No se vendió ya con Constantino? Y en cada hora turbia de la historia, ¿no fue a meterse en la cama de los más poderosos, ora con envarada dignidad, ora con espina dorsal de goma? Pues ella misma estaba poseída por el afán de poder, de intrigas; por la avidez, por la maldad diabólica, por la presunción y por una desmedida barbarie. ¿No hacía cínicamente gala de sublime arrogancia, para ocultar su abyección? ¿De su amor al prójimo, para camuflar su talante explotador? ¿De su exigencia de castidad, para crear pecadores? ¿Qué otra cosa fueron los buenos en esa religión sino las hojas de parra tras las que se ocultaban los malos? ¿No eran cabalmente gánsteres quienes decidían su política? ¿No fueron cabalmente ellos quienes hicieron historia... historia redentora? ¿De redención y de triunfo, de grandes degollinas? ¿Dedicada a sacrificar y esquilmar incesantemente?

Ya se ve: aquí no queremos presentar misterios. Apenas hay referencias al pecado original y la redención. Bien pocas a profecías y milagros. Las nubes del incienso no aparecen por ningún sitio. Tampoco la trascendencia. En lugar de ello, los hechos en su cruda horripilancia. Únicamente, es obvio, datos de nefasta significación, los más siniestros *terrores religionis*. Pues eso es aquí lo único pertinente. Y así como las manifestaciones edificantes sobre la «belleza de la Iglesia Católica», sobre la «alegría de caminar con Dios», «con el rosario hacia el cielo» o las expresiones enaltecidas preludiadas por el tema ¿Por qué en nuestra Iglesia Católica irradia el sol y el gozo, por qué es tan acogedora y tan cálida? (Porque allí enfrente arde la lucecilla y

nosotros entonamos canciones a María) y otras manifestaciones del mismo género, nada aportan, y con cierta razón, a nuestro asunto, así también, lo que sigue, y con mayor razón aún por nuestra parte, tampoco habla para nada del resplandor solar y el gozo de la *catholica*, sobre su cálida visión del mundo o su *Kitsch* floreciente. Todo eso es de sobra conocido a través de millones de libros, millones de sermones, de horas bíblicas y de conversaciones de confesionario —y cada vez se cree menos en ello.

¿Que lo que sigue es unilateral? ¡También lo es la, otra parte! ¿No lo es, incluso, en mayor medida y por motivos más turbios? ¿Con una praxis devastadora que causó ya traumas de impacto histórico y atrocidades sin fin? Eso es así pese a las buenas hermanitas del hospital, la catedral de Colonia, la *Bahnhofsmmission*<sup>[2]</sup>, etc., etc.

Pues ¿por qué la Iglesia eludió tan tenazmente la discusión pública? ¿Por qué la sigue esquivando? ¿Dónde nos permite medir nuestras armas con ella aunque sea por poco tiempo y de forma casi totalmente pacífica? ¿Acaso en las iglesias? ¿En las escuelas? ¿En las plazas de los mercados o en los patios de los cuarteles? ¿Acaso en la radio y, tal vez, justamente tras la «*Palabra Dominical*», durante la que sus servidores, esos oscurantistas, a menudo tan joviales, apenas pronuncian el nombre de Cristo o dicen nada cristiano —que no parece sino que ellos mismos ya no pueden soportar a su Iglesia— y que sólo al final de la emisión recurren a un pequeño truco bienpensante, propio del oficio, y presentan al *Deus ex Machina* como resurgido, cual ave fénix, de las cenizas, mientras ellos miran con seria y amable firmeza, en una especie de tú a tú con el televidente?

¿Por qué, en verdad, rehuyó y rehuye de ese modo la confrontación y sobre todo, el debate ante el pueblo a quien ella siempre sometió plenamente a su tutela paternalista, a quien ella misma instruyó y educó en todo momento? ¿Para qué necesitaba de un Índice?, ¿del tormento?, ¿de la censura?, ¿de la quema de libros, ya practicada en el tiempo de los apóstoles? ¿Qué necesidad tenía después de llevar a la hoguera a montones de personas? ¿Por qué proliferaron allí más que en cualquier otro ambiente los más insípidos cuentos de viejas y una pedantería dogmática de lo más fatal? ¿Por qué imperaron allí continuamente la intolerancia, el terror y el despotismo? ¿Por qué esa vorágine bimilenaria *a verbis ad verbera*, de la palabra al golpe criminal? ¿O acaso estamos nuevamente imprimiendo un enfoque demasiado unilateral? Pues bien, podrá serlo, ¡pero es la verdad! Verdad que, por lo que atañe a sus dogmas, es más que cuestionable o, digamos mejor, es cuestión que ni siquiera se plantea.

¿De dónde viene esa inveterada insistencia en el credo? ¿Se sigue anteponiendo la fe a todo lo demás? ¿Se propaga la humildad, la simpleza, el arrastrarse ante la cruz, *flectamus genua*, el *sacrificium intellectus*, y siempre de forma bien drástica, con el cielo y el infierno en primer plano, en el plano de fondo y en el plano de base, conjurando a todos los ángeles y arcángeles y más todavía, es natural, al príncipe de las tinieblas con todas sus legiones infernales, sus espantos...?

«Ud. quisiera alcanzar la fe y no conoce el camino hacia ella — pensaba incluso un genio como Pascal—... quisiera ser curado de la incredulidad e implora la medicina: aprenda Ud. de quienes ya estuvieron en su situación. Obre Ud. como comenzaron aquéllos, a saber, conduciéndose en todo como si fuera Ud. creyente, usando

agua bendita, sufragando misas *etc.* De un modo perfectamente natural, ello le llevará a Ud. incluso a creer y también le embobará».

Hacer creer y embobar. Eso dista mucho de ser nuestra receta, nuestro vademecum o nuestra oferta redentora. Todo lo contrario. Yo exhorto a todos: ¡Sed escépticos! ¡Desconfiad de mí! ¡Investigad por vuestra cuenta! No *solamente* en las hojillas obispales, por supuesto, ni leyendo la *Bildpost* (El Correo Ilustrado), a Ratzinger, a Rahner y Küng. Leed cuando menos a unos cuantos adversarios. ¡Leed a ambas partes! ¡Comparad!

El resto es sólo cuestión de honestidad.

## Y LA LLAMAN HISTORIA DE LA REDENCIÓN

Estoy contemplando unas fotografías: cadáveres de niños en un campo de concentración croata. En ese momento viene mi hija parloteando, contando cosas. Miro su rostro delgado, algo pálido, sus ojos claros, inteligentes. Miro a través de ellos. De repente se queda cortada en una frase. «¡Papaa...!» dice.

Voy caminando con mis hijos, uno de cada mano. Súbitamente me viene a la imaginación un hombre. En no importa qué lugar del Oriente avanza hacia su ejecución y sus dos hijos se abrazan, se estrechan en torno a su cuerpo y él los arrastra consigo hasta que se los arrancan de su cuerpo a tiros.

Mientras escribo esto mi hijo vaga por los senderos junto al arroyo. De vez en cuando golpea la hierba con una vara. Y detrás de él, su hermanita está de rodillas en el prado, los brazos abiertos ante la gata de la casa.

Otros niños fueron a parar a Theresienstadt, a Auschwitz, Jasenovac. Otros padres cayeron ante Stalingrado, en el Atlántico, en Africa. Mis camaradas murieron sin tener hijos. Ellos mismos eran aún niños. En un día de marzo como éste avanzábamos jadeantes por

una pradera a la vista de Breslau. Era la tarde, el sol brillaba y ya se oía la primavera. Y dispararon contra nosotros como en una batida de caza... Durante unos instantes me arrodillé junto a él. Yacía de espaldas. Su cabello tenía un brillo claro y los intestinos se le salían por el vientre. Tenía diecisiete años. Sus ojos estaban pendientes del cielo, azules y vagamente fijos en el cielo primaveral mientras gemía continuamente «madre», «madre»...

Millones murieron así. En esta guerra, la última. En lo que alcanza nuestra mirada retrospectiva: codicia y violencia; una cadena de catástrofes, de perpetua bancarrota. Historia.

De tanto en tanto figuras preclaras: Buda, el ojo del mundo, la luz sin par. Cristo, el omnividente, sol de justicia, luz de verdad. Ambos prohibieron matar, enseñaron a superar el mal con el bien. Ensalzaron a los pacíficos. Predicaron el amor al prójimo, el amor al enemigo. Se hicieron con discípulos, con comunidades.

Durante milenio y medio fue inculcado el cristianismo a los europeos. Generación tras generación, a dominadores y dominados, a sacerdotes y laicos, a maestros y discípulos. El cristianismo lo impregnaba todo, regía sobre todo. Influyó sobre la vida privada, pública; sobre la familia, el matrimonio, el amor, la educación, la economía, el derecho y el Estado. No obstante lo cual, todavía en el siglo XX, las naciones cristianas han llevado a cabo las mayores guerras de la historia, aniquilando en ellas a más hombres que en el conjunto de todas las épocas pretéritas.

¿Cómo fue eso posible? ¿Cómo se desarrollaron esos pueblos?  
¿Cómo se educaron? ¿Cómo los rigieron?

No hay mejor respuesta a todo ello que ver el pasado de la Iglesia. Pues es ella la que ha incidido en el hombre europeo más larga e intensamente que todos los reinos, dinastías y sistemas sociales, y es también la que ha determinado su destino: en grado sumamente negativo desde cualquier perspectiva que se mire, acerca de lo cual —y esto no debería subestimarse— se muestran unánimes espíritus tan básicamente diferentes como Goethe; Nietzsche, Marx y Kierkegaard. Los historiadores, en cambio, siguen pasando por alto ese asunto —salvo contadísimas excepciones— o le prestan, en el mejor de los casos, una atención somera, siendo así que es precisamente en ello donde radica la cuestión.

Esto es lo que se propone mostrar esta breve prehistoria de la barbarie del siglo XX, contada a grandes rasgos y de un modo, si se quiere, unilateral, pero sólo en la medida en que su autor se atiene a la regla y no a la excepción; en que pone siempre y únicamente en claro el aspecto decisivo del cristianismo preponderante en la alta jerarquía eclesiástica, por más que lo nieguen los ignorantes, los hipócritas y los bucólicos de la religión, sea cual sea la índole de unos y otros.

Para los cristianos más antiguos el servir en el ejército era algo impensable. Sus escritos de los primeros siglos no lo permiten nunca. Los Padres de la Iglesia prohíben el matar en legítima defensa. Apenas el emperador Constantino les concede, en el año 313, la libertad religiosa y, en el año 314 decretan ya la excomunión para los soldados desertores. Quien arrojaba las armas quedaba excluido. Antes lo había sido quien no las arrojaba. Así, en vez de los antiguos pacifistas vemos a los capellanes militares, en lugar de los cristianos muertos por defender la

objeción de conciencia contra el servicio militar, vemos a los guerreros cristianos homicidas. La Iglesia belicosa tachó rápidamente los nombres de sus soldados mártires del santoral y apoyó a los detentadores del poder en el asesinato colectivo, más aún, los instigó bien pronto ella misma —hasta nuestros días—.

Envuelto en saco y ceniza, el papa Esteban II mendigó del rey franco Pipino una guerra contra los lombardos con quienes los francos vivían en perfecta armonía. Una colosal falsificación clerical (reconocida once siglos más tarde) y dos sangrientas campañas militares dieron origen al Estado Pontificio, que los soberanos francos y sajones confirmaron y engrandecieron a cada paso.

Pero pronto fueron los mismos papas quienes aparecieron con yelmo, cota de malla y espada. Ya tenían su propio ejército, su propia marina, su propia fábrica de armas. Luchaban por cada condado, por cada palacio y castillo. Rapiñaron ducados enteros. Por todas partes enrolaron mercenarios para degollar a sus compatriotas.

León IX ignoró los esfuerzos de los cluniacenses en pro de la paz. Ignoró su propio veto a que los clérigos usasen armas en su defensa. Ignoró el juramento de fidelidad y vasallaje que le habían prestado los normandos cristianos y les hizo la guerra. El cluniacense Hildebrand (su sentencia favorita: Maldito sea el hombre que se retraiga de derramar sangre con su espada) convocó, una vez papa con el nombre de Gregorio VII, a todo el orbe a la formación de un ejército a cuya cabeza marcharía él como «caudillo y obispo». Gregorio IX salió en campaña contra el emperador Federico II que retornaba victorioso de la cruzada.

Urbano VI había hecho asesinar al obispo de Aquila y ejecutar a cinco cardenales a los que previamente mandó torturar horriblemente, siendo uno de sus verdugos un antiguo pirata a quien nombró Prior de la Orden de San Juan. Ese papa luchó con sus mercenarios en la Guerra de Sucesión siciliana. Pío V y Sixto V entablaron grandes batallas navales contra turcos y británicos, en Lepanto y en el Canal. Julio II (su divisa: Cuando no me ayuden las llaves de San Pedro, ayúdeme su espada) condujo guerras casi cada año de su pontificado obteniendo tales éxitos que el emperador Maximiliano jugó con la idea de hacerse papa. A mediados del siglo XVI, Pablo IV vio como su brazo se hundía en sangre hasta el codo, pero era tan moralista que ordenó recubrir de pintura las partes «pudendas» del «Juicio Final» de Miguel Angel. No hace aún mucho más de cien años que Pío IX reclutaba todavía tropas. Y hace 40 y aún 30 años, hubo papas que podrían haber repetido, incluso con mejor derecho, la expresión de Pablo IV aunque, también ellos, blasonaban de moralistas. Pío XII, por ejemplo, quien en su escrito a la jerarquía católica de los USA a finales del año 1939 veía la causa de la «actual desdicha» no en el fascismo, naturalmente —que justo entonces precipitaba al mundo a la guerra más grande de la historia—, sino, entre otras cosas, en las faldas cortas de las damas. Episodio nada extraño en la historia de la Iglesia sino más bien típico de la moral que ha imperado hasta nuestros días —si prescindimos aquí de aquellos siglos en los que algunos conventos de religiosas tenían más actividad sexual que los burdeles, y todos los clérigos, desde la cúspide jerárquica hasta el último párroco de aldea tenían sus mancebillas.

Y al igual que los papas, también los obispos y los abades. Eran hijos, hermanos o primos de la nobleza mundana y tan codiciosos

de riqueza y poder como ella. Eran, ciertamente, no menos odiados que aquélla, como lo atestiguan los numerosos asesinatos de obispos y abades en la Edad Media, las numerosas guerras y persecuciones contra la *clericalla* y asimismo incontables documentos literarios. En el antiguo estado alemán, muchos clérigos ejercían de ministros, tesoreros de la corona y de jefes del ejército del rey. Bajo el emperador Otón II aportaban un número de tropas de armamento de más del doble que todos los príncipes seculares juntos. En el norte y en el sur había cardenales con mando sobre ejércitos enteros y algunos prelados ejercían con su propia mano la venganza taliónica. En todos los obispados hubo algún obispo encabezando disensiones que duraban en ocasiones años enteros. No perdonaban, a menudo, ni a mujeres ni a doncellas. Asesinaban ancianos y niños, a veces, con su propia mano y a la par que lo hacían con «los herejes», como fue el caso del arzobispo de Colonia Dietrich von Moers.

A sus adversarios les saltaban los ojos a cuchillo, como hizo en 1368 el abad de Reichenau con todos los ciudadanos de Constanza que cayeron en sus manos. Ahorcaban a todos sus prisioneros como hizo el obispo Dietrich de Osnabruck en 1379. Obligaban a los rebeldes a implorar gracia arrojándose a sus pies y, pese a ello, decapitaban a un buen número de ellos. Así procedió en 1415 el obispo de Lieja J. de Wittelsbach.

Los obispos luchaban junto a los reyes contra los príncipes; junto a los príncipes contra los reyes; con el papa contra el emperador; con éste contra el papa; con un papa contra el otro (nada menos que lo largo de 171 años); con el clero secular contra el monacal o incluso contra sus homólogos: el obispo Dietrich de Osnabruck contra el obispo Gerardo de Munich. El obispo Erich de Osnabruck

contra el obispo Enrique de Münster *etc.* —en campo abierto; en refriegas libradas en la calle o en el templo; a puñal, con veneno o de mil modos posibles—.

También la guerra santa fue propugnada por el clero a lo largo de los siglos. En 1095, Urbano II se hizo una idea cabal de la situación y convocó a cruzada incluso a los salteadores de caminos. El papa garantizaba la remisión de los pecados, rico botín, tierra de la que manaría leche y miel, y clamaba: ¡Cristo lo ordena!

Partieron con sus insignias y con la cruz cosida a sus ropas. Ya en el Rin y en el Danubio abatieron a millares de judíos. Después violentaron y asesinaron a los cristianos de Hungría. En la toma de Jerusalén, un viernes del verano de 1099, a la hora de la crucifixión, como narran extasiados los cronistas, masacraron a casi 70 mil sarracenos. Puesto que habían decidido rapiñar todo de una vez por todas mataban a «todos los habitantes». Chorreaban sangre y como signo de toma de posesión colgaban sus escudos a la puerta de las casas ya «limpias» —uno de los testimonios más antiguos del uso del escudo de armas como medio de identificación. En el templo organizaron tal degollina que —testimonia el clérigo Raimundo de Aguilers— gracias al milagroso y justo juicio de Dios, chapoteaban en sangre hasta las rodillas e incluso hasta la silla de los caballos. Después —anota el autor de la *Gesta Francorum*, un testigo ocular— los nuestros, felices y llorosos de alegría, se aproximaron a venerar la tumba de nuestro Redentor.

¡Ni un caricato de farsa podría parodiar mejor semejante cristianismo!

¡Tabula rasa! Guerra total. Su ideal desde la Edad Media hasta las cruzadas fascistas de Abisinia, España, Croacia, Rusia. Hasta el genocidio de Vietnam, con el respaldo del cardenal Spellmann, hasta el placet teológico-moral del jesuita Gundlach, confidente de Pacelli, al exterminio global en una guerra atómica. Hasta el «coraje» del jesuita Hirschmann para dar su Sí en la actual situación a los sacrificios impuestos por el armamento atómico pese a la perspectiva de destrucción de millones de vidas humanas, lo cual, según Hirschmann, aproxima a la actitud de San Francisco de Asís y al espíritu de la teología de la cruz. Hasta el libro *Orden ético de la Comunidad de Naciones*, en el que un amplio gremio de teólogos católicos legitima «la instalación de un arsenal atómico» y salda con el calificativo de «efectos secundarios» aceptables la matanza masiva de inocentes. Según el nuncio apostólico Muench, otrora simpatizante de los nazis, el libro constituye una «respuesta ajustada a las indicaciones del Santo Padre».

«Nihilismo y cristianismo. Rima consonante. Si no fuese más que eso...».

Las cruzadas desembocaron en seguida en un fiasco completo para el mundo católico. Ejércitos enteros desaparecieron sin dejar huella y también 50 mil niños. Salvo ellos, únicamente Hitler envió, en época posterior, niños a la guerra. Por otro lado, el Islam se fortaleció y ése fue, en términos generales, el resultado más duradero de las cruzadas. Por lo demás, los musulmanes eran, frecuentemente, los más dispuestos a la negociación y a la avenencia. Los mismos cronistas cristianos reconocen unánimemente la magnanimidad y humanidad del sultán Saladino después de reconquistar Jerusalén. Realmente la moralidad

islámica no tardó mucho en impresionar más a muchos cruzados que la de sus propios caudillos.

Pero los papas espoleaban de continuo hacia nuevas cruzadas, convertidas en la idea dominante de su política exterior y ello no solamente en los siglos XII y XIII sino hasta finales de la Edad Media. Eugenio III, Inocencio III, Gregorio IX, Clemente IV, Urbano V, Clemente VII —quien en una cruzada contra Túnez en 1390 puso ya a prueba la artillería de pólvora, uno de los ejemplos históricos más antiguos de su uso—, Benedicto XII, Bonifacio IX, Eugenio IV, todos ellos propugnaron infatigablemente la guerra santa en la que cada vez se involucraban más aspectos políticos, militares y económicos: «¡Piratería de alto rango, eso es todo!», dijo Nietzsche. Era ya el siglo XV y el papa Pío II exigía de todos los monarcas europeos una cruzada universal. Y su convicción de que los estados se mantenían por las armas y no por las leyes era sin duda compartida por la mayoría de los papas, pues obligan a sus creyentes a desangrarse en todo momento en favor, precisan, de los estados, incluidos los regímenes de la peor catadura criminal. Pues mientras aquéllos mueren en carnicerías cada vez más devastadoras ellos siguen en vida. ¡Y llaman a eso historia de la redención!

¡Oh «esos espléndidos ejemplos de inquebrantable fidelidad para con los soberanos que resultaban necesariamente de las sagradas normas de la religión cristiana!». Así muestra su entusiasmo Gregorio XVI. Justamente aquel jerarca —ése es uno de los temas más entrañables a los santos padres desde 1789— condenaba la libertad de conciencia como «locura», como «error pestilente»; mostraba un celo venenoso contra el libre comercio del libro, nunca suficientemente condenado y abominado. Un papa que —y

ya estamos en 1836— en su *índice de libros prohibidos* hacía depender la lectura de la Biblia en lengua vernácula de una autorización de la Inquisición de Roma, disposición que no fue definitivamente anulada hasta 1897 por parte de León XIII.

«El clero —escribe Schiller (quien tenía al cristianismo, “esa locura que inficiona al mundo entero”, en tan poca estima como Goethe, para quien la Iglesia era el ámbito donde más se reprimía la doctrina de Cristo y que consideraba el protestantismo una “fruslería embrollada” y el catolicismo puro teatro y carnaval, “fullerías de prestidigitador”)— fue desde mucho tiempo atrás un puntal del poder real y era forzoso que lo fuese: su época dorada coincidió siempre con el cautiverio del espíritu humano y ambas instituciones recogen su cosecha del cretinismo y del absurdo».

Nadie en Europa —antes de Stalin y de Hitler— ha despreciado la vida humana de forma tan continua y tan extrema como lo hizo la Iglesia proclamando además —el colmo de su cínica perversión— que todo ello era «designio divino».

Su exterminio del paganismo es también una muestra de lo dicho.

Es obvio que, en un principio, como minoría que apenas contaba, se mostraron marcadamente reservados frente a los adeptos de los antiguos dioses, polemizando con ellos sólo de forma esporádica y abogando, claro, con angélica elocuencia, por la libertad de cultos. Sin embargo, cuando en el umbral del siglo III se sienten ya más fuertes, proceden más resueltamente, con toda vehemencia verbal. Difaman, aunque no de consuno, la cultura tradicional, la filosofía, de la que, no obstante, extraen un substancioso provecho; atacan con mayor dureza los espectáculos

teatrales y, naturalmente, escarnecen al máximo la religión pagana, la veneración del cosmos, la divinización del agua, del fuego, de la tierra y, sobre todo, la sacralización del animal.

Y apenas producido el vuelco de la situación, comenta el teólogo von Campenhausen, «la antigua ideología del martirio y la persecución desapareció como un soplo y se transformó en su opuesto». Ya bajo el primer emperador cristiano, la coexistencia proclamada el año 313 y el principio básico de la libertad religiosa fueron cediendo paulatinamente ante las tendencias opresoras. Constantino prohibió ya la erección de nuevas estatuas a los dioses, la veneración de las existentes, la consulta a los oráculos y todos los oficios religiosos paganos. Él mismo clausuró, expolió, devastó y arrasó templos tales como el santuario de Esculapio en Egea, el templo de Afrodita en Golgata, en Afaca (Líbano) y en Heliópolis. Su hijo, el arriano Constancio, procedió con rigor acrecentado contra la «superstición», el «absurdo de los sacrificios». Fue el primer emperador cristiano en aplicar la pena de muerte a las prácticas del culto pagano apropiándose luego de las posesiones de los ejecutados. Se producen ya los primeros asaltos a los templos, los primeros casos de tortura y de terror legal. Y el emperador católico Teodosio I combate el paganismo no sólo con todo un repertorio de leyes rigurosas, sino también mediante una violenta guerra.

En suma: ya en el s. IV y más aún en el V, la Iglesia irguió su cruz sobre ruinas y cadáveres.

El arriano Jorge, obispo y señor absoluto de Alejandría, hizo asaltar el templo de Mitra, derribar estatuas y saquear santuarios. Su sucesor, el patriarca católico Teófilo, destruyó con su propia

mano la estatua de Serapis a golpes de hacha y mandó también arrasar los templos de la vecina ciudad comercial de Kanopos. Su sobrino y sucesor, San Cirilo, otro Doctor de la Iglesia y gran adorador de María, que impuso el dogma de su condición de ímpara con abundante dinero de soborno, mandó asaltar a la filósofa Hipatía, conocida y celebrada en todo el orbe de entonces, la cual fue arrastrada a una Iglesia, desnudada y hecha, literalmente, trizas con fragmentos de cristal. También el patriarca y Doctor de la Iglesia Crisóstomo combatió fanáticamente contra los devotos de las antiguas creencias. No sólo las vilipendia en sus admirados *Sermones*, que le permitieron ascender a patrono de los predicadores, sino que se cuidó asimismo de la aniquilación de muchos templos fenicios.

Especialmente en las provincias orientales, las primeras en las que el cristianismo llegó a predominar, se fue acrecentando el número de templos demolidos en las postrimerías del siglo IV, dándose no pocos casos de masacres de paganos a manos de masas soliviantadas. Todo ello sucedía casi siempre bajo la dirección de obispos y abades, siendo los más activos los monjes, aquellos «puercos de negro sayal» como los llamaban los griegos, pues tenían aspecto de hombres, pero vivían como los cerdos. En el escrito *Pro templis*, que su autor Libanio dirigió el año 389 al emperador se puede leer: «Irrumpían en los templos cargados de madera o armados de piedras y espadas; algunos de ellos tan sólo con sus manos y sus pies. Después hundían los techos, derribaban los muros, despedazaban las imágenes de los dioses, destrozaban los altares como si todo ello fuesen heredades sin señor. Los sacerdotes no tenían otra elección que callar o morir. Una vez destruido el primer templo, acuden presurosos al segundo y al tercero y amontonan más y más trofeos para escarnio de la ley».

Uno de los arrasadores de templos de fama más siniestra fue Shenute («Hijo de Dios»), que estaba al frente del monasterio blanco de Tebas, un monasterio doble que llegó a tener ocasionalmente hasta 2200 monjes y 1800 monjas. Como «gran abad»; «profeta» y «apóstol», no se detenía ante el fraude o el asesinato perpetrados por su propia mano. Al frente de sus hordas, una vez suficientemente deshambriadas, penetraba en los templos, expoliaba, devastaba, y arrojaba al Nilo los «ídolos de los dioses». Se llevaba consigo todo cuanto poseía valor o podía dar dinero. Ocasionalmente, como hizo con Akhmin, saqueaba una ciudad entera, la incendiaba y masacraba a sus habitantes.

Fue así como los templos fueron objeto de continuas extorsiones bajo la amenaza de su destrucción o bien cristianizados a la fuerza. Así fueron destruidas obras de arte irresarcibles mientras organizaban parodias de procesiones y mataban a los sacerdotes paganos. Finalmente, en el siglo VI todos los paganos fueron declarados carentes de posesiones y de derechos civiles para que, según rezaba una ley del emperador cristiano, «privados de todos sus bienes queden a merced de la miseria»...

No obstante lo cual, el teólogo católico Jean Danielou afirma en el siglo XX: «La Iglesia ha recalcado siempre su respeto por los valores religiosos del paganismo».

En realidad, ni una sola voz eclesiástica de peso se alzó contra la campaña de exterminio. Al contrario; clamaban en su favor. Actuaban al socaire del Estado y apelaban a los regentes. «Confiscad, confiscad sin temor, santísimo Emperador, el ornamento de los templos». Así incitaba el Padre de la Iglesia Fírmicus Maternus ya hacia el año 347. «Que el fuego del crisol del

acuñador de monedas o la llama de la fragua fundan esos dioses. Haced vuestros y usad en vuestro provecho todos los regalos votivos. Una vez aniquilados los templos, os habréis elevado, gracias al poder divino, a una posición más alta». El renegado siciliano, perteneciente al estamento senatorial, recomienda a los monarcas cristianos «leyes de máximo rigor», el empleo del «fuego y del hierro, la persecución “por todos los medios posibles”... para que no quede ni una porción de la impía semilla... ni un vestigio de la generación pagana».

También un Doctor de la Iglesia como Agustín atacó a cada paso «a esos monstruosos dioses de toda especie», «los cultos blasfemos», «la canalla politeísta», y hablaba de «peste» y «crimen». Lanzaba invectivas, escarnecía, caldeaba una y otra vez la furia destructiva. En su opus magnum *La Ciudad de Dios* reputa al politeísmo como la peor de las abominaciones, causa de todos los *mala, bella, discordiae* (males, guerras, discordias) de la historia de Roma. No se arredra ni ante la tergiversación consciente: frente a los paganos se permite, sin más, «cualquier medio», incluido el de la «falsificación de citas» (Andresen).

De este modo los *pogroms* adoptaron un cariz más sangriento e inmisericorde que el de cualquier persecución anterior contra los cristianos. ¡Tabula rasa! «Depuración». Erradicación de todos los elementos perniciosos para la sociedad. «Lo que no corresponde a la verdad o a la norma moral —enseña todavía en 1945 el papa Pío XII— no tiene derecho a existir».

Por ello mismo, esta Iglesia no podía satisfacerse con la extinción del paganismo.

Los cristianos se habían combatido, injuriado y calumniado mutuamente ya desde el principio. Ya Pablo había calificado de «perros», «mutilados» y «apóstoles de la mentira» a los representantes de la comunidad primigenia y la segunda carta de Pedro se refiere a los heterodoxos como «animales irracionales, destinados por su naturaleza a ser capturados y sacrificados». Ahora, todavía bajo Constantino, se procedió a combatir a los no católicos. Sus oficios religiosos fueron prohibidos; sus escritos, destruidos; sus iglesias y posesiones, saqueadas y ellos mismos desterrados. Y ya en el año 385, los obispos católicos de Tréveris hicieron rodar las primeras cabezas de cristianos por cuestiones de fe.

De Agustín, prototipo de los cazadores de herejes posteriores, parte una línea hasta la Inquisición, que, iniciada ya en la época carolingia con la creación de los tribunales de legados de los obispos, condujo escalonadamente a la persecución sistemática de las sectas, a la producción consecuente de un terror que aniquiló a un número incalculable de personas a lo largo de siglos y retomó en la época fascista en la que hasta los discípulos de Francisco de Asís, se hicieron reos de asesinatos múltiples, encabezaron *pogroms* violentos y fueron comandantes de campos de concentración.

La Inquisición llegó a su culmen con el cercenamiento de lenguas, con el estrangulamiento y la muerte en la hoguera, penas reguladas legalmente por primera vez en España, en el año 1194, y que se fueron extendiendo a Italia, Alemania, Francia y, finalmente, a Inglaterra. En su bula «Ad extirpanda» de 1252, el papa Inocencio IV metía en el mismo saco a cristianos no católicos y a los salteadores de caminos e imponía a los regentes la

obligación de matar a los herejes culpables en un plazo de cinco días. Los dominicos, discípulos del filósofo oficial de la Iglesia, Tomás de Aquino (quien también, por su parte, exigía enérgicamente la extirpación de la sociedad de los «hombres apestados»), iniciaron la cría de perros especialmente adiestrados para la caza de herejes y dirigieron por espacio de medio milenio la Inquisición.

Ahora daban tormento y salpicaban con agua bendita. Llevaban al potro a inocentes, a la bota española, al balancín de inmersión. Se persignaban y destrozaban hombres a golpes. Invocaban al Espíritu Santo al reunirse como tribunal y se permitían todos los recursos del engaño. En aras de la buena causa —comentaba un juez el pliego de declaraciones hechas por Savonarola bajo un suplicio intensificado a lo largo de 16 días— hemos omitido algunas cosas y añadido otras. Y según declaraciones de algunos testigos de descargo, también falsificaron las actas.

Todo católico debía obligarse bajo un juramento que se renovaba cada dos años, a perseguir a los herejes. Los padres tenían que traicionar a sus hijos y éstos a sus padres; las mujeres a sus maridos y éstos a aquéllas. Aquí tuvo su comienzo el sistema de denunciadores y confidentes, de fisgoneo e intimidación de que los estados-policía modernos se servirían ampliamente. Aquí comenzó a gran escala la imposición de un conformismo exterior y con él aquella peculiar mezcla de simulación servil e hipocresía que caracteriza desde entonces el espíritu del pueblo cristiano.

¡Cuán tolerantes eran realmente en comparación los cultos de los paganos! Qué magnánimos fueron a menudo los mismos romanos frente a los cristianos, quienes siguen exagerando hasta hoy, en

ocasiones de forma grotesca, la dureza de las persecuciones. El rescripto de Trajano del año 112, que reguló por más de cien años las relaciones con los cristianos, no permite escudriñamientos ni denuncias anónimas «pues ello sentaría un mal ejemplo y desdiría de nuestra época». «No quiero —decretó posteriormente el emperador Adriano— que se causen molestias a los inocentes y hay que evitar que los calumniadores puedan ejercer impunemente su oficio de bellacos».

Mil años más tarde, ¡qué progreso moral el de la época cristiana!, cualquier engaño que desenmascare a los «herejes» resulta admisible. Por doquier se instiga para darles caza. Se educa públicamente para la crueldad. Se pagan altos precios por ventanas con vistas a la hoguera y se conceden indulgencias plenas a los fieles que acarrear madera. Se organizan fastuosos autos de fe en cuyo transcurso y a veces ante 200 000 espectadores se perpetraba el asesinato masivo de personas. En su viaje final se recubre a las víctimas de un capirote bufonesco, se las pellizca con tenazas candentes, se les corta en ocasiones la mano derecha y después, mientras mueren asfixiadas o lentamente quemadas, según la dirección del viento, se entona el cántico: «Te alabamos, Dios grande». «Un enaltecedor espectáculo de perfección social» así ensalza todavía en 1853 la revista vaticana de los jesuitas a la Inquisición.

¿Qué caricato de farsa podría parodiar mejor semejante cristianismo?

Hubo casos en que se arrancó del lecho a mujeres agonizantes para arrastrarlas al fuego.

Tan sólo el Gran Inquisidor Torquemada envió personalmente, en España, a 10 220 personas a la hoguera y 97 371 a galeras. Y a mediados del siglo XX todavía hay cristianos que practican la tortura en la España franquista, en Corea, en Argelia, en Grecia, en Vietnam y en las prisiones de la R.F.A. Incluso el horrible castigo de la incriminación de toda una estirpe —el papa Gregorio IX excomulgaba hasta la séptima generación y el papa Urbano II no veía asesinato alguno en el hecho de matar a los excomulgados «por celo para con la Madre Iglesia»— vio su retorno en la Alemania nazi.

No todos los «herejes» fueron quemados. A los arrepentidos se les aplicó la gracia. Se les flagelaba los domingos durante la misa, donde únicamente podían comunicar con sus iguales, una vez al mes en sus respectivas casas. En las procesiones se les azotaba a cada estación. A veces se les llevaba en trailla y desnudos por las calles antes de flagelarlos ante los altares, menester que incluso los legados pontificios no consideraban que menoscabase su dignidad. A otros arrepentidos se les llevaba al «muro». Se les infligía la pena del *murus largus*, una privación de libertad relativamente suave o del *murus strictus*, en cuyo caso la víctima era encerrada en un calabozo sin ventanas —según decreto papal lo más estrecho y oscuro posible— y fijada de por vida con grilletes en pies y manos al muro. Algo que no se dio ni bajo Hitler. Más atroz aún era el *murus strictissimus*, sobre el que los archivos de la Inquisición mantuvieron, por cierto, un mutismo total.

Sabemos de católicos que encarecían su ortodoxia en el siglo XIII con este juramento:<sup>[3]</sup> «¡No soy hereje, pues tengo esposa y duermo con ella. Tengo niños y como carne, miento, juro y soy cristiano creyente. Pongo a Dios por testigo!».

Difuntos cuya herejía trascendió más tarde fueron exhumados y tratados como si fuesen vivos. Un ejemplo temprano y tristemente famoso es el del papa Formosus. El papa Esteban IV lo hizo desenterrar en el año 897, lo condenó y le arrancó dos dedos de la mano derecha. El papa Sergio III hizo exhumar a Formosus otra vez, envolverlo en hábitos papales, sentarlo en un trono y, tras condenarlo de nuevo, mandó cortarle los tres dedos restantes y la cabeza.

Después de degollar a Zwinglio, lo descuartizaron y quemaron. Para ultrajar sus cenizas se habían mezclado en el fuego inmundicias de cerdo mientras que bajo la pira de Hus habían ocultado el cadáver descompuesto de una mula para que el pueblo se convenciese por sí mismo del hedor del diablo.

Pero los papas no se dieron por contentos con intervenciones aisladas contra los «herejes». Asolaron toda Europa con guerras. Desplegaron cruzadas por el sur y por el norte. Cuanto no era católico tenía que desaparecer como más tarde en la España clerical-fascista o en Croacia.

La primera cruzada contra los cristianos fue lanzada en el sur de Francia, a partir de 1209, contra los albigenses, esa mácula impura y vergonzosa del género humano, en palabras que Gregorio XVI pronuncia todavía en el siglo XIX. Los albigenses retomaron tan claramente el hilo del cristianismo primitivo que incluso Bernardo de Claraval, Doctor de la Iglesia, decía de ellos: «No hay sermones tan cristianos como los suyos y sus costumbres son puras». Con todo, apenas dos meses después de ascender al solio pontificio, Inocencio III exhortó a toda la cristiandad a quemar a todos los «herejes» que no abjurasen. Prometió todos sus bienes a la

nobleza del norte de Francia y al rey francés (¡qué puso ciertos reparos!), el dominio sobre sus tierras. A los cruzados católicos en general, incluidos los peores pecadores, les prometió la eterna bienaventuranza.

Al punto tomaron la cruz príncipes, eclesiásticos y seculares, legiones de caballeros, salteadores de caminos, merodeadores, traineles, prostitutas en rodantes templos de venus. Con la canción «Ven a nos, Espíritu Santo» asaltaron las ciudades y degollaron a todos sus habitantes, «heréticos» y católicos, según se cruzasen en el camino de sus cuchillos. Degollaron a sacerdotes en el altar con la custodia en la mano, a niños de pecho y ancianos: 20 000, tan sólo en Beziers. Ya entonces, las mujeres se ponían los niños al pecho y les vendaban los ojos antes de arrojarlos al fuego, como harían más tarde en las cámaras de gas de Auschwitz.

Como quiera, sin embargo, que todavía, tras veinte años de degollina, quedaban albigenses vivos, la Iglesia, una vez concluida la paz, pagaba dos marcos de plata a quien trajese un albigense vivo o muerto.

Cruzadas y guerras de religión asolan Europa durante siglos. También prosigue la misión entre los paganos del Este, inaugurada por Carlos «el Grande» (Carlomagno) en el año 872 con la ejecución de 4500 sajones. En 1147 se lanza una cruzada contra los vendos. Lema: «Quien no se deje bautizar, debe morir».

En la Baja Edad Media, los caballeros de la Orden Teutónica exterminan comunidades enteras. Finalmente los católicos libran entre sí mismos nueve batallas ya que el papa reivindica para sí,

como parte de la «herencia de la Madre de Dios», lo que también los caballeros querían retener.

A mediados del siglo XV, durante una guerra de 13 años protagonizada por la Orden en Polonia fueron asoladas 1019 iglesias y 17 987 aldeas. Quinientos años más tarde la «Cruzada europea» (palabras del obispo castrense de la *Wehrmacht*), es decir, la campaña hitleriana contra Rusia que la totalidad de los obispos austríaco-alemanes siguió con satisfacción y que el papa celebró como «defensa de los fundamentos de la cultura cristiana», destruye más de 1700 ciudades y 70 000 aldeas, dejando sin hogar a 25 millones de personas, por no hablar de los muertos. Respecto a futuras perspectivas, el católico F. Heer escribe: «El propósito, premeditación y preparación de una nueva guerra cristiana y eclesiástica —prestándose a una servil complicidad— conecta directamente con el apoyo de la guerra hitleriana por parte de las jerarquías dirigentes de las dos grandes confesiones».

Durante 600 años se persiguió a los valdenses tan sólo por el hecho de que se tomaban más en serio la Biblia. En 1234, el papa Gregorio IX instiga a la cruzada contra los campesinos de Stedingen que se negaban a pagar al arzobispo de Bremen los agobiantes tributos. Cinco mil personas entre hombres, mujeres y niños son abatidos. Sus granjas son ocupadas por nuevos colonos de la Iglesia.

A comienzos del siglo XV, Martín V y Eugenio IV predicán la cruzada contra los husitas, en cuyo transcurso se produjeron monstruosas atrocidades de uno y otro lado. A los católicos se les practicaba una incisión en forma de cruz en la frente. A los husitas

una en forma de cáliz. Los sacerdotes eran tostados en toneles de brea o pasados a espada en los altares. Tras las degollinas, las ciudades quedan vacías. Cientos de aldeas son arrasadas por el fuego en un temprano ensayo de la táctica de «tierra quemada». Y con todo, incluso tras la Segunda G.M., el teólogo protestante Thielicke nos instruye así: «Los cristianos que sirven en la guerra bajo la mirada de Dios han entendido siempre el menester de matar como un ejercicio en nombre del amor», mientras que su colega Künneth declara trece años después de Hiroshima: «Hasta las bombas atómicas pueden obrar al servicio del amor al prójimo».

¡Ni un caricato de farsa podría parodiar mejor...!

En 1538 el papa Pablo III apela a la cruzada contra la cismática Inglaterra a todos y cada uno de cuyos «herejes» quiere convertir en esclavos.

En 1568 el tribunal de la Inquisición española decreta la eliminación de tres millones de holandeses, quienes, como estaba escrito en el sombrero de los rebeldes «preferían ser turcos antes que papistas». Después que el Duque de Alba hubiese asesinado a millares, el papa le envió para mantener su celo una espada bendecida tras lo cual algunas ciudades en las que se practicaron rebuscadas atrocidades, como el ahogar a las hijas con la sangre de los padres, perdieron hasta el último de sus niños.

En la Francia de 1572, bajo el grito de batalla «¡Viva la misa! ¡Matad, matad!», tuvo lugar la inmolación nocturna de 20 000 hugonotes cuyo «exterminio» había exigido el papa Pío V. Con este motivo, el papa Gregorio XIII organizó festejos públicos y

acuñó una moneda conmemorativa con el ángel exterminador de hugonotes y su propia efigie en el reverso.

Posteriormente, incluso, al año de 1685 abandonaron Francia 200 000 hugonotes. Las gigantescas deportaciones, privaciones masivas de derechos y emigraciones del siglo XX hallan sus grandes paradigmas ya en la Edad Media en la que los inconformistas religiosos huyen atravesando países en todas las direcciones de la rosa de los vientos fuesen valdenses, humanistas, luteranos sectarios erasmistas, socinianos, antitrinitarios, *etc.*

En 1584 el papa Gregorio XIII equipara los protestantes a piratas y criminales en su bula *In coena Domini*. Y cuando en el siglo XVII, ante la general extenuación, la Paz de Westfalia pone término a la Guerra de los Treinta Años que devoró entre el 40% y el 70% de los pueblos en ella implicados, es el papa Inocencio X quien protesta solemnemente.

Recordemos tan sólo brevemente la sangrienta misión de la Iglesia en países no europeos, en la India, Africa y América, con exterminio de millones de sus habitantes —total en el caso de Cuba— y todo eso, cómo no, —ironiza sarcástico Schopenhauer—, «*in majorem Dei gloriam*, en provecho de la difusión del Evangelio y, además, porque quien no es cristiano no puede, tampoco, ser considerado como hombre».

La cristiandad es en teoría la comunidad religiosa más amante de la paz. En la práctica es la más sedienta de sangre de la historia universal. Los investigadores más honestos lo han recalado una y otra vez. El historiador inglés E. H. Lecky afirma que la constatación de que La Iglesia ha infligido a los hombres una

cuantía de dolor inmerecido mayor que la de cualquier otra religión no es, con seguridad, una hipérbole. Y el teólogo alemán Bruno Bauer concede: «No hay ninguna otra religión que haya exigido tantos sacrificios de vidas humanas ni que las haya inmolado de forma tan oprobiosa como aquella que se vanagloria de haberlos abolido para siempre».

Hicieron la guerra y obligaron a otros a hacerla para ellos. Exterminaron el paganismo. Crearon la Inquisición. Fomentaron cruzadas contra los turcos y contra otros cristianos. Todo ello les supo, sin embargo, a poco.

Desde el siglo XIII hasta el siglo XIX, la iglesia cristiana quemó brujas. En la antigua Babilonia, en cambio, se conformaban con quemar su imagen. Una creencia, morbosamente primitiva, en espíritus, una grotesca psicosis de demonios, una sexualidad reprimida y una ilimitada avidez causaron una muerte atroz a millones de personas, particularmente a mujeres. Eran partícipes de esas creencias incluso los católicos más prominentes: Agustín cree firmemente en faunos que acechan a las mujeres. Tomás de Aquino en demonios causantes de los meteoros. El papa Gregorio I, honrado con el epíteto de «El Magno» y con el título nada frecuente —entre los papas sólo lo llevan otros dos aparte de él— de «Doctor de la Iglesia», manantial de la «edificación» y de la «ciencia» cristianas durante más de un milenio, escribe cuatro libros con despropósitos a cual más horripilante como el relato acerca de una monja que, inadvertidamente, se tragó el demonio sentado en una hoja de lechuga. ¡Y todo ello estrictamente convencido!

Gregorio IX, Alejandro VI, León X, Julio II, Adriano VI y muchos

otros han creído en la existencia de brujas, en hombres y mujeres que, como formula Inocencio VIII en su «bula de brujas», «copulan físicamente con lascivos espíritus de la noche» con gravísimo perjuicio para la tierra, las personas y los animales. Así pues, aparte de perseguir a paganos, turcos y «herejes» ahora le tocaba hacerlo con las brujas y se ofrecieron recompensas por su captura. En la católica Offenburgo, por ejemplo, dos chelines por pieza (tres mil años antes el antiguo soberano babilonio Hammurabi amenazaba en el art. 2.º del código jurídico más antiguo del mundo, con la confiscación de sus bienes a quien hiciese una falsa denuncia de brujería).

Las nuevas víctimas fueron objeto de tortura sin límite. Los niños forzados a declarar contra sus madres y éstas contra aquéllos. La extorsión del tormento forzó a confesiones imaginarias con nombres de nuevas víctimas de las que el suplicio extraía nuevos nombres. Los desdichados eran amarrados en calabozos subterráneos a cruces de madera. Se les aherrojaba a muros en lugares abiertos; se les exponía a las ratas, a las peores inclemencias de la intemperie. Ni siquiera a los niños se les ahorran los malos tratos, pese a estar ya medio muertos tras ser violados por los eclesiásticos o por sus verdugos. Con cadenas se les colgaba al aire libre en lo alto de las torres haciéndoles pasar hambre y frío para asarlos después en el fuego. Como decía una fórmula contra las brujas: «El tormento te ha de dejar tan flaca que el sol pueda brillar a través tuya».

¡Hay que oír los gritos de los desgraciados! Hay que leer lo que algunos escriben desde las cárceles; mujeres a sus maridos; padres y madres a sus hijos: sus protestas de inocencia, sus adioses definitivos. Hay que conocer todo eso para saber que el demonio

es a veces un cristiano y viceversa, y la cristiandad, en palabras de Kierkegaard «un invento de Satán».

Una peste de ganado en el arzobispado de Salzburg condujo en 1678 a la quema de 97 mujeres. El obispo de Bamberg Fuchs von Dornheim asesinó hacia 1630 a unas 600 brujas y brujos, incluidos los cinco burgomaestres de la ciudad. Su primo, el arcipreste de Würzburgo, Adolfo von Ehrenberg, llevó unas 1200 brujas y hechiceros a la hoguera y sufragó después santas misas por sus almas. El arzobispo Juan de Tréveris liquidó en 1585 tantas brujas que en dos aldeas sólo quedaron vivas dos mujeres. «Media ciudad se perderá de seguro», se queja a mediados del siglo XVII un párroco de Bonn en donde la presión del arzobispo Fernando de Baviera desembocó, incluso, en la quema de niños de tres años a causa de sus «lascivos demonios».

Por doquier se liquida a las mujeres o, como lo cuentan las crónicas cristianas, se las «cauteriza», se las «limpia». «Habiendo despachado y ejecutado a la casi totalidad de las viejas —informa en 1582 el Landgrave Jorge de Darmstadt a su embajador ante la Dieta Imperial de Augsburgo— ahora le llega la vez a las jóvenes». Lo mismo arrojan al fuego a ancianos de cien años que a niños de cuna; a tullidos y a ciegos; a enfermos de muerte y a embarazadas; a grupos escolares enteros; incluso a eclesiásticos y a monjas. Los países sufrieron más que en la guerra y todo el que rechistaba contra aquella insensatez era considerado por ello como «patrocinador de brujas», escapando raras veces a la «cremación», por usar un término nazi ilustrado por una prolongada praxis eclesiástica: ¡En los obispados de Bamberg y Breslau había ya hornos crematorios para brujas!

Después de matar a aquellos desventurados, el clero les robaba su patrimonio, lo que no pocas veces constituía el verdadero motivo de muchos procesos contra herejes y brujas. Un deán de Maguncia hizo quemar a más de 300 personas en dos aldeas únicamente para incorporar sus tierras a su patronato. Un secretario de Fulda cuyo príncipe —abad era un conocido cazador de brujas, amenazaba particularmente a los ricos y blasonaba de haber llevado a la hoguera, durante un período de 19 años, a 700 personas de ambos sexos. Cada una de las numerosas sentencias de muerte del obispado de Augsburgo acababa con la fórmula: «Todos sus bienes recaerán en el fisco de la soberana gracia de su excelencia Señor Marquard, obispo de Augsburgo y preboste de Bamberg». Éste fue advertido así por el emperador Fernando II: «En lo tocante a la más que turbia confiscación, no podemos seguir permitiendo bajo ninguna circunstancia el dictamen de Su Excelencia».

También los inquisidores y confesores eran beneficiarios de las «primas de sangre». El juez de brujas Geiss no sólo pasó factura en Wetterau por el vino que «la comisión persecutora de brujas se había echado allí al colete en dos días», sino que además se embolsaba un tercio de las propiedades de sus víctimas. Aunque, finalmente, sólo la huida le permitió salvarse de la ira popular, después de su deposición exigió que se le continuase pagando su sueldo, anticipándose así a los jueces nazis que han obrado idénticamente en la R.F.A. El medio más rápido y fácil de enriquecerse, decía una frase al uso, era la quema de brujas. Cuando la perspectiva de botín se esfumaba, aquélla cesaba, a menudo, al momento.

La Reforma no sofocó esta locura. Al contrario. Los reformados

holandeses diezmaron bárbaramente a los católicos, saquearon y demolieron sus iglesias y monasterios. Arrojaron al fuego no sólo los crucifijos e imágenes de santos sino también a los sacerdotes y monjes. En 1527 los lansquenets luteranos abatieron en Roma a millares de papistas y a 200 de ellos en la misma basílica de San Pedro. A raíz de ello se enriquecieron con horribles extorsiones o, como ellos mismos creían, «se enriqueció la gracia de Dios hasta límites indescriptibles». Consecuentemente también tenían que matar brujas. Lutero, que veía por doquier a Satanás, estaba plenamente de acuerdo en reducir a cenizas a las «rameras del diablo», al igual que el papa o, en palabras suyas, que la «puerca papal», a quien quisiera ver crucificado en el patíbulo juntamente con todos los miembros de la Curia, por orden jerárquico y ello tras arrancarles la lengua hasta que les colgase por detrás del cuello. Y Calvino que imponía a sus críticos el silencio con la espada y el celo torturador y que también llevó a su Servet a la hoguera, reconoció gustoso los méritos del Consejo de Ginebra en la captura de brujas y advertía que «todavía hay muchas de esa especie» suplicando por lo tanto «el exterminio de esa raza».

Realmente, en muchos territorios protestantes murieron todavía más brujas que en los católicos. En la comarca de Braunschweig, cerca de Wolfenbüttel, en donde a finales del siglo XVI se quemaron hasta diez en un mismo día, los postes adonde se sujetaban las mujeres condenadas a la hoguera daban conjuntamente la impresión de un bosque carbonizado. La persecución no llegó a su culmen hasta después de la época de la Reforma. Todavía en la Europa del siglo XVIII cayeron víctimas de ella, presumiblemente, casi un millón de personas, mujeres en su mayoría. Y más tarde aún, a finales del siglo XVIII, el obispo

evangélico de Dalarne (Suecia), Troilo, se mostraba profundamente preocupado por «nuestra época indiferente y librepensadora», que no quería carbonizar ya más brujas.

La mujer fue decididamente preferida a lo largo de la historia del mundo cristiano y, una vez más, en contraposición a la actitud de Jesús. Todo comienza con Pablo, que sitúa al hombre muy por encima de la mujer, y con otros teólogos antiguos que únicamente ven en ella la criatura vil, carnal y seductora del hombre; la Eva pecadora sin más, a quien, como sugiere Jerónimo, hubiese sido mejor trasquilarse a fondo. A la que en ocasiones se le prohibió incluso cantar en la iglesia y con frecuencia el mismo acceso al templo y la comunión, bajo la amenaza de severos castigos, durante sus menstruaciones. La postergación permaneció vigente gracias a Lutero, inspirado en San Pablo, y a todas las discriminaciones del derecho civil hasta el siglo XX.

La Dieta Imperial Alemana rechaza todavía en agosto de 1918 el sufragio femenino. Hasta 1945 no obtienen las mujeres francesas el sufragio activo y pasivo. Y en el país del papa siguió habiendo, incluso después de ese año, una jurisprudencia distinta para cada uno de los sexos. Consecuente con ello el Tribunal Supremo de Italia decidió, hace poco, apelando a una vieja ley y en clamorosa contradicción con el texto constitucional que el adulterio del hombre no constituye delito; el de la mujer es, por el contrario, un crimen.

La pía persecución de paganos, musulmanes, «herejes» y brujas no satisfizo aún a la Iglesia. Había que añadir a los judíos.

Es claro que todo cuanto en el cristianismo no procedía de los

paganos, era judío —desde el Antiguo Testamento hasta el texto íntegro de la misa, pasando por las legiones angélicas, los primeros patriarcas, los profetas y hasta el «Padre Nuestro». Y sin embargo, precisamente porque los judíos no pudieron penetrar en el supuesto carácter cristiano de su fe, por ser «incorregibles», el odio cristiano contra ellos ardió en llamaradas a través de dos milenios.

También eso tuvo su inicio en Pablo, creció en el *Evangelio de San Juan* y se incrementó sin cesar. Casi todos los antiguos Padres de la Iglesia son antisemitas. Ya en el siglo II, San Justino, el más significado de los apologistas de la gran Iglesia reputó a los judíos como culpables no sólo de la injusticia que ellos mismos cometen «sino también, de un modo absoluto, de todas las que los demás hombres causan». El Doctor de la Iglesia Efraím, la «Cítara del Espíritu Santo», tilda a los judíos de naturalezas esclavas, de orates, de siervos del diablo, de asesinos; a sus dirigentes de criminales y a sus jueces de bribones. «Son —dice— 99 veces peores que los no judíos». El Doctor Juan Crisóstomo considera que los judíos «no son mejores que los cerdos o los machos cabríos» y da así su opinión de las sinagogas: «llámeselas prostíbulos, tugurios del vicio, asilos del demonio, castillos de Satán, abismo bostezante de toda perdición o como se quiera, el calificativo quedará siempre corto para lo que se merecen».

Nadie debe asombrarse por ello de que en el mismo siglo IV humeen ya los templos judíos y de que también los cristianos de Roma incendien ya una sinagoga; de que el obispo Inocencio de Dertona haga destruir una; de que incluso el Doctor de la Iglesia, San Ambrosio, se declare ardientemente solidario con los incendiarios de Canílico y afirme que hubiera también reducido a

cenizas la sinagoga de Milán si no la hubiese arruinado un rayo. Nadie debe asombrarse de que en el siglo V arda en llamas otra sinagoga de Roma, de que el patriarca de Alejandría, Cirilo, también santo y doctor, confisque todas las sinagogas del Egipto y de que, a instancias suyas, pero sin que tuviese ninguna potestad para ello, una turba popular asalte y destruya una sinagoga sita junto a su sede obispal, saquee las propiedades de los judíos y expulse a éstos con sus mujeres y niños, sin bienes ni alimentos y en un número que se supone superior a cien mil, quizá a doscientos mil. La primera «*Endlosung*» («Solucion final»).

Antes de que llegase a su fin la Edad Antigua, los sínodos van decretando una tras otra rígidas disposiciones antijudías hasta que el IV Concilio de Toledo ordena el año 638 el bautizo forzoso de todos los judíos que viven en España y el XVII Concilio de Toledo del año 694 declara esclavos a todos ellos, siéndoles confiscados todos sus capitales y arrebatados sus hijos a partir de los siete años.

Es cierto que seculares y eclesiásticos han protegido ocasionalmente a los judíos pero lo hicieron, generalmente, sólo por razones económicas o políticas. Bien se lo hacían pagar, exigiéndoles además, a menudo, que cambiasen de fe. Y una vez que los Padres de la Iglesia acuñaron, en las postrimerías de la Edad Antigua el término de la «servidumbre de los judíos», el *servitus judaeorum*, la concesión de salvaguardia de los últimos emperadores y reyes carolingios acarrearón una relación de creciente dependencia para los judíos, primero en la Francia Occidental, después en Inglaterra donde se decía el siglo XII: «Los judíos y todo lo suyo son propiedad del rey». Análogamente, en Alemania pertenecían a la «cámara» del emperador, quien se veía

a sí mismo como propietario del patrimonio de los judíos y, cuando menos, imponía una hipoteca perpetua sobre el mismo, cediendo su derecho en favor del episcopado, la nobleza y los municipios. A causa de ello, la situación de los judíos se tornó cada vez más insegura. Los obispos propiciaban sanciones violentas contra ellos aunque desfalleciesen moribundos ante sus ojos y únicamente les concedían su protección si se dejaban bautizar.

Todos los judíos se beneficiaron de la protección real de Enrique IV, con quien se inició la lucha de las investiduras, protección que duró 120 o 130 años a partir de 1103, pero eso no les valió de mucho. Por añadidura habían de pagar por ello elevados tributos anuales. Más aún, tras la elección de cada «Rey de Roma» y la coronación de cada emperador, tenían que entregar un tercio de su patrimonio por la «merced» de no ser quemados.

Si bien es cierto que varios papas los favorecieron con bulas protectoras, entre ellos Alejandro III a finales del siglo XII, Gregorio IX en 1237, Inocencio IV en 1247 (quien, sin embargo, hizo quemar el Talmud en 1244), también lo es que con otras bulas, en 1279, 1577, 1584 etc, los papas obligaron a los judíos hasta bien entrado el siglo XIX a escuchar regularmente sermones perfectamente diseñados para su conversión, durante los cuales se les impedía dormir a bastonazos.

«Quienquiera que nos infiera una injuria estima que ésta es máximamente justa y el más alto sacrificio que se puede ofrecer a Dios», hace constar Abelardo por boca de un judío en su obra *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*. «Cuando hemos de ir a cualquier lugar vecino hemos de pagar un cuantioso precio por los servicios de un custodio que no nos inspira, él mismo,

demasiada confianza. Los mismos príncipes que nos gobiernan y por cuyo patrocinio pagamos onerosamente están tanto más deseosos de nuestra muerte cuanto que tras ella nos arrebatan con toda libertad nuestros bienes... Se nos veda poseer campos y viñas u otros bienes raíces porque no hay nadie que nos los pueda proteger de atentados manifiestos u ocultos. Consiguientemente, la principal fuente de ganancia que nos queda es la de prestar a interés a los extraños... pero es eso, precisamente, lo que nos hace más odiosos frente a aquellos que se consideran abrumados por la carga usuraria...». Así se expresa el mismo personaje del libro de Abelardo.

En 1179 el III Concilio de Letrán decreta que aquellos «que muestren la insolencia de vivir con judíos, serán objeto de anatema». Inocencio llama a los judíos «esclavos malditos de Dios» y escribe al conde de Tolosa, a quien excomulgó: «Para oprobio de la cristiandad invistes a judíos con cargos públicos... El Señor te hará pedazos» y desea verlos perpetuamente esclavizados. El sínodo de Zamora dispone nuevamente en el año 1313 su reducción a la servidumbre y exige que las autoridades seculares apliquen esta disposición bajo amenaza del interdicto. En una palabra, los decretos antijudíos de la Iglesia se suceden ininterrumpidamente hasta el siglo XIX. Incluso León XII, que obtuvo la tiara en 1823 (otro papa tan moralista que prohibió el vals como danza obscena) establece nuevos *ghettos* y somete sus habitantes a la Inquisición.

No nos asombre el que el populacho cristiano, soliviantado por una agitación permanente, comenzase también a liquidar judíos. Éstos fueron matados a golpes, ahogados, arrollados por carros, hechos picadillo, descuartizados, quemados y enterrados vivos.

Con cuerdas y por los cabellos fueron arrastrados hasta las pilas bautismales. El alto clero participaba activamente en estos bautizos forzosos y a duras penas hallaba una persecución que les pareciese suficientemente dura.

Fueron las cruzadas las que condujeron a las primeras masacres de judíos. Aquéllas fueron financiadas en buena parte con dinero judío y, abatiendo a sus dueños, los cristianos quedaban libres de la devolución del capital y del pago de intereses. Para empezar, los cruzados expoliaron a la comunidad judía de Rúan, arrasaron a fuego sus casas, degollaron a sus habitantes. Después asesinaron asimismo a los judíos renanos de Colonia, Worms, Tréveris, donde el obispo Egilberto solamente salvó a los que se dejaron bautizar, siendo asesinado el resto. El arzobispo Ruthard, que había prometido protección a los judíos de Maguncia por una buena suma, dejó, sin embargo, que los liquidasen muriendo entre 700 y 1200 de ellos. También se les asesinó en Ratisbona, Praga y otras ciudades. A raíz de la conquista de Jerusalén el 15 de julio del año 1099 en cuyo transcurso los cruzados chapotearon, al parecer, en sangre que llegaba hasta las rodillas o incluso hasta las sillas de los caballos, se acosó a la población judía hasta abarrotar con ella la sinagoga donde se les quemó vivos.

También en las denominadas segunda y tercera cruzada se produjeron persecuciones de judíos y Pedro el Venerable, abad de Cluny, otro santo, las atizó en Francia, mientras que en Alemania sembraba el terror el monje Rodolfo. En Inglaterra, las carnicerías comenzaron con la tercera cruzada de 1189-90 y las comunidades judías no se han recuperado del todo de sus consecuencias.

Las erupciones de odio antisemita que convulsionaron a toda

Europa en los siglos XIII y XIV tuvieron su principal punto de partida en los concilios de Letrán.

El IV Concilio de Letrán, presidido por Inocencio III, el papa más poderoso de la historia —quien en 1205 escribía al obispo de París: «El judío es como un ardor en el pecho, como un ratón en el saco, como una serpiente en el cuello»— ratificó, remitiéndose a San Agustín, el aserto de que a los judíos les corresponde una existencia de servidumbre, un status de esclavos y promulgó una serie de decretos antijudíos. Se les vetó el acceso a cargos públicos. Se les impuso el pago de un tributo especial para la Pascua, época en la que debían estarse en casa y cerrar su tienda. No podían convivir con cristianos y debían portar determinadas ropas y distintivos como unas caperuzas, los llamados gorros hebreos, y, más tarde, una pieza anular amarilla, origen de la estrella impuesta por Hitler. Severos castigos vetaban la relación sexual entre judíos y cristianos. Esa cohabitación, que también los nazis volvieron a considerar abominable, se juzgaba crimen contra el cristianismo, apostasía y, en ocasiones, como bestialismo. El derecho municipal de Maguncia lo castigaba con la castración y la pérdida de un ojo. El de Iglau con el entierro en vida. El de Praga con el empalamiento y confiscación del patrimonio. El de Augsburgo y el fuero de Suabia con la quema de los culpables, el uno sobre el otro.

En 1235 fueron inmolados 34 judíos, hombres y mujeres, porque dos de ellos habían, supuestamente, asesinado a cinco niños cristianos, cosa que una comisión imperial demostró ser completamente insostenible. En 1257 y 1267 fueron aniquiladas las comunidades judías de Londres, Canterbury, Northampton, Lincoln, Cambridge y otras ciudades. En 1283 los judíos de Castilla

—presumiblemente 300 comunidades— fueron encarcelados exigiéndoseles, mediante extorsión, unas tributaciones insólitas: aparte de la expulsión, método al que se recurría en numerosas ocasiones, un obispo o un dignatario secular ansiaban más dinero. Entre 1182 y 1322 los judíos de Francia fueron expulsados y expoliados cinco veces sucesivas. En 1290 un *pogrom* costó la vida a 10 000 judíos de Bohemia.

En 1298, tras la acusación de haber practicado un asesinato ritual, parecen haber sido exterminadas 146 comunidades judías de Franconia y de Austria siendo la de Würzburgo, Franconia, la primera comunidad en caer víctima de aquella persecución: 900 judíos muertos. La católica Bamberg mató entonces a 137 judíos. La católica Nuremberg a 628 entre hombres, mujeres y niños. En 1328 fueron liquidadas, casi al completo, las comunidades judías de Navarra. En 1337 una ola de asesinatos que partió de Deggendorf se extendió por Baviera, Bohemia, Moravia y Austria, afectando a 51 localidades. En 1348 los judíos de Basilea fueron quemados en una isla del Rin; los de Estrasburgo en el cementerio.

En el año 1349 la casi totalidad de los judíos de 350 ciudades y aldeas alemanas fueron exterminados. Casi todos ellos quemados vivos. En ése sólo año los cristianos asesinaron un número de judíos muy superior al número de cristianos que cayeron otrora en las persecuciones de que fueron objeto en la Antigüedad. Muchos judíos podrían haberse salvado a través del bautismo, pero prefirieron casi siempre el martirio a vivir como católicos. Estos últimos asesinaron en Maguncia a la comunidad judía más numerosa de Alemania, a 600 personas. Tras el asesinato de los judíos de Nuremberg, sus casas fueron confiscadas, sus bienes

incautados y el obispo de Maguncia se embolsó de ahí 800 guldas. En Bamberg mismo una parte de los judíos fue degollada. Otros se suicidaron incendiándose con todo su ajuar. El obispo Federico retuvo la casi totalidad de las casas para sí y la sinagoga fue transformada en capilla de María. En Würzburgo, casi toda la comunidad judía se quemó a sí misma en sus domicilios.

En España, las grandes masacres de judíos del siglo XIV se iniciaron con horribles orgías de sangre en Gerona y Barcelona. En 1391, en Sevilla y por determinación del arzobispo Martínez fueron eliminados 4000 judíos y unos 25 000 vendidos como esclavos. El *pogrom* se extendió a continuación a numerosas otras ciudades en las que las juderías fueron reducidas a cenizas y sus habitantes despedazados o expulsados.

El 1 de noviembre de 1478 una bula de Sixto IV autorizó a los soberanos españoles a constituir un tribunal de la Inquisición, encargado, el 17 de septiembre de 1480, de iniciar su «trabajo» en Sevilla. A raíz de ello las quemas se celebraron en público, como auténticas fiestas populares. Viviendo aún Sixto la Inquisición quema en Toledo, en sólo tres días, a 2400 «marranos», denominación aplicada a los judíos convertidos al cristianismo. En poco tiempo parecen haber sido ejecutados casi 30 000.

En Praga, en una sola noche del año 1398 se inmola a 3000 judíos y en 1420, en Austria, a 1300. Después que el general de los capuchinos, Capestrano —un furibundo antisemita y predicador de cruzadas, inquisidor y santo de la Iglesia, que sigue celebrando su festividad el 28 de marzo—, agitate Silesia en 1453, todos los judíos fueron ejecutados. En Polonia matan a unos 200 000 en 1648. Estas cifras son sólo una parte del total.

La Reforma no alteró en nada el antisemitismo cristiano. Al revés. Tras una fase filosemita en la que los judíos, entusiasmados por Lutero, anunciaron la alborada del tiempo mesiánico, el Reformador recomendó en panfletos de la peor especie «dura misericordia» y asumió, elocuente, casi seductor, todas las mentiras y fábulas de atrocidades del catolicismo, tanto la de los supuestos envenenamientos de fuentes, como la de los asesinatos rituales de niños. Equiparó los judíos a los cerdos; los consideró peores que «una puerca»; requirió la pena de muerte en caso de que ejerciesen su culto divino; exigió la prohibición de sus escritos, la destrucción de sus casas, el arrasamiento a fuego de sus escuelas y sinagogas para que «nadie pueda ver en toda la eternidad ni una piedra ni un cascote de las mismas. Hay que proceder así en honor a Nuestro Señor y de la cristiandad, para que Dios vea que somos cristianos».

Hasta poco antes de su muerte, incluso, Lutero agujijoneaba a los soberanos para que expulsasen a los judíos cuando, por lo demás, ya habían sido expulsados de casi todas las ciudades importantes alemanas.

La Contrarreforma, que arrancó en 1540 con la fundación de los jesuitas —éstos exigían de cada uno de sus candidatos la inexistencia de sangre judía de su árbol genealógico hasta la quinta, más tarde hasta la tercera generación— se dirigió de modo especialmente fanático contra los judíos. Siendo todavía cardenal Carafa, Pablo IV había ordenado quemar ante sus propios ojos todos los ejemplares del Talmud que se pudieron hallar —algo que hizo rápidamente escuela en Italia— quema efectuada en 1553 en el Campo dei Fiori (allí donde unas décadas después quemaron también a Giordano Bruno, uno de los mayores genios de la Edad

Moderna). Este papa renovó todo un repertorio de leyes medievales antijudías, obligando a los judíos a llevar gorros amarillos; prohibiéndoles poseer bienes inmuebles y tener empleados cristianos; excluyéndolos de todos los rangos académicos —disposiciones que, con apenas alguna excepción, han estado vigentes en Italia hasta el siglo XIX. Además hizo quemar públicamente en Ancona a 24 hombres y una mujer, todos ellos «marranos». Cuando muchos de éstos, tras el descubrimiento de América, emigran rápidamente al Nuevo mundo, el viejo les siguió al punto con sus espantosos Autos de Fe.

El destino de los judíos mejoró en Francia gracias a la Revolución y los acontecimientos de 1848 lo mejoró también en casi todos los estados alemanes, aunque no en Baviera. En Rusia, sin embargo, donde en el siglo XIX vivían dos tercios de la totalidad de los judíos del mundo, descendientes en su mayoría de los que en la Edad Media huyeron de los cruzados y otros piadosos, se produjeron *pogroms* provocados por la doctrina, la conducta o la instigación directa del clero ortodoxo. No es casual que los desmanes antijudíos de 1881 comenzasen en la Pascua. En los años siguientes se les mata a golpes o se les expulsa. En 1903 se les echa de 284 ciudades rusas a una señal dada por el repique de campanas o, en ocasiones, a la dada por un pope portador de una bandera con el Cristo crucificado. Unos 50 000 fueron asesinados con la aquiescencia del gobierno.

También en el Occidente persiste el antisemitismo, produciéndose nuevas acusaciones de asesinatos rituales, nuevos suplicios y derramamientos de sangre. El Estado Pontificio restablece el sistema de *ghettos* hasta el último detalle. En Alemania se funda a finales del siglo XIX una liga antisemita cuyo dirigente será A.

Stoecker, el predicador protestante de la corte de Berlín. La revista protestante *Kreuzzeitung* (El Periódico de la Cruz) y la católica *Germania*, ejercen de modo especial su papel de libelos de agitación antisemita. Accionista principal de la última: el futuro lugarteniente de Hitler y camarero papal, Franz von Papen.

Siguiendo el ejemplo alemán, también en Austria se fundó un «Partido Antisemita» cuyos dirigentes, el príncipe Licchtenstein y K. Lueger obtienen el placet papal antes de las elecciones. Lueger sería alcalde de Viena por muchos años y el antisemitismo el único punto firme del programa de la Austria «cristianosocial», cuyo «engendro inmediato» (a juicio del católico F. W. Foerster en una publicación de la editorial católica Herder) sería A. Hitler.

Cuando este; recibió el 26 de abril de 1936 en Berlín al obispo Berning acompañado del Vicario general, el prelado Steinmann, les dijo: «Se me ha atacado por el modo de abordar la cuestión judía. La Iglesia Católica ha visto en los judíos, a lo largo de 1500 años, a unos parásitos. Los ha confinado en *ghettos etc.* Ha comprendido bien lo que son. Yo retomo la línea de lo hecho en esos 1500 años... En los representantes de esa raza yo veo parásitos del Estado y de la Iglesia y con ello presto tal vez el mayor de los servicios al cristianismo».

Los prelados no replicaron ni con una sola palabra. Era cabalmente el mismo mes en el que el teólogo editor de la revista mensual *Seele* (Alma) se quejaba al cardenal muniqués Faulhaber de que «en estos días en que se atiza un odio radical contra los conciudadanos judíos, de los que más de un 99% son con seguridad inocentes, no hay, por lo que veo, ni una sola publicación católica que tenga el valor de proclamar la doctrina

del catecismo católico, que no permite odiar o perseguir a ningún hombre, menos aún a causa de su raza». Faulhaber replicó perplejo, irritado, irónico, declarando que todo cristiano debía hacer frente a la persecución de los judíos, pero que los «altos organismos de la Iglesia», por el contrario, tenían que habérselas con «problemas actuales mucho más importantes» y no querían dar pie «a que el gobierno trocase la insidia contra los judíos en una insidia contra los jesuitas».

Pero era la Iglesia Católica, justamente, la que había fomentado y practicado a cada paso la insidia contra los judíos. Todavía un papa del siglo XX, Pío X, hizo una manifestación literal como ésta: «La religión judía fue la base de la nuestra, pero fue reemplazada por la doctrina de Cristo y *no podemos adjudicarle su pervivencia ulterior*». Hasta el papa de la Segunda G. M., Pío XII, era por ello resueltamente contrario al establecimiento del Estado de Israel. Una vez fundado, apremió «una y otra vez en pro... de la internacionalización de Jerusalén y de los Santos Lugares en toda Palestina. El Vaticano no ha reconocido nunca a ese Estado y, consecuentemente, no tiene relaciones diplomáticas con él» (G. Stemberger).

Durante el período hitleriano la Iglesia Católica sacó a menudo provecho del antisemitismo y de las teorías racistas de los nazis.

Por ello, en el libro del teólogo católico J. P. Junglas *Cristo y el hombre alemán*, aparecido en 1935, figura todo un capítulo sobre *El Cristianismo y la raza* que trata la cuestión con enfoques científicos, políticos e ideológicos. Entre las apreciaciones científicas hallamos lo siguiente: «Desde el punto de vista de la Iglesia no hay nada que objetar al nuevo planteamiento de la

cuestión, pues la Iglesia bendice toda aspiración a la verdad, de forma que también saluda esta nueva ciencia...». En el enfoque político se censura, incluso, «con desolación» el que «bajo la agobiante penuria económica muchas personas con una herencia biológica sana tienen que permanecer solteros o con escasa prole mientras que personas hereditariamente enfermas se multiplican sin trabas, lastrando a nuestro pueblo con hombres mental y físicamente inferiores».

El tercer enfoque, el ideológico, nos adoctrina así: «De hecho ha sido precisamente la raza judía la que desde un principio se opuso al cristianismo con suma hostilidad. En el evangelio actual es el mismo Salvador (!) quien proclama el repudio de Israel... Dice el Salvador "...pero los hijos del Reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde será el llanto y crujiir de dientes"». La Iglesia Católica es ensalzada como «Iglesia de los pueblos paganos». Todos los valores raciales son reputados como buenos y realizados pero «según documenta la teoría racial... el espécimen más noble del hombre nórdico que haya aparecido hasta ahora en el mundo es el estamento caballeresco de la época medieval de los Hohenstaufen» siendo así que «precisamente ese estamento se configuró bajo la influencia de la Iglesia cristiana».

El libro de sermones del teólogo K. Metzger *Predicación viva* publicado en 1936 con Imprimatur nos brinda un capítulo para el Domingo de la Pasión titulado *Acerca de la superioridad de los cristianos de raza* que incluye, a su vez, la sección «La sangre de Cristo superó la religiosidad judía». Tras poner de relieve la «racialidad», los «cristianos de raza», los santos, se dice sumariamente: «La religión judía debía ser superada. Cristo puede preciarse de haber consumado esa obra sobrehumana... Quien

vive en la sangre de Cristo supera paulatinamente en sí mismo el espíritu y las formas de una religiosidad judía meramente externa».

Todavía en 1941 el jesuita P. Browe documenta detalladamente en el *Archivo del Derecho Canónico Católico* la situación jurídico-canónica de los judíos bautizados y sus descendientes, los «vástagos de judíos», como se reitera a cada paso. Pues si bien éstos no fueron discriminados ni de iure ni de facto en las edades antigua y media, el devastador menosprecio de los judíos por parte de los cristianos, especialmente los de España y Portugal, acabó por afectar a estos «cristianos nuevos».

Desde los años de la transición del siglo XV al XVI estos «vástagos de judíos» fueron excluidos de la mayoría de las órdenes militares, por ejemplo, de la de Alcántara y de la de Santiago. Fuera de la Península Ibérica se les excluyó de la Orden de Caballeros de San Juan, de los Cavalieri de San Stefano. Pero también las otras órdenes procedieron en la época postmedieval a actuar contra los cristianos de sangre judía tales como los canónigos regulares, los trinitarios y los mercedarios, los carmelitas, los benedictinos, los cirtercienses, los eremitas de San Jerónimo, los franciscanos, los teatinos, los dominicos. Lo hicieron ante todo «para poder entrar al servicio de la Inquisición». Evidentemente, los inquisidores debían tener una sangre especialmente limpia.

El fundador de los jesuitas se mostró ciertamente reservado en la admisión de «vástagos de judíos», pero manifestó en dos ocasiones que él reputaba como un gran favor por parte del Señor la descendencia de judíos, pues «¿cómo no considerar un gran favor el estar emparentado con Nuestro Señor y nuestra amada

Señora?»). No pasó mucho tiempo, sin embargo, y los superiores de los jesuitas de la península excluyeron ya en 1592 a personas de linaje no limpio de sangre... «pues tenemos que mantener a la Compañía limpia de aquéllos, ya que sólo son una carga, acarrear perjuicios y escandalizan a muchos círculos serios y, en especial, al Santo Oficio». Un año más tarde, en 1593, la Quinta Congregación General reunida en Roma extendió la prohibición, por voto cuasi unánime, a toda la compañía, sin que el propio general de la misma pudiera bajo ningún concepto impartir dispensa al respecto. Los generales jesuitas resolvieron en numerosas ocasiones que no fuesen admitidos candidatos cuya ascendencia judía era conocida «incluso cuando sus antepasados hasta la decimosexta generación, o más atrás aún, hubiesen sido buenos cristianos... ni siquiera cuando de entre ellos hubiesen salido dos cardenales».

El jesuita Browe concluye su investigación el año 1941: «Según el derecho común actual este obstáculo vinculado a la sangre ha desaparecido. Sólo para los recién bautizados persiste según el Cap. 9876 un plazo de prueba que ya exigió el Concilio de Nicea. Todavía hoy, sin embargo, los descendientes de judíos cuyo linaje es conocido no lo tienen sin más tan fácil como otros candidatos, cuyos padres y antepasados fueron “cristianos viejos”, a la hora de ser admitidos en el clero o acceder a las dignidades más elevadas».

La Iglesia Evangélica de Alemania, que ya en 1933 había establecido en sus estatutos una disposición proaria y antijudía, publicó en 1941 la siguiente notificación (firmada por los obispos o, en su caso, por los presidentes de las iglesias de los Estados de Sajonia, Hesse, Mecklenburg, Schleswig-Holstein, Anhalt, Turingia

y por el presidente de la Iglesia Evangélico-luterana de Lübeck) acerca de la situación eclesiástica de los judíos evangélicos:

La autoridad alemana nacionalsocialista ha demostrado irrefutablemente con numerosos documentos que esta guerra de dimensiones mundiales ha sido maquinada *por los judíos*. Es por ello por lo que tanto en el interior como hacia el exterior ha adoptado aquellas decisiones y medidas contra el judaísmo, necesarias para garantizar la vida de los alemanes.

Como miembros de la comunidad del pueblo alemán, las iglesias evangélicas alemanas de los distintos Lander infraescritas están en la primera línea de este histórico combate de defensa que, entre otras cosas, ha hecho necesaria la Orden Policial del Reich con su calificación de los judíos como *enemigos natos del mundo y del Reich*, al igual que el Doctor M. Lutero, después de amargas experiencias, planteó la exigencia de adoptar las medidas más rigurosas contra los judíos y expulsarlos de los territorios alemanes.

Desde la crucifixión de Cristo hasta nuestros días, los judíos han combatido el cristianismo o bien han abusado de él o lo han falsificado siguiendo propósitos egoístas. El bautismo cristiano en nada modifica la peculiaridad racial, la pertenencia étnica o la naturaleza biológica de un judío. Una Iglesia Evangélica alemana ha de cultivar y promocionar la vida religiosa de los miembros de la etnia alemana. *Los cristianos de etnia judía no tienen en ella cabida y no pueden poseer derecho alguno.*

Las iglesias evangélicas infrascritas y sus dirigentes han disuelto por ello cualquier nexos comunitario con los cristianos judíos.

Estamos resueltos a no transigir con ninguna influencia del espíritu judío en la vida religiosa y eclesiástica alemana».

He aquí el camino que conduce directamente a las cámaras de gas de Auschwitz, camino preparado por millares de tratados, sermones, cartas papales y resoluciones conciliares.

Los obispos y los santos cristianos confiscaron y quemaron, ya en la Antigüedad, incontables sinagogas. Ya en esos tiempos escribieron que el padre de los judíos es el demonio, afirmación repetida después por Streicher<sup>[4]</sup>. En el s. IX se anticipa literalmente la consigna que después repetirían los nazis: «No compréis nada a un judío». También la estrella judía de Hitler halla su precedente en la Edad Media y la pertinente disposición conciliar fue declarada parte integrante del derecho canónico. Fue la Iglesia la que privó ya de derechos a los judíos, la que los despojó, recluyó en juderías, la que los expulsó de innumerables municipios y países y la que los masacró a cientos de miles.

Como quiera que la Iglesia combatió contra todo y todo lo explotó, así lo ha hecho y no en grado ínfimo con su propia grey. La siguiente digresión sociohistórica debe demorarse en esta cuestión de modo algo más prolijo aunque sólo sea por el hecho de que los enormes intereses financieros del alto clero hicieron ineludible su alianza con los estados y su obligada sanción al asesinato masivo —desde Constantino hasta Vietnam—. Cuando la Iglesia tomó partido por los ricos, tomó también la espada de éstos... y bien pronto ella misma devino más y más rica.

El Jesús bíblico apareció, en verdad, como amigo de los parias y los desheredados, de los publicanos y los pecadores, de los enfermos,

los tullidos, los estigmatizados. Ensalzó a los pobres y amenazó a los ricos. Exigió renunciar a toda posesión. Condenó al «injusto dios de la riqueza», al «fraude de la riqueza» y su Buena Nueva para los oprimidos favoreció de seguro la rápida extensión de la acción misionera cristiana atrayendo especialmente a esclavos y libertos, a los obreros y pequeños artesanos, a campesinos proscritos, sectores que componían mayoritariamente el cristianismo más antiguo. Sojuzgados por el capitalismo agrario y por la dictadura de los Césares romanos, estos hombres habían anhelado, generación tras generación, la redención de su miseria y en el cristianismo veían no sólo un ideal religioso sino también el cumplimiento de las esperanzas proletarias, la liberación de los apremios económicos.

Posteriormente, sin embargo, al clero no se le pasó ni siquiera por la mente la idea de modificar las estructuras sociales. Si bien la doctrina de Jesús era revolucionaria hasta el límite, la Iglesia se fue configurando como un poder puramente conservador que iba quebrantando el radicalismo evangélico mediante compromisos y relativizaciones cada vez mayores hasta desechar completamente las tradiciones sociales del cristianismo primigenio y asumir íntegramente el sistema económico de la Antigüedad.

La muestra más crasa de ello es su estricto mantenimiento de la esclavitud, para lo cual Pablo dio ya la consigna: puesto que todos han de permanecer en el estado en que se hallan, también el esclavo en su esclavitud. Más aún, en el s. II el obispo Ignacio exige que en honor de Dios el esclavo aporte sus servicios con celo acrecentado. El Doctor de la Iglesia Ambrosio denomina la esclavitud «obsequio divino». Y Agustín, que está resueltamente de parte de quienes dominan y propagan el ideal de la «pobreza

rica en fatigas del trabajo» —seguir en la pobreza y trabajar mucho es uno de sus consejos más básicos para los pobres—. ¡Consuela, por una parte, a los esclavos (como mutatis mutandis también todas las encíclicas sociales de los últimos cien años) con el designio divino de su destino y por la otra hace ver a sus amos cuántas ventajas resultan de semejante adoctrinamiento de aquéllos!

La equiparación *religiosa* de los esclavos, reconocida ya mucho antes por el culto a Dionisos, se perdió nuevamente en el año 257 en el mundo cristiano cuando el papa Esteban I les vetó el sacerdocio. «¡Como si un vil esclavo —escribe en el año 443 el papa y Doctor de la Iglesia León I “el Magno” — fuese digno de ese honor!». Pues si bien en la época pagana, y por cuenta especialmente de la doctrina estoica sobre la igualdad de los hombres, se había producido al final un ligero viraje en favor de los esclavos, la Iglesia volvió a endurecer su situación jurídica en el s. IV. Y no se limitó a participar de forma preponderante en la posesión de esclavos sino que —algo inusitado hasta entonces— hizo imposible su manumisión. En tanto que «bien de la Iglesia» resultaban inalienables. Y hay más: de siglo en siglo se impusieron nuevas esclavizaciones de modo que la esclavitud se mantuvo a todo lo largo de la Edad Media. Tomás de Aquino la justifica explícitamente. Egidio Romano la ensalza como «institución cristiana».

Esta institución cristiana experimentó un nuevo auge al final de la Edad Media, en la Europa del Sur. Y de todas las ciudades occidentales, la Roma papal fue, como es lógico, la que se aferró a ella por más tiempo. Algo no tan fácil de justificar como de entender, sin duda, a la vista de sus ingentes propiedades, pero

que resulta grotesco si se piensa en Jesús y en el «comunismo del amor» de los apóstoles, retomado por numerosas sectas cristianas y, no se olvide, por muchos Padres y Doctores de la Iglesia tales como J. Crisóstomo que exigía siempre la comunidad de bienes en vez de la propiedad privada y ordenaba poseer todas las cosas en común. O como el Doctor de la Iglesia Basilio, uno de los mejores cristianos de todos los tiempos, que regaló todo su patrimonio a los pobres y después una herencia inmensa, entregando finalmente a los necesitados la parte principal de las rentas de su rica diócesis; un cristiano que equiparaba a ladrones a todos los cristianos que guardaban todavía alguna posesión. Pese a lo cual, mientras estos doctores criticaban radicalmente el sistema económico capitalista exigiendo su abolición desde su misma base y predicando el «comunismo del amor» de la comunidad primitiva como doctrina cristiana fundamental, la Iglesia se convirtió en el negocio de explotación más monstruoso de todos los tiempos. Y por añadidura en el más desvergonzado.

El patrimonio eclesiástico aumentó colosalmente ya bajo los primeros emperadores cristianos. En el s. VI se recauda el diezmo eclesiástico, fijado legalmente por Carlomagno y percibido hasta bien entrado el s. XIX. En el s. VIII la Iglesia obtuvo su propio Estado gracias al fraude y a la guerra. Y durante la Edad Media no menos de un tercio del suelo europeo total se hallaba en manos del clero siendo cultivado por siervos de la gleba.

Antes que la mayoría de las cortes, la Curia substituyó la economía en naturales por la monetaria y evolucionó prestamente, en estrecho contacto con los bancos que emergían entonces, hasta convertirse en uno de los poderes financieros más importantes del mundo. Recaudaba los pagos valiéndose de la excomunión o del

interdicto y contra los deudores morosos lanzaba a los soberanos haciendo a éstos participar proporcionadamente en la ganancia. En las bóvedas del castillo papal de Avignon «la ciudad más repulsiva y más sucia —escribió Petrarca— que yo haya conocido jamás» se amontonaban tesoros de todo el orbe. Alvarez Pelayo, curial de probada fidelidad al papa, afirmaba que cada vez que entraba en las estancias papales halló a los soberanos espirituales contando el dinero.

Ya hacia el año 1000 el obispo de Orleans censura la «vergüenza» de que casi todo sea venal en la Curia y que sus dictámenes se midan según su peso en oro. En el s. XIII se queja así el obispo Jacobo de Vitry: «Todo versa en torno a lo terrenal, a lo temporal, a reyes y a reinos, a procesos y litigios. Apenas se permite una conversación sobre asuntos espirituales». A finales del s. XV Savonarola clama en Florencia: «negocian con prebendas y venden hasta la misma sangre de Cristo». Ya a mediados del s. XX el sacerdote obrero H. Perrin se asombra de «qué pocas veces los círculos cristianos han tomado en serio la cuestión obrera. Año tras año únicamente charlatanería beata», algo que testimonian palmariamente las «encíclicas sociales» *Rerum Novarum* (1891), *Quadragesimo Anno* (1931) y también la *Maíer et Magistra* (1969) que solamente es más suave en el tono, pero defiende en el fondo los mismos intereses.

Al mismo tiempo, sin embargo, Pío XII (quien también escribe refiriéndose al obrero y al patrono: «Son colaboradores en una obra común. Diríamos, casi, que comen en una misma mesa. Pues en último término viven del producto total de la economía de su país») afirma: La Iglesia de Cristo sigue el camino que le señaló su divino Redentor... Ella no se mezcla en cuestiones puramente

políticas y económicas. Pero dejando de lado el hecho de que sus propiedades en tierras —muchos millones de hectáreas en total, que en algunos países representan hasta el 20% de toda la tierra cultivable— siguen siendo las más cuantiosas en todo el orbe cristiano y que posee toda una serie de los bancos romanos más influyentes y que en Europa así como en ambas Américas participa en un conjunto impresionante de empresas industriales, de las que algunas incluso le pertenecen en gran medida, como la compañía Alitalia, la compañía aérea predominante en Italia, o la empresa automovilística Fiat (mientras que anualmente mueren de hambre y se hallan sin hogar tan sólo en Sudamérica, donde vive un tercio de los católicos, el 30% de la población). También los tres sobrinos de Pío XII, titulares de altas dignidades vaticanas, presiden importantes bancos y monopolios y durante el pontificado de su tío rapiñaron —apenas si hubo un escándalo financiero en el que no estuvieran presentes— una fortuna de aproximadamente 120 millones de marcos alemanes. Y el papa Pacelli mismo, que aguarda su canonización, dejó tras su muerte un tesoro personal de 80 millones de marcos alemanes en valuta y en oro.

En verdad que entre todos los curiosos santos de la Iglesia Católica —y entre ellos los hay que son famosos falsificadores de documentos como el Doctor de la Iglesia Atanasio (El título de Doctor de la Iglesia es la más alta distinción para los católicos y sólo dos de los 260 papas lo han obtenido), famosos especialistas en el soborno como el también Doctor Cirilo de Alejandría, famosos ladrones e incendiarios como Martín de Tours, santo patrón de los franceses— entre todos los curiosos santos de la Católica, repito, Pacelli sería uno de los más curiosos, caso de su canonización. Y no sólo a la vista de Lc. 12,33 o 14,33, o bien de las

palabras del también Doctor J. Crisóstomo: «No es posible *hacerse* rico sin injusticia» y «es imposible, lo que se dice imposible *ser* rico con honor».

Los papas lo convirtieron casi todo en dinero y siglo tras siglo dieron un ejemplo de corrupción y podredumbre máximas. A pesar de estar prohibido, vendieron cada sede obispal, cada sede abacial, cada canonjía. Más aún, vendieron ya la misma postulación a la misma, incluso a varios candidatos al mismo tiempo imponiendo a cada uno una tasa según lo probable de sus expectativas. No hubo bula, merced, documento y decisión que no vendiesen. Vendieron las reliquias más sagradas y ya en la Antigüedad las exportaron en masa, pues a partir del siglo IV en Roma se fabricaban reliquias de paño como en fábrica. La iglesia palaciega de Wittemberg tenía hacia 1510 no menos de 5500 reliquias y tras investigar caso por caso a 19 santos se hallaron, dispersos por iglesias y conventos de la actualidad, 121 cabezas y 136 cuerpos de los mismos así como un formidable repertorio de otros miembros. «El prepucio de Cristo —escribió Alfonso de Valdés— lo he visto yo personalmente en Roma, Burgos y Amberes (al parecer hay un total de 14 ejemplares)...tan sólo en Francia hay ya 500 dientes del niño Jesús. En muchos lugares se conserva la leche de la Virgen y en otros las plumas del Espíritu Santo».

Es así como engatusaron al pueblo durante bastante más de un milenio. No es de extrañar que aquél, incluso en el siglo XX, se deje embaucar por cualquier patraña ideológica. Ni extraña tampoco que los jerarcas, ya desde la época de los apóstoles y de un modo más encarnizado aún que el de los nazis, hayan prohibido y, quemado incluso, toda literatura crítica y que durante medio

milenio hayan llegado a prohibir «por todos los medios» que los legos lean el Libro de los libros, y, especialmente, los evangelios. Tal fue, por ejemplo, el caso en la sede obispal de Würzburg donde en el siglo XVI y bajo el pontífice Julio III se llegó a cortar la cabeza a los campesinos que leían la Biblia. Algo que ni siquiera los nazis tuvieron que hacer con *Mein Kampf* pues aquella obra contenía lo que ellos realmente ponían en práctica.

Los papas se embolsaban arriendos e intereses derivados de sus derechos de soberanía, de las iglesias, conventos y ciudades sometidas a su inmediata autoridad, de países enteros que les eran feudatarios. Se embolsaban todas las propiedades de los «herejes» condenados en el Estado Pontificio y asimismo la décima parte de los ingresos de todas las iglesias del mundo y bastante más de algunas de ellas. Se embolsaban los ingresos de los obispos suspendidos de su cargo y los bienes de todos los clérigos muertos sin testamento. Cobraban dinero por la concesión y confirmación de coronas reales, por las visitas obligatorias de los príncipes eclesiásticos a las tumbas de los apóstoles, por desistir de inspecciones no deseadas. Cobraban ingentes sumas de soborno, practicaban un comercio ubérrimo con las indulgencias y con creciente frecuencia proclamaban años de jubileo, tan lucrativos que ocasionalmente había que usar un rastrillo para retirar el dinero de los altares. Elevaron a cada paso los impuestos y continuamente inventaron otros nuevos. El papa Urbano VIII creó nada menos que diez. Inventaron diezmos para cruzadas que nunca tuvieron lugar y con ello financiaron lo que les apetecía: Juan XXII, uno de los más grandes genios del dinero de toda la historia, financió así su lucha contra Luís de Baviera. Gregorio IX su guerra de muchos años contra Federico II, cuyo reino invadió cuando el emperador se hallaba cabalmente en

una cruzada. Bonifacio IX anuló en 1402 todas las postulaciones a cualquier tipo de prebenda, tan sólo para extorsionar de nuevo a todos los que ya habían pagado por ello. El papa Sabiniano almacenó trigo y en el año 605, en tiempos de hambre, lo revendió a precios de mohatrero. El papa Sixto VI, un antiguo franciscano, que asaltaba sexualmente a su hermana y a sus propias hijas, fundó prostíbulos en Roma, los arrendó a cardenales y gravó a las prostitutas con un impuesto especial. Más aún, Benedicto IX, después de dilapidar todo lo que tenía algún valor, le endosó en 1045 la misma dignidad papal a Gregorio VI a cambio de una renta vitalicia.

Los papas, como la mayoría de los potentados, invirtieron grandes sumas para gastos de representación, en lujo, amantes, sobrinos, hijos e hijas. Edificaron iglesias, que el mundo sigue admirando hoy, con el dinero de sus pillajes, con ganancias usurarias o con el embuste de las indulgencias. Eugenio IV adquirió una corona por valor de dos millones de francos, Pablo II piedras preciosas por un valor de 8 a 10 millones de francos y León X («¡jocemos de un pontificado alegre!») derrochaba tan sólo para sus placeres de mesa de diez a doce mil ducados semanales. Nicolás III dio un principado tras otro a sus parientes y otros «vicarios», prodigaron la gigantesca suma de diecisiete millones de escudos de oro tan sólo en los primeros 75 años del siglo XVIII. Para qué seguir contando... Todo parece, sin embargo, indicar que el dinero se convirtió para ellos, y de forma creciente, en un medio decisivo para su poder, en lo que ha sido su instrumento de gobierno más importante hasta hoy, cuando parece que en vez de fomentar la misión en el mundo, quisieran más bien comprarlo, perspectiva algo más halagüeña (a la vista de que en la misma Roma son ya un 70% las personas que mueren sin sacramentos).

Ya en el siglo XIII Gregorio IX mandó que las iglesias nacionales pagasen directamente a la caja de guerra papal y sus sucesores forzaron aún más el armamento. Pues aunque mantuviesen, como Pío IV, tres hijos ilegítimos y veinte nepotes, no se olvidaban, con todo, de subvencionar guerras contra los hugonotes y turcos. Y si bien algunos, pese a los enormes ingresos empeñaron hasta sus coronas, tapices de Rafael y la cubertería dejando, con todo, millones de deudas tras de sí, los nuevos papas amontonaban nuevos tesoros como hizo, por ejemplo, y pese a nuevas y desmesuradas dilapidaciones propias, Pablo III reuniendo más de 700 000 ducados que desaparecieron desde luego tan rápidamente tras su muerte que apenas si quedó lo justo para pagar el cuerpo de guardia que debía vigilar el nuevo cónclave.

Baste con eso. Esta economía financiera que, imitada por obispos, abades y señores terrenales se prolongó nada menos que un milenio, funcionó y sigue funcionando naturalmente, sólo a costa del pueblo, en primer lugar del italiano, expoliado por todas partes a lo largo de toda la Edad Media, pero de un modo especialmente grave por el clero. «Muerte a la *clericalla* y a los monjes» se gritaba en Perugia, «Muerte a la Iglesia» en Bolonia y «Abajo el Papa» en Nápoles. Los florentinos asaltaron el edificio de la Inquisición y cebaron a sus perros con carne de sacerdote. Roma se convirtió en la ciudad más levantisca y esquilada del occidente. Hambrunas, despotismo y revueltas sin fin. En 1585, primer año del pontificado de Sixto V rodaron, se dice, más cabezas que melones llegaron al mercado. Leyes de excepción y acciones policiales muy rigurosas fueron la respuesta del papa a la Revolución Francesa, saludada por Kant con lágrimas de alegría. «... ¡Una Italia libre! —exclamaba todavía Lord Byron— algo que no se ha dado desde los días de Augusto». En 1849, de los 141

delegados italianos, 136 votaron por la deposición del papa como soberano del Estado Pontificio. Ni las tropas que media Europa movilizó contra sus compatriotas pudieron salvar ya al papa. En 1870 el Papado inicia su «reclusión» vaticana, de la que no salió hasta que los fascistas lo liberaron.

La carga principal de la era aristocrático-jerárquica no gravitaba, hasta muy adentrada la Edad Moderna, sobre los hombros de los burgueses sino sobre los de los campesinos, auténticos esclavos del terruño. Pues el pequeño estamento de los campesinos libres se extinguió pronta y totalmente en virtud de la recepción del derecho romano en Europa. Ese estamento fue absorbido por los dominios de los señores temporales y espirituales. A medida que avanzaba la civilización cristiana los campesinos —reducidos primero a feudatarios y después a siervos— fueron crecientemente estrujados. Podían ser heredados, vendidos, intercambiados y donados juntamente con la tierra y a menudo sus señores los estimaban en menos que al ganado. El Gran Maestro de la Orden Teutónica, Sigfrido de Fenchtwangen, solía decir hacia el año 1300 que ningún manjar le sabía bien si previamente no había colgado a algunos campesinos.

Las revueltas campesinas proliferan tanto y de modo tan devastador en el Occidente que los historiadores las han pasado por alto hasta el siglo XX.

En el año 997 se alzaron los campesinos de Normandía. En 1088 los de Bretaña. En las islas Frisonas, Holanda y Francia se produjeron revueltas campesinas durante todo el siglo XI. En Francia, un esclavo de la tierra costaba 38 sous y un caballo 100. La guerra campesina francesa se inició el año 1358. La nobleza

ejecutó a 20 000 campesinos pero los desórdenes en el campo continuaron allí durante medio milenio. En Inglaterra el rey Ricardo II aplastó sangrientamente una gran rebelión campesina en 1381. En 1437 se rebelaron los campesinos de Siebenburgen y en 1514 acabó en Hungría una terrible insurrección campesina en medio de numerosas y horribles ejecuciones. Y todavía en el siglo XIX, en el XX, incluso, se han producido en Rumania motines de los oprimidos.

En Alemania los disturbios se iniciaron ya mucho antes de la Guerra Campesina y sus cabecillas fueron quemados, ahorcados, decapitados o descuartizados por doquier. En 1460 los campesinos de Kempten se enfrentaban a su abad. En 1476 16 000 campesinos se manifiestan de noche, con antorchas, delante de la residencia Marienburg del obispo de Würzburgo quien ordena disparar contra ellos los cañones desde lo alto de los muros. En 1490 los campesinos de Augsburgo se revuelven contra su obispo, Federico de Hohenzollern. En 1493 se constituye la Liga de la Abarca de Alsacia. Su lema: «Oíd, ¿qué clase de existencia es ésta? La *clericalla* y la nobleza nos hacen la vida imposible».

La *clericalla* y la nobleza, el trono y el altar —durante más de un milenio han despreciado, oprimido y estrujado a los pueblos. Y aunque muy a menudo se enzarzasen en luchas intestinas, sociológicamente mantuvieron su cohesión y socialmente cerraron filas como una clase aferrada al poder y la ganancia, hecha a vivir a costa del sudor y la sangre de los demás, como minoría corrompida a la que Büchner se refiere cuando, desde Estrasburgo, escribe sobre los príncipes de su época «que convierten a la masa de sus ciudadanos en un ganado para la obtención de bienes personales».

No es casual que la Guerra Campesina alemana estallase en el suroeste donde el Archiduque Fernando de Austria y el obispo de Constanza perseguían conjuntamente y con ferocidad cualquier «herejía». Y al igual que muchos levantamientos sociales cristianos tales como los levantamientos campesinos ingleses influidos por la ideas de Wiclif y conducidos por sacerdotes o algunas revueltas proletarias italianas, o la infiltración husita en Hungría, Polonia, Alemania, Bélgica y Francia, también la Guerra Campesina alemana revivió los antiguos ideales del cristianismo primitivo. En Franconia y el Tirol, la revuelta se dirigió fundamentalmente contra el alto clero. Los campesinos luchaban como una «hermandad evangélica», como «ejército evangélico cristiano». Sus banderas mostraban imágenes del crucificado y el nombre de Jesús. Su manifiesto redactado por el antiguo predicador de la catedral de Ratisbona Baltasar Hubmaier, quemado en Viena en 1528, fundamenta todos sus agravios económicos a partir de la Biblia y en sus doce artículos manifiesta abstenerse de cualquier exigencia que no se ajuste a la palabra de Dios.

Hubo príncipes dispuestos a la negociación pacífica, que titubearon por mucho tiempo antes de romper sus acuerdos con los campesinos, como el príncipe elector Luis del Palatinado. Los hubo, incluso que sintieron aquella revuelta como un justo castigo divino y querían apaciguarla «en buena armonía», como el príncipe elector Federico el Sabio y su hermano el duque Juan. Pero una vez más los obispos y M. Lutero. —«¿Quién es más inmisericorde con las pobres gentes que los sacerdotes?», dice Paracelso— los trabajaron incansablemente, les azuzaron a que, en palabras del Reformador, «empuñaran al punto la espada» y a blandirla con «buena conciencia» (algo que el clero siempre deja a los asesinos en todas las guerras), a ganarse el cielo «derramando

sangre» (un tema que también es muy del agrado de los cristianos), «a estrangular, a hendir, *a escondidas* y en público, según se pueda, tal y como es forzoso que también se mate a golpes un perro rabioso». «Que los hiera y golpee quien pueda», azuza Lutero en otra ocasión, casi más papista que el papa «Si tú caes muerto al hacerlo, bendito tú, nunca te sobrevendría una muerte más dichosa, pues mueres obedeciendo la palabra de Dios».

Y de ese modo la nobleza cristiana masacró a los campesinos. Los espetó a miles desde sus caballos, los embaucó repetidas veces, consiguió que dejasen voluntariamente las armas y los degolló después. Tan sólo en Zabern abatieron a 18.000. Fueron cegados, ahorcados, decapitados, clavados en picas, descuartizados, descoyuntados por caballos, quemados vivos. Si es cierto que ellos habían lustrado ocasionalmente sus zapatos con grasa de conde, que habían saqueado y arrasado un número ingente de conventos y palacios —«harto tiempo estuvimos metiendo, justo es que alguna vez saquemos»— verdad es que apenas corrió otra sangre que la suya. En definitiva incluso el mismo Lutero encontraba «abominable» y «lastimoso» ese estrujamiento de los campesinos —«Pero ¿qué se puede hacer? Es necesario y Dios lo quiere así».

«¡Dios lo quiere!», gritaron ya los papas cuando las cruzadas. Y así se sigue gritando. Incluso la agresión hitleriana a Rusia la hizo pasar el episcopado alemán al completo como «santa voluntad de Dios». Y simultáneamente el obispo protestante Lilje exclamaba así: «¡Con Dios! Sólo en el nombre de Dios se puede legitimar ese sacrificio». Cuantos más asesinatos cometen, con tanta más fuerza claman a Dios.

No os apesadumbréis tanto, consuela el Reformador a la nobleza, y la anima así: «El asno gusta de los palos y el populacho quiere que se lo gobierne por la fuerza». —Receta cristiana para gobernar usada a lo largo de milenios.

La guerra es también para Lutero tan necesaria como para Tomás de Aquino o Agustín, quien con la cínica serenidad de quien apenas si corre peligro afirma sarcástico: «¿Qué se puede objetar contra la guerra? ¿Acaso el que en ella perezcan hombres que no obstante han de morir un día?». De estos demonios asumió Lutero la doctrina de la «guerra justa», teoría que hoy es únicamente pensable como parodia satírica (o como «teología moral»), Lutero enseña que en una guerra semejante es cristiano y constituye un acto de amor el estrangular, expoliar e incendiar con la conciencia tranquila y el hacer cuanto les sea perjudicial a los enemigos hasta derrotarlos. «Y aunque no parezca de cierto que el estrangular y el expoliar sean un acto de amor y un simple (!) piense que no es un acto cristiano y que no dice bien de un cristiano el obrar así, no por eso deja de ser en verdad una obra de amor». Por ello Lutero recomienda y ordena al cristiano que sale en campaña no pararse en dibujos, rezar el credo y el padre nuestro, «se dé por contento con ello, desenvaine y aseste mandobles en el nombre de Dios».

Al igual que la Iglesia papal, también Lutero dejó a los pobres en la estacada, traicionó la causa de los campesinos sujetos a servidumbre haciendo de la Reforma un nuevo beneficio para los nobles, un nuevo recurso del despotismo. Por ello ya Tomás Münzer fulminó sus airadas protestas contra el «mátalas callando», el «sibarita», el «cerdo cebado» de Wittemberg y tiene toda la razón al escribir «Nuestros príncipes y señores son la flor y nata del latrocinio y de toda criatura viviente hacen su propiedad,

los peces del agua, los pájaros del aire, las plantas de la tierra, todo tiene que ser suyo. Pero a los pobres les dicen: “Dios ha prescrito que no debes robar”. Ellos estrujan y desuellan todo cuanto vive, pero si un pobre comete la más mínima transgresión debe ser colgado. Y el Doctor Mendaz dice su amén».

Del lado papal Lutero no había notado «nada que fuera servicio a la cristiandad; solo cuestiones de dinero y rencillas... cosas que bien podrían ser propias de cualquier malhechor». Pero luego comenzó la Reforma con el gigantesco expolio de los bienes de las iglesias católicas por parte de los príncipes luteranos, los «pequeños potentados de cantones minúsculos», como Th. Lessing dice chanceándose, plenamente resueltos a «comprometerse con el nuevo movimiento hasta el último límite de su propia ventaja». Y todavía en 1952 el cuaderno preparatorio de la Dieta de la Iglesia Evangélica Alemana en Stuttgart admite que «no es tarea del Evangelio el alterar para nada el orden estatuido».

El fracaso de la Guerra Campesina, lamentado una y otra vez en la posterioridad (incluso por A. von Humboldt en el Palacio de Postdam junto a los aposentos del rey, de quien era interlocutor cotidiano) pertenece a las fatalidades más preñadas de consecuencias de la historia de Alemania. Los campesinos del sur del país siguieron siendo siervos, los del norte reconocidos jurídicamente como libres, volvieron a la servidumbre y unos y otros tratados con brutalidad aún mayor hasta comienzos del siglo XIX.

El Voivoda de Sendomir quiso en 1586 que los campesinos de Livonia sometidos al terror de la nobleza alemana fuesen

equiparados al menos a los siervos polacos. Y los estamentos de Franconia se preguntan en 1583, cuando se cumple una vez más el plazo para pagar el «impuesto contra el turco» si no estarían mejor bajo el dominio otomano. De hecho, los turcos ofrecieron a los campesinos húngaros la libertad por la cual renunciaron gustosos al cristianismo.

En Silesia y en el Principado de Sajonia y Prusia se producen disturbios campesinos hacia 1790. El Conde Mirabeau informa acerca de la vida de presidiario de los campesinos del norte de Alemania: 19 horas de prestaciones personales, fuese verano o invierno. El Barón von Stein, que conocía bien la «catadura canallesca de los príncipes alemanes», observa en 1802 en Mecklenburg cómo un noble maltrata a sus siervos como al ganado. En 1842 F. List ve a campesinos del Rin, el Neckar y el Meno realizar trabajos pesados, propios de caballos y bueyes «sin gozar de los nutritivos alimentos de estos animales». En Holstein, los más pobres viven con sus enfermos o sus niños a la intemperie o en establos de vacas. Si adeudaban impuestos se les amenaza con el embargo o la ejecución. En la Asamblea Nacional de 1848 no hay aún ni un solo campesino entre los 600 diputados.

En Inglaterra en la que se mantuvieron esclavos hasta el siglo XVIII, donde, hasta el XIX, dominaron unas cuantas familias feudales y hasta 1832 sólo había 400 000 personas con derecho al voto de entre 15 millones de habitantes, y todavía en la época de Schopenhauer «no sabían leer dos tercios de la nación», el clero y los latifundistas trataban a los campesinos peor que a los animales de establo. Hasta finales del siglo XIX tenían una dieta alimenticia que representaba la mitad de la de los presidiarios de los penales ingleses, mientras que su jornada de trabajo era el doble. «En los

cálculos del arrendatario tienen valor cero» registra en 1865 un informe oficial. «No tienen temor alguno por el futuro, pues no disponen de nada, salvo de lo absolutamente imprescindible para su existencia... suceda lo que suceda no tendrán parte en la suerte o en la desgracia». La prensa liberal rezuma un sarcasmo sangriento contra la nobleza y el alto clero que envían a países remotos «misiones para mejorar las costumbres de los salvajes de los mares del sur». «Y me arriesgo a afirmar —concluye un corresponsal del *Morning Chronicle*— que la situación de esta gente, su pobreza, su odio contra la iglesia, su docilidad externa y su rencor interno contra los dignatarios eclesiásticos es la regla a través de todas las comunas inglesas y lo contrario sólo la excepción». Sólo ayudaban algunas sectas. El alto clero, sin embargo, «estaba antes dispuesto —escribe Marx— a perdonar un ataque contra 38 de sus 39 artículos de fe, que contra una trigésimo novena parte de sus ingresos».

No menos perrunamente procedió Europa con sus obreros industriales como se pone especialmente de manifiesto en el país de origen de la gran industria.

Todavía a mediados del siglo XIX muchos ingleses «libres» resultan más baratos como bestias de trabajo que los antiguos esclavos. Habitan en agujeros casi inimaginables, semidesnudos sobre paja podrida y con alimentos corrompidos. Por todas partes fango, basura, humedad, niños muertos, enfermos y tullidos, tisis, tifus, ceguera. Mientras los beneficios de los fabricantes aumentan gigantescamente, la miseria de los obreros se vuelve más espantosa y en 1834 la Ordenanza de Pobres de 1601 fue substituida por una ley que no contemplaba ningún tipo de subsidio a los pobres.

William Blake, identificando a la Iglesia y al Estado como culpables, escucha ya desde todas las chimeneas y callejones el clamor de la atormentada criatura. En 1866 había allí 200 000 personas «cuya miserable situación —según un amplio informe sanitario de Julián Hunter— sobrepasa todo cuanto se haya visto en cualquier otro lugar de Inglaterra». En 1867 el *Standart*, periódico adicto a los *torys*, advierte: «Acordémonos de lo que sufre esta población. Se muere de hambre. Ésa es la simple y terrible verdad. Hay 40 000 así... En nuestra presencia, en un barrio de esta metrópoli maravillosa, al lado mismo de la más enorme acumulación de riqueza que el mundo haya visto jamás, 40 000 que mueren de hambre, desamparados». Ni la búsqueda de trabajo ni el mendigar ayudan en este caso pues «las personas sujetas al impuesto contra la pobreza han sido, ellas mismas, empujadas al borde del pauperismo a causa de las exigencias de las parroquias».

En 1840 el promedio de vida del trabajador es en Liverpool de 15 años. En Manchester el 57% de los hijos de los trabajadores mueren antes de los cinco años. No es nada infrecuente que niños de nueve a diez años trabajen a reventar 24 y 36 horas seguidas. Se les lleva de noche a las fábricas y se les mantiene despiertos con el látigo. Todavía en 1860 se suplica mediante peticiones públicas limitar a 18 horas la jornada de trabajo. Niños de tres y cuatro años fabrican encajes erguidos sobre sillas. En la fabricación de esteras disponen a veces de menos espacio que un perro en su perrera. Marx denomina esa situación «transformación de *sangre infantil* en capital». En la minería, niños de cuatro o cinco años se arrastran desnudos o semidesnudos, unidos por cadenas a hombres y mujeres, por galerías calientes y excesivamente estrechas. Quien se queja es despedido y queda «estigmatizado», de forma que ya no hallará

empleo en ninguna parte. Los muertos son arrojados a las cunetas y son sepultados en hoyos o en fangales. La «educación» que estas gentes reciben se limita prácticamente a la enseñanza religiosa.

En 1846 se mueren de hambre en Irlanda más de un millón de personas mientras que emigran otros dos millones.

En Silesia donde católicos y protestantes son azuzados unos contra otros, los tejedores se hunden en una miseria cada vez más profunda pese a su durísimo trabajo. Se hubiesen sentido felices, asegura en 1844 W. Wolf, de poder participar en la nutritiva comida de patatas de los cerdos que cebaban sus patronos. Y viven en habitáculos «en comparación con los cuales los establos del ganado de los propietarios señoriales deberían llamarse salones magnificentes». El gobierno cristiano los abatió a tiros.

Hacia 1800 un tercio de la población de Colonia se acoge a la mendicidad. El Estado de Baviera prende a finales de los años treinta a 145 993 mendigos de los que 24 960 son niños. Prusia prohíbe a todos los profesores universitarios —que ya de por sí eran tradicionalmente devotos del Estado— toda discusión política. En los años 40 emigran de Alemania unas 100 000 personas; después de 1849 unas 250 000 anualmente.

En Francia, Napoleón I concluye un concordato. No hay hombres, según él, «que se entiendan mejor que los sacerdotes y los soldados». Es también consciente de que «si se está en armonía con el papa, todavía hoy se puede dominar la conciencia de cien millones de personas». Hasta Mussolini lo cita así tras la conclusión de los acuerdos de Letrán. En 1808 Napoleón establece

como fundamento de toda enseñanza: primero los preceptos de la religión cristiana, segundo la fiel sumisión frente al emperador, es decir las que siempre fueron causas principales de la miseria de los pueblos europeos. En los *slums* los niños corren desnudos. Hacia 1830 dos tercios del pueblo francés no prueba la carne. En las fábricas, hombres, mujeres y niños arruinan su vida trabajando desde las cinco de la mañana hasta las ocho o las nueve de la noche por salarios perrunos. La vida media del obrero francés es de 21 años.

En 1848 miles de ellos son apiolados en París. En Berlín se oye el fragor de las batallas callejeras. En Badén, Posen y Praga los levantamientos son aplastados. El papa tiene que huir de Roma y su ministro, Conde Rossi, muere asesinado. Después de duros combates los reaccionarios recuperan Viena. Matan a hombres, mujeres y niños. Federico Hebbel no se descuidó, como testigo ocular, de decirle al príncipe Schwarzenberg: «los cadáveres humanos tenían los miembros viriles en la boca como si fuesen cigarros. Eso ya es algo y garantizo que la historia sabrá tenerlo en cuenta».

Por todas partes se rebelan los sojuzgados y en todas partes se les aplasta a tiros, se les encierra en presidios, se les obliga a emigrar. En toda Europa la policía apuntala a la religión y el número de las personas con derecho al voto permanece lo más reducido posible hasta el siglo XX. El 8 de abril de 1850 Víctor Hugo, antiguo ultrarrealista y cristiano, exclama en la Asamblea Nacional, de predominio católico: «¡Poneos, pues, de pie, católicos, sacerdotes, obispos, hombres de religión, vosotros que os sentáis en esta Asamblea Nacional y a quienes veo en torno a mí! ¡Alzaos! ¡Ésa es vuestra obligación! ¿Qué hacéis ahí en vuestros bancos?». Única

reacción: carcajadas. En 1851, Napoleón III hace sofocar sangrientamente nuevos intentos de rebelión. «Tienen la Iglesia, tienen el Ejército. Tienen la Banca» comenta Victor Hugo enumerando todos los poderes que siguen dominando el mundo. En 1871 el nuevo levantamiento de la Comuna es ahogado en sangre. Por 64 de sus rehenes fusilados, el gobierno masacra a tiros a 6000 trabajadores.

Ya a mediados del siglo XIX, los reaccionarios de todas partes desean el exterminio del proletariado europeo por medio de una gran guerra. En los inicios del siglo XX trabajan febrilmente en pro de ello. Por todas partes la Iglesia y el Estado predicán el patriotismo. Pronto habrá un Cristo alemán, otro ruso, otro francés y, ya antes de 1914, hay del lado de los adversarios de Alemania 27 000 cañones fabricados por Krupp a la vez que la I.G. Farben vende a un consorcio francés todas las patentes de gas venenoso. Más aún, mientras los soldados alemanes mueren con el himno nacional en los labios, la empresa Thyssen, que más tarde financió a Hitler, vende a Francia escudos protectores para la infantería casi a la mitad de precio que a la intendencia del ejército alemán. Tan sólo en el primer semestre de 1916 el trust alemán del acero transporta a Francia 30 millones de quintales de acero y hierro. Y Krupp, una empresa que sigue floreciente, obtiene inmediatamente después de la guerra 123 millones de marcos-oro por la patente de la espoleta de la granada KPz 96/04, vendida a Inglaterra antes de la guerra, ja sabiendas del Ministerio de la Guerra del Reich, que participaba en el beneficio aportado por cada granada!

El clero acude, sin embargo, vertiginoso a situarse tras la primera línea, encomia miles de veces la carnicería masiva como

«exaltación religiosa», como «renacimiento religioso, moral y social», «cruzada», «guerra santa», «servicio a Dios», como «mandato de nuestro Señor», «voluntad divina» etc, etc. Del «Dios lo quiere» de las cruzadas, a la «Santa voluntad de Dios» de la Segunda G.M. pasando por «Dios también lo quiere» de la Guerra Campesina y la «voluntad de Dios» de la Primera G.M.: quien no siente asco *de ese* cristianismo, es él mismo parte de él. Y mientras la impúdica retórica obispal, protestante o jesuítica, se vierte a raudales sobre las cabezas de unos creyentes entontecidos y vendidos, el costo de la muerte de cada soldado resulta ser de 100 000 marcos, de los que la industria de armamento se embolsa 60 000, ganancia neta. Los muertos suman 12 millones.

Ahora tenían ya su guerra. Por fin estaba allí. «La guerra ha sido preparada afanosa y concienzudamente. El ejército ha estado durante muchos años en permanente disposición de guerra. Pero uno de los preparativos más importantes fue el Congreso Eucarístico de Viena». Así lo declara en 1916 alguien que debe saberlo bien, el obispo auxiliar austríaco Wetz, el mismo que en 1938, ya Príncipe-arzobispo, celebró juntamente con el cardenal de Viena Innitzer, la entrada de las tropas de Hitler en Austria como cumplimiento «de un anhelo milenario de nuestro pueblo». Ese mismo año celebra sus sesiones en Budapest el Congreso Eucarístico, que ya en 1912 se mostró precursor. El cómplice de los fascistas, Eugenio Pacelli, conjura en esa ocasión y en su calidad de legado papal el peligro del bolchevismo. Al año siguiente estalla la Segunda G.M. con sus 25 000 muertos diarios. Volumen de negocios: 2 mil millones de marcos al día. En 1960, en uno de los momentos culminantes de la guerra fría, el Congreso Eucarístico se reúne en Munich. El cardenal Spellmann, amigo

íntimo de Pacelli, y uno de los reaccionarios más bulliciosos del mundo, profetiza los tiempos en que los actuales dominadores comunistas serán barridos, vuela en helicóptero a lo largo del «telón de acero», celebra ante las tropas una misa pontifical «bajo el tronar de los cañones» sin olvidarse de llamar «mis queridos amigos» a los soldados (sacerdotes y soldados... bien lo sabía Napoleón, incluso, mucho antes, Constantino). Y el ministro de defensa federal, el católico Strauss, que quisiera que «las encíclicas papales sirvieran como base a la legislación alemana», confiesa con toda franqueza: «Para eso somos soldados... para que el poder pase nuevamente de las manos ateas a las cristianas».

«Queremos cabalgar hacia el Oriente...» cantaban ya los cruzados de la Edad Media. Y siglo tras siglo el Papado ha estado esperando, para decirlo en palabras del católico De Maistre, poder heredar el cadáver de la Iglesia Bizantina, en trance de deshielo. También en la Primera G.M. cuando las potencias centrales, apoyadas por el Vaticano, pretenden territorios de Polonia, Ucrania y el Báltico para asentar colonias, se creen muy próximos a la meta ardientemente anhelada. En la Segunda G.M. están ebrios de entusiasmo ante la campaña de Rusia de los anticlericales nazis. Y mientras millones de alemanes creen caer por su patria, revientan únicamente por cuenta de los mayores criminales de la historia.

En suma: después de esta sistemática educación cristiana, que se ha prolongado durante más de un milenio y medio, para la barbarie psíquica y física, las cosas *no podían* tomar otro curso que el que han tomado. Es cierto que el papa León XIII en su encíclica *Immortale Dei* no se arredró ante la afirmación de que «Todo cuanto propicia la dignidad del hombre, cuanto preserva la

igualdad jurídica de los ciudadanos particulares, todo eso ha sido inspirado, favorecido».

## **APACIENTA MIS CORDEROS.**

«Que miren de inmediato en los monasterios católicos de Halberstadt y me escojan un sacerdote que me pueda ser propuesto como predicador castrense de los regimientos que hayan de salir en campaña. No es necesario que el curilla sea inteligente: cuanto más tonto, mejor...».

Federico II, 1740.

«La profesión de fe, hecha de por vida y en pro de los derechos de la corona del Emperador (“esa férrea figura de soberano con áurea conciencia de soberano, ese robusto vástago de pura estirpe alemana, esa encarnación mayestática del noble talante militar”) es imitación de Cristo».

M. Faulhaber, Obispo y Preboste  
de Campaña del ejercito bávaro,  
refiriéndose a Guillermo II en la  
Primera G.M.

«A las once de la noche se abrazaron mortalmente heridos por una granada de ecrasita: “Moriremos juntos, ¡sea!”, moriremos juntos. Moriremos gustosos por nuestro padre, el emperador de Viena».

M. Faulhaber acerca de dos  
soldados de la Primera G.M.

«Ya en la Primera G.M. tuvimos que pasar por trances semejantes y sabemos por ello, a cuenta de una experiencia dura y amarga, cuán necesario e importante es que en tal situación cada cual cumpla con su deber plena, fiel y gustosamente».

Cardenal M. Faulhaber en la

Segunda G. M.

«... cómo Cristo exige más de nosotros de lo que Hitler mismo nos ha exigido».

Un capellán castrense y católico

de nuestros días.

La crónica de atrocidades de la Catholica, ininterrumpida hasta el siglo XX, asquea tanto más cuanto que —¡oh sangriento escarnio! — todo acontece en nombre de la paz, de la caridad y de la Buena Nueva. Ninguna otra religión de la historia universal irrumpió en ésta con talante tan revolucionario y ninguna otra devino tan archirreaccionaria. Ninguna otra convirtió su praxis en algo tan radicalmente opuesto a su predicación, ni negó o trivializó hasta tal punto el abismo entre ambas. ¿Pues qué otra tuvo que prohibir la lectura de su propio Libro Sagrado a través de los siglos toda vez que la realidad estaba en horrible contradicción con aquél? Sólo a «personas pías y doctas» les permitió el leerlo. De la lectura *in vulgari translato, in vulgarii lingua* se temían «mayores males».

Cierto es que apenas conocemos el credo del Jesús histórico. Más aún, ni siquiera tenemos la certeza de que él mismo haya existido. Sabemos, no obstante, que el maestro de los sinópticos estaba exento de instintos y pasiones nacionalistas, de patriotismo y

ambición de poder; que no quería ser un mesías político, un apocalíptico militante sino un antiguerrero, un príncipe de la paz, un pacifista. Sabemos que reprobaba la ley del más fuerte, el terror, el despotismo; que exige no sólo sufrir con paciencia absoluta el mal sino resarcirlo con el bien; que su mandamiento de amor a los enemigos no conoce límites —por más que sus inequívocas palabras sean retorcidas, reducidas en su significado y tergiversadas hasta hacerles decir lo contrario. Sabemos que toda la cristiandad primitiva abominó incondicionalmente de la guerra y la violencia, aunque tan sólo fuese porque la propagación de los postulados pacifistas de la Biblia respondía a su propia impotencia política. Rodeada de personas de otras creencias, resultaba fácil enseñar la transigencia y el amor a los enemigos.

De este modo obró con sumo celo hasta bien entrado al siglo IV. Desde Justino hasta Arnobio y Lactancio, pasando por Taciano, Atenágoras, Tertuliano, Orígenes y Cipriano, los teólogos cristianos se mostraron infatigables anunciando la paz al mundo, la tolerancia religiosa, la no violencia, el perdón, una vida sin hostilidades y sin guerra. Con grandiosa monotonía encarecieron su candor, su bondad, su inocencia y mansedumbre. Afirmaron que, aun estando todavía en la tierra, deambulaban, sin embargo, por el cielo; que amaban a todos y no odiaban a ninguno; que no cometían injusticias devolviendo mal por mal. Preferían soportar la injusticia a provocarla ellos, derramar la sangre propia a manchar sus manos y su conciencia con la ajena. Si se les golpeaba aseguraban no devolver el golpe sino que pondrían la otra mejilla. Si se les robaba la túnica, no litigaban. Al contrario, entregaban también el manto. Bendecían a sus enemigos y rezaban por sus asesinos. Alardeaban de haber cambiado la espada por el arado; los dardos por los aperos de labranza.

Hicieron voto de no armarse jamás, de no resistirse ni defenderse, pues eran hijos de la paz, y cuando Jesús desarmó a Pedro desciñó con ello la espada de todos.

En suma, no sólo desaprobaban el servicio militar y la legítima defensa sino toda muerte violenta en absoluto, cualesquiera que fuesen la razón o el derecho aducidos.

Como quiera, sin embargo, que el clero miente siempre, pues fue cabalmente el divino Crisóstomo, patrón de los predicadores, quien afirmó la necesidad de la mentira con vistas a la salud del alma y se remitió al respecto a ejemplos del antiguo y del nuevo testamento, los católicos siguen mintiendo hoy en día sin mayores escrúpulos y sostienen que la Iglesia defendió la doctrina de la guerra justa «siempre y en todas partes» (Ermecke), «rechazando en todas las épocas el pacifismo a ultranza y reconociendo juntamente con la legítima defensa personal y la legítima defensa del Estado frente a sus enemigos internos, —pena de muerte—, también la defensa de aquél frente a otros estados, es decir, la “guerra justa”» (Fleishmann). En realidad, el pacifismo cristiano anterior a Constantino era tan absoluto que todavía a comienzos del siglo IV el Sínodo de Elvira denegaba la comunión de por vida, incluso en la hora de la muerte, a todo creyente que contribuyese, aunque fuese sólo por haber puesto una denuncia, a la ejecución o proscripción de un semejante. (Aquella asamblea eclesiástica española no distingue al respecto entre denuncia verídica o calumniosa. Un cristiano que, legítima o ilegítimamente diese pie a la muerte de una persona, quedaba excomulgado).

En consonancia con lo anterior, el Padre de la Iglesia Lactancio, prohíbe denunciar todo delito penado con la muerte, pues «si Dios

prohíbe matar, está prohibido no sólo el asesinato de personas a la manera de los bandidos, cosa que también prohíbe la ley estatal, sino que queda asimismo vedada toda otra muerte de semejantes, incluidas aquellas que, según las leyes del mundo, resultarían, sin más, permitidas».

Es obvio que esa máxima excluiría y con razones más que sobradas toda guerra, también la «justa». Consecuentemente, Lactancio condena aquello que siempre condujo y sigue conduciendo a la masacre y que la Iglesia siempre apoyó de cierto tiempo a esta parte, a saber, el patriotismo y el nacionalismo. Pues «¿qué son las “ventajas de la patria” sino las desventajas de otro estado o pueblo, es decir, la expansión del territorio que se arrebató violentamente a otros, la ampliación del reino o el aumento de los ingresos del Estado? Todo ello no son virtudes, sino aniquilación de virtudes. Pues todo se arruina así, a saber, el sentimiento de unión de la sociedad humana, la probidad, el respeto ante el bien ajeno y, finalmente el sentido mismo de justicia... ¿Pues cómo podría ser justo quien daña, odia, roba o mata? Así obran, sin embargo, quienes aspiran a servir a su patria».

Así se lee en su obra principal, *Divinae Institutiones* redactada poco antes del año 313. Pero ¡qué extraño!: poco después una nueva edición abreviada del mismo tratado suprime todos los pasajes antimilitaristas y glorifica la muerte por la patria. Retengamos el dato: el año 313 Constantino reconoce a los cristianos y éstos mudan bruscamente de opinión. En un instante, Lactancio, preceptor del hijo del emperador, tal vez del mismo emperador, traiciona no solamente sus propias convicciones religiosas sino también una tradición de tres siglos. Con todos los obispos y santos se pasa directamente al campo de los eternos

carniceros de la humanidad. Y es que ahora barruntaban el aire de la mañana, la oportunidad del poder, y comenzaron a aullar con lobos. Y así como a lo largo de los tiempos habían predicado con su dulce lengua angélica la tolerancia y el amor, la no violencia y la paz, de repente predicaron ambas cosas: la paz y la violencia, el amor a los enemigos y el odio hacia ellos, la Buena Nueva y la peor de las nuevas, a saber, ¡guerra, guerra, guerra! Con lo uno fascinaban a los embobados; con lo otro cortejaban al poder y con ambas cosas, ellos mismos se hicieron los más poderosos de todos, los más perdurables de todos, y enterraron a generaciones enteras tras de sí.

Algún placer peculiar deben hallar una y otra vez los hombres en dejarse embobar, vender, aniquilar: por la patria, por el espacio vital, por la libertad, por el Este o por el Oeste, por este o aquel soberano pero sobre todo por aquellos que con plena seguridad confunden a Dios con su propia ventaja y a su propia ventaja con Dios; aquellos que, persiguiendo tenazmente su meta sirven al interés del día sin perder de vista la eternidad; que en tiempos de paz, propagan la paz y en tiempos de guerra, la guerra, lo uno y lo otro con la misma fuerza persuasiva e igual perfección: allá el niño Jesús; aquí los cañones; allá la Biblia; aquí la pólvora. De un lado «Amaos los unos a los otros»; del otro «matadlos, Dios lo quiere», «Lo han jurado, han de prestar obediencia». Millares, centenares de millares, millones tienen que perder su pellejo apenas lo ordena un criminal reo, de delitos capitales y contra la humanidad. Sí, algún placer peculiar debe ser inherente al hecho de bañarse, siglo tras siglo, en la sangre de esa humanidad y exclamar ¡Aleluya!, al hecho de mentir, falsear y simular durante casi dos milenios. Placer bien peculiar ese de hacer de la hipocresía el arte de las artes sobreviviendo así a los evos, a todos los cataclismos

sociopolíticos aunque sea conduciendo a los pueblos por la nariz, arruinándolos, y de sancionar incesantemente esa hipocresía en aras de la propia prosperidad, del propio bienestar y longevidad sobre la tierra.

¿!En qué otra institución hallamos esa mezcla pasmosa de aullidos de lobo y dulzainas de paz, de mensaje navideño y hogueras inquisitoriales, de hagiografía y crónica patibularia!? ¿!En qué otra, esa cháchara de amor omnicomprendido unido a un odio devorador de todo!? ¿!Qué otra religión mata por amor y por amor tortura, roba, extorsiona, mancilla, demoniza y condena!? La grandiosa praxis del cristianismo, llamada a traer la dicha al mundo entero, se tornó una devastadora peste milenaria. En suma, el cristianismo se tornó Anticristo. ¡Aquel ser diabólico que usaba como espantajo era él mismo! ¡Aquel «maligno» contra el que fingía combatir era él mismo! ¡Aquel infierno con el que amenazaba era él mismo! Él se volvió el peor de todos los males, no porque los otros fuesen menos malignos, sino porque no podían serlo por tanto tiempo, ni tan intensamente. Porque no obtuvieron tanto poder sobre el pueblo, el cual se deja embelesar y atolondrar con fulleras de prestidigitador, con latín y embustes, con *pathos* pastoral, con ademanes de santidad y con los espantos y delicias del más allá; pueblo que se deja también arrastrar a cualquier crimen con tal de que eso suceda en nombre de Dios (y en el de la Iglesia), nombre que todo lo permitía, propiciaba y posibilitaba, mientras ella misma se lavaba las manos en señal de inocencia, ponía a salvo su piel y llenaba el propio saco a la par que adoctrinaba: no alleguéis tesoros en la tierra, amaos los unos a los otros, haced el bien a quienes os odian. Ellos hicieron el mal a quienes amaban a Jesús, a quienes querían seguir sus mandamientos, arrancándoles la lengua, los ojos,

quebrantándoles los huesos, enterrándolos vivos, crucificándolos, quemándolos, emparedándolos de por vida, causándoles toda suerte de afrentas y oprobios, toda clase de aflicciones, saciando, incluso, su venganza en sus hijos y en los hijos de sus hijos. Ellos se sentían buenos y asistidos de la razón y así se continúan sintiendo aunque hayan clavado a la humanidad en la cruz. ¿Todos por uno? ¡Todos por ellos! Hipocresía y violencia fueron desde Constantino los rasgos distintivos de la historia de la Iglesia y el asesinato en masa la praxis de esa religión. Matar *sólo a uno* estaba estrictamente prohibido, pero asesinar a millares era obra grata a los ojos de Dios. Y todo ello no lleva el nombre de locura, lleva el nombre de cristianismo.

Hasta finales del siglo II ni siquiera se planteó la cuestión de si un cristiano podía ser soldado. En el siglo IV eso era ya algo incuestionable. Mientras que en el siglo III los cristianos hacían sólo excepcionalmente el servicio militar, en el siglo IV eso se convirtió en norma para ellos. Si hasta el año 313, los obispos excluían del seno de la Iglesia a los soldados que no desertaban en caso de guerra, con posterioridad a esa fecha los excomulgados eran los desertores. Si anteriormente hubo objetores de conciencia que sufrieron el martirio, ahora sus nombres fueron rápidamente tachados del martirologio. Había pasado ya la hora de los soldados mártires y llegaba la de los obispos castrenses. Viviendo aún Constantino salían ya en campaña con entusiasmo. No para luchar, ya se entiende, sino para sacar provecho, y las iniciales de Cristo (¡qué perversión!), flameaban sobre las banderas al frente de las tropas de la primera majestad cristiana, tropas que, como decía jubiloso el obispo Eusebio, autor de la *Historia de la Iglesia*, habían debelado y sojuzgado más pueblos

que todos los emperadores paganos.

Cierto es que algunos buenos cristianos mantenían aún sus reservas. El Doctor de la Iglesia, Basilio, prescribe a finales del siglo IV, que los seculares que salgan a luchar contra los salteadores sean excluidos de la eucaristía y que si se trata de sacerdotes, sean depuestos de su cargo. Y aun a los combatientes de guerra les ordena, cuando menos, que con su mano impura permanezcan alejados de la comunión por un plazo mínimo de tres años. Pronto se hizo, sin embargo, habitual el ensartarse mutuamente con la comunión en el vientre y al combatiente cristiano le resultó bien pronto imprescindible comulgar primero y matar después, rezar antes de asesinar, elevar primero el corazón a Dios y aplastar después el cráneo de los seres creados a su imagen y semejanza. Hace ya dieciséis siglos y medio que el matar en nombre de Cristo resulta condición *sine qua non* para la salud del alma del combatiente cristiano. Durante todo ese tiempo, el clero ha activado ese negocio y está firmemente resuelto a seguir activándolo en el futuro, entregando sus corderillos a los matarifes, sean éstos negros, pardos, rojos o de cualquier otro color ideológico, sea su matanza convencional o atómica. Pues si no los entregasen, sería entregado él mismo; privado de su influencia: es meramente esa entrega y bendición de las reses (y el apaciguamiento de los socialmente oprimidos en tiempos de paz) lo que hace que el Estado, incluso el anticlerical, lo codicie como cómplice.

¡Oh pastores y archipastores! «¡Apacienta mis corderos!». ¡Qué hermoso suena! Pero «planteaos la cuestión —escribió Th. Lessing, abatido en su propio escritorio por los secuaces de Hitler — de cuáles son las metas y los motivos por los que el buen pastor

se toma el cuidado de mantener despreocupadas a sus ovejas. Primero, para esquilas. En segundo lugar, para comérselas».

Los sínodos de los primeros siglos no establecieron ninguna penitencia para el asesinato porque se creía que entre cristianos no podía suceder nada semejante. Sin embargo, por la época en que el Doctor de la Iglesia Basilio, quien, por cierto, también mantenía ya buenos contactos con la cúspide militar, imponía a los combatientes años de renuncia a la comunión, otro príncipe de la Iglesia, que hizo más escuela que aquél, loaba ya el homicidio en la guerra. A saber, Atanasio, el célebre «padre de la ortodoxia», tan curtido en la lucha callejera como versado en la intriga. Un pastor a quien de cincuenta y cuatro obispos, sólo siete, perjuros por añadidura, eligieron para su sede. Quien, con el nombre del emperador Constantino y el de su hijo Constancio II, falsificó cartas abyectamente injuriosas contra los arrianos en las que reclamaba el exterminio, sin posibilidad de apelación o gracia, de todo el que guardase un solo escrito de Arrio, respecto a cuya muerte no esta él, Atanasio, a cubierto de toda sospecha de complicidad. Atanasio, ese santo peculiar, declaró por entonces que el asesinato no estaba, ciertamente, permitido, pero que en las guerras «es tan justo como loable el matar al adversario».

Y esto se convirtió en doctrina universal de la Iglesia.

Como quiera, sin embargo, que todo aquel griterío de combate de los salutíferos católicos infringía de forma excesivamente crasa el evangelio y todas las tradiciones del cristianismo primigenio, otro anunciador de buenas nuevas del mismo jaez, estableció la distinción entre guerras «justas» e «injustas». Era Agustín, justificador de las peores discriminaciones sociales, cuyo consejo

esencial a los pobres rezaba: «Soportar perpetuamente el mismo, inmutable y duro yugo del bajo estamento» (coincidiendo en ello tanto con Pablo como con T. de Aquino). Agustín, hecho también prototipo de cazadores de herejes medievales gracias a su irresistible *cogite intrare* (obligarlos a aceptar), quien con bellas sentencias pastorales como «las heridas del amigo son mejores que los besos del enemigo», «es mejor quitar el pan al hambriento, si desprecia la justicia», «quien castiga con mayor dureza, muestra un amor mayor», y otras exquisiteces católicas, fomentaba la conversión forzosa de los heterodoxos, les exigía multas pecuniarias, la confiscación de sus iglesias, y el destierro. Agustín, que también permitía ya la tortura, a la que calificaba de «suave» frente al infierno, de *emendatio* (corrección) para el hombre, que aceptaba, cuando menos, la pena de muerte y que con cínica labia, característica de los de su talante, defendía la guerra como camino hacia la paz, tanto más cuanto que el éxito justificaba una cierta cuota de pérdidas. ¡Oh pastores y archipastores! «¡Apacienta mis corderos!». Este santo no menos peculiar defendía ahora como «guerras justas», todas aquellas que «vindicaban la injusticia» —¡justamente lo que Jesús prohibió!

Era obvio, por lo pronto, que toda degollina de paganos por parte de cristianos estaba justificada. Las carnicerías efectuadas para enseñar a los infieles el amor a los enemigos con la espada, en las que la buena nueva era «bautizo o muerte» (eso cuando no se ordenaba de inmediato la misión hasta el exterminio —el medio de convertir siempre con la máxima seguridad) pudieron ascender de «guerras justas» a «guerras santas» en las que todos, incluidos los matarifes más sanguinarios, obtenían la eterna bienaventuranza, con garantía eclesiástica, si caían en combate.

Pero sucedía cada vez con mayor frecuencia, y llegó a ser pronto habitual, que los cristianos se acometieran unos a otros para lo que, previamente, ambos contendientes se preparaban mediante ayunos, misas de campaña, sermones castrenses (en los que incluso los cañones de la guerra se convertían en heraldos del clamor de la gracia: el archipastor N. Faulhaber en la Primera G.M.) y recibiendo naturalmente la sagrada comunión como un medio, y no el menos eficaz, de confortarse. Incluso el clero se enzarzaba en luchas intestinas, obispo contra obispo, papa contra papa (no menos de 171 años), en cuyo caso se echaba mano de todos los medios.

La Catholica admitió entonces, en flagrante contradicción con Jesús y con todos los teólogos anteriores a Constantino, la «guerra justa», pero además, y en contradicción desde luego con su propia doctrina algo posterior, permitió de hecho que ambas partes matasen, por más que, en el mejor de los casos, sólo una podía llevar razón. Como quiera que lo que estaba en juego para la Iglesia —la historia de las guerras lo confirma— no era en absoluto lo justo o lo injusto, sino el aullar con los lobos y el sobrevivir con ellos, obligó mediante juramento a sus creyentes —repito que de ambas partes contendientes— a masacrarse mutuamente en caso de guerra, mientras que en medio de la universal degollina humana que ellos apoyaban con frenesí, los papas brindaban *urbi et orbi* el espectáculo edificante de las invocaciones a la paz —la hipocresía más sangrienta de la historia universal—.

¿Cómo explican eso los pastores? ¿Cómo se zafan ellos del dogal del que hacen colgar, una época tras otra, a sus corderillos? ¿Acaso no los apacientan para esquilarlos, sacrificarlos y devorarlos?

El arzobispo de Friburgo, C. Grober, miembro patrocinador de las SS y uno de los clérigos que con más celo coadyuvó al poder nazi, lo puso de manifiesto en 1935 con su libro *Iglesia, Patria y amor patriótico*, en el que, ante la canalla de camisa parda, elogiaba al catolicismo por su fuerza sustentadora del Estado: «Los teólogos católicos han distinguido siempre entre guerra justa e injusta y nunca dejaron al ámbito del juicio personal, con todas sus miopías y oscilaciones anímicas, el debatir la cuestión de la licitud o la ilicitud en caso de guerra, sino que reservaron la decisión última a la autoridad legítima». «Es decir —comenta el católico J. Fleischer, y yo no sabría hallar glosa mejor— los “teólogos católicos” distraen su aburrimiento en los intervalos que separan las carnicerías humanas organizadas por los estados con el juego de esta chusca cuestión: ¿Cuándo es “justa” y cuándo es “injusta” una guerra?». De este modo escriben verdaderos mamotretos al respecto, pues la decisión es «tan extremadamente difícil, ética, política y técnicamente» (el jesuita Hirschmann), pero precavidamente, apuntan con mayor o menor claridad en esta dirección: hijos, ¿cómo podéis ser tan bobos que toméis tan en serio nuestros entretenimientos teológico-morales? Pues en «caso de guerra», cabalmente cuando nuestras «soluciones» deben hacerse efectivas, abdicamos sigilosa y disimuladamente y dejamos en manos del primer criminal el juicio sobre lo justo y lo injusto, con tal que os lo hayamos recomendado —y ése es siempre el caso— como «autoridad legítima», como «el más adecuado servidor de Dios en vuestro provecho» (Hirschmann comentando Rom. 13,4). Nosotros, vosotros, el papa y los obispos, sin excepción, no somos sino individuos cuyo «juicio personal» consiste en «miopías» y «oscilaciones de los estados de ánimo». En caso de guerra, desde el papa hasta el último seglar católico no

somos, en puridad otra cosa que «el pueblo sometido a un vapuleo emocional» (Hirschmann).

Realmente, en *casus belli*, todos los rancios tratados teológicos con sus dilatadas batallas fantasmagóricas en torno a lo «justo» y lo «injusto», desaparecen al instante en un armario y mientras unos cientos de miles o unos millones de corderillos entregan su alma. —«¿Qué se puede, pues, objetar contra la guerra?», se preguntaba Agustín con estupor— los señores del espíritu suministran al punto sus armas. Por supuesto, armas de la palabra meramente, «armas de la luz»: la colección completa de los discursos de guerra de M. Faulhaber —un título reputado de la editorial Herder para prédicas de clérigos castrenses— suministra pan de «munición espiritual», y es cabalmente en ese instante — un buen olfato lo percibe— cuando empiezan a sentirse plenamente en su elemento. Ahora es cuando se vuelven de verdad auténticos obreros de la viña del Señor. Pues si bien, según el jesuita Hirschmann, el dictamen acerca de la guerra «justa» y la «injusta» es «extremadamente difícil», aquél se vuelve, en cambio, muy sencillo para los teólogos, una vez ha estallado la guerra.

Pues obviamente, ahora vale, y más aún que en épocas de paz, la «palabra directriz» de la carta pastoral colectiva de los obispos alemanes en la primera G.M.: «Dad al César lo que es del César...». Vale en particular Rom. 13: «Sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios». Con lo que apenas basta pensar en Hitler, para hacerse una idea cabal acerca de Dios —o acerca de Pablo, cuyas autoridades políticas no se limitaron a azotarlo a su gusto, sino que privaron a su cuerpo de aquella cabeza que, incruentamente, ya había

perdido en Rom. 13, si no es que ya la había perdido en Damasco... Fue así como el mismo Jesús acabó siendo víctima de una autoridad proveniente de Dios (¡Él mismo!), sabiendo con todo que los señores de las naciones, las dominan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. (Pues ya que el Evangelio, tal como el «pan de munición espiritual» de la Herder hace patente, posee una incomparable capacidad de adaptaciones y usos, también ofrece «reservas y aportaciones para todos (!) los casos y situaciones»). Ahora bien, el saber si la autoridad, de acuerdo con Pablo, representa el «orden de Dios» o bien, como pensaba Jesús, «oprime a las naciones», es lo último sobre lo que el clero, versado como nadie en los dilemas, reflexiona en tiempos de guerra. Ni siquiera reflexiona lo más mínimo. Acompaña con sus rezos y dice amén. ¿A qué? A la guerra «justa», naturalmente. ¡Y eso de uno y otro lado!

Incluso las dos peores carnicerías entre naciones habidas hasta ahora ilustran sangrientamente lo anterior. La Primera G.M., que significó el acoso a muerte de 60 a 70 millones de hombres a lo largo de cuatro años, se transfiguró del lado francés haciendo de ella un vigorizador de Francia, un depurador y unificador, un «mensajero portador de la divina misión de lograr el renacimiento religioso, moral y social». Las trincheras eran «grutas de Getsemaní», el campo de batalla un «Gólgota», el momento del combate un «minuto de la divinidad». En una palabra, el clero francés al completo, con el Rector de la universidad católica y posterior Arzobispo de París, Baudrillart, se sentía «muy venturoso por estos acontecimientos», y eso aunque el escrito *La Guerre Allemande et le Catholicisme*, editado en 1915 por once obispos y cardenales franceses, acusaba a Alemania de conducir una «guerra de exterminio contra el catolicismo y el cristianismo».

Del otro lado, el catolicismo alemán se sentía asimismo muy feliz por una masacre en la que cada día se asesinaban de 6 a 7 mil personas («¿Qué hay, pues, que objetar contra la guerra?»), hasta un total de doce millones a los que hay que añadir 20 millones de heridos e inválidos y siete millones de personas muertas a causa del hambre. En una guerra que los pastores y archipastores celebraron con expresiones como «primavera de los pueblos», «tiempo sagrado», «tiempo de la gracia», «la época más gloriosa de Alemania», «Día, obra del Señor», una guerra «del agrado del Señor», «recreación del Espíritu Santo», «la restauración del Reino de Dios», «las nupcias de la nación, gozosamente victoriosa, con su Dios» y otras insuperables impudicias de la *eloquentia sacra*, cuya difusión por millones conviene tener tan en cuenta como la confesión del teólogo católico H. Misalla, de que, en su investigación de los sermones de guerra católicos desde 1914 a 1918, no se topó con declaraciones de signo opuesto en «toda la literatura homilética disponible». La situación en el ámbito protestante es, naturalmente, la misma.

¿Y en la Segunda G.M.? ¿Cómo apacentaron en ella los pastores a sus rebaños? Según su vieja costumbre, claro está, y esta vez, para colmo, en provecho del mayor criminal de la historia, de quien ya en 1933 dieron colectivamente testimonio como «destello del poder divino y partícipe de la eterna autoridad de Dios», y a quien en 1936 prometieron en común su apoyo «con todos los medios», «fidelidad hasta la muerte». Y después de que el obispo Conde von Galen, el famoso «luchador de la resistencia», autorizase en 1938, precisamente en los días del gran *pogrom* contra los judíos, la llamada «noche de los cristales rotos», una jura de bandera en pro de Hitler que acababa así:

¡¿Qué importa el frío, qué importa el sufrimiento  
si me enardece este firme juramento  
que el pecho abrasa, las manos y la espada?!

¿El desenlace final? ¿Qué importa? ¡Nada!

¡Por Alemania mi vida doy contento!

Los obispos ordenaron a los soldados católicos en una guerra totalmente injusta por parte alemana «cumplir con su deber por obediencia al Führer y estar dispuestos al pleno sacrificio de su persona». Siguieron *in corpore* el ataque a Rusia «con satisfacción». Lo identificaron con la «sagrada voluntad de Dios», con el «triunfo de la doctrina de Jesús sobre los infieles» y no se recataron de dejar testimonio conjunto a la posteridad de cómo habían apelado una y otra vez... y con la máxima energía en favor de aquella degollina. Y mientras ellos ordenaban incansablemente rezos y repiques festivos de campanas por cada triunfo del gánster de los gánsteres —hasta siete días seguidos—; mientras celebraban misas en acción de gracias, entonaban Te Deums, enviaban felicitaciones, regalaban campanas, exigían también —*nota bene*: ¡en favor de un bandido que ya había hecho encerrar a millares de sus propios sacerdotes! (aunque naturalmente a ningún «archipastor») en campos de concentración y asesinato a unos cuantos cientos— «de cada uno su deber cumplido plena, gustosa y fielmente», «toda su fuerza», «toda suerte de sacrificios», ensalzando a Hitler como «paradigma luminoso»; a su

régimen de terror como «salvador y paladín de Europa» y a sus agresiones a otras naciones como «cruzada» y «guerra santa». Y ante sus ovejas —cuando millones de ellas comenzaban a desangrarse y congelarse y las ciudades alemanas caían convertidas en cascotes y cenizas— proclamaban: «¡Cuán inefablemente grande es la dicha de podernos llamar alemanes!».

¡Oh, sí, los acontecimientos eran una vez más muy venturosos! Y tanto más cuanto que también el papa Pacelli, Pío XII, el indiscutible pastor supremo, quien como Secretario de Estado había apoyado ya a Hitler en 1933, también a raíz de la anexión de Austria y asimismo cuando la invasión de Checoslovaquia, ahora lo apoyaba con más ahínco aún como todos los fascistas. Pues aunque, asegura él mismo, había clamado y exhortado incesantemente ¡paz, paz, paz!, conminaba, pese a ello, a los «millones de católicos» en los ejércitos alemanes: «Lo han jurado. Han de prestar obediencia». No es en modo alguno el caso de que le faltasen, según confesión propia, momentos estelares durante el hasta entonces mayor baño de sangre de la historia. Había elevado su corazón a grandes y santas esperanzas; estaba lleno admiración por las grandes cualidades del Führer y nada deseaba tan ardientemente —y así lo hizo comunicar de inmediato por medio de dos nuncios— como la victoria del Führer.

Millones y más millones de muertos, heridos, mutilados, gaseados, viudas, huérfanos, personas sin hogar, refugiados y desgraciados de toda clase. —«¡Apacienta mis corderos!»—. ¿Fracasaron acaso los pastores? ¿Tomaron, quizás, parte en los hechos? ¿Se metieron hasta el mismo cuello en la sangre? ¡Oh, no! Ellos siempre lucharon contra Hitler, ya antes de 1933. Y en 1945 volvieron a combatirlo de nuevo y atrajeron otra vez a los rediles a

los derrotados rebaños a quienes transitoriamente habían llevado con sus prédicas a los campos de batalla. Abrieron de par en par los portales: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados...».

¿Y que hicieron después, tras la experiencia de dos guerras mundiales? Por lo pronto exigieron públicamente en Alemania, por boca del cardenal Frings (en la Dieta católica de 1950) el rearme alemán y denostaron la objeción de conciencia como «sentimentalismo condenable». En 1956 el vicario general y lugarteniente del obispo castrense de Hitler, Werthmann —quien, engalanado con la cruz gamada, había otrora expresado su deseo de «ver eliminados y decapitados» a los objetores de conciencia católicos— fue nombrado vicario general de la Bundeswehr (FF.AA. de la R.F.A.). En 1957, el arzobispo Jager, que ya había servido a los forajidos nazis como capellán de división y que veía, no en ellos sino en los rusos, «seres degenerados como animales por su odio a Cristo», exigía el cumplimiento de los «ideales de las cruzadas... de forma moderna». En 1958, Jager y otros clérigos de vanguardia —ostensiblemente para poner en claro esa forma moderna— hacían propaganda en pro del armamento atómico de la Bundeswehr. En 1959, el jesuita Gundlach, proclamaba, consecuente con la doctrina de su pastor supremo, que el empleo de la guerra atómica no es absolutamente inmoral y la acción pastoral católica entre los soldados los prepara ya en ese sentido, pues «Cristo exige más de nosotros que el mismo Hitler...».

¿Sabemos ya, por fin, con quién nos las tenemos al respecto?

## **SEXUALIDAD Y CRISTIANISMO.**

Mientras no sintamos la moral del cristianismo como un crimen capital contra la vida, los defensores de aquél tendrán todos los triunfos en su mano.

Nietzsche.

La consecuencia negativa más importante del cristianismo ha sido la «problematización de la sexualidad»... Necesitamos una actitud mental que no vea en la sexualidad un «problema» sino un «placer». La mayor parte de la gente carece de la seguridad requerida para ello —y a menudo también le falta amor.

Alex Comfort.

La importancia básica del sexo se refleja en las creencias de todos los pueblos. Originalmente, siempre de forma positiva. Vulva y falo son sagrados para el hombre primitivo como portadores de la fertilidad y de la potencia generativa. La actividad sexual constituye con frecuencia el eje central de la religión.

Se rendía homenaje a la sexualidad mediante la hierogamia, apareamiento sacral entre dos personas y máximo acto de culto religioso en la Antigüedad, durante el cual —al menos en los primeros tiempos— los reunidos se mezclaban a menudo al azar, en frenéticas orgías colectivas. Se rendía culto al sexo mediante la ceremonia de desfloración prematrimonial en común celebrada en el templo. Ninguna muchacha podía casarse sin que hubiese sido desflorada allí por un hombre cualquiera, rito tan conocido en la India de antaño como en el Asia Anterior y en algunas tribus africanas. Y como tercera forma básica del coito religioso, se practicaba de continuo la copulación en el templo, especialmente en ciudades semíticas y del Asia Menor, sin que ello conllevara desprecio alguno para las hieródulas, que gozaban, más bien, de una estima superior a la de las otras mujeres.

Después de la glorificación milenaria de la sexualidad, a ésta le surgieron enemigos cada vez más poderosos, y no sólo a ella, sino también a la mujer, tan enaltecida en las viejas culturas matriarcales. Se fueron alzando las fuerzas, y siempre bajo la égida religiosa, que combatían contra la una y la otra, o contra ambas a la vez. Se inició la guerra entre los sexos o contra el sexo sin más. El judaísmo monoteísta y las religiones místicas del helenismo, que más tarde ejercieron una influencia decisiva en el

cristianismo, no fueron los últimos en darle acogida.

Jesús mismo, en todo caso, no vivió como un asceta. No moraba en el desierto como Juan Bautista, sino que se distanció, más bien, de éste y fue tildado de «glotón y dado al vino» por sus enemigos. Su trato con las mujeres estaba exento de prejuicios, sin considerarlas inferiores ni postergarlas en ningún momento. Frecuentaba el trato con los pecadores, incluso con ramera, y ni siquiera condenó a una adúltera.

En Pablo, por el contrario —él es el auténtico fundador del cristianismo— alzan ya su voz poderosa la mortificación, el embotamiento de los afectos y el odio al amor. La «carne» aparece ya rotundamente como sede del pecado. En el cuerpo no hay en absoluto «nada bueno», es un «cuerpo de muerte»; el cristiano tiene que «aplastar al cuerpo», «esclavizarlo», «matarlo», *etc.* Al mismo tiempo Pablo envilece a la mujer, la convierte en puro «reflejo» del varón y la somete completamente a él —todos los subterfugios apologéticos se estrellan aquí contra el texto—. Por último, el apóstol rebaja el matrimonio, pues lo permite tan sólo para evitar «la fornicación», y declara expresamente como bueno el «abstenerse de toda mujer».

Ya desde muy pronto, los Padres de la Iglesia más famosos propagan a porfía el ascetismo y con la más seductora de las labias incitan especialmente a los niños, incluso a los que sólo cuentan 4 o 5 años, a mantenerse vírgenes. Arrancan votos que vinculan de por vida a mentes y cuerpos ingenuos. Cuando los adultos más prudentes protestan, se azuzan los ánimos contra ellos. «Los padres oponen resistencia —predica San Ambrosio— pero ellos quieren ser superados».

Por mor de castidad, muchos monjes llevan una vida horrible. Se revuelcan desnudos en hormigueros, como Macario; entre espinas, como Benedicto; gimotean cuando menos, como Schenute o se van quedando rígidos de tanta porquería, como Antonio. (La orden de los antonitas obtiene el privilegio de la cría de cerdos y el cerdo como su atributo. Antonio ascendió a patrón de los animales domésticos). Otros como San Simeón Estilita no miran durante toda su vida a su propia madre y ahuyentan a las mujeres a pedradas. Con tal de parecerse a los eunucos se atan hierros pesados al pene, viven emparedados años enteros y pasan décadas sobre columnas. Se alimentan de hierbas toda su vida y pacen, para ello, como los animales. Se fingen continuamente locos —y no pocos de ellos lo son—. Y sin embargo, todavía en el siglo XX, los teólogos celebran todo esto como «heroísmo», como «formas más profundas de la conciencia religiosa», producto de una «espléndida floración del influjo del Espíritu Santo».

La E.M. entera también ve la hostilidad al cuerpo y a los instintos por parte de aquellos ascetas históricos como el más sublime de los ideales. Casi todo lo sexual es gravemente pecaminoso; lo patológicamente casto, sagrado. El placer es calificado de demoníaco; la mortificación exaltada al máximo. Los teólogos denuestan el cuerpo: una «cloaca», «vaso de podredumbre», «lleno de porquería y abominación». Nada menos que Juan de Avila, elevado incluso a Doctor de la Iglesia en 1926, enseña: «Desprecia el cuerpo. Considéralo como un montón de estiércol nevado, como algo que te provocará asco apenas pienses en ello». Nada menos que San Francisco dispone odiar al cuerpo, porque quiere vivir carnalmente y ordena que la carne sea mortificada hasta la insensibilidad, despreciada y tratada oprobiosamente. A los monjes medievales se les denomina ocasionalmente

*pissintunicis* (meatónicas).

Cuando les sobrevénia una polución o temían tenerla, o bien cuando miraban a una mujer con cierta voluptuosidad, se lanzaban al momento, aunque fuese en plena noche invernal, al agua, en los ríos más gélidos, en lagos helados, y hacían allí genuflexiones acompañadas del canto de los salmos. Para domesticar su miembro se vestían de año en año con atuendos erizados de clavos, lo restregaban incluso sobre ellos como el sensible Enrique Suso o se azotaban hasta perder muchas veces el sentido, como el fundador de los dominicos. Y todavía en el siglo XX los jesuitas se obsequian con latigazos y con el cilicio, pues, según San Francisco de Sales, la insensibilización externa es la avena del burro, que aviva su andadura.

Pues el asceta, a quien la Iglesia celebra expresamente como persona de ánimo fuerte y grande, como «debelador del animal que hay en nosotros», no posee en absoluto una voluntad fuerte sino más bien lo contrario: es un pequeño mojigato receptor de órdenes, que no quiere ser casto por propia iniciativa, sino tan sólo porque se lo han inculcado desde su infancia. Carece de firmeza interna, de autonomía espiritual. Al revés, es profundamente dependiente y débil. Tan débil que ha de descarriarse en el delirio para poder subsistir. Nietzsche dice certeramente que el fanatismo es la única fuerza de voluntad de que los débiles son capaces.

La vida sexual es aquí reprimida en su integridad. De ahí esas frenéticas visiones en las que los monjes contemplan mujeres en las más distintas poses y las monjas demonios fornicarios. De ahí esas relaciones imaginarias pero intensamente voluptuosas con la

«esclava del Señor» o con este mismo. De ahí todos esos bailes de San Vito, psíquicamente determinados, y esas actividades grotescas, anímicamente tumultuosas de aquellos cristianos que —eso los delata a todas luces— no pueden expresar su relación con lo metafísico si no es con los símbolos del amor y del matrimonio. «¡Ay!, con harta frecuencia es la diosa del amor, Afrodita, quien imprime ahí su sello (Schiller)».

Los religiosos masculinos rinden gustosos pleitesía a un sensual galanteo con María con la que están prometidos, desposados, vinculados mediante relaciones secretas. Succionan deleitosamente de su seno, se sumergen espiritualmente en su leche, su útero. Y así la moderna teología moral sigue discutiendo el caso de la masturbación ante una imagen de María.

La sexualidad de las monjas cuenta como sucedáneo místico con Jesús. La Iglesia hace de ellas «novias», «templos del Señor», «tabernáculos de Cristo», les endilga velos, coronas de novia, anillo de novia y, finalmente —a las benedictinas— un lecho de novia adornado de flores con un Cristo crucificado, como novio, en la almohada. Con entrañable devoción aprietan figuras de Cristo sobre sus pechos desnudos. Se sienten embarazadas. Besan, abrazan, meditan sobre la santa circuncisión de Cristo, sobre el calor del seno de María en el momento de su concepción y, con todo ello, ellas mismas se calientan y consumen en el más amoroso de los fuegos.

Muchas damas reciben la famosa herida profunda que las embarga con desmesurado placer. Algunas, como Santa Catalina de Génova y Madame Guyon, experimentan la herida a solas con su confesor, que las atrae mágicamente. Otras, como Santa

Catalina de Siena, permanecen horas, incluso días, tendidas en una especie de estado cataléptico provocado por el hervor erótico. Las hay que se vuelven, por el contrario, tanto más vivaces como Santa Magdalena dei Pazzi que, sola o con otras hermanas, corre como una exhalación de acá para allá por el convento y como poseída por la locura grita «amor, amor, amor... es demasiado», se arranca los vestidos y, según testimonio de su confesor, el Padre Cepari, el 3 de mayo de 1592, salta hasta una altura de nueve metros, en el coro de una capilla, para agarrar un crucifijo y colocárselo entre los pechos.

Santa Teresa de Avila, la más grande de las místicas católicas, enaltecida hasta la exaltación (y, por cierto, excesivamente codiciosa de dinero) sueña a cada paso con lanzas, puñales, objetos largos y penetrantes, se siente forzada a enseñar «la higa» al Señor. El amor divino la taladra, empuja y eleva de tal manera que ella afirma lisa y llanamente haber levitado durante media hora.

Otras cristianas de menos renombre llevan como anillo de desposadas nada menos que el prepucio divino que se conserva en varios sitios, cada una de los cuales posee, por supuesto, el original. Prepucio objeto de veneración por parte de la «Cofradía del Santo Prepucio» y, asimismo, por parte de capillas especiales y por legiones de peregrinos. La monja vienesa Agnes Balbe-Kinn se deleita incluso, en el siglo XVIII, con un menú completo a base de esa piel. Preocupada, casi desde su infancia, por el destino incierto de aquél —como lo estuvo también un gran número de sesudos Padres de la Iglesia—, la citada monja, justamente el día de la fiesta de la circuncisión y tras haber comulgado, siente súbitamente sobre su lengua el glorioso prepucio, de dulzura

indescriptible, lo paladea, se lo traga, vuelve a experimentar el contacto de esa pielecilla, traga de nuevo. «Y el hecho se repite — documenta el benedictino austríaco Pez— no menos de cien veces».

¿Hay algo más evidente que la base libidinosa de ese culto amoroso? Y, dejando de lado el aspecto puramente literario, no hay a este respecto ninguna diferencia relevante entre la mística «auténtica» y la «inauténtica», entre la mística y el misticismo. En uno y en otra lo «sobrenatural» es simplemente envoltura de lo natural; la espiritualidad, de la sexualidad; el ágape, del eros. Pese a ser diferentes sus manifestaciones exteriores, su fondo es el mismo. Bien sea que invoquen gritando a Jesús mientras se revuelcan en el suelo, o se masturben con el crucifijo, en uno y en otro caso tenemos sucedáneos del impulso sexual reprimido.

Es claro, por lo demás, que ni el seno de María ni el santísimo culto del antedicho prepucio basta para satisfacer a la mayoría de los piadosos.

Por ello la misma Iglesia se queja ya en la Antigüedad y más aún en la Edad Media, pese a todas sus reformas, de que los monjes dan a los pueblos «el peor de los ejemplos», de que «en casi toda Europa nada monacal se descubre en ellos de no ser la tonsura y el hábito» y de que muchos no fueron a los conventos por otro motivo que el de poder fornicar a su gusto. El libertinaje de los religiosos era realmente proverbial. Incluso al declinar el siglo XVI pululan mujeres y niños en los conventos de monjes.

Los jesuitas, obligados por sus estatutos a la «pureza de los ángeles» bataneaban preferentemente los traseros desnudos de

las damas, incluso las de más alta alcurnia (en los casos de la llamada *disciplina secundum sub*) y eso en todos los estados desde los Países Bajos hasta España. En el Este, ni el voto de castidad ni la vida «exclusivamente dedicada al servicio de su señora celestial, María» impedían a los caballeros de la Orden Teutónica, asesinos de todo lo vivo, penetrar todo lo que tuviese vagina: mujeres casadas, vírgenes, niñas y, según podemos conjeturar con cierto fundamento, también animales hembra. Desde que los conventos existen floreció en ellos la homosexualidad.

Fueron las religiosas de las órdenes quienes inauguraron en el Occidente la prostitución ambulante y, en general, con la creciente ampliación del Reino de Dios sobre la tierra, las monjas se convirtieron en una competencia cada vez más frecuente de las ramera. La comparación de los conventos de monjas con casas de lenocinio se repite a cada paso a partir del siglo IX. Más tarde, muchos conventos son como burdeles abiertos, desde el norte remoto, donde la santa patrona de Suecia se lamenta de que las puertas de los conventos de religiosas estén, de día y noche, abiertos a seglares y clérigos, hasta muy al sur, en Francia e Italia, donde el teólogo Nicolás de Clemanges reconoce: «Imponer hoy en día el velo de novicia a una muchacha equivale prácticamente a entregarla a la prostitución». El consejo municipal de Lausana ordena a las monjas no lesionar los intereses de los burdeles. El de Zurich promulga en 1493 una estricta ordenanza «contra la conducta lasciva en los conventos de religiosas».

A falta de hombres y no permitiéndoseles a las monjas ni siquiera un padre confesor, habían de conformarse a menudo con niños, cuadrúpedos o aparatos completamente inanimados pero causantes de placer, de factura muy primitiva, a veces, pero

también falos artificiales con sus bolsas testiculares llenas de leche que, simulando una eyaculación, derramaban en el momento de máxima tensión, fría o caliente, en la vagina más o menos virginal. No sin razón llamaban en Francia «*bijoux de religieuse*» (alhaja de religiosa) a estos substitutivos. Al morir en 1783 Marguerite Gourdan, la más famosa de las *Madames* del siglo —fabricante además de los más retinados artificios de consolación— se encontraron en su casa centenares de pedidos de tales «bijoux» procedentes de conventos franceses.

Allá donde la Iglesia apremiaba a la castidad menudeaban los castigos inhumanos. Especialmente a quienes quebrantaban sus votos —incluidos quienes habían sido enclaustrados contra su voluntad— les obligaban a vivir vegetando a pan y agua durante años, los encarcelaban de por vida, los sometían una y otra vez, además, a vejaciones y azotes dejando el número de éstos a la «discreción» del abad quien, sólo en casos excepcionales, podía flagelar hasta la muerte.

Al clero secular se le impuso el celibato que todavía el cardenal primado de la RFA, Dopfner, propagaba como «forma de vida fundamentada y orientada bíblicamente», aunque el Antiguo Testamento recomienda, incluso al sacerdote, «tomar por mujer a una virgen» y, según el Nuevo Testamento, incluso el obispo ha de ser «hombre de una mujer». De ahí que los apóstoles llevasen consigo sus mujeres en sus viajes misioneros y que en toda la Iglesia primitiva la mayoría de los sacerdotes y obispos estuviesen casados. La *Catholica* impuso el celibato por tres razones. Primero, porque la renuncia de las relaciones sexuales debía hacer aparecer a los sacerdotes más fidedignos y venerables. Segundo, porque un clero célibe resulta más económico a la Iglesia que si estuviese

acompañado de mujeres e hijos. Tercero, porque se deseaban instrumentos sin voluntad, no vinculados a la familia, la sociedad o el Estado, disponibles en todo momento, por medio de los cuales se pudiera ejercer la dominación, que es lo único que estaba realmente en juego.

Así dio comienzo una repugnante soplonería reglamentada hasta el último detalle. Los clérigos casados fueron depuestos y enclaustrados temporalmente o de por vida. Padedieron torturas y mutilaciones, y después de que papas como Alejandro II y doctores de la Iglesia como P. Damián azuzasen a los creyentes contra sus propios sacerdotes «hasta el derramamiento de sangre» o «hasta su total aniquilación», algunos pagaron con su vida.

Las mujeres de los sacerdotes, por más legítimamente casadas que estuvieran y, a veces, bajo observancia de las formas eclesiásticas, quedaron siglo tras siglo privadas de derechos, fueron flageladas, vendidas, esclavizadas, así como sus hijos...

Por lo demás, los célibes substituyen a la esposa que se les niega por enredos amorosos, superabundantes a veces, y una especie de harén sacerdotal viene así a relevar al matrimonio de los clérigos. San Bonifacio habla en el siglo VIII de sacerdotes «que de noche mantienen cuatro, cinco o más concubinas en su cama». Más tarde hay obispos como el de Basilea o el de Lieja con 20 e incluso 61 hijos respectivamente.

En la época de florecimiento del cristianismo, el siglo XIII, el papa Inocencio III califica a los sacerdotes de «más inmorales que los legos» y Honorio III asegura: «Se han convertido en la

abominación y en el dogal de los pueblos». Alejandro IV confirma que «el pueblo, en vez de ser mejorado por los sacerdotes, es enteramente corrompido por ellos». *Confessio propria est omnium óptima probatio* (la propia confesión es la mejor de las pruebas). «Se pudren como el ganado en el estiércol» es otra áurea sentencia papal del siglo XIII y, no obstante, la cosa toma un cariz aún peor en el siglo XIV en el que el canónigo agustino Waldhausen lanza su tonante sentencia: «Este establo de Augias que se autodenomina Iglesia de Cristo y no es otra cosa que el burdel del Anticristo». Y el siglo XV en el que teólogos de renombre atestiguan que el estamento sacerdotal «está corrompido desde lo más alto a lo más bajo» y que «las personas puras de costumbres y las sabias no obtienen altas dignidades» sino que únicamente «hombres con hedor de cadáver» buscaban la sede obispa, se celebra el Concilio de Constanza, que quemará a Hus, en cuyo transcurso había en la ciudad, aparte del papa, de más de 300 obispos y del Espíritu Santo, también 700 prostitutas notorias, sin contar las que ya llevaban consigo los padres conciliares.

La actitud del Vaticano en este *puncto puncti* (cuestión central) era la misma que medio milenio atrás. El papa Sixto IV, por ejemplo, no solamente construyó la capilla sixtina denominada así en honor suyo sino también un burdel. Él, persona tan lujuriosa que acometía sexualmente a su propia hermana e hijas, introdujo en 1476 la Fiesta de la Inmaculada Concepción y por otra parte cobraba 20 000 ducados de impuestos anuales a sus prostitutas. Fue él quien nombró también como inquisidor al sanguinario Torquemada. El sobrino de Sixto, Pedro Riario, copuló, literalmente, hasta la muerte, y obtuvo, para colmo, uno de los

mejores mausoleos del mundo.

Una estadística bastante fiable de 1490 registra en Roma 6800 rameras para una población de menos de 100 000 habitantes. Una de cada siete romanas era prostituta. No sólo los papas, también cardenales y obispos, abades y abadesas construían y compraban lupanares. Se ponía de manifiesto una y otra vez cuánta razón tenía el papa Pío II al encarecer al rey de Bohemia, remitiéndose a San Agustín, que sin una red de burdeles bien administrados la Iglesia no podría subsistir.

Y, evidentemente, tampoco el clero podía vivir sin hembras, llámeselas esposas, concubinas o cocineras. Pese a la estricta prohibición, los obispos permitían, previo pago de un «interés concubinario», un montón de barraganas a sus sacerdotes, rédito que también se exigía de los privados de mujer. Estos últimos pagaban hasta el doble en Noruega e Islandia.

Las reformas tridentinas no impidieron, naturalmente, que los pastores de almas prosiguiesen con su vida sexual. Todavía en el siglo XVII seguían teniendo, incluidos los prelados, mujeres y niños que, en el caso del arzobispo de Salzburgo, von Reitenau, llegaban a 15 (habidos de la bella Salomé Alt). Y no es un enemigo de la Iglesia sino el «Círculo de Acción de Munich», un grupo católico, el que, en un memorándum enviado a todo el clero de la diócesis, habla —ya estamos en 1970— de «relaciones secretas equiparables al matrimonio» y de «vida de simulación forzada» del sacerdote católico. Pero cuando H. Mynarek, antiguo decano de la facultad de teología de la Universidad de Viena, describía esa falsedad tras abandonar la Iglesia, se inició tal juego de intrigas inmediatamente antes de la publicación de su libro *Señores y*

*siervos de la Iglesia*, que su editorial retiró del mercado, vulnerando el contrato, la obra ya impresa y con ventas ya comprometidas.

La hipocresía pertenece hasta hoy a los rasgos de carácter más repulsivos y, no obstante, más esenciales del cristianismo. De acuerdo con la antigua divisa católica *si non caste cauíe* (si no castamente, al menos cautamente), los papas Alejandro II, Lucio III y muchos otros distinguieron estrictamente entre el pecado secreto y el de dominio público, doblando o incluso triplicando el castigo para el último. El cardenal y Doctor de la Iglesia P. Damián calificó *expresis verbis* de apenas tolerable la lujuria secreta de los sacerdotes. Intolerables eran, sin embargo, los vientres embarazados y el griterío de los hijos de las concubinas, valoración que motivó el fulminante sarcasmo de Panizza: «Espíritu auténticamente católico el que muestra ya este Damián para quien nada sucede, si sucede a escondidas, y únicamente lo que grita es pecado». Ya lo advirtió sin tapujos J. de Gerson, Canciller de la Sorbona, Doctor *christianissimus*: «Pero téngase buen cuidado de que ello suceda a escondidas...». Y ésa sigue siendo exactamente la máxima moral oculta, pues la deshonestidad de un confesor con su confidente únicamente conlleva el castigo de prolongada penitencia y deposición de aquél «si el delito ha llegado a ser de dominio público».

En términos generales el hombre no fue demonizado en absoluto, pero sí lo fue la mujer, respecto a la cual Jesús mismo mantuvo, sin embargo, una actitud ejemplar y a la que el cristianismo antiguo debe gran parte de sus éxitos misioneros.

Pero los grandes doctores de la Iglesia, Ambrosio, Agustín y San

Juan Crisóstomo propagaron finalmente la idea de que la mujer no estaba hecha a imagen y semejanza de Dios, que era un ser subalterno, destinada al servicio del hombre y respecto a ella usan a cada paso locuciones que denotan una situación similar a la de la esclavitud. En plena Edad Media un Tomás de Aquino, elevado a la categoría de maestro supremo de la *Catholica* a finales del siglo XIX, denuesta a la mujer como ser físicamente y psíquicamente inferior, una especie de hombre «mutilado», «malogrado». El mismo hecho, lamentable, de que nazcan siquiera mujeres, radica, según el filósofo oficial de la Iglesia —patrón por añadidura de todas las escuelas y universidades católicas— en que el semen masculino sea deficiente, en lo defectuoso de la sangre de la matriz o en que soplen «vientos húmedos del sur» (*venti australes*) de modo que, debido a las muchas lluvias, nacen criaturas más acuosas, es decir, niñas.

También Lutero, que abolió el celibato y vació de monjas los conventos, calificaba al hombre de «superior y mejor», llamando en cambio a la mujer «semiinfante», «animal furioso» y refiriéndose a ella con palabras tan poco lisonjeras como éstas: «El mayor honor que le cabe es el hecho de que, inevitablemente, hemos de nacer de una mujer».

Esta campaña de maledicencias que dura casi hasta nuestros días y en la que las pocas manifestaciones positivas se esfuman del todo, no sólo condujo a numerosas y comprometedoras pretericiones en el ámbito eclesiástico, sino que, dada la enorme influencia del clero, repercutió más allá de aquél y de forma devastadora en casi todos los órdenes de la vida. La mujer fue discriminada de forma crasa y continuada en los planos económico, social y también en el de la política educativa. Durante

siglos careció de capacidad jurídica, de derechos de herencia, de patrimonio digno de ese nombre. Como esposa debía vivir plenamente sometida a la voluntad de su marido, a quien el Corpus Iuris Canonici, el código por el que la Iglesia se rigió hasta 1918 (!), legitimaba además para imponer el ayuno a su mujer, para golpearla, atarla o tenerla recluida.

¿Por qué son las mujeres las que más votan por la CDU (Unión Demócrata-cristiana)? ¡Naturalmente a causa de la Iglesia! A causa de una Iglesia que —a consecuencia de su odio a la fémina— llevó a millones de «brujas» a las cámaras de tortura y a la hoguera y que hizo que, precisamente las mujeres de las clases más modestas, es decir, la mayoría, y hasta bien entrado el siglo XIX, fuesen en muchos aspectos peor tratadas que lo habían sido los esclavos de la Antigüedad.

Al igual que la mujer, la Iglesia difamó asimismo durante casi dos milenios el matrimonio, por mucho que ella niegue este extremo. Desde San Justino hasta Orígenes, pasando por Tertuliano, se alaba más al eunuco que al marido. Según el Doctor de la Iglesia San Jerónimo, los desposados viven a la «manera del ganado» y, por lo que respecta a su unión carnal, «en nada se distinguen de los cerdos y de otros animales irracionales». San Agustín, otro Doctor de la Iglesia, escribe que los casados obtendrán peores puestos en el cielo y que sólo el «matrimonio de José», el matrimonio de total abstinencia, es un auténtico matrimonio, de forma que lo mejor sería que los niños «se sembrasen a mano como el trigo».

Por todo ello, la idea del matrimonio como sacramento no emergió en el cristianismo hasta más de un milenio después. Sólo

a partir de los siglos XI y XII se hizo usual el dar el «si» matrimonial ante el sacerdote, pero un matrimonio celebrado sin él, siguió siendo válido hasta el siglo XVI. En concordancia con ello se impidieron con frecuencia los enlaces matrimoniales y se pusieron serios obstáculos a los matrimonios en segundas nupcias (de viudas o de viudos), sin llegar a prohibirlos. Se aducía gustosamente el dicho de que «Después del baño, el puerco vuelve a revolcarse en el cieno».

Las mismas relaciones sexuales matrimoniales fueron, sin embargo, rigurosamente restringidas. En la Alta Edad Media fueron prohibidas los domingos y los días de fiesta, los días de penitencia y plegaria, todos los miércoles y viernes o bien viernes y sábados, en la octava de pascuas y pentecostés, en la época de ayunos (durante cuarenta días), en la época de adviento, antes de la comunión (a veces también después), durante el embarazo, después del mismo. *Summa summarum*: durante ocho meses al año. En la culminación de la Edad Media e incluso en época más tardía, durante medio año. Las transgresiones conllevaban penas eclesiásticas y el desenfreno, hasta el siglo XX, se consideraba penado por horribles represalias divinas: niños leprosos, epilépticos, tullidos, poseídos por el demonio. Contra todo ello se ponía como ejemplo moral al camello y, especialmente, a la hembra del elefante, que se apareaban una vez al año y una vez cada tres años respectivamente.

La relación carnal en el matrimonio sólo era permisible para la Iglesia por dos razones: primera, para evitar cualquier otra, posiblemente más placentera, extramatrimonial. Lutero formulaba por su parte y de forma muy plástica el punto de vista compartido por los católicos: «Por esa razón obtiene la

muchachita su puzoncito, pues así le proporciona (al hombre) una medicina que evite poluciones y adulterios». La segunda razón era la de que el matrimonio resultaba necesario para tener prole propia. Como el mismo Lutero escribe con toda franqueza: «Y aunque ellas se fatiguen e incluso acaben por morir a fuerza de embarazos, ello no importa. Que mueran a fuerza de embarazos, que ésa es su única razón de ser».

Pero si, ¡Dios nos ampare!, había que hacer el amor ello debía suceder raras veces y sin asomos de deseo. Durante siglos, todo acto matrimonial fue tildado de pecaminoso. Más tarde se consideró libre de pecado si durante él mismo se aborrecía el placer. El placer fue siempre el *crimen capitale* del cristianismo. Si se escogía una posición distinta de la supuestamente normal y concorde con la voluntad de Dios —la mujer de espaldas y el hombre encima *facies ad faciem* (cara a cara) la que, según ciertos expertos, es la menos placentera, la llamada «posición del misionero» que en general causa risas en el mundo no cristiano— es decir, si, buscando mayor satisfacción, se practicaba un *situs ultra modum* (posición indebida) —algo que los moralistas discutieron a menudo expertamente y considerando todas sus variantes— ello equivalía a un delito tan grave como el asesinato. Los teólogos hubiesen preferido ante todo que los cónyuges copulasen sintiendo asco del impulso instintivo, en la oscuridad de la noche y de ser posible vestidos ambos con una camisa monacal creada expresamente para ello, una confección especial que cubría todo hasta el dedo gordo del pie y sólo dejaba una pequeña abertura disimulada a la altura de los genitales. En todo caso debían obrar exclusivamente para engendrar a otros cristianos y célibes.

El mundo cristiano no parece haber sabido nada acerca de los anticonceptivos hasta el siglo XVIII, mientras que el mundo antiguo los usó profusamente, tanto mecánicos como farmacológicos, y conocía, incluso, el método Ogino-Knaus.

Los obispos alemanes predicaban, in corpore, en 1913 que los creyentes debían, llegado el caso, preferir cualquier clase de penuria, renunciar a todo tipo de ventajas. Consideraban incluso a la industria pertinente «digna de maldición» por su «complicidad criminal» pues «sus infames artículos los pagaba nuestro pobre pueblo alemán no sólo con su dinero sino también con su sangre, con la salud de su cuerpo y de su alma, con la felicidad de sus familias»: ¡Lo que paga con dinero, felicidad y salud es precisamente el repudio de los anticonceptivos!

¿Y cuándo —dicho sea entre paréntesis— luchó así la Iglesia contra la industria del armamento? ¿Cuándo la denostó como «digna de maldición» y «criminal»? Y sin embargo las «palabras pastorales» hubiesen sido cabalmente adecuadas para sus artículos: «nuestro pobre pueblo alemán los paga no sólo con dinero sino también con su sangre...». Palabras con las que los obispos no se referían a las granadas, a los cañones y al gas, no, sino a los preservativos. A las granadas, los cañones y la guerra misma la celebraron bien pronto con demente entusiasmo, ¡la ensalzaron como santa! Pero los preservativos eran y siguen siendo cosa del diablo, pues diezman el número de los consumidores y de los que han de ser consumidos, de los usuarios y de los que han de ser usados. Diezman el Poder y la Gloria. Por ello ¡guerra a los preservativos, pero jamás guerra a la guerra! Tal es la moral de la Iglesia, que enaltece masacres y genocidios como actos en servicio de Dios, pero sigue prohibiendo al personal

sanitario expender anticonceptivos: antes que eso es preferible contraer las purgaciones o la sífilis. O el Sida.

Ya la simple venta de anticonceptivos sigue calificándose de «colaboración formal con el pecado del usuario». ¡La venta de granadas no! Tal es la moral de la Iglesia a la que hemos en verdad de agradecer el que todavía se penen con la prisión la publicidad en favor de profilácticos; el que todavía en la segunda mitad del siglo XX se lleve a juicio a médicos (en Alemania e Italia) por esterilizar a mujeres, por recomendarles simplemente anticonceptivos, mientras que la India no cristiana premia a los adultos que se esterilizan.

Ni que decir tiene que los «padres» prosiguieron también en el Vaticano II su línea inhumana y hostil al placer, como hizo Pablo VI en 1968 con su inhumana *Humanae Vitae*, que continúa prohibiendo todo control de la natalidad exceptuando el aprovechamiento —que Pío XII permitió, contradiciendo por cierto toda la tradición católica— de los días no fértiles de la mujer, suscitando con ello la indignación de bastantes teólogos católicos, incluidos algunos de renombre, y el sarcasmo de los católicos críticos: «la canonización de Ogino-Knaus representada por el conjunto de actores del asilo de ancianos de San Pedro de Roma bajo la dirección de Pablo VI».

¿Pero qué se gana atacando a éste personalmente? La culpa no es tanto suya como del sistema. Pues no es sólo la encíclica la que adopta «un punto de vista completamente esclerotizado» como cree el presidente de la Asociación de Médicos Católicos (Saes), ni es ella únicamente «una catástrofe» como opina este mismo facultativo, sino toda la Iglesia, el cristianismo en general. ¡Y eso

desde aquel Paulus y no desde este Pablo! Quien no quiere ver esto hoy, es ciego o simula serlo. *Tertium non datur*.

Por imposición del clero son justamente los pobres quienes han de ver todavía cómo aquello que constituye casi su único placer se convierte en una especie de alarde gimnástico penitencialmente vigilado, costoso y acongojante, sobre el que pesa además la obligación de producir católicos sin pausa. O bien se les exige —si no aman «según las leyes de la naturaleza» y someten su acto al precario método Ogino-Knaus— una ascética estricta, el «camino de la continencia total», una vida «como hermano y hermana según el sublime ejemplo de la Madre de Dios y San José».

No obstante, ya en el siglo XIX han vivido tantas personas como en los 600 000 años anteriores. Y en tan sólo doscientos años deberían vivir 100 000 millones de personas, si no se da una planificación familiar y se aplica la cuota actual de crecimiento demográfico. Si así fuese, toda la tierra, excepto los mares, la alta montaña y las zonas polares, se convertiría en una única ciudad gigantesca.

Mientras que, por esa razón, todos los expertos en demografía conjuran a la humanidad y dan al mundo la señal de alarma, la Iglesia Católica se aferra a la prohibición de todos los medios anticonceptivos y Roma inició una ofensiva diplomática secreta —desplegada ante los diversos gobiernos, organizaciones internacionales y de modo especial ante los USA y la ONU— para bloquear la financiación y la promoción del control de natalidad. El teólogo Jan Visser, que ejerce sus funciones en Roma, proporcionó un indicio de la extrema y pavorosa consecuencia de esa opción política cuando, al ser preguntado en la T.V. alemana sobre si la

Iglesia estaría dispuesta a mantener su doctrina tradicional incluso al precio de una desoladora superpoblación del planeta, osó responder así: «Yo diría que sí, si ella está convencida de que ésa es la ley de Dios. Incluso si el mundo se hunde, debe hacerse lo justo». *Fiat justitia et pereat mundus* (Cúmplase la justicia aunque el mundo perezca). De forma análoga interpretaba el jesuita Gundlach la doctrina de Pío XII acerca de la guerra atómica y justificaba plenamente el acabamiento nuclear del mundo en cuanto «profesión de fidelidad» hacia el orden divino.

Pero antes de que el mundo perezca hay que ser máximamente prolíficos sin que, en modo alguno, sea lícito abortar. De ahí la tragedia que vive la Iglesia a causa del Art. 218<sup>[5]</sup> en relación con lo cual se han dado actuaciones estremecedoras —por ejemplo, la de aquella Eva diminuta y encantadora cuyo destino es en verdad incierto, pero cuyo diario llevó el clero de ambas confesiones directamente desde el útero a las columnas de anuncios y a los portones de las iglesias. Un alarde de genialidad *sui generis*.

«Hoy fui llamada a la vida —afirma el embrión espiritual— por un acto de amor de mis padres». Y ya este primer pronunciamiento —como es propio de la publicidad curil— es un pronunciamiento falso. Estos padres, desde luego, no la llamaron a la vida. ¡Pues en otro caso no querrían abortar como se indica poco después! Pero eso es algo de lo que nuestro primor no tiene aún la más mínima sospecha. Al contrario. Después de 14 días, el 15 de julio, se jacta un tanto coqueta (y no muy cristiana) de sus encantos físicos. Cuando apenas tiene dos milímetros de la cabeza a los pies, afirma: «Mi cabecita es cada vez más hermosa...». Y el 2 de agosto —ahora tiene unos brazos poco mayores que los signos de admiración de las letras impresas— grita alborozada (con un

talento digno de la Sra. Hedwig Courths-Mahler<sup>[6]</sup>): «Me han crecido bracitos de lo más tierno. Con ellos quiero sujetarme con fuerza a tu cuerpo, querida mamá». Cuatro días después, cuando apenas pesa un gramo, conmueve incluso a sus progenitores hasta arrancarles las lágrimas: «Ahora tengo una naricilla preciosa. Mis orejitas también están ya completas y se parecen en todo a las de papá». Pero a mediados de agosto, el pequeño vástago de la propaganda clerical se muestra asombrado: «Hoy se ha enterado mamá de que yo estoy con ellos. ¿Por qué le causa ello preocupaciones? Las dos estamos sanas y contentas». ¡Oh sí! Precisamente la mamá tiene que estar muy contenta. Ya se echa de ver por las declaraciones del 19 de septiembre: «Mi mamá ha dispuesto que me maten hoy, apremiada por mi padre (o por una opinión pública que se autolegitima soberbiamente). ¡Por favor, por favor, no lo hagas, querida mamá! Hay muchas personas que te ayudarán en tus apuros (!)».

Y así no sólo la primera fase comienza mintiendo. También lo hace la última. Pues ¿quién ayuda en un caso así? ¿Va a ser precisamente la Iglesia?

Ni siquiera ayudó en el momento mismo del nacimiento. Hasta la segunda mitad del siglo XX prefería la muerte de la madre a la del embrión: «Dar muerte al feto está también prohibido en el caso de que el médico lo considere necesario como “aborto terapéutico” al objeto de salvar a la madre de un peligro de muerte. Lo está incluso cuando sin esa intervención puedan morir, eventualmente, madre y niño».

¿Y quién ayudaba y ayuda a los alumbrados?

En la Edad Media —permítaseme la digresión— sólo toleraban a los niños en inclusas y orfanatos hasta que éstos podían ir por su cuenta «en pos de las limosnas». Pues en términos generales no habían aprendido otra cosa que religión. Pero cuando, en las postrimerías de la Edad Media y en los comienzos de la Moderna, proliferaron las legiones de mendigos, se les dio, literalmente, caza; se les flageló en público; se les marcó a fuego en el pecho, las espaldas y los hombros; se les cortó media oreja, la oreja entera, o se les impuso cualquier otra forma de mutilación. Después de atraparlos varias veces sin trabajo —desconsiderando la cuestión de si lo había— se les ejecutaba sin más.

De los 740 niños recogidos en la inclusa de Kassel entre 1763 y 1781 sólo vivían 88 a finales de 1781 y apenas fueron 10 los que alcanzaron 14 años de edad. —«¡Por favor, por favor, no lo hagas mamá! Hay muchas personas que te ayudarán en tus apuros».

Todavía en la Viena católica de 1927 el 80% de la población vivía a razón de cuatro o más personas por habitación. Incluso decenios después, más de un millón de personas en la católica Italia viven de trabajo a domicilio, pésimamente pagado y sin seguro de enfermedad. El 50% de los obreros industriales jóvenes cualificados (!), tienen un salario semanal de unas 5000 liras y un millón trescientos mil italianos están en el paro total, situación que en el sur de Italia afecta al 48,3% de los adolescentes que acaban sus años de escuela. ¡Y qué miseria tan devastadora reina en la católica Latinoamérica! Pero pese a ello hay que echar hijos al mundo...

Con seguridad que el lamento de la Iglesia en torno a los no nacidos sería menos digno de mofa si ella se ocupase más de los

nacidos. ¡Cosa que únicamente hace a fondo en un caso y entonces llega en verdad hasta los mismos fundamentos de la existencia!, cuando con ocasión de todos los grandes baños de sangre —dos guerras mundiales y la larga carnicería de Vietnam, que todas juntas han causado más asesinatos que habitantes tiene Alemania Occidental, lo demuestran con horror más que suficiente— no descansa hasta que el germen de una vida que ella tanto ampara como *santa*, una vez crecido, es despedazado hasta convertirse en papilla y fango, acción que la Iglesia también considera *santa*.

Esta Iglesia ha bendecido desde Constantino los asesinatos en masa, pero ha declarado un crimen toda relación sexual extramatrimonial (y a menudo incluso la matrimonial).

Alguien escribió, desde las propias filas del catolicismo, que en éste hay «una larga tradición... que considera pecado o al menos acompañada de pecado cualquier práctica sexual» y que «toda actividad sexual se manifiesta en concreto como mala a causa de su indisoluble vínculo con la concupiscencia». Y fueron cabalmente los «crímenes» sexuales los que merecieron una consideración especialmente grave.

Ya el Concilio de los Apóstoles presentó en su decreto como pecados capitales o mortales la conocida tríada: idolatría, asesinato y fornicación. Todo está ya aquí bellamente unido en el mismo plano: la religión, el homicidio y el amor.

Agustín, un hombre incapaz de dominar sus propios problemas sexuales, agitado por bandazos continuos entre la lujuria y la frustración y capaz de rezar así con toda seriedad: «Dame

castidad... pero no ahora mismo», que sólo se entregó a la piedad tras saciarse en el desenfreno sexual, cuando su debilidad por las mujeres se convirtió, como es el caso en algunos hombres que comienzan a envejecer, en lo cabalmente opuesto y cuando aparecieron en él achaques de salud, dolencias en el pecho y pulmones, tanto más molestas cuanto que se trataba de un *retor*, este Agustín creó la doctrina clásica del pecado, propia de la Patrística, que condenaba especialmente el deseo sexual, marcando de un modo determinante hasta hoy la moral sexual cristiana, el destino de incontables millones de occidentales (afectados por la inhibición y la angustia sexual) y no sólo de ellos.

El amor, para Agustín, es siempre meramente el amor a Dios. El amor sexual es, en el fondo, cosa del diablo, «deleznable», «infernale», «tumor abrasador», «ardor insufrible», «podredumbre», «cieno repulsivo», «pus repulsivo». Toda esta repelencia surge de él como de un bubón de peste y sigue influyendo en las escolásticas inicial y culminante. En el marco de esta última, Guillermo de Auvernia califica de «animal» al placer sexual; el Doctor de la Iglesia San Buenaventura llama «pestilente» al acto sexual y T. de Aquino compara la concupiscencia con la «suciedad» y considera el «coito», en términos absolutos, como algo de «lo más vil». San Bernardo de Claraval, otro Doctor de la Iglesia, declara que el hombre se rebaja a un nivel inferior al del cerdo a causa del inicuo placer.

El modo como se analizaron esas cuestiones armoniza con esos puntos de vista: indagaron la relación carnal con una mujer muerta, con una estatua, con una muñeca de madera agujereada, con el hueco de un nudo de madera. Se tomaron en consideración casos como el de que «se introduzca en la vagina el pico de una

gallina», el que «se ponga saliva o pan en la vagina para atraer con ello a un perro que lama las partes pudendas», el que «se masturbe a un perro para conseguir la erección de su miembro e introducirlo en la vagina».

Los expertos tasan exactamente éstos y otros casos análogos para imponerles castigos horrendos.

Los sabios teólogos de la Alta Edad Media cavilaron sobre las personas que a causa de su obesidad únicamente «pueden copular a la manera de los animales» o se hicieron cábalas acerca de la gravedad del pecado del hombre cuya «excitación sexual es igual a la de un caballo o a la de un mulo». Con mayor minuciosidad se sacó a colación el tema de la capacidad matrimonial de los eunucos (si se gozaba de capacidad matrimonial con un solo testículo o sin ningún testículo, si la *virga erecta* ya era suficiente aunque no eyaculase, etc), pero también el tema de la «mujer estrecha», lo que constituía impedimento matrimonial y causa de anulación.

La época dorada de la teología moral católica no comenzó propiamente hasta el siglo XVIII. Es el momento en que uno de sus clásicos, San Alfonso María de Liguori, distinguido con el título más alto que concede *la Catholica*, investiga en su obra *Teología Moral*, aparecida entre 1753 y 1755 y que lleva ya más de 70 ediciones, la pecaminosa gravedad y la punibilidad de los besos intra y extramatrimoniales, con derramamiento y sin derramamiento de semen. También la de la contemplación de las «partes» del cuerpo de otra persona, desde cerca o desde muy lejos, a saber: «las partes deshonestas» (*partes inhonestae*), entre las que hay que contar los genitales y adyacentes; las «partes

menos honestas» (*partes minus honestae*), pecho, brazos y muslos. Todo eso hasta bien entrado el siglo XX. Investigan asimismo casos como el de la polución involuntaria de los médicos que se ven obligados a tocar zonas genitales. Determina «la posición más adecuada para la efusión del semen masculino y su recepción por los genitales femeninos». Se pregunta acerca del coito realizado sentado, de pie, en posición lateral, desde atrás a la manera de los animales; por aquél en el que el hombre está debajo y la mujer encima o por aquél en el que el hombre se derrama *extra vas naturale* (fuera del recipiente natural) de la mujer. Someta a discusión la relación carnal con un cadáver de mujer (*coire cum femina mortua*). Examina si después de tres actos sexuales durante la misma noche es pecado mortal la negativa a un cuarto acto o lo es el negárselo una vez a quien lo apetece cinco veces al mes. ¡Y con toda esa casuística, la teología moral sigue llamándose hasta hoy «imitación de Cristo»!

Con 88 años de edad, reconcomido por escrúpulos, miedos y dudas, y sumido en una total obnubilación, A. M.<sup>a</sup> de Ligorio sufría todavía bajo las tentaciones de la carne y exclamaba gimiendo: «¡Ay, tengo ya 88 años y todavía no se ha extinguido el fuego de mi juventud!».

Hubo moralistas que investigaron hasta 20 000 «casos de conciencia», que se autotorturaron hasta el límite y que, como Ligorio, acabaron locos. Y también hubo incontables penitentes definitivamente arruinados por sus penitencias.

Resulta de lo más elocuente comparar al respecto las penas por pecados sexuales con las aplicadas por asesinatos. En la temprana Edad Media, por ejemplo, era frecuente que una mujer tuviese

que expiar una única masturbación con tres años, lo que, habida cuenta de las diferencias según tiempo y lugar, podía significar: tres años sin relaciones sexuales; tres años de prohibición de viajes en carro o caballo; tres años a pan y agua. Quien mataba en la guerra o quien, por orden de su señor, asesinaba a alguien en tiempos de paz, ¡únicamente tenía que expiar 40 días!

Es verdad que hoy una católica que se masturba no tiene que expiar mucho tiempo y un soldado católico que mata está muy lejos de tener que expiar. Expía, más bien, si *no mata*, si quebranta su jura de bandera. Así cambian las cosas, pero ¿mejoran con ello?

Naturalmente, exclaman los teólogos. La Iglesia piensa hoy de modo más liberal, más abierto al mundo. Muchas cosas que se propugnaron hasta hace poco (!), y que los conservadores siguen propugnando están ya, en el fondo, desfasadas y ellos mismos, los moralistas, las han puesto en la picota. En suma, se ha dado un giro sorprendente, hay perspectivas y acentos nuevos, progresividad, pensamiento evolutivo, etc., etc.

¿Pero es cierto eso? ¿Está cambiando realmente y de modo decisivo la teología moral? ¿O sólo nos las tenemos que haber con unos cuantos recursos nuevos de su facundia y de su inveterada falta de carácter? Ciertamente es que hoy, cuando la castidad no se estima en gran cosa, (aunque en el país de los papas se extienden pólizas de seguro por la virginidad de una hija) muestra con frecuencia y de modo un tanto crispado un rostro distinto y que en vez de anunciar, como antaño, verdades eternas prefiere más bien «cultivar una teología desde la situación actual». Antes que seguir el «antiguo revestimiento» del mensaje redentor, opta más bien por «ofrecer ese mensaje según nuestra percepción actual

del hombre y del mundo» (Schoonenberg). La culpa de las angustiadas concepciones de Pablo la tendrían los judíos y los paganos y la de las de Orígenes, Platón y los estoicos. Responsables de las de Agustín serían los maniqueos. Los culpables de la difamación del sexo en la Edad Media serían «los herejes». Y allá donde en «la última época eclesiástica» la hostilidad católica frente al sexo halló su expresión más acabada, se trataba, sin más, de un reflejo «de la sociedad burguesa de origen victoriano-puritano» (Pfürtner).

Pero a veces no se arredran ni ante la autoinculpación y los apologistas «más avanzados» celebran como un único «*pater peccavi*» el trayecto que va desde la continua referencia al pecado original hasta la rehabilitación de van de Velde<sup>[7]</sup>. Se reconoce haber visto «en todo únicamente el principio del mal», «haber valorado con frecuencia de un modo erróneo la sexualidad, haber forzado el concepto de lo pecaminoso» (Schroteler). Se «confiesan a sí mismos con toda calma —dice otro católico— que en ese aspecto nos queda aún una infinidad de cosas por aprender y otros tantos entuertos por reparar. No está todavía muy lejos el tiempo en que nuestra sensibilidad moral estaba determinada en gran medida por la gazmoñería y la falta de naturalidad» (Roetheli).

En algunos casos las concesiones y confesiones de este tipo se efectúan sólo de pasada, en otros de forma más detenida, parcial al menos, pero en ocasiones llegan a ocupar, casi, obras completas, de modo que un lector fugaz, lleno de fantasía, aún creería ver tras la lectura de 200 páginas llenas de sueños de amor teológico-morales (con la exigencia, incluso, de relaciones sexuales prematrimoniales, en ciertos casos al menos: «no una

carta blanca para todos los casos... eso nunca») cómo en el catolicismo estalla pronto una auténtica bacanal de deleites sensuales y glorificación dionisiaca del sexo.

Pero en uno u otro momento, más bien temprano que tarde, también los más ambiciosos apóstoles del progreso empalidecen ante su propio coraje y dejan entrever cada vez con mayor claridad que el *aggiornamento* bien entendido de la moral de la Iglesia no tiene en absoluto el propósito de mermar o desechar el mensaje evangélico en aras de una adaptación oportunista a las necesidades del gusto de la época, ¡oh no!, «sino precisamente lo contrario, a saber, de poner al desnudo aquello que el mensaje propiamente cristiano nos dice actualmente...», etc. (Pfürtner).

Los «progresistas» se sirven casi de continuo del mismo burdo método. Reconocer de inmediato con toda franqueza que durante casi dos mil años se ha obrado erróneamente, eso punto por punto, sin ambages y, en ocasiones, de modo tan radical y tan pleno de voluntad transformadora del mundo que uno podría creer en la inminencia de una revolución si no se supiese ya desde hace mucho tiempo que detrás de todo ello no asoma otra cosa que el viejo pie equino.

En la misma página en que un teólogo moral contemporáneo (¡Qué triste es tener contemporáneos así!), escribe sin ningún rubor «la Iglesia se manifiesta en todas las épocas contra cualquier sospecha lanzada contra una sexualidad acorde con la creación», establece esta graduación: sexo, eros (que «trasciende y supera» lo anterior) y, por fin, (pero «con una infinita superioridad frente a ambos») el ágape (Haring). Pero con ello no se difama el sexo, ¡qué va!, únicamente se está en contra de su plena degustación,

contra el deleite, la lascivia; contra el goce intenso ¡Se rechaza el «vivirlo a fondo», pues de lo que se trata es de «amortiguarlo»! Pues «ciertamente, el instinto es algo querido por Dios y por lo tanto bueno. Pero ¡ay del hombre que no pueda ya dominarlo! ¡Si da rienda suelta y no pone trabas a sus instintos, entonces se convertirá en una bestia!» (Leppich). Bien, el instinto puede ser muy bueno, pero «hay que refrenar la concupiscencia, inicio del pecado... las almas inmortales no deben ser sacrificadas a la vida instintiva» (Berghoff).

Otra vez, pues, la vieja canción. Según universal parecer de la teología moral, no sólo la plena satisfacción sexual («expresión no muy bien sonante», según el cardenal primado Hoffner) extramatrimonial es un pecado grave, mortal, sino que ya lo es «toda excitación querida libre y directamente». Es así como se continua demonizando el placer ¡por «breve e insignificante que sea»! «Este asunto —se subraya— no tiene nada de trivial» (Jone).

En caso de guerra, unos cuantos millones de muertos no resultan en absoluto embarazosos. Resultan edificantes, casi sublimes. ¿Pero un coito? ¡Cuántos destrozos causa! En verdad que el pecado sexual es hasta tal punto diabólico que, según la doctrina católica, es legítimo, incluso, desearle un mal al prójimo, la misma muerte (!) «para evitar, por ejemplo, que un joven liviano se desvíe del recto camino» (Jone).

Eso es lo que esa gente entiende por moral y todavía en la actualidad lanzan ayes compungidos, desde los profesores hasta los cardenales de la Curia, a causa del «evangelio de la carne y el embrutecimiento sexual», de la «dictadura del sexo», del «hedor atosigante del sexo», de la «maldita sexualización de nuestra

época», de la «sexualidad inrahumana», de «esta peste» *etc.* Todo ello pese a todos los cambios teológicos, pese a todos los nuevos acentos y perspectivas, pese a su facundia y su fraseología retórica. Más allá de la represión sexual sigue acechando el «caos» y quien afirma el placer en cuanto tal se rebaja «al nivel de una vida y una existencia animales», cae víctima de una «implacable esclavitud», «del placer por lo aberrante, lo sádico —cuyo tramo final es el asesinato por placer—», la «decadencia de un pueblo» todo como hace mil quinientos años.

Y es que no podría ser de otro modo toda vez que los moralistas están completamente supeditados al Papado, que también en el siglo XX sigue siendo archirreaccionario; el representante más influyente de una moral que es, esencialmente, medieval.

En su encíclica *Casti Connubii*, el gran patrocinador de Mussolini, Franco y Hitler, Pío XI, se muestra en 1930, ciertamente, «profundamente conmovido por las quejas de los matrimonios que, bajo la presión de una amarga pobreza, apenas si saben cómo podrán criar a sus hijos». Pero conmoción aparte: La «fatal situación pecuniaria» no puede «dar pie a un error aún más fatal». Pues siendo así que el acto matrimonial «está destinado en virtud de su propia naturaleza a la creación de nuevas vidas, aquellos que le privan al practicarlo de su fuerza natural obran contra natura». Para esta encíclica matrimonial de Pío XI, todo cuanto va contra el afán de poder de la Curia —proclamado a cada paso como divino— es «pecaminoso», «algo infamante». Todos los que «rechazando la bendición de la prole evitan la carga, pero quieren, no obstante, disfrutar del placer», obran, sin más, «criminalmente».

También el sucesor de Pío XI, Pío XII, propaga la misma moral. «Todo atentado —adoctrinaba en 1951 a las comadronas de Italia — de los cónyuges contra la consumación del acto matrimonial o sus consecuencias naturales, al objeto de privarle de su fuerza inherente e impedir la generación de nueva vida, es inmoral». El papa asevera, incluso, que esa norma «mantendrá también su plena vigencia... para el mañana y para siempre». Y en una respuesta a un memorándum de la Asociación Mundial de la Juventud Católica Femenina de 1952, Pío XII subrayó una vez más la «obligación básica impuesta por la ley moral» (aquí, naturalmente, la católico-romana) y declaró acerca del «adulterio, las relaciones sexuales entre personas no casadas, el mal uso del matrimonio y la masturbación» que todo ello ha sido «severamente prohibido» por el legislador supremo. El papa ordenó con aspereza: «No hay nada que revisar al respecto. Sea cual sea la situación personal, no hay más salida que la de la obediencia».

Con su encíclica *Humanae Vitae* de 1968, llamada la «encíclica de la píldora», acogida hostilmente por todo el mundo y, no en último término, por los mismos católicos, Pablo VI prolongó la vieja tradición de su Iglesia, hostil al placer. Sólo se continuó permitiendo el aprovechamiento de los días infértiles. Salvo eso, continuó la prohibición de todo cuanto tiene por objeto impedir la reproducción «bien sea preventivamente, o durante la consumación del acto matrimonial o a continuación del mismo» y dispone «que todo acto matrimonial en sí (per se) debe ordenarse a la creación de la vida humana» y por cierto también en el caso de que «en pro de otro proceder distinto se puedan aducir una y otra vez motivos honorables y de mucho peso».

Tampoco el II Concilio Vaticano permitió «a los hijos de la Iglesia seguir caminos, en lo concerniente a la regulación de la natalidad, prohibidos por el magisterio eclesiástico en su interpretación de la ley divina». Ese concilio consideró el aborto «crimen abominable» (Const. Past. n.º 51). Pero también el protestantismo rechaza básica y decididamente la interrupción del embarazo, si bien es cierto que, en los últimos tiempos, en ámbitos evangélicos se perfila acá y allá una tendencia más humana al tiempo que se permiten, en general, todas las formas de control de natalidad mientras no tengan repercusiones negativas para la salud.

Con todo, la totalidad de las iglesias cristianas siguen aferrándose en mayor o menor medida al tradicional pesimismo relativo a la sexualidad y de modo especial, desde luego/la católico-romana. Sería por ello falso, absurdo incluso, insistir ufanamente en que el clero ha modificado en los últimos tiempos su moral sexual. En primer lugar porque frente a casi dos mil años de educación deformante con todas sus horribles consecuencias, poco o nada cuentan unos cuantos años de aparente adaptación. En segundo lugar porque, aparte de una minoría de moralistas, la amplia «bibliografía de ilustración» eclesiástica sigue hoy, como hizo siempre, aferrada al viejo dualismo del instinto y el espíritu, del sexo y el alma. En tercer lugar porque la amplia masa católica (y no sólo ella) apenas se beneficia de las pequeñas concesiones de los «más avanzados» y lo único que se hace ante los intelectuales es fingir un cambio, tan sólo aparente, hacia algo mejor. En cuarto lugar porque, en el fondo, también la teología moral «seria» sigue estando donde siempre estuvo. Y en quinto lugar porque la Iglesia puede, en todo momento, retirar las concesiones hechas, si las circunstancias lo permiten.

Haciendo un examen retrospectivo de la historia, nadie negará, y menos aún un teólogo moral que los creyentes de cualquier época se enmarañaron enseguida en la cuestión de los pecados sexuales. Pablo tronó contra ellos de modo muy semejante a como lo hizo cualquier teólogo de la escolástica temprana o de la culminante, o lo hace un moralista del siglo XX. ¿Fue, por tanto, en vano una educación de casi dos mil años?

Está en todo caso más que claro que esa organización penitencial católica nunca se abstuvo de pecar. Y lo está también que nadie sabía eso mejor que el clero. Y no sólo lo sabía sino que —ése es el resultado más importante de nuestro examen— no quería en modo alguno que los hombres fuese de otro modo: es así como quería a sus adeptos.

Es, ciertamente, probable que al principio, en el cristianismo primigenio, todo sucediese al respecto sin segundas intenciones, sin que se diese una doblez evidente. El rigor de los primitivos castigos parece, al menos, un indicio claro en ese sentido. Pero cuando se pasó de la penitencia única a la penitencia bis y después a su continua repetición (Como dice Nietzsche: Un «ego te absolvo» *no impide al pecador gozar de otro pecado / que borre al anterior*) se puso de manifiesto cada vez con mayor claridad que no se trataba tanto de la moralidad, la ética o la «enmienda» del pecador, como de crear personas dependientes. El clero necesita el pecado. Vive de él. Y vive especialmente bien de aquel pecado que es, con mucho, el más frecuente y constituye por ello su criatura favorita: el sexual. Éste es el que esclaviza al creyente respecto a la Iglesia hasta la última fibra de su cerebro y el último rincón de su cama, recibiendo desde su infancia una educación hostil al instinto e inculcándosele consciencia de culpa para que

no se sienta libre de pecado, cosa imposible, sino que incurra una y otra vez en conflicto, que peque una y otra vez, que fracase una y otra vez, puesto que es únicamente así, en cuanto culpable, en cuanto fracasado, como obtiene la ayuda eclesiástica, la absolución de la carga de sus pecados y la expectativa de la anhelada salud eterna. Se le convierte sin más, para decirlo con otras palabras, en un ser tutelado, dominado, sojuzgado.

El clero propaga y desea el sacrificio, la renuncia. Pero cuenta, no obstante, con la «debilidad» de la naturaleza humana, de la que se queja santurrónamente, cuando ella constituye en realidad su mayor dicha, la base de su existencia. Lutero, que es con frecuencia el más sincero de los de su gremio, lo ha expresado así en numerosas ocasiones: «Sé pecador y peca denodadamente, pero ten fe en Cristo y alégrate con él». Y de un modo aún más gráfico, si cabe: «Los auténticos santos de Cristo deben ser buenos y recios pecadores sin dejar de ser tales santos».

Ahora bien, un católico o un protestante indiferentes, o un aconfesional podrían decir: ¡¿Qué me interesa a mí todo ese pasado cristiano o la Iglesia de hoy?! Y con todo, esa actitud sería de lo más erróneo y peligroso. Pues por nimia que sea actualmente la significación espiritual del cristianismo —la más nimia de toda su historia, pues equivale a cero— sigue, pese a todo, influyendo no sólo en la política y en la economía sino también, y de un modo verdaderamente decisivo, en nuestra moral sexual. Con ello su influencia atañe a cada cual en el mundo occidental y, más allá de sus límites, incluso a los no cristianos y a los anticristianos. Lo que unos nómadas cualesquiera pensaban acerca de todo esto hace unos dos mil quinientos años sigue siendo determinante para los códigos oficiales de Europa y de

América. Todavía hoy persiste una conexión palpable entre las perversas concepciones sexuales de los profetas del Antiguo Testamento o de Pablo y la persecución penal de los delitos contra la honestidad en Roma, París o Nueva York.

También en la RFA se da la tendencia a la equiparación entre moral y derecho y, especialmente, entre moralidad a secas y moral sexual, herencia inequívoca de la represión cristiana del instinto. Con fatigosa monotonía destaca aquí el legislador «el sentir moral», el «orden moral existente», los «principios elementales del sentir moral del pueblo», formulaciones tras las que no se oculta otra cosa que la vieja sexofobia del cristianismo. Y es así como el Tribunal Constitucional Federal se remite *ipsissimis verbis* (literalmente) a las «sociedades religiosas de ámbito público... y de modo especial a las dos grandes confesiones cristianas de cuyas doctrinas derivan amplios sectores del pueblo los criterios de su conducta moral».

Algo análogo sucede con otros muchos estados europeos. Así, por ejemplo, la prohibición eclesiástica del incesto determina la jurisprudencia. El concepto de conducta deshonesto se hace extensivo incluso a los matrimonios y se pena con castigos horribles. Los hijos adulterinos no pueden ser legitimados ni siquiera mediante el matrimonio subsiguiente. Las penas aplicadas al aborto, a la relación sexual con menores, la publicidad en pro de la anticoncepción y muchas cosas más se determinan básicamente en concordancia con la moral eclesiástica.

Incluso en los USA, donde religión y derecho siguen, teóricamente, caminos separados, ejerce aquélla una enorme influencia sobre éste. Y ello tanto más cuanto que las decisiones de los tribunales

americanos de lo criminal acerca de la conducta sexual se siguen basando aún hoy, en lo fundamental, en la legislación sexual de los tribunales ingleses de lo civil de la Baja Edad Media, los cuales tenían, a su vez, como pauta las leyes eclesiásticas sobre esta materia.

Independientemente del derecho (o del entuerto) vigente, la moral general —y no sólo la de Occidente— es ya de por sí altamente represiva. Pues pese a todas las vulneraciones de que son objeto, los tabúes persisten aún. Están demasiado arraigados en las masas y no sólo en ellas. A partir de la teología y del derecho y a través, incluso, de ámbitos determinados de la medicina y la psicología, los engendros vetero o neotestamentarios siguen actuando y dañando en alto grado nuestra sexualidad y nuestra vida en general.

En suma, sería necio creer que la regulación clerical de los tabúes haya caído ya por tierra, que la hostilidad al placer haya sido ya desechada y que la mujer esté ya emancipada. Así como hoy nos divierte la camisa monacal usada en el medioevo, los hombres del futuro se reirán también de lo que nosotros entendemos como «amor libre»: una vida sexual que no puede mostrarse en público, cercada por paredes, proscrita a la jay!, tan libre «esfera íntima»; relegada, en general, a la oscuridad de la noche como todos los asuntos turbios. Culminación de la alegría, del placer, del amor, sí, pero restringida por la autoridad censora; disciplinada por las leyes y punitivamente amenazada. Una vida que constituye un puro y perpetuo secreteo, fuente de malhumores depresivos, por una parte, y de peligrosos actos agresivos, por otra. Una de las principales causas de la histeria, frigidez, miedo, melancolía e hipocresía.

Mucho y muy espantoso es lo que se puede —y se debe— reprochar al cristianismo sin que éste pueda hallar disculpa por ello. El más grave de los reproches es, con todo, el siguiente: el de haber hecho a los hombres, no más felices, sino más desdichados.

No cerremos, sin embargo, esta breve sinopsis con palabras de un adversario del cristianismo sino con las de un teólogo, Demosthenes Savramis: «Celos, asesinato, suicidio, perversiones de la más variada hipocresía, frustraciones y agresiones en gran número, total cosificación de la mujer... Devaluación de la vida en común de dos personas hasta hacer de ella una cárcel perpetua y el abandono de los *deberes esenciales* del matrimonio y de la familia o, en su caso, del cuidado responsable de los niños, son algunos de los incontables frutos de la moral sexófoba de las Iglesias, las cuales continúan defendiendo *todavía hoy*, en el plano de la sexualidad humana, contra todos los hombres y por todos los medios, su obra de destrucción en el nombre de Cristo...».

## **ECRASEZ L'INFÁME O DESERTEMOS**

¿Por qué seguimos prestando atención a un cadáver? ¿Al cadáver descomunal de un engendro histórico? ¿A los despojos de un monstruo que ha perseguido, destrozado y devorado a un sinnúmero de personas (hermanos, prójimos, criaturas hechas a semejanza de Dios) con la mejor conciencia y el más sano de los apetitos y eso a lo largo de milenio y medio a impulsos del ansia de sus fauces o por consideraciones de utilidad? Todo para mayor gloria de su Moloch y para cebarse a sí mismo con creciente voracidad: padres y madres, niños y ancianos, enfermos y tullidos, pobres de espíritu y genios, millones de paganos, millones de judíos, millones de brujas, millones de indios (¡Por lo menos 15 millones en una sola generación!), millones de africanos, de cristianos. Todos dados al demonio, matados y digeridos —así a lo largo de la historia y hasta casi nuestros días con la matanza en los años 40 de casi 700 mil ortodoxos servios en la que tuvo parte activa el mismo clero católico, ¡con los franciscanos a la cabeza!, y no sin la bendición y el beneplácito de Eugenio Pacelli, el papa Pío XII, esa aparición tan perfectamente seráfica, este asceta tan ampliamente venerado, casi divinizado, tan austero y altruista, por lo demás, tan entregado de por vida al ideal de pobreza

evangélico que él (no puedo menos de repetirlo incesantemente) no dejó sobre la tierra más que un mínimo peculio, un óbolo de San Pedro o, por así decir, de Eugenio, de Pacelli, por un monto de 80 millones de D.M. en oro y valuta— propiedad estrictamente privada, penosamente ganada por la propia laboriosidad y el ahorro (pues sólo una cosa es necesaria, ¿no es verdad?)— por lo que, como premio a tan apostólico estilo de vida, a tan hermosa imitación de Cristo, tiene también en perspectiva una canonización cada vez más próxima. ¡Ay!, ¿qué sátira de la literatura mundial es mejor o tan buena, o siquiera, la mitad de buena que la *vita* del más famoso de los papas de nuestro tiempo? Y mientras el tío Eugenio, santo hasta los dedos tenues, delgados y largos, (¡Oh! ¡Qué inolvidable era el modo como solía usarlos para bendecir!), metía en sus sacos los 80 millones, sus tres sobrinos, dotados de óptimas prebendas tanto en la Santa Sede como en el *big business* se embolsaban 120 millones. —¿Y cuántos católicos tuvieron que sucumbir entonces a la miseria, morir de hambre o reventar de mala manera?

¿No se hace con ello más comprensible nuestra pregunta preliminar, nuestra, aparentemente, tan anacrónica autopsia: la de por qué permanecemos todavía junto a esa abominación de lenguas angélicas que lleva ya doscientos años muerta, limpiamente abatida por algunas de las mejores cabezas del mundo, pero que, en último término, espichó por culpa de sí misma, por causa de su temible sed de sangre (mientras la Buena Nueva enseña el amor al prójimo y a los enemigos) y por causa de su falsedad sin igual (mientras ella se autoalaba como hontanar de la verdad, que dispensa en exclusiva la Bienaventuranza)? Seguimos junto a ella porque su estómago prodigioso —lo único prodigioso en ella— está aún presente por doquier, se pudre a la

vista de todos, más mimada y cebada que las vacas sagradas de la India (que al menos están vivas y llenas de candidez); porque su olor llena por todas partes el aire, el mundo; porqué sus vaharadas nos llegan aún desde los hábitos y las sotanas, desde las catedrales y los cuarteles, desde los parlamentos, desde los artículos de la ley, desde los textos escolares, desde las hojas de pacotilla y las emisoras. Por todas partes pervive aún la Edad Media, por todas partes se oye el pío lloriqueo, los jubilosos aleluyas y los clamores de pascua. Y después: despojarse del yelmo para la plegaria y sumirse en la fosa nuclear común, pues incluso la guerra atómica es legítima para los cristianos tipo *catch as can catch*; hasta las bombas atómicas pueden ponerse al servicio del amor al prójimo —según ellos proclaman— y hacer de buhoneros del espíritu de San Francisco y de la teología de la cruz aunque sea hasta el hundimiento colectivo. «Pues —opina el Pater Gundlach S.I., profesor y rector de la universidad papal bajo Pío XII, cuyas visiones atómicas (*apres nous le déluge*) propagó con elocuencia— tenemos, en primer lugar, la certidumbre de que el mundo no durará y, en segundo lugar, no tenemos la responsabilidad del fin del mundo. En tal caso podemos decir que Dios nuestro Señor...».

¿Podrán decirlo realmente después del fin del mundo? ¿A quién podrían decírselo? Es igual, en ellos no hay ningún absurdo que sea imposible, ni tampoco ningún crimen. Lo que cuenta: que se efectúe con ayuda de Dios nuestro Señor. Generación tras generación, han mentido, torturado y masacrado en su nombre. Con su ayuda han teñido de rojo, a fuerza de sangre, ríos y arroyos, y han levantado túmulos de cadáveres a través de la historia. Con Dios contra los paganos. Con Dios contra los judíos. Con Dios contra los lombardos, los sajones, los sarracenos, los

húngaros, los británicos, los polacos. Con Dios contra los albigenses, los valdenses; contra los campesinos rebeldes de Steding; contra los husitas; contra los rebeldes de Flandes, los hugonotes; contra la revuelta campesina. Con Dios contra los protestantes y con Dios contra los católicos. Con Dios, sobre todo, en las propias luchas intestinas. Con Dios en la Primera y la Segunda Guerra mundial. Seguro que también con él en la Tercera. Fiestas sacrificiales y ecuménicas sin parangón: pues incluso en el trecho final del siglo XX se siguen celebrando por doquier, con un máximo de medios destructivos y un mínimo de humanidad. Todavía en el umbral de la era atómica impera el más puro *ethos* caníbal. Impera aún por todas partes, cuando el hombre ha asentado ya su pie en la luna (desde luego para, llegado el día, seguir matando allí o desde allí), una mentalidad de matarife propia de la Edad Media. Por todas partes ese olor cristiano a carroña, entreverado de incienso, de Palestrina y de la facundia del Pater Leppich. Cuatrocientos años después de Bruno, trescientos después de P. Bayle, doscientos después de Voltaire, cien después de Nietzsche, cincuenta después de Freud, el número de los que abandona esta Iglesia es vergonzosamente escaso, fatalmente escaso. Una Iglesia que, generación tras generación, no sólo entregó sus antepasados al matadero del Estado —si es que no los mató ella directamente— sino que además los depauperó del modo más horrendo durante un milenio y medio, una Iglesia a la que ya K. Kautsky llamó la «máquina de explotación más gigantesca que el mundo haya visto jamás».

—¡Tiene su razón de ser el que precisamente los papas, los vicarios de Cristo, —testimoniando desde luego con ello la más tremenda indignancia de espíritu de la historia universal, algo que

los deja completamente en evidencia— hayan prohibido severamente, de siglo en siglo, la lectura de la Biblia en los idiomas vernáculos y que hasta 1897 la haya hecho depender de la Inquisición romana! Pues así como todas las masacres, las campañas genocidas, las matanzas de paganos, los *pogroms* contra los judíos, las persecuciones de herejes, las hogueras, los postes de tormentos, los calabozos de brujas, las cámaras de tormentos, las cruzadas, todas las degollinas que se pretendían fuesen gratas a Dios, las incontables guerras, grandes y pequeñas, en las que la Iglesia estuvo directa o indirectamente envuelta (¿Y en cuántas guerras europeas no lo estuvo?), así como todos esos modos de asesinar *nada en absoluto tienen que ver con aquel que sólo quería la paz y el amor a los enemigos*, así también la política clerical de explotación, que extendió desde la antigüedad una miseria inimaginable, está en crasa contradicción con aquel Jesús que, según la Biblia, vive en una pobreza total, fustiga acremente al «Injusto Mammón» (Dios de la opulencia) y el «engaño de la riqueza», exige de sus discípulos la venta de todos sus bienes y la predicación del Evangelio sin llevar dinero en el cinto.

Sin embargo, ya en el siglo III los obispos se conceden a sí mismos el derecho de cubrir todas sus necesidades a costa del erario de la Iglesia. En el siglo IV se convierten en aliados de un estado que sangra a sus súbditos como una sanguijuela. En el V, el obispo de Roma se convierte ya en el mayor latifundista del Imperio Romano. Durante mucho tiempo se sofocan por doquier protestas políticas, se reprimen los disturbios sociales entre los cristianos de Africa, España y las Galias y con gran elocuencia se promete a los pobres la felicidad en el más allá, una razón, y no la última, para extraerles mejor el jugo en el más acá. Ya en el VI se recauda el

diezmo eclesiástico —motivo de interminables lamentos— legalizado después por Carlos «Matasajones» (Carlomagno) y que la Iglesia ha venido percibiendo hasta el siglo XIX. En el siglo VIII obtiene, mediante dolo, el Estado Pontificio, confirmado y aumentado una y otra vez por los soberanos francos y sajones, capaz, finalmente, de combatir por sí mismo, armado hasta los dientes, con ejército y marina propios. La Iglesia hace presa de todo cuanto se deja apresar, desde castillos aislados hasta ducados enteros. Roba todo cuanto esté al alcance de su mano: ya en el siglo IV el patrimonio de los templos paganos, en el VI el patrimonio de todos los paganos en general. Después las posesiones de millones de judíos expulsados o asesinados; los bienes y enseres de los herejes carbonizados en la hoguera y, a menudo, también los de los brujos y brujas que corrieron igual suerte. Y si la Iglesia trata abusivamente a quienes discrepan de ella, también hace lo propio con sus mismos fieles, imponiendo a cada paso nuevos impuestos o elevando los antiguos, cobrando arriendos, intereses. Por medio de extorsiones, indulgencias, patrañas de milagrerías y el fraude de las reliquias. Y se daba más de una vez el caso de que el dinero se recaudaba mediante la excomunión, los interdictos o por la fuerza de la espada. Comprensiblemente, el pueblo italiano fue el más expoliado y Roma se convirtió en la ciudad más miserable y más levantisca del Occidente. El número de sus habitantes disminuyó de dos millones, en la época pagana, a 20 000 en el siglo XIV.

La Iglesia posee en la E.M. —no solo, desde luego, gracias al pillaje y la guerra, sino también gracias a las donaciones de aquéllos con quienes se alió para esas fechorías— un tercio de todo el suelo europeo, que ella hacía cultivar por siervos a quienes tenía con

frecuencia en menos estima que al ganado. ¡No es casual que en la época de máximo florecimiento del cristianismo un campesino de esa condición social apenas valía la mitad de un caballo! Tampoco lo es el que la Iglesia, necesitada de mano de obra barata para sus cada vez más extensas posesiones a partir del siglo IV, consolida y endurece la esclavitud, llegando a ser muy probablemente la mayor propietaria de esclavos. Ni lo es el que fuese ella quien hizo imposible la manumisión —algo que no se dio en ningún otro lugar— en cuanto que «bienes de la Iglesia», mientras que, de siglo en siglo, impone nuevos procedimientos de esclavización. No es, consecuentemente, casual que el «obsequio de Dios» como la llama el Doctor de la Iglesia Ambrosio, la «Institución Cristiana» como Tomás de Aquino y tras él Egidio Romano, denominaron a esta esclavitud, adquiriera un nuevo auge en el Sur de Europa a finales de la E. M. Ni lo es el que el esclavismo moderno, el de los negros en América del Norte —continuación inmediata de la esclavitud de la E. M.— se apoye en los mismos argumentos teológicos, el de la igualdad de los derechos religiosos y el del designio divino. Con otras palabras: mientras que el esclavo obedecía otrora por pura impotencia y mero temor, ahora la Iglesia cristiana le imponía su obediencia de cadáver viviente como una obligación moral (Y en el fondo no sólo a él sino igualmente a todos los soldados, a todos los civiles, a los cristianos en general).

Pues la Iglesia, sea de ésta o aquella confesión, estuvo siempre del lado de los esclavistas, de los explotadores. La Catholica, que ya desde la Antigüedad alabó por boca de San Agustín el ideal de la «pobreza cargada con las fatigas del trabajo» consolaba a los esclavos con la idea de que su destino era designio divino, al tiempo que hacía ver a sus señores cuántas ventajas se derivaban

para ellos de aquella influencia consoladora. También la Iglesia de Lutero, que no tardó él mismo en traicionar, como solo sabe hacerlo un curángano, a los campesinos sometidos a una sangrante explotación, a quienes vendió a los príncipes de la nobleza. Éstos fortalecieron con ello su poder que duró así hasta el siglo XX. Asimismo la cúpula dirigente de la Iglesia de Inglaterra a quien dejaba totalmente fría la horrible miseria de los obreros agrícolas y fabriles —en bastantes aspectos peor que la de la antigua esclavitud— y que como dice Marx: «estaba antes dispuesta a perdonar un ataque a 38 de sus 39 artículos de fe que a una 1/39 parte de sus rentas». Y lo mismo vale decir de la Iglesia Ortodoxa Rusa que poseía, incluso hasta 1917, un tercio del suelo y que estrujaba al pueblo no menos que el Zar a cuyo poder había que someterse porque, según rezaba el primer artículo del Código Imperial «Dios mismo lo ordena». Ya se ha dicho más arriba: todo en el nombre de Dios. Las guerras en el nombre de Dios. La pobreza en el nombre de Dios. Hoy igual que ayer, pues aunque los métodos hayan, ciertamente variado (por la fuerza de las cosas, que conste) la explotación ha permanecido.

¿Pues de dónde proviene el enorme capital que atesoran hoy las iglesias? A la cabeza de todas la Iglesia Católica, que sigue siendo la mayor propietaria en tierras de todo el orbe cristiano, cuyas acciones y otras participaciones en capital se estimaron en 50 000 millones de D.M., eso hace un decenio; que tan sólo en Roma controla una docena de bancos y a la que también pertenece de facto el banco privado más grande del mundo, el Bank of America, del que posee el 51% de las acciones, a la vez que guarda grandes reservas en oro en Fort Knox e invierte capital en empresas de las más diversas clases, en grandes firmas españolas, en compañías petrolíferas francesas, en centrales de gas y de energía argentinas,

en minas de estaño bolivianas, en factorías de caucho brasileñas, en las industrias norteamericanas del acero, en la General Motors, en Alitalia, la mayor de las compañías aéreas italianas y en la empresa automovilística Fiat. Asimismo en una larga lista de compañías italianas de seguros y de la construcción, en compañías alemanas de seguros de vida y bienes, en la Fábrica de Anilina y Soda de Badén (BASF), en las fabricas de colorantes de Leverkusen, en la Sociedad Alemana de Petróleos, en las Centrales Eléctricas de Hamburgo, en la Industria Minera de la Hulla de Essen, en las Acererías Renanas, en la Unión de Factorías Alemanas del Acero, en la Sociedad Azucarera del Sur de Alemania, en la Sociedad de Máquinas de Hielo Linde, en la Siemens & Haske SA, en la Mannesmann SA, en la BMW etc, etc, para no hablar de los bancos de su propiedad.

Iglesia, guerra y capital van tan unidos desde Constantino hasta hoy, se han amalgamado de modo tan evidente en una única historia del espanto, que sus mismos defensores reconocen hoy abiertamente que no todo en ellos *es ideal y divino*; que precisamente su historia terrenal transcurre a veces de forma muy humana, quizá demasiado humana. Ahora bien, el concepto de lo humano, incluso el de lo demasiado humano<sup>[8]</sup>, resulta un tanto forzado por una religión que, justamente como religión resueltamente partidaria del amor al prójimo y a los enemigos, ha degollado o ha hecho degollar a su prójimo y a sus enemigos peor que si fuese ganado. Y no una, diez o cien veces, sino a lo largo de milenio y medio. Que, directamente o indirectamente, ha matado más personas que cualquier otra religión del mundo y, presumiblemente, más que todas las restantes juntas. Y también se hace cierta violencia al concepto de lo humano e incluso al de lo demasiado humano cuando quien toma cabalmente como

«ejemplo» a aquel que, con todo rigor, continuó el rudo anticapitalismo de los profetas judíos y de los esenios, que vivían con todos sus bienes en común; aquel que enseñó «no alleguéis tesoros en la tierra...», «vended vuestras posesiones y dádselas a los pobres», «quien quiera seguirme, que renuncie a todo cuanto posee» y otras cosas parecidas, se convierte, para decirlo una vez más con palabras de Kautsky, en «la máquina de explotación más gigantesca del mundo». Y también se fuerzan aquellos conceptos cuando, tras cuantiosas pérdidas en tiempos más ilustrados, alcanza nuevamente en nuestro siglo las riquezas más colosales en alianza con Dios y con los supergángsteres del fascismo —desde Mussolini hasta Pavelic, pasando por Hitler y Franco—. Riquezas que aumenta sin cesar gracias a las limosnas, los donativos, los impuestos y a una enorme participación en la industria europeo-americana, incluida la industria del armamento. Riquezas que se ve, incluso, obligada a aumentar, como concede gustosa, porque, descontadas la acción pastoral castrense y la estupidez humana, únicamente el dinero constituye la roca de San Pedro, el fundamento sobre el cual descansa actualmente el cristianismo (no sólo el de Roma) y sobre el cual se pudre, ya insignificante salvo para los cráneos primitivos y para los aprovechados.

Se admite que el ideal del Evangelio ha puesto el listón muy alto, que uno no está ya legitimado para condenar al cristianismo y a la Iglesia por el hecho de que no lleguen a satisfacer plenamente, ni a medias, ni en menor proporción aún ese ideal. Pero, repitamos, tampoco se puede estirar el concepto de lo humano o de lo demasiado humano tanto como lo hace quien, de siglo en siglo, de milenio en milenio, realiza exactamente lo contrario, en una palabra, quien a través de toda su historia se ha acreditado como compendio, encarnación verdadera y cima absoluta de una

criminalidad de dimensiones histórico-mundiales. De una criminalidad en comparación con la cual incluso un sanguinario perro de presa hipertrofiado como Hitler aparece como un caballero puesto que él siempre predicó la violencia desde un principio y no, como la Iglesia, la paz.

Por lo demás, el contraste estridente entre ideal y realidad generó pronto la inconfundible marca distintiva de todos los cristianismos eclesiásticos: el factor ya dominante en él desde la antigüedad y que envenenó la existencia de 66 generaciones cristianas, a saber, el de una prolongada hipocresía. Aquel contraste propició asimismo una habilidad exegética verdaderamente inconcebible para tergiversar y retorcer todas las palabras de Jesús éticamente esenciales. Se usó de la mentira para añadirles un nuevo sentido, para eludir o falsear el que ya tenían o bien para escaparse de sus implicaciones, siempre al dictado de sus necesidades, con más cinismo y falta de carácter que honestidad y humanidad en la mente.

Pues las iglesias cristianas no sólo se han desacreditado de un modo absoluto desde una perspectiva pacifista y social sino también a la vista de un tercer aspecto que hemos de considerar aún. Me refiero a la cuestión de la verdad, pues *ya los propios fundamentos de su fe están completamente en desacuerdo con aquélla*. Incluso suponiendo, por lo tanto, que esas iglesias después de tantos siglos de pillaje y asesinato se regenerasen convirtiéndose en comunidades éticamente intactas, en el sumum de la humanidad (lo cual está prácticamente excluido de antemano, pues viven de la sangre que entregan al Estado): incluso en un caso así, carecerían de toda credibilidad dogmática, pues apenas tienen nada en común con Jesús, sino que todo las

separa de él —algo que sabemos, afortunadamente, no por los malvados librepensadores, sino por generaciones enteras de teólogos cristianos de cuyo eminente trabajo y rigurosa meticulosidad apenas si puede hacerse una idea el profano.

No sabemos con seguridad si la figura de Jesús de Nazareth, silenciada por todas las fuentes históricas no cristianas de su siglo, (a pesar de los ciegos que ven, los paralíticos que caminan y los muertos que resucitan), es histórica. Lo que sí sabemos seguro es que el Jesús bíblico, cuyo *ethos* radical merece alto respeto, por muy irrealizable que aquel pueda ser para las masas, se equivocó en su convicción básica e inquebrantable, la del próximo final del mundo y de la pronta llegada del Juicio: Como pasó con todos los restantes vocingleros de la alarma apocalíptica, los profetas escatológicos judíos e iraníes anteriores a él y toda la cristiandad primitiva tras él.

Sabemos con seguridad que los evangelios —a los que los más prominentes teólogos de nuestro siglo caracterizan como una colección de anécdotas no interesada en una narración histórica y que ha de ser utilizada con extremada prudencia— no proceden de uno de los primeros apóstoles ni tampoco de un testigo ocular. Por lo demás, fueron compuestos, decenios después de la presunta muerte de Jesús, a partir de narraciones que circulaban de boca en boca y de la propia inventiva de los evangelistas. Hasta muy adentrado el siglo II, la propia cristiandad no los consideró santos e inspirados. De ninguno de ellos, y eso vale también para todos los escritos bíblicos, nos consta su texto original, su redacción primigenia, sino que sólo disponemos de copias de copias. Es asimismo seguro que los copistas efectuaron alteraciones intencionadas e inintencionadas, armonizaciones,

ampliaciones, correcciones, por lo que el texto bíblico original no puede ser fijado con seguridad, ni a veces, con verosimilitud. Las posibles versiones han crecido, en cambio hasta llegar a una cifra que se evalúa en unas 250 mil variantes de posible lectura.

Sabemos con seguridad que en el cristianismo, como en toda la cultura de la Antigüedad, se permitió desde el comienzo la mentira pía, algo perteneciente en cierto modo a los usos del tiempo, de manera que no es únicamente Pablo —bajo cuyo nombre circulaban algunas cartas total o parcialmente falsas— quien confiesa que de lo que se trata es única y esencialmente de predicar a Cristo «de cualquier manera, sea hipócrita, sea sinceramente» (Flp. 1,18) sino que también Doctores de la Iglesia como Juan Crisóstomo, patrón de los predicadores, aboga abiertamente por la necesidad de la mentira en aras de la salud del alma y hasta se remite para ello a ejemplos del A.T y del N.T. Incluso Orígenes, uno de los cristianos más eminentes y más nobles, permite abiertamente el engaño y la mentira como «recursos salvíficos». La definición que Nietzsche hace del cristianismo como arte de mentir sagradamente queda también confirmada por toda la investigación bíblica del cristianismo protestante. «Las falsificaciones —escribe en nuestros días el teólogo C. Schneider en su gran obra *Historia Cultural del Cristianismo Antiguo*— se inician en la época neotestamentaria y no han cesado ya nunca».

Sabemos con seguridad que Jesús resulta gradualmente divinizado desde el evangelio más antiguo, el de Marcos, hasta el más reciente de Juan pasando por los de Mateo y Lucas, sin que, en general, se le identificase con Dios hasta bien entrado el siglo III. Se le subordinaba claramente a él y esa subordinación constituía

doctrina universal de la Iglesia. Con igual seguridad sabemos que los evangelios más recientes corrigen sistemáticamente a los más antiguos, idealizando gradualmente, no sólo la figura de Jesús sino también la de sus discípulos, aumentando también el número y el rango de los milagros de aquél.

Sabemos con seguridad que tampoco los primeros apóstoles tenían por Dios a Jesús y que la llamada profesión de fe apostólica no procede de los apóstoles, ni corresponde a sus convicciones religiosas, sino que fue compuesta *en Roma*, hacia finales del siglo II y que durante el siglo III aún poseía, según en qué región, distintas variantes textuales hasta que fue definitivamente fijada ya en la E. M.

Sabemos con seguridad que Pablo, el auténtico fundador del cristianismo, ignora ampliamente la persona de Jesús y que modificó su doctrina hasta los fundamentos. Que no solamente introdujo en la concepción cristiana el ascetismo, el desprecio fatal de la mujer y la difamación del matrimonio, sino que también estableció una serie de dogmas completamente nuevos, estrictamente contrarios al mensaje de Jesús, tales como la doctrina de la predestinación, la de la redención y la totalidad de la cristología. Que entre él y los apóstoles de Jerusalén surgieron conflictos teológicos que duraron toda una vida y que en el cristianismo no hubo nunca una concepción unitaria de la fe, ni siquiera en la comunidad primigenia y sí, por el contrario, muchas docenas de «confesiones» en el siglo III y cientos de ellas en el siglo IV, todas las cuales rivalizaron entre sí hasta que se impuso como vencedor el catolicismo. Ello fue así porque este último adoptó todo cuanto se le acomodaba de las otras grandes «herejías» evitando, con habilidad, ciertos extremos. También

porque era el mejor organizado y el más brutal en la lucha por sobrevivir. La historia del dogma no es otra cosa que una interminable cadena de intrigas y violencias, de denuncias, sobornos, falsificación de documentos, excomuniones, proscripciones y asesinatos.

Y con todo —y también esto lo sabemos con seguridad y es tragicómico hasta la saciedad— no hay *nada absolutamente* en el cristianismo que pueda reivindicar mínimamente para sí el valor de la originalidad espiritual o histórico-religiosa. Pues comenzando por sus dogmas centrales y acabando por sus usos más periféricos, todo ello fue tomado prestado de los «paganos» o de los judíos: la predicación de la inmediata venida del Reino, la filiación divina, el amor al prójimo y a los enemigos, la idea del mesías y del salvador, las profecías acerca del redentor, su descenso a la tierra, su milagroso alumbramiento por una virgen, la adoración de los pastores, su persecución ya desde la cuna, sus tentaciones por satán, su magisterio, su pasión y muerte (incluso en la cruz), su resurrección (también al tercer día o después de tres días, es decir, al cuarto día, pues incluso esa vacilación de los evangelios tiene manifiestamente su explicación en el hecho de que la resurrección del Dios Osiris comenzó el tercer día y la de Attis, el cuarto día después de su muerte), su aparición corporal ante testigos, su viaje a los infiernos y al cielo, la doctrina del pecado original, la de la predestinación, la Trinidad, el bautismo, la confesión, la comunión, el número siete de los sacramentos, el que los apóstoles sean doce, los cargos de apóstol, obispo, sacerdote y diácono, la sucesiones en los cargos, las cadenas de la tradición, la Madre de Dios, el culto a las imágenes de la virgen, los lugares de peregrinaje, las tablas votivas, la veneración de reliquias, el don profético, los milagros tales como el de caminar

sobre las aguas, conjurar tormentas, multiplicar los alimentos o la resurrección de muertos. ¿Para qué seguir enumerando? Nada de esto es original. Todo esto es mero retorno en el cristianismo y retorna no solamente según su forma externa, como una analogía formal, como mero paralelismo de los ritos, sino con los mismos contenidos significativos. Es la pura continuidad bajo otro nombre y a veces ni aun éste ha cambiado.

Dado lo precario de los fundamentos de la fe de la Iglesia, la cuestión, hoy tan debatida, de su reforma se resuelve por sí misma. Pues si realmente se desea retornar a Jesús. —¡Ésa sería la condición irrenunciable de toda reforma!— lo cual significa en nuestros días, obviamente, retornar al Jesús que 200 años de investigación de teólogos críticos han entresacado librándolo de toda la broza a él adherida, habría que renunciar y desprenderse también de todo cuanto se es, de lo que constituye el propio fundamento, de los sacramentos, de los dogmas, de los obispos y del papa. Cualquier reforma cristiana no podía quedar en modo alguno en mera reforma. Tendría que convertirse en revolución, en subversión de todas las relaciones humanas. El mero mandamiento del amor a los enemigos tendría ya, por sí solo, ese efecto, con absoluta independencia de los resultados de la teología crítica. Lo causaría ya propiamente el amor al prójimo que el Padre de la Iglesia Basilio, una de las figuras más preclaras de la antigüedad cristiana (quien regalo de inmediato a los pobres y sin guardar lo más mínimo para sí todo su patrimonio y todas sus posesiones, siendo éstas tan extensas que debía satisfacer impuestos a tres príncipes) comentaba con esta frase: «Quien ama al prójimo como a sí mismo no debe poseer más que el prójimo». (Es, lamentablemente, ridículo analizar ni un solo momento más las implicaciones de esa idea y lo es, concedamos, a la vista de la

situación en la cristiandad y en la «comunistidad»).

No obstante, y para tratar someramente ideas de reforma menos utópicas: ¿No se han aplicado reformas desde siempre? ¿No se reformó la segunda generación de cristianos por respecto a la primera, la postconstantiniana respecto a la preconstantiniana? Reformó Bonifacio y también Hugo de Cluny; se reformó en Gorze, Brogne, Hiersau, Siegburg, Einsiedeln; también en Constanza, Basilea y Trento. Roma misma no fue la última en reformarse.

Inocencio III, quien no sólo se anticipó a Hitler con la estrella judía e introdujo en el derecho canónico todo un conjunto de sanciones virulentamente antisemitas y atizó los odios de la cristiandad contra albigenses y valdenses —«... álzate y cíñete la espada», lenguaje familiar a los cristianos, a raíz de lo cual tan sólo en Beziers se abatió a más de 20 000 habitantes y se dio comienzo a una guerra de 20 años («santa», por supuesto)— sino que estaba tan absolutamente implicado en negocios bélicos y financieros que el obispo Jacobo de Vitry se quejó de que apenas se permitía una conversación sobre cuestiones espirituales, pasa por ser uno de los grandes reformadores papales. Y Lutero reformó en la única perspectiva decisiva, siendo, como es sabido más papista que el papa, haciendo quemar un número de brujas más bien superior, convirtiéndose en un antisemita todavía mucho más fanático (hasta el punto de que, en el proceso de Nuremberg, Streicher se remitió a él) pues exigía respecto a los judíos: «Que se prenda fuego a sus sinagogas y escuelas... que se derrumben y destruyan igualmente sus casas... que se les arrebaten todos sus libros de oraciones y los talmudes... que se les prohíba alabar, dar gracias o rezar a Dios en nuestra presencia y también el enseñar, bajo pena de pérdida de su cuerpo y de su vida». Lutero, que también

exhortó a la nobleza a «estrangular, acuchillar en privado o en público, quien quiera que pueda hacerlo, como se ha de hacer con un perro rabioso» a los campesinos explotados. Reformador de tan gran estilo que él mismo confesó: «Los predicadores son los peores homicidas... Yo, Martín Lutero, he matado a todos los campesinos de la revuelta pues ordené que los abatiesen a golpes; toda su sangre me llega al cuello, pero los remito a Dios Nuestro Señor, quien me ordenó hablar así».

¡Como siempre, por supuesto: con Dios! Las peores acciones gansteriles de la historia siempre son perpetradas en su nombre. Y así, con Dios, siguieron renovándose y perfeccionándose, una incesante *reformatio in capite et membris* hasta hoy: con masacres cada vez mayores desde el punto de vista ético, hasta las guerras mundiales celebradas como «cruzadas» y conducidas con el máximo apoyo por parte de la Iglesia (¡aunque con simultáneas apelaciones papales a la paz!). Desde el punto de vista dogmático con fábulas cada vez mayores, hasta la declaración como dogma de la asunción corporal de María (negada durante siglos por la misma Roma) por parte del tristemente famoso Pacelli quien, ciertamente, aunque nada inclinado por lo demás a los proletarios, tenía tan excelentes relaciones con la esposa del carpintero galileo (como con los dirigentes fascistas, asesinos e incendiarios, y con el gran capital) que aquélla se le apareció tres días seguidos, a las cuatro de la tarde, en el año de 1950, año de la definición del dogma.

¡Dios!, no tengo más remedio que exclamar así, ¿reformadores a estas alturas? ¿Los impulsores y practicantes del ecumenismo? ¿Las sirenas de la Una-Sancta? ¿Los corifeos del «diálogo con el mundo»? ¿Los portadores del evangelio a los ateos? ¿Los

aperturistas de izquierda y de derecha? Sí ¿cómo qué vienen?, ¿de qué ejercen? Es claro: de continuadores de la desgracia, de cómplices de la jerarquía, la cual podrá, gracias precisamente a ellos, seguir existiendo, en el fondo, en su integridad y exactamente como hasta ahora: con las prebendas y el poder de los dispensadores en exclusiva de la bienaventuranza, con obispos castrenses y curas de campaña, con un ejército de asistentes expertos en teología de la «moral» y con un papa que cuando todo se derrumbe, implorará emotivamente ¡paz, paz!, (al tiempo que apremia a cumplir con el juramento ante la bandera). ¿Reformadores? Meros maquilladores de cadáveres. Conservadores a sueldo de un cadáver que ya huele y no necesita ya de la reforma sino tan sólo del desollador.

## LA «DONACIÓN DE CONSTANTINO».

¿Desea el mundo ser engañado? ¿Desea cuando menos ser defraudado en sus más altas esperanzas por parte de la religión? ¿Desea serlo en grado sumo por la que inventó la «mentira piadosa»? Ésta dejó pronto de ser pecado y se hizo, según el teólogo Herder, uno de nuestros clásicos, acto meritorio en aras del honor de Dios y de la salud de las almas.

Las falsificaciones dan comienzo en el Nuevo Testamento y proliferan con tal rapidez que no se incurre en peligro de exageración cuando se afirma que el número de documentos, anales y crónicas falsos es equiparable al de los auténticos. Por lo que atañe a Europa y hasta la Alta Edad Media, los impostores fueron casi exclusivamente sacerdotes o, en perífrasis del historiador Bosl: «Realmente los falsificadores no fueron casi nunca laicos». Innumerables clérigos y monjes proporcionaron entonces a sus iglesias ventajas políticas, económicas y jurídicas, en suma, poder, dinero y fama, falsificando diplomas o interpolando los originales.

La «Donación de Constantino», aquella falsificación «exenta

ciertamente de cualquier estigma criminal» —palabras del teólogo Kantzenbach—, tal vez por su alcance y éxito sin par, surge en el siglo VIII. ¿Cuáles fueron su trasfondo histórico, su motivación y su finalidad?

Acrecentado su poder gracias a los emperadores de Oriente, sus soberanos, los papas fomentaron gradualmente, con apoyo de los lombardos, la separación respecto al Imperio de Oriente. Pero cuando éstos codiciaron toda Italia resultaron demasiado peligrosos para el Papado. Y así como Roma actuó primero contra sus enemigos valiéndose de la Roma de Oriente, lo hizo después contra ésta valiéndose de los lombardos y más tarde contra éstos apoyándose en los francos. El papa Gregorio III hizo varios intentos para lanzar a Carlos Martel contra el rey Liutprando de Lombardía pese a la amistad que los unía.

San Pedro, devenido ya gran favorito de la política eclesiástica, servía para atizar la guerra. Las primeras misivas a Carlos Martel decían ya: «Confiamos en que seas un hijo amoroso de San Pedro, príncipe de los apóstoles, y también nuestro, y en que por respeto hacia aquél obedezcas nuestras instrucciones». «No cierres tus oídos a mi requerimiento y el príncipe de los apóstoles tampoco te cerrará el Reino de los Cielos». «Te conjuro por el Dios vivo y verdadero, por las llaves sacrosantas de la tumba de San Pedro, que te enviamos como presente: no prefieras la amistad de los reyes lombardos al amor para con el príncipe de los apóstoles». «Te exhortamos ante Dios y su terrible juicio. Nos tememos que te sea imputado como pecado». Táctica persistente de amagar con el látigo y enseñar la miel.

Con todo, ni lisonjas ni amenazas, ni tampoco el obsequio de

reliquias más que sospechosas —un trozo de la cadena del príncipe de los apóstoles— surtieron efecto.

Avanzado el otoño del año 741, mueren Carlos Martel y Gregorio III, último de los obispos de Roma que se hace confirmar en su cargo por el emperador de Constantinopla. El sucesor de Gregorio, Zacarías (741-752), se apropia de castillos y dilatadas posesiones de los lombardos haciendo víctima de flagrante engaño, mediante un artificio de apariencia plenamente legal, a su rey Liutprando, y encerrando en un convento al nuevo rey Ratchis, juntamente con su esposa y su hija.

Cuando el rey Astolfo, hermano de Ratchis, inicia la revancha, el nuevo papa, Esteban II, se acoge presto a los francos y, vestido de luto, cruza los Alpes en lo más crudo del invierno. Llegado al Palatinado que Pipino poseía en Ponthion, junto a Chalons s. Marne, él y toda su comitiva se arrojan al suelo envueltos en tela de saco y ceniza. Allí implora entre lágrimas a Pipino que libere a Roma y a él mismo de las manos de los lombardos e invoca para ello los méritos de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Cuenta el cronista de los francos que «no quiso levantarse hasta que el rey, sus hijos y los notables le tendieron sus manos para alzarlo en señal de su ayuda y liberación futuras».

Pipino fue entronizado el 751, con la aprobación del papa Zacarías, después de haber encerrado en un convento, previa tonsura, al rey legítimo Childerico III, último de los merovingios. El usurpador y perjuro, primer rey, que atinadamente, apellidó su realeza «por la gracia de Dios», juró ahora hacer valer «el beneficio de San Pedro en el Imperio Romano». El papa, por su parte, se arrogó poco después los derechos del emperador al nombrar a Pipino y a

sus hijos «patricios de los romanos». El título *patricius romanorum*, ostentado hasta el 751 por el exarca de Rávena, lugarteniente del emperador, suponía en este caso una crasa vulneración del derecho y de facto la separación respecto a Bizancio.

Una y otra vez habla por entonces el papa del «Estado del bienaventurado Pedro y de la Santa Iglesia de Dios». En la Dieta de Quierzy (Carisiacum) de abril del 754 se efectúa la «donación de Pipino», fundamento de los estados pontificios. Pipino hace a Esteban concesiones territoriales desmesuradas prometiendo a San Pedro lo que no era realmente suyo, sino del emperador: nada menos que la mayor parte de Italia, toda vez que Constantino había prometido, supuestamente, bienes de mucha mayor cuantía.

Salvo que todo induzca a engaño, la sedicente «Donación de Constantino», arranque poderoso de incontables granjerías eclesiásticas en la Edad Media, surgió en los primeros años cincuenta del siglo VIII en el ambiente curial de Esteban II, probablemente, antes, incluso, de su partida a Francia. Para W. Ullmann y otros investigadores «Todo indica... que la cancillería papal fue la cuna de la falsificación». Incluso Seppelt y Schweiger, historiadores católicos del Papado, escriben: «Es altamente probable que el documento fuese redactado en los círculos pontificios, quizá a raíz del viaje de Esteban II a Francia, o en Francia mismo, para inclinar a Pipino a la ansiada donación de territorios en Italia».

Se buscaba, con toda índole de artimañas, la posesión de aquel territorio y ello hacía necesario un título legal. Fue seguramente

en la Dieta de Quierzy donde Esteban eliminó los escrúpulos de Pipino mediante ese documento en el que San Pedro figuraba como legítimo señor y poseedor de Italia y el papa, revestido de rango imperial, ni más ni menos que como emperador del Occidente.

Antecedente inspirador del deplorable *Constitutum Constantini* es la *legenda sancti Silvestri*, surgida tal vez en la Roma de principios del siglo V, una de las hagiografías más leídas en el cristianismo, conocida en Italia, Inglaterra y Francia. El clero hizo más de una vez historia recurriendo a ese género literario. Ya a comienzos del siglo VI, mientras el papa Símaco y el antipapa Laurencio se combaten mutuamente, los simaquistas la incluyen entre sus falsificaciones al objeto de probar de todas las maneras posibles que nadie podía someter a juicio al papa.

Según esta devota apostilla, recogida en cientos de manuscritos y distintas versiones, que circulaba suscitando abundantes discusiones, el emperador Constantino había sido perseguidor de cristianos y fue castigado con la lepra hasta su curación y bautizo por el papa Silvestre. La verdad es que Constantino no sólo no había perseguido a los cristianos sino que les concedió favores que hicieron época. Tampoco tuvo nunca la lepra ni fue bautizado por Silvestre sino por el obispo Eusebio de Nicomedia, un «hereje arriano» y por cierto en su lecho de muerte y cuando Silvestre llevaba ya dos años muerto. (La Iglesia celebra la fiesta de San Silvestre el 31 de diciembre como queriendo recordar cada fin de año lo mucho que le debe).

Partiendo de esta fábula se pergeñó el documento con el que el Papado obtuvo, con dolo, el Estado pontificio, justificó su

dominación universal e invirtió de golpe la situación anterior. El emperador romano, a quien el papa estaba antes subordinado, quedaba ahora, constitucionalmente, subordinado al Pontificado.

El documento se presenta a sí mismo como decreto del emperador Constantino I (306-337) en favor de Silvestre I (314-335) con indicación de fecha, firmado de su puño y letra y con la anotación imperial de que él mismo lo ha depositado en la tumba de San Pedro. En agradecimiento por su milagrosa curación de la lepra, el emperador dona Roma y todo el Occidente a Silvestre y sus sucesores. Solemnemente le confirma su primado sobre los patriarcas de Antioquía, Alejandría, Jerusalén y de todo el orbe. Concede al obispo de Roma todos los distintivos de la augusta dignidad confiriéndole así rango imperial. Habrá de ser soberano supremo de todas las iglesias, Sumo Sacerdote del mundo. A él y a sus sucesores les regala el monarca el palacio imperial de Letrán, la ciudad de Roma, las ciudades italianas y la totalidad del Occidente. Su majestad imperial misma, concluye el documento espurio, desea trasladar su imperio a las «regiones orientales» pues «No sería de buena ley que el emperador terrenal ejerza su poder allí donde se yergue el Reino de Señor y se ha fundado la capital del cristianismo». Él declarará proscrito a todo aquel que ose alterar esa disposición.

¿Qué indujo a Pipino a dar por buena esta «donación», producto de una megalomanía hipertrofiada y de un singular delirio de poder?

En no menos de cincuenta cartas de los papas a los carolingios desde Carlos Martel hasta el apostrofado «Carlomagno», no se halla ni una sola palabra que insinúe un beneficio político

palpable, una ventaja real para los francos. ¡Y es que no los había! En lugar de ello y con una astucia burda y tenaz se juega con el señuelo del favor de San Pedro, conserje de la puerta celeste, y del premio en el más allá o incluso en el más acá. También se intimida, naturalmente, con el castigo eterno. Y tras el papa está siempre, como auténtico firmante del contrato, San Pedro en persona, cuyo culto fomentaron sistemáticamente sus «vicarios», especialmente entre anglosajones y francos, hasta que, en el umbral del San VIH, se le convierte ya en el santo de más relieve.

Decenas de documentos conservados de la época merovingia van dirigidos a monasterios bajo la advocación de San Pedro. Nada menos que treinta a partir de Dagoberto I. No tardaron los germanos en venerarlo como garante de la gloria terrestre y la celeste, como gran patrón y guerrero, como custodio del cielo. Incluso los reyes de los más remotos países acudían en peregrinación hasta su supuesta tumba. Algunos depositaban en ella coronas y ricos presentes y se arrastraban hasta allí en hábito monacal. Todo este montaje en torno a San Pedro, de quien no se sabe ni dónde ni cuándo murió —para todo cuanto acerca de ello se ha escrito véase *Leyendas y Fábulas* de Kalwerau— contribuyó más que nada a fortalecer el poder de la Curia en la temprana Edad Media y, según Gregorovius, «cimenta, en puridad, el poder temporal de los papas».

En suma, no fueron motivos políticos sino puramente religiosos los que hicieron de Pipino un vasallo. Como guerrero estaba más que curtido, pero en lo pertinente a la metafísica era, literalmente, un lego semicrudo, de dócil simplicidad ante el «oráculo romano» y sin otra guía de conducta que el «amor a San Pedro». Un hombre, en palabras de Haller, ingenuo, de pensamiento lastrado por una

crasa sensualidad, a quien Esteban II, que lo conocía de haberlo tratado cotidianamente, podía prometer y amenazar así: «Si no me niegas tu amparo, tampoco te rechazarán en el Reino de los Cielos, si te será arrebatada allí violentamente la más dulce de las esposas».

El 20 de julio del año 754, en la iglesia de Saint Denis, el papa ungió de nuevo solemnemente al mayordomo Pipino, a quien desde entonces llamó su «compadre», en nombre de la Trinidad. A sus hijos Carlos y Carlomán los ungió asimismo como reyes «Dei gratia», consolidando con ello la legitimidad del usurpador. Bajo la amenaza de castigos eclesiales, Esteban prohibió a los francos elegir nunca más a reyes de otra estirpe.

Pipino, por su parte, juró tras aquella «confirmación divina» de su potestad, respetar las leyes, impedir el pillaje y la injusticia y proteger los bienes de la iglesia. Lo último equivalía tanto más cabalmente a fomentar el pillaje y la injusticia cuanto que fue Pipino quien, por ley civil, impuso el pago del diezmo en favor del clero. En lo tocante a los feudos de la iglesia, exigía, incluso, añadir el doble diezmo (nona et decima).

Es claro que todos estos acuerdos, juramentos y promesas revestidos de «metafísica» curial no entrañaban otra cosa que una guerra, que el papa provocó ante todo mediante la «Donación de Constantino».

Desde hacía más de un siglo, concretamente desde el reinado de Childeberto II, ningún rey franco había hecho la guerra a los lombardos. No se les podía reprochar acto hostil alguno. Los francos los veían como una tribu emparentada, como amigos y

compañeros de armas desde la lucha contra los árabes. De aquí que la resistencia de la gran nobleza franca a las exigencias romanas llegase al borde mismo de la rebelión. Una parte de la aristocracia amenazó con abandonar a Pipino. Su propio hermano Carlomán, que había abdicado como mayordomo, vino apresuradamente desde Montecasino para impedir la guerra. En palabras del biógrafo papal: «para arruinar la causa de la Santa Iglesia». Carlomán impresionó profundamente a los francos, pero sufrió sanción disciplinaria y fue enclaustrado en Vienne, donde no tardó en morir. También sus hijos fueron enclaustrados, previa tonsura. Así como el papa Zacarías tendió a Pipino su mano para que desbancase al legítimo soberano merovingio, Esteban le tendía ahora la suya para que pusiera fuera de juego a su propia parentela.

En el verano del año 754, Pipino, a quien el rey Liutprando había adoptado tiempo atrás en la corte de Pavía, cruza, acompañado por el papa, Mont Cenis, al frente de sus tropas, aunque la adopción comportaba para un germano la obligación de fidelidad absoluta de por vida. Todo sucedía, encarecía expresamente el franco, sólo por amor a San Pedro y por la divina recompensa. Atenazado en su frente y en su retaguardia, el ejército lombardo sufrió una seria derrota. Astolfo, que a duras penas escapó con vida, se vio forzado a una paz onerosa.

El papa obtuvo aquello a lo que Pipino se obligó en Ponthion, pero no lo prometido en Quierzy y, por ello, atizó nuevamente la guerra, por más hastiados que los francos estuvieran de la misma. Apenas regresaron a su patria, Astolfo quebrantó la tregua impuesta. Mientras él devastaba el país, expoliaba ingentes cantidades de reliquias y cercaba totalmente a Roma, a la que

acometió durante tres meses, el papa convocaba rogativas llevando él mismo en una de las procesiones la cruz del redentor de la basílica de Letrán y, fijado en ella el pacto quebrantado por el lombardo.

De nuevo resonaron incansables los gritos de socorro que el papa lanzaba a los oídos de Pipino. El romano le imploraba, le conjuraba poniendo en juego todos los recursos de su arte sacerdotal y retórico, intimidando, incluso, a Pipino y a sus hijos con la excomunión en caso de desobediencia. Con ello les anticipaba, en cierta manera, el Juicio Final.

En varias cartas a Pipino, a los príncipes territoriales y espirituales de los francos, al ejército y a todo el pueblo, sus «hijos adoptivos», el papa pintaba con gran profusión verbal el infortunio de San Pedro, las viñas assoladas, los niños degollados, las monjas ultrajadas. Ninguna lengua humana, decía, podría describir el escarnio infligido a la Iglesia, capaz de ablandar a las mismas piedras. En un latín horroroso, salpicado de citas bíblicas y de epítetos propios de la peor jerga de las cancillerías bizantinas («mirada y faz dulces como la miel», «vuestra gracia meliflua y deiflua», etc.) se lamentaba, engolosinaba y advertía por Dios nuestro Señor, por la Virgen María, por San Pedro, por todas las legiones angélicas y por los mártires y confesores, que acabasen, por un lado, la buena obra de procurarle a San Pedro sus derechos y que pensasen, por el otro, en la «salud de su alma». «Tú antes que nadie y todos tus dignatarios habréis de rendir cuentas ante el tribunal de Dios». «Sabed que el príncipe de los apóstoles... etc., etc...».

Puesto que el mismo príncipe Pedro (!) acabó por escribir a los

francos y, como es natural en el mismo tono acongojado, aunque intimidándolos también con el «terrible Creador de todas las cosas» y engolosinándolos con el cebo de la «recompensa eterna y la sempiternas delicias del paraíso». —¡Todo dependía de la presteza con que obrasen!— aquéllos emprenden el año 756 su segunda guerra. Pipino cruza otra vez los Alpes buscando nuevamente el perdón de sus pecados y el amor de San Pedro, a quienes los espadones francos solían invocar ya antes de la batalla. Nueva derrota de los lombardos, a los cuales dictan condiciones de paz aún más onerosas. Un año más tarde, Esteban puede anunciar ya al rey franco la muerte del «tirano», «sucesor del diablo, glotón de la sangre de Cristo, destructor de iglesias», «traspasado por la daga de Dios y arrojado a las fauces del infierno».

El papa tenía buenas razones para su júbilo. Había obtenido el dominio sobre Roma, el Exarcado y la Pentápolis. Ponía a buen recaudo veintidós ciudades y castillos al norte y al este de los Apeninos que, juntamente con el Ducado de Roma, constituían el *Patrimonium Sancti Petri*, el estado medieval de la iglesia. Bizancio podía legítimamente esperar y esperaba de Pipino que le entregase esos territorios. En lugar de ello, su mandatario Fulrado, abad de Saint Denis, tomó como rehenes a los personajes socialmente conspicuos y depositó las llaves de las puertas de las ciudades a los pies de San Pedro. A éste y a su vicario les legaba Pipino aquellos territorios mediante documento que garantizaba su perpetua posesión y rechazaba pretensiones contrarias del emperador griego con la declaración de que nada sucedía aquí por voluntad humana sino por amor a San Pedro y por la salvación de su alma.

A lo largo del siglo VIII, el clero agradecido siguió calificando a Pipino de «David», «Salomón» y «nuevo Moisés». El papa Pablo I (757-767) ensalzó a los francos como «pueblo santo». La Curia había obtenido así su estado, el Estado de la Iglesia, pero, paulatinamente, todos los obispos y abades querían tener, como el de Roma su «Estado Sacerdotal».

Y así como los papas obtuvieron el suyo mediante la guerra y el engaño y trataron de conservarlo y acrecentarlo durante un milenio con esas mismas artes, también los demás prelados se involucraron en innumerable contiendas y confeccionaron a imitación de Roma, incontables certificados de donación ni más ni menos mentirosos que la «Donación de Constantino».

Al principio se usó de ésta de forma parsimoniosa. Únicamente se prestaba especial cuidado a la memoria del primer emperador cristiano y a su conducta ejemplar, sin hacer del *Constitutum Constantini* un instrumento jurídico fehaciente, ni emplear jamás directamente el documento escrito. Se puede conjeturar que los mismos papas lo consideraban completamente falso. Adriano I fue quien se remitió a él por primera vez, en su correspondencia con Carlomagno. Pero sólo a mediados del siglo IX, cuando este falso legajo gozaba ya de cierto predicamento, se convirtió en pieza jurídicamente vinculante incluida en otra grandiosa falsificación eclesiástica, las Decretales pseudoisidorianas, hasta integrarse finalmente en muchos otros libros de derecho canónico. La desorbitada política territorial del Papado, que paulatinamente sojuzgó principados y reinos enteros, tuvo como base legal aquella patraña. Incluso lo que queda del Estado Pontificio tuvo en ella su génesis.

Salvo en contadas ocasiones, el documento permaneció en lo esencial inactivo en los archivos del clero. Una vez la Iglesia se hubo acostumbrado a la gigantesca «donación», la pieza fraudulenta se granjeó una poderosa autoridad y comenzó a jugar un papel inmenso. Con la vista puesta en ella la Iglesia condenaba a quien se apoderase de propiedades curiales o propiciase, del modo que fuese, esa apropiación.

Los llamados papas de la reforma se remitieron a ella de un modo especial. Sus escritos citaban largos pasajes de la misma. León IX (1049-1054) apoyó explícitamente en ella el primado papal, interpretando la donación como una devolución, el «donare» como un «reddere»: ¡el emperador, por así decir, se limitó a devolver a Dios lo que de él había recibido! De este modo evitaba la apariencia de una subordinación de la Iglesia respecto a la gracia imperial. Fue el papa Gregorio VII quien dio su plena significación al *Constitutum Constantini* haciendo de él parte constitutiva del derecho canónico y reconocida como tal. En su guerra contra Enrique IV, quien nunca tuvo en cuenta las ambiciones del papa, derivadas de un mero fraude, Gregorio exigió, tanto en el caso de la elección del primer contracandidato al trono imperial, Rodolfo de Suabia, como en el del segundo, Hermann de Salm, en 1081, un juramento que incluía el reconocer como buena la patraña clerical.

Con base en ésta, Gregorio IX, en el siglo XIII, subrayaba, incluso, que, según Constantino, el papa imperaba no sólo en las almas de todo el orbe, sino también en los hombres y las cosas. Según ello no había en absoluto cabida para un imperio independiente, pues el verdadero emperador era más bien el papa. También a raíz de la última gran lucha de la Roma medieval contra el imperio,

personificado en el siglo XIV en Luis de Baviera, consideraban amplios círculos que el auténtico fundamento jurídico de la Iglesia era la Donación de Constantino. Todavía en 1433 tuvo Segismundo, el futuro emperador, que jurar su preservación. ¡Bien largo fue, pues, el tiempo durante el cual se tuvo por auténtica aquella tremebunda falsificación de la Iglesia, cuya influencia rebasa toda ponderación y sin la que el Papado difícilmente hubiese alcanzado su poder e importancia posteriores!

No faltaron sin embargo cabezas perspicaces inmunes al engaño. El emperador Otón III (983-1002) fue el primero en declarar que esta «donación», que el mismo Dante tuvo posteriormente por auténtica, era nula y vana. En el siglo XII, los partidarios de Arnaldo de Brescia, se apercebieron del fraude. En carta a Barbarroja, escrita poco después de que éste fuese elegido rey de Alemania en 1152, Wezel, un discípulo de Arnaldo, calificaba de fábula y embuste toda la Donación de Constantino y decía que la población de Roma estaba tan al cabo del asunto que respecto a ello hasta los jornaleros y las mujerucas podían dar réplica a los espíritus más cultivados. Un monarca tan extraordinario como Federico II cuestionó también en el siglo XIII su autenticidad. En 1440, el humanista Lorenzo Valla, secretario papal y canónigo de Letrán, puso definitivamente al descubierto el embuste. Y cuando en el umbral de la Edad Moderna, el papa Alejandro VI exigió de Venecia —en virtud de la Donación de Constantino— la entrega de las islas del Adriático a la Santa Sede, el legado veneciano respondió sarcástico que si Su Santidad podía tener a mano el acta de la Donación de Constantino, hallaría en su reverso que el Mar Adriático pertenecía a los venecianos.

La historiografía católico-romana no reconoció la falsificación

hasta el siglo XIX. En lo tocante a la Curia misma, siempre ha reivindicado como propios los beneficios obtenidos con la artimaña y en esa posición se obstinan aún hoy en día. Goethe, que califica toda la historia de la Iglesia como un «amasijo de errores y violencias», se quedó corto con ello, pues no son tan sólo errores sino fraudes y por cierto no sólo en éste sino en mil y un otro aspectos.

## LA POLÍTICA DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XX

El Hijo del Hombre no tenía donde reclinar su cabeza. Según La Biblia vivía en extrema pobreza y exigía renunciar a toda clase de propiedad. Exhortaba a ir en misión sin dinero en el cinto y en la comunidad primigenia reinaba, de hecho, cierto tipo de comunismo. También los ebionitas, surgidos de aquélla, insistían en la comunidad de bienes, haciendo de la pobreza un deber ineludible. Ciertamente fueron declarados herejes, pero los mismos doctores de la Iglesia predicaban aún en el siglo IV: «Imitemos a las primeras congregaciones de cristianos que todo lo tenían en común» (Basilio). «La comunidad de bienes es más adecuada para nuestra vida que la propiedad privada y aquélla es conforme a naturaleza» (J. Crisóstomo).

Sin embargo, ya en el siglo V, el obispo de Roma se convirtió en la persona más rica de todo el imperio. En el siglo VIII la guerra y el engaño le permitieron a aquél hacerse con el Estado Pontificio y no transcurriría mucho tiempo hasta que los mismos papas hicieron presa de castillos, palacios, ciudades y ducados enteros. Inauguraron la misión por la espada. Condujeron guerras de defensa y de ataque, guerras civiles, «guerras santas». Iniciaron

las «peregrinaciones armadas», las cruzadas. En pleno siglo XIX, Gregorio XVI lanza su soldadesca contra los italianos al estallar la revolución y busca también la ayuda de los ejércitos austríacos. Incluso en la Primera y Segunda G.M. azuzaron los clérigos castrenses en todos los frentes, a uno y otro lado, y llevaron a la muerte a millones y millones —eso mientras el papa clamaba ¡paz!, ¡paz!

A todo ello, se embaucan a sí mismos una época tras otra: con pañales y faldones sagrados, con innumerables dientes y prepuicios de Cristo, con la leche de la Madre de Dios, con plumas y huevos del Espíritu Santo. Confeccionaron la *Donatio Constantini*, la mayor falsificación de la historia, las decretales pseudoisidorianas y un número de diplomas, anales y crónicas falsos tan grande como el de los verdaderos. Y entre tanto, se procuran a sí mismos todos los privilegios posibles, derechos de inmunidad, derechos condales, derechos de mercado, derechos de aduana, ventajas fiscales, y toda clase de situaciones de excepción. Mientras los papas, obispos y abades se refocilan en un lujo desorbitado, mantienen queridas, regentan lupanares y bancos; mientras sobornan, extorsionan, trafican con dignidades y prebendas, con reliquias y bulas; mientras prodigan los bienes de la iglesia o se los venden de baratillo a parientes y favoritos; mientras ellos exigen arriendos, intereses, indulgencias, tasas, impuestos, diezmos y dobles diezmos, estrujan, embaucan, no solamente intrigan, sino que también matan, se combaten entre sí con el puñal y el veneno con abundantes discordias y acciones armadas. Masacran a los propios partidarios y a los ajenos; a los paganos, a los judíos, a los herejes, a las brujas, a los indios y a los negros. No en algo que se pueda llamar batallas sino en carnicerías. En una palabra: salen en misión, evangelizan.

Con frecuencia se ha hecho la observación desde Goethe hasta Henry Miller —que me la hizo a mí por escrito— pasando por Dostoyevski y Nietzsche, que si Cristo viniera de nuevo lo crucificarían una vez más. Pero sólo un cardenal de la Curia resulta bastante competente para añadir: «pero esta vez no en Jerusalén, sino en Roma». Sí, en Jerusalén alguien se sacrificó, según dicen, por los demás. En Roma, en cambio, sacrifican a los demás en provecho propio.

Pero entre tanto las cosas han mejorado mucho, ¿no es verdad? Vamos a examinarlo —pues en este mundo hay otras opciones que las de aullar con los lobos o balar con las ovejas.

### **León XIII. (1878-1903).**

Expirando el siglo anterior, la política de la Curia bajo León XIII y su Secretario de Estado, Rampolla, se orientó especialmente hacia Francia y la Rusia zarista. Se creía que el futuro pertenecía a los pueblos eslavos y se les daba por tanto respaldo esperando como recompensa la absorción de la Iglesia Ortodoxa Rusa.

Precisamente León XIII, codicioso de soberanía papal y de dominio espiritual del mundo, se había propuesto aquel objetivo quimérico. Como todos los papas posteriores a la pérdida del Estado Pontificio, condenaba públicamente el armamento, pero esperaba que en breve estallaría una guerra mundial cuyas «ineludibles consecuencias» serían éstas, según expuso él al historiador austríaco Th. Sickel: «La cuestión del Oriente se resolverá enseguida y al mismo tiempo el Islam será superado. Rusia dictará la paz en Europa con el apoyo y el consejo de la Iglesia». Al pronunciar estas palabras el papa se incorporó y

vaticinó frente a Sickel, un protestante que estaba arrodillado ante él: «Y si esto sucede, vosotros los protestantes seguiréis, simplemente, el ejemplo de Rusia».

Cuando en 1903 se extinguió la vida del anciano papa, los dos grandes grupos de poder, el de Francia/Rusia y el de Alemania/Austria-Hungría, propiciaron por todos los medios diplomáticos la elección de un partidario suyo. Pero como otras muchas veces, sin embargo, venció un candidato marginal y eso tras siete escrutinios, a saber, el patriarca de Venecia, Giuseppe Sarto, que adoptó después el nombre de Pío X —Papas y estafadores cambian siempre sus nombres—.

## **Pío X. (1903-1914).**

El nombramiento de Sarto, un compromiso al parecer, resultó pronto un éxito para los poderes centroeuropeos. Criado en la Venecia austríaca, junto a la frontera con los eslavos del sur y como adversarios de éstos, Pío X se mantuvo antieslavo a lo largo de toda su vida. Sentía gran estima por el viejo Emperador Francisco José, adepto de la Curia, y, según confesión propia «consideraba siempre de la máxima importancia el mantenimiento de relaciones óptimas con Austria». Pues con Austria, que codiciaba Ucrania, quería ganar el Oriente, hacer católicos a los Balcanes y sojuzgar a la Iglesia Ortodoxa Rusa, sueño secular de Roma que siempre trato de hacerlo realidad mediante iniciativas bélicas y diplomáticas, mediante cruzadas, con la Orden de los Caballeros Germánicos, con ejércitos suecos, por medio de amenazas, añagazas e incluso a través de un monstruoso fraude: sentando en el trono de Moscú en el año

1605, y tras una farsa sin parangón, a un zar impostor, el falso Demetrio, probablemente un monje huido de su monasterio. A este Demetrio le ordenó el Papa Pablo V en su Breve de 1606: «Tú tienes ante tu pueblo el poder de hacer cuanto quieras». ¡Ordénale el reconocimiento del Vicario de Cristo!

Antes de la Primera G.M., la Curia se aproximó también a la Alemania imperial que tenía asimismo antojos expansionistas en el Este. Y una vez que Austria hubo sojuzgado las provincias turcas de Bosnia y Herzegovina, se le exigió que invadiese también Albania —eso en el Congreso Eucarístico de Viena en 1912—. (También los congresos eucarísticos inmediatamente anteriores a la Segunda G.M., así como los celebrados en el clímax de la guerra fría, secundaron las virulentas campañas contra el Este). En 1914, tras el asesinato del sucesor al trono, el Ministro de AA.EE. austríaco, Conde Berchtold, explicaba al embajador alemán que ni siquiera un gobierno como el servio podría deglutir las exigencias presentadas por Austria. Pero si tal fuese el caso, Austria no tendría más remedio que seguir irritando a Servia hasta que le diese pie a invadirla con sus tropas.

Precisamente eso es lo que deseaba Pío X, un Papa «típicamente religioso», de naturaleza «pura como un Parsifal», pues no sólo había predicho en repetidas ocasiones y con indicación exacta del año el estallido de la gran guerra, la conflagración mundial, *il guerrone, la guerra che viene*, como solía decir él con giro casi estereotipado, sino que deseaba asimismo ver castigados a los eslavos «por todos sus delitos». Tanto más cuanto que, en otro caso, temía que todos y cada uno de aquéllos se integrasen en Rusia, «el mayor enemigo de la Iglesia». «*Sonno tutti quanti barbari*» («todos ellos son unos bárbaros»), los imprecó en 1913. Y

sin duda era ante todo Austria-Hungría quien debía vencerlos. Pues fue nada menos que el obispo auxiliar de Salzburgo, Weitz, más tarde Príncipe Arzobispo, quien reconoció, en medio de la guerra, que «uno de los preparativos más importantes» de la misma había sido el Congreso Eucarístico de Viena. Y el cardenal vienés Nagel, que gozaba de especial estima en el Vaticano, deseaba en su momento «asentar firmemente el pie, y sobre una base muy amplia, en el mundo eslavo, la raza indiscutiblemente en ascenso, y crear derechamente un Reino Católico Esloveno».

Inmediatamente antes del estallido de la catástrofe, E.K. Winter, más tarde vicealcalde de Viena, exigía apasionadamente aquella contienda en el semanario católico «*Grossösterreich*»:

«Hace ya seis años que aguardamos la descarga definitiva de todas las abrumadoras tensiones que se hacen sentir de modo en extremo torturante en toda nuestra política. Y como sabemos que la Gran Austria, la Gran Austria feliz que pueda satisfacer a todos sus pueblos, no puede nacer sino de una guerra, *queremos en consecuencia esa guerra*. Queremos la guerra porque nuestra más íntima convicción nos dice que nuestro ideal sólo puede ser alcanzado de forma radical y repentina, a través de una guerra: el ideal de la Gran Austria fuerte en la que florezca, bajo el espléndido sol de un futuro grande y gozoso, la concepción estatal austríaca, la idea misionera austríaca de llevar la libertad y la cultura a los pueblos balcánicos».

«Por dos veces nos puso el destino la espada en nuestro puño y las dos veces la enfundamos en la vaina. Por tercera y última vez *nos sonríe la redención*. Una vez más tenemos la oportunidad de recordar cuál es nuestra tarea histórica: *la de obtener la*

*hegemonía en los Balcanes. Una vez más el designio divino nos señala el camino que hemos de seguir si no queremos que el aluvión de los acontecimientos venideros nos barra del escenario de la vida como si Austria jamás hubiese existido.*

¡Se trata de ser o no ser! Si queremos sobrevivir como un estado grande, vigoroso, portador de cultura y fiel *a su misión histórica en el Balcán y en la Rusia Occidental, en nombre del catolicismo y la cultura europea*, tenemos en ese caso que echar mano de la espada... rogamos, no obstante, a Dios que esta vez no consigan (los círculos más conciliadores y reacios a la guerra) ya prevalecer. Y Dios, *del cual somos instrumentos en la tierra*, nos escuchará». Así se expresa el semanario católico apoyado por círculos de la alta aristocracia y por los obispos. Y así como en el Imperio Alemán «las charangas más estridentes» provenían de los ambientes clericales, también aquí la prensa ultramontana exigía descaradamente «la *ultima ratio*, los cañones» (Jörg).

El Barón Tráger, por ejemplo, Encargado de Negocios Bávaro ante la Santa Sede, telegrafió el veinte de junio de 1914 a su gobierno: «El Papa aprueba el que Austria proceda con dureza contra Servia. El Cardenal Secretario de Estado, espera de Austria que se mantenga firme esta vez. Se pregunta cómo sería Austria capaz de conducir la guerra si ni siquiera estuviera resuelta a aplicar con las armas un correctivo a un gobierno extranjero, responsable del asesinato del Archiduque». También el legado austríaco, Conde Moritz Palffy, confirmó a su Ministro de AA. EE.: «Su Santidad ha expresado en varias ocasiones su pesar de que Austria-Hungría haya desaprovechado la ocasión de castigar a sus peligrosos vecinos danubianos». Confirmaba también que el Cardenal Secretario de Estado, Merry del Val, había expresado su

esperanza, el veintisiete de julio de 1914, de que la Monarquía «procederá hasta las últimas consecuencias».

Al día siguiente, Austria —nada decidida, en un principio, a dar este paso— declaró la guerra a Serbia presionada, sobre todo, por Berlín. Más tarde, Merry del Val y otros círculos de la Curia hicieron correr la versión de que el inicio de la guerra había partido el corazón a Pío XI (Muerto el veinte de agosto de 1914). —¡Quién sabe si no fue de alegría! Y en 1954 lo canonizó Pío XII, el gran cómplice de los fascistas. ¿Y qué?: cuando se leen sus leyendas de santos— escribe Helvetius —hallamos los nombres de millares de delincuentes canonizados.

Incluso el obispo católico Alois Hudal, que durante muchos años desempeñó un cargo en Roma y fue además portador de la insignia dorada del partido nazi, juzga así, tras atenta valoración de las actas de la embajada austríaca ante el Vaticano: «Los informes de la embajada muestran que los círculos vaticanos consideraban la *guerra contra Serbia, en el plano religioso, como un ajuste de cuentas contra el cisma*. Fomentado éste cultural y económicamente por la iglesia Rusa, había ganado fuertes posiciones entre los pueblos balcánicos, *contra las que el catolicismo se mostró impotente* a pesar de los considerables esfuerzos desplegados. El retorno de ortodoxos de nacionalidad eslava o rumana a la Iglesia Católica era escasísimo en todos los estados balcánicos, apenas digno de mención».

## **Benedicto XV. (1914-1922).**

El sucesor de San Pío, Giacomo della Chiesa, Benedicto XV, de estatura notoriamente pequeña, algo contrahecho y procedente

de antigua nobleza genovesa, no venía precedido de la mejor fama. Provenía ésta de cierto episodio sucedido cuando aún era pontífice León XIII. Al acabar el siglo, éste había previsto para el puesto de subsecretario a un tal Tarnassi, partidario de las potencias centrales. Para mantener la apariencia de neutralidad se necesitaba un contrapeso frente al poderoso Secretario de Estado, Rampolla, firmemente inclinado a seguir el rumbo ruso-francés. Pero precisamente cuando Tamassi, realmente uno de los contrincantes más peligrosos de Rampolla, debía trasladarse a Roma, en 1901, como cardenal, sucumbió a una muerte enigmática y rápida. «Los mentideros vaticanos hablaron de envenenamiento, pues su muerte era demasiado deseada como para que, a juicio de la Curia, hubiese tenido lugar sin maquinación ninguna. Esos mentideros señalaron a Monseñor della Chiesa como asesino» (Eduard Winter).

En todo caso, el Marqués della Chiesa, alumno de toda confianza de Rampolla, ascendió a subsecretario en sustitución del tan bruscamente fenecido Tarnassi y después de la muerte de Pío X se convirtió en su sucesor, aunque para ello necesitase de dieciséis votaciones.

Si bien Benedicto XV propugnaba una política leonina y era partidario de Francia, operó primero a favor de las potencias centrales siguiendo la inveterada estrategia del Vaticano: estar, mientras sea posible, al lado de los más fuertes, de los presuntos vencedores. Tengamos en cuenta que Alemania había ocupado toda Bélgica, la Polonia rusa, Lituania, había conquistado parte de Francia, del Báltico y de Bielorusia. También Servia y Rumania habían sido vencidas. Que la Curia se identificase entrañablemente con el destino de Austria-Hungría era más que

comprensible. Incluso el católico Schmidlin, historiador del papado, lo reconoce: «De modo más que natural y ya durante la guerra mundial, la simpatía del papa, como persona y como papa, estaba en principio y pese a toda neutralidad al lado de la Doble Monarquía de los Habsburgo en consideración a su carácter católico frente a la Rusia cismática, la Inglaterra protestante y la Francia descreída». A fin de cuentas, la Doble Monarquía era la única gran potencia estrechamente vinculada al Vaticano que garantizaba una eficaz protección contra el eslavismo y la ortodoxia. En interés de su política hacia el Este, «la Santa Sede» arrastró a Bulgaria a la guerra, al lado de las potencias centrales. Y precisamente con vistas a la Austria-Hungría católica, Benedicto recalcó todavía en la primavera de 1915 la «absoluta identidad de nuestros intereses».

Incluso cuando Italia entró en «*il guerrone*», llamado «nostra guerra», propagada con entusiasmo por el clero italiano y por la prensa y organizaciones católicas y organizada como continuación de las luchas contra Austria, o sea como la «cuarta guerra de liberación» por «los hermanos irredentos del Trentino y de Trieste», una guerra en la que se bendecían las tropas que partían al combate y las banderas, guerra en la que lucharon, arma en mano, más de veinte mil eclesiásticos italianos, incluso entonces se mantuvo el Papa al lado de las potencias centrales. Para él y para la Curia estaba en juego tanto la supervivencia de la monarquía católica danubiana como su propia existencia. Pues después de la eliminación del Estado Pontificio en 1870, las relaciones entre la sede romana e Italia eran extraordinariamente tensas. Los próceres de la Curia contaban aún con el triunfo de las potencias centrales. Por ello, el seis de mayo de 1915, Benedicto XV delató al estado mayor de éstas la entrada en guerra de Italia.

Con ello, el Papa corroboraba, dándoles autenticidad, informaciones anteriores en el mismo sentido. Austria pudo así prepararse contra el ataque italiano, que fue detenido de inmediato.

Sólo cuando viró la «suerte de la guerra», viró también el Vaticano hacia el campo de la Entente. Pese a lo cual *L'Osservatore Romano* del veinticuatro de mayo de 1919 afirmaba: «La Santa Sede actuó constantemente a lo largo de la guerra a favor de las potencias de la Entente (*a favore delle potenze dell'Intesa*), y especialmente a favor de Bélgica, Italia y Francia». Y Benedicto declara en ese momento: «Esta guerra la ha perdido Lutero».

En medio del infierno bélico, ciertamente, jugaba a gran imparcial, a «Papa de la paz». Pero mientras que él invocaba ante las naciones cristianas que se despedazaban entre sí las bellas sentencias bíblicas de paz, reconciliación y amor, él mismo se hacía responsable de una actividad pastoral castrense que ordenaba a los soldados apiolarse mutuamente en sublime cumplimiento de su deber —la hipocresía más sanguinaria de la historia universal.

No podemos seguir esos pasos ni los constantes vaivenes de su política. Las potencias centrales le llamaron en ocasiones «el Papa francés»; los aliados «*le pape boche*». Él reivindicaba para sí la expresión de Benedicto XIV, «el martirio de ser neutral». Es cierto que en 1917 intervino una vez más a favor de las potencias centrales, pero únicamente por temor a la revolución rusa. Ésta tenía que hacer temblar forzosamente a todos los eclesiásticos y tanto más a un conservador empedernido proveniente de la alta nobleza italiana, que en su mensaje navideño de 1917 anunciaba

«*urbi et orbi*»: «Dios no hace acepción de personas, pero está fuera de duda, dice San Bernardo, que la virtud de los próceres le es más grata porque resplandece más. También Jesucristo era noble y nobles eran también María y José». El «Vicario» llegó a afirmar: «Cristo estuvo, de manera excelsa, vinculado a la nobleza terrenal».

La Curia extrajo un extraordinario provecho del «*guerrone*». El cardenal Gasquet reconoció sin ambages en el Congreso católico de Liverpool: «Se ha abierto paso la convicción de que el hombre que mejor parado salió de la guerra fue el Papa (!)». Pero no había nada que él temiese tanto como la subversión en el Este, tanto más cuanto que había que contar con que la revolución se extendiese a Polonia y a toda Europa. Por ello, Benedicto consideró a las comunidades uniatas como posiciones avanzadas de la Iglesia de Roma, que debían extenderse desde Bielorusia y Ucrania y ganar para el papado el mundo ortodoxo eslavo. Con ello inició una política antibolchevique que prosiguieron, de forma mucho más encarnizada, sus sucesores.

## **Pío XI. (1922-1939).**

Por lo pronto, y después de catorce votaciones, le tocó a Achille Ratti, Pío XI y con su ayuda —su programa de gobierno: «la paz de Cristo en el reino de Cristo», (el evangelio dice: «paz en la tierra») — les llegó también la vez a Mussolini, Franco y Hitler.

Es verdad que Mussolini, autor de *Dios no existe* y de *La querida del Cardenal*, tildaba, todavía en el año 1920, de enfermos a las personas religiosas, escupía sobre los dogmas y se engalanaba con insultos anticlericales como si fuesen una «corona de flores

fragantes». Ya en 1921, sin embargo, ensalzaba de tal modo al Vaticano y al catolicismo que, un año antes de ser elegido Papa, el cardenal Ratti exclamó: «Mussolini ésta haciendo rápidos progresos y con su ímpetu elemental barrerá cuanto se le interponga en el camino. Mussolini es un hombre prodigioso. ¿Me oyen?, ¡hombre prodigioso!».

Papa y Duce provenían de Milán. Ambos odiaban a comunistas, socialistas y liberales. Ambos entablaron negociaciones, según sus propios testimonios, ya antes de la farsa de la «Marcha hacia Roma», que el nuevo César cubrió en un coche cama Milán-Roma. «¡Fuego! Durante cinco minutos solamente —decía el entonces jefe de Estado Mayor Badoglio— y no se volverá a oír nada del fascismo». Como quiera que Mussolini, al contrario que el régimen liberal anterior, suprimió la libertad de prensa y reunión, mandó poner el crucifijo en las escuelas e incluir en su enseñanza las clases de religión, dio protección a las procesiones y devolvió las iglesias y monasterios confiscados, hubiesen llegado a un acuerdo con él incluso si aquel ateo no hubiese adorado a la Madonna en las concentraciones fascistas —la adoración propicia siempre cualquier tipo de diablura.

De inmediato —ése fue su primer servicio— el ex socialista salvó de la bancarrota al *Banco di Roma*, al que la Curia y varios de sus jefes habían confiado grandes sumas. Lo hizo aportando, a costa del estado, mil quinientos millones de liras, a raíz de lo cual el cardenal Vannutelli, decano del «Sacro Colegio», declaró que Mussolini había sido «predestinado para la salvación de la nación y el restablecimiento de su felicidad».

En agradecimiento, Pío XI fue restringiendo la influencia del

Partido Popular, católico y antifascista. Ordenó a su dirigente, el siciliano Sturzo, su dimisión y obligó finalmente a todos los sacerdotes a que abandonasen el partido, lo que casi equivalía a su disolución. El Papa no protestó siquiera cuando los fascistas mataron a varios de sus miembros, entre ellos, algún sacerdote. Tanto menos podía protestar por el asesinato de algunos millares de comunistas y socialistas. Incluso cuando el más acérrimo de los adversarios de Mussolini, el Profesor de Derecho Penal y dirigente socialista G. Matteotti, que había donado a campesinos pobres su considerable patrimonio, fue raptado y atrocemente asesinado por los fascistas y la indignación era tal que se exigió del rey la destitución de Mussolini, incluso entonces, el «Santo Padre» se puso nuevamente del lado de los criminales fascistas proclamando el veinte de diciembre de 1926 que «Mussolini nos fue enviado por la Providencia».

Tres años más tarde se concluyeron los Acuerdos de Letrán que elevaron enormemente el prestigio de los fascistas, al igual que el concordato con la Alemania hitleriana, algo posterior, elevó el de los nazis y reportó, sobre todo, formidables ventajas a la Curia. Es cierto que ésta renunciaba definitivamente al Estado Pontificio, eliminado ya en 1870, pero el Papa obtenía a cambio la soberanía territorial y personal ilimitada sobre el territorio de la *Cita del Vaticano* y como compensación el «capital de un Banco Mundial», la gigantesca suma, si se calcula según el valor de la lira de entonces, de mil millones de liras en Títulos del Estado y setecientos cincuenta millones en efectivo, lo que a un interés de cincuenta por ciento suponía una renta anual de casi noventa millones de liras. Las iglesias son entidades mercantiles: la ganancia eterna queda para los creyentes, la temporal para los sacerdotes. El catolicismo se convirtió en la religión oficial del

Estado, la crítica al mismo quedaba penalizada, el matrimonio religioso fue equiparado al civil e imposibilitado el divorcio. La enseñanza de la religión fue declarada obligatoria. Libros, periódicos o películas anticlericales fueron objeto de prohibición. Más aún, el Estado se impuso el deber de armonizar toda su legislación con el derecho canónico. Con ello se abolía la independencia espiritual del país. Lo que cuatro papas no habían conseguido con protestas en la época de la Italia liberal, lo consiguió Pío XI de los fascistas: la capitulación del gobierno. «Sucedieron cosas como no se habían conocido en la política eclesiástica italiana», reconocía el abogado Francesco Pacelli, quien durante años y, en general, de forma secreta, había negociado los acuerdos con el mismo Mussolini, y obtuvo tras su ratificación el título de Margrave, siendo elevado, después de que su hermano fuera entronizado como papa, al estamento de los príncipes hereditarios.

La Curia estaba triunfante. Pío XI ensalzó de nuevo a Mussolini, «el hombre que nos fue enviado por la Providencia», y ordenó al clero una oración diaria en su favor. Estos acontecimientos fueron celebrados en presencia de prelados prominentes, dirigentes del partido y militares, con banderas fascistas y de la iglesia. Todo el mundo católico prorrumpió en júbilo con Italia, y la Alemania creyente no fue la última en hacerlo. Hitler elogió en Munich la confraternización clerical-fascista en términos casi tan entusiastas como los de su secuaz, el cardenal Faulhaber. Y el alcalde de Colonia K. Adenauer, que ya en el invierno de 1932-33 había manifestado que un «gran partido como el nacionalsocialista tenía forzosamente que ocupar una posición dirigente en el gobierno», auguró a Mussolini, en un telegrama de felicitación, que su nombre quedaría inscrito en letras de oro en la historia de la

## Iglesia Católica.

Pío XI, sin embargo, que tan sensacionales éxitos había cosechado gracias al sacrificio del partido católico y al enaltecimiento de Mussolini, intentó a la sazón otro vuelco político semejante en Alemania, sacrificando esta vez al Partido del Centro. En ambos casos fue el papa quien activó la disolución de un partido católico para posibilitar las dictaduras de Mussolini y de Hitler.

El golpe, de impacto histórico-mundial, cuajó gracias al Secretario de Estado, Eugenio Pacelli, el futuro papa. Hasta 1929, éste había sido nuncio en Munich y Berlín y condujo gradualmente hacia la derecha al Partido del Centro, instrumento político de la Curia en Alemania (Su retoño político supraconfesional es hoy la CDU-CSU). Uno de sus paladines, Franz von Papen, futuro camarero papal y lugarteniente de Hitler, depuso en el verano de 1932 como Canciller del Reich, al gobierno socialdemócrata Braun-Severing, abolió la prohibición de las SA y las SS e hizo cuanto pudo para encumbrar a Hitler al poder. Segundo en esta lid: Kaas, amigo de Pacelli, Profesor de Derecho Canónico, quien, como dirigente del Centro, no adoptaba nunca una decisión importante sin la aprobación de éste. Apenas había obtenido Kaas el voto de su partido en favor de la «Ley de concesión de plenos poderes», acudió presuroso a Roma. Desde allí envió a Hitler, con quien se había entrevistado a puerta cerrada y a escondidas de sus más inmediatos colaboradores en el partido, sus «sinceros augurios». Activó la disolución del Centro, que se efectuó acto seguido, y después de consultar al Papa y a Pacelli, apaciguó a muchos católicos que protestaban: «Hitler sabrá conducir la nave del Estado. Ya antes de que fuera Canciller me reuní con él varias veces y quedé muy impresionado por su modo de afrontar los

hechos y de perseverar, no obstante, en sus nobles ideales...».

Una vez que el Führer hubo obtenido lo que era del Führer, también el Papa tenía que obtener lo suyo. El diez de abril se personaron ante él Papen y Goring, quien ya para entonces había amenazado con la «noche de los cuchillos largos» y manifestado: «Mi tarea no es la de ejercer la justicia, sino la de exterminar y erradicar». Pío XI que ya había encomiado repetidamente a Hitler por su prohibición del Partido Comunista, recibió a ambos con grandes honores y se mostró, una vez más, encantado de ver a la cabeza del gobierno alemán a una personalidad que combatía sin dar cuartel al comunismo. Y los obispos alemanes, que hasta entonces habían prohibido unánimemente la afiliación al Partido Nazi, amenazando incluso con penas canónicas, lo apoyaron desde ese mismo momento. Claro que cambiar de punto de vista, no supone forzosamente mudar las convicciones, sobre todo cuando el cambiar oportunamente de punto de vista constituye precisamente una de sus convicciones.

Así pues, ya el veinte de agosto, se concluyó el Concordato que Hitler calificó de «reconocimiento sin reservas» de su persona y de «éxito indescriptible», pues con ello, y de forma repentina quedaba legitimado ante todo el mundo. Pues «en realidad — predicaba en 1936 el cardenal Faulhaber— *el Papa Pío XI ha sido el mejor amigo*, inicialmente, incluso el único amigo del nuevo gobierno. En el extranjero había millones de personas que mantenían al principio una actitud expectante y desconfiada frente al nuevo Reich, y ha sido a partir de la conclusión del concordato cuando han ganado confianza en el nuevo gobierno». A todo ello, el «Santo Padre» mostraba su acuerdo con el menosprecio para con los tratados internacionales, pues, ya por

entonces, habían llegado con él a un acuerdo, contenido en un protocolo secreto para el caso de que se introdujese el servicio militar obligatorio. *La Curia deseaba el rearme alemán bajo Hitler —como deseó más tarde el de la RFA bajo Adenauer—.*

En Italia, donde Mussolini deseaba «ver la religión presente por todo el país. Hay que enseñar a los niños el catecismo... por pequeños que sean», en la Italia de entonces, los libros de la escuela básica constaban en una tercera parte de texto del catecismo y de oraciones, y en los dos tercios restantes de glorificaciones del fascismo y de la guerra, guerra que pronto desencadenaron en Abisinia.

Mussolini había preparado la invasión en secreto pretextando falta de espacio vital, siendo así que en Italia había aún muchas tierras sin cultivar en manos, eso sí, de grandes latifundistas y de la Iglesia —todavía hoy el mayor terrateniente del mundo cristiano—. El fascismo no podía malquistar ni a ésta ni a aquéllos. Optaron, en consecuencia, por la guerra. «Los negros del presente, del pasado y del futuro, todos nos importan un comino. Y otro tanto sus defensores eventuales», ésas son las palabras con que Mussolini arengó a sus soldados el 6 de julio de 1935 en Eboli. A unos y a otros les prometió «cartuchos cargados de plomo ardiente». Hacía mucho tiempo que él estaba decidido al conflicto; lo necesitaba. «¡No! —rugió de nuevo—, ni aunque me sirvieran Abisinia en bandeja de plata. La quiero a través de una guerra». Mientras cincuenta y dos estados miembros de la Sociedad de Naciones condenaban la agresión, iniciada el tres de octubre de 1935, como una guerra de ataque contraria a derecho, el entusiasmo de los prelados italianos apenas sí conocía límites. Secundaban a los oradores fascistas desde sus púlpitos. Llamaban

a realizar colectas para la victoria. Sacrificaban sus propias cruces obispales, collares, anillos, relojes. Todo ello de oro. (Después, en Abisinia, robarían el oro del Negus, el trono imperial, las coronas, las carrozas, los sables, la cubertería, buena parte de lo cual era de oro macizo e incrustado de piedras preciosas. El alto clero exigía incluso de los monasterios y santuarios de peregrinaje la entrega de las ofrendas votivas más costosas. Prohibió toda discusión acerca de la legitimidad de la guerra, en suma, y como escribió un católico: «Todo el mundo, excepto el Papa, condenó a Mussolini»).

El moralista católico J. Ude, un austríaco, declaró por entonces: «las iglesias y los estados católicos contemplan esa abominable matanza de hombres y lo que a todas luces no es sino una correría de pillaje, y callan. También Roma calla. Los hombres con responsabilidad no tienen valor para gritar “*non licet*” ante esta maquinación satánica en Abisinia. Así viene a vengarse aquella actitud de profunda disonancia entre lo que se enseña y lo que se practica. La Iglesia se convierte así ante los ojos del mundo, en objeto de escarnio y de escándalo».

¡Pero Roma no calló! Pintó la cuestión con los más bellos colores. En 1935, el órgano del Vaticano *L'Osservatore Romano* calificó la agresión bandidesca de los clerical-fascistas de «obra espléndida de solidaridad humana». Y la revista vaticana de los jesuitas *Civiltà Catholica* se jactaba al año siguiente: «Todos han defendido una misma opinión: la guerra es justa y lo es, por lo tanto, la anexión violenta...». En consecuencia, Mussolini habló también y «con un sentimiento de profundísima gratitud» de la «eficaz colaboración del clero en la guerra de Abisinia... y me refiero, ante todo, a los ejemplos de patriotismo que dieron muchos obispos italianos al llevar su oro a los locales del Partido Fascista, y a los sacerdotes

que reforzaron la voluntad de resistencia y la moral de lucha del pueblo italiano».

Pero ¿sucedió acaso todo ello en contra de la voluntad del «Santo Padre»? ¡Al contrario! Entretejido entre las numerosas exhortaciones a la paz —la obligada doblez de Roma— el Papa aducía el argumento de que una guerra de defensa (!) con el objeto de la expansión (!) en favor de una población creciente podía ser justa y adecuada. La revista católica *Reichspost*, en Viena, calificó en varios pasajes de un comentario escrito por «parte competente», aquella posición papal de «inequívoca»: «En la medida en que el Papa declara inequívocamente como no ilícita una guerra de defensa (!) y, yendo más allá, también una guerra colonial, en tanto en cuanto se mantenga dentro de ciertos límites y beneficie a una población en aumento, quiere, con plena conciencia, conceder a Italia, dentro de los límites ya descritos, un derecho natural y, en el marco de este imperfecto derecho humano, también una legitimación para proceder a su expansión abisinia».

¡A una expansión italiana! Y consecuentemente, el «Vicario de Cristo» hizo que sus obispos propagasen las atrocidades fascistas en ultramar como causa «de la verdad y la justicia», y que el cardenal Schuster, especialmente amigo de los fascistas y cuya canonización fue promovida bajo Pío XII, también cómplice del fascismo, la alabase como «campana de evangelización», como «obra de la civilización cristiana para bien de los bárbaros etíopes». Y mientras los prelados bendecían las armas y los bombarderos; mientras mandaban rezar por los abisinios y afirmaban que en ellos se cumplía una gran misión civilizadora, enviaban a África imágenes de Madonnas, cañones y gas

venenoso, y los habitantes de aquella colonia, semidesnudos, sin máscaras de gas, sin refugios, caían allá donde les alcanzaba el gas lanzado desde el aire, un gas que les quemaba la piel y les desgarraba los pulmones. Y todos ellos, muertos o medio muertos, eran eliminados después del modo más higiénico con lanzallamas —¡una fabrica de municiones, propiedad del Vaticano, era uno de los suministradores más importantes de material de guerra!

Cuando Abisinia había sido sojuzgada y legiones de monjes y monjas siguieron los pasos de los ejércitos católicos, los cardenales y los obispos celebraron «el nuevo imperio romano que, conducido por ese hombre prodigioso, *Il Duce*, llevaría la cruz de Cristo al mundo entero». El mismo Pío XI fue también participe de «la triunfante alegría que la totalidad de aquel pueblo, grande y bueno, sentía por la paz, la cual —dijo el doce de mayo de 1936— sería, era de esperar y de suponer, una eficaz contribución al preámbulo de una paz auténtica en Europa y en el mundo».

El siguiente preámbulo de la paz auténtica tuvo lugar, aquel mismo verano, con el inicio de la Guerra Civil Española, en un país explotado durante siglos del modo más extremo por la Iglesia. Tan sólo los jesuitas, para mencionar un solo ejemplo, controlaban a comienzos del siglo XX un tercio de la totalidad del capital español. (Ya muy entrado el siglo XX siguen poseyendo el banco privado más grande del mundo el Banco de América, con una participación del 51%). La iglesia española, sin embargo, estrechamente vinculada a la nobleza y la gran industria —«el dinero es muy católico» es allí frase muy al uso— hizo atormentar otrora en las prisiones y según métodos medievales a millares de personas y fusilar a centenares. Ya hacia el año 1910, más de dos tercios de los españoles no eran católicos practicantes. Hacia 1930, la

mayoría de los obreros estaban sin bautizar, entre otras razones, porque sus padres no hubiesen podido reunir el dinero para costear el bautismo. El 80% de los campesinos eran aun analfabetos pues, como reconocía Bravo Murillo, ministro de educación de la derecha, cuando debía dar su autorización para una escuela de seiscientos obreros: «No necesitamos personas que piensen, sino bueyes que puedan trabajar».

Sin derramar apenas una sola gota de sangre, España sustituyó en 1931 el régimen hasta entonces vigente por una república. Pero ya en 1933 —el año no tiene nada de casual— los obispos del país exigieron en una carta pastoral, (el Papa hizo otro tanto en su encíclica del 3 de junio): «Una santa cruzada hasta el pleno restablecimiento de los derechos de la Iglesia». El golpe de estado de Franco contra el gobierno legal contó asimismo con la bendición de los prelados. «Ya quisiera yo ver alguna vez algo que no bendijese la Iglesia —opina Tucholsky— si ello le reporta algún beneficio». Muchas iglesias sirvieron de base de operaciones contra el pueblo y más de veinte mil de ellas fueron destruidas durante la guerra.

Los clerical-fascistas embaucaron al mundo entero presentando su rebelión —lema de los legionarios de Franco y de las tropas moras, islámicas de religión: «¡Viva la Muerte!», «¡Muera la inteligencia!»— como una guerra de religión contra el comunismo ateo, como una «cruzada contra la revolución roja», en palabras del episcopado español. Falsificación de la historia que tanto el Vaticano como el ministro de propaganda de Hitler propalaron machaconamente por el mundo: de los cuatrocientos setenta y tres diputados del Parlamento tan sólo quince eran comunistas. El PC español contaba únicamente con diez mil miembros.

No obstante lo cual, el embuste de la guerra de religión y la cruzada anticomunista influyó en la resolución adoptada por casi todos los países europeos y por los USA de no apoyar al gobierno español. Los socios del Papa, Hitler y Mussolini, por el contrario, enviaron de inmediato aviones de caza, de combate y de reconocimiento —las unidades aéreas italianas tenían como patrona a la «Santa Virgen de Loreto», cuya fiesta celebraban los fascistas con misas especiales y consiguientes desfiles—, enviaron carros de combate, artillería antiaérea, lanzagranadas y material bélico de toda clase; todo ello en suministros continuados que permitieron, por ejemplo, al ejército rebelde arrojar diariamente y durante cinco semanas un promedio de diez mil bombas durante la Batalla del Ebro. Como contrapunto, la Curia se comprometió a «desencadenar una campaña antibolchevique de gran alcance en todo el mundo católico» (Avro Manhattan).

La primera bandera extranjera que ondeó sobre el cuartel general de Franco fue la papal y no tardó el Vaticano en izar a su vez la enseña franquista. También Pío XI, por los días en que Hitler lo hacía desde Nuremberg, exhortó al mundo a la lucha contra el bolchevismo, calificó la ayuda en bombas de sus aliados fascistas de «medios de protección y salvación» y rechazó en redondo, en el verano de 1938, la petición de los gobiernos francés y británico de que se sumase a la protesta contra el bombardeo de la población civil republicana. En medio de la guerra, por el contrario, dio a Franco, el general rebelde, las gracias por un telegrama de homenaje y manifestó su profunda alegría de «haber sentido latir en el mensaje de Su Excelencia el sentimiento profundamente arraigado de la España católica».

Tan sólo unos meses antes, Alemania se había anexionado Austria,

cuyo episcopado se paso al lado de Hitler más rápidamente aún que lo había hecho el alemán en 1933. «Tras amplia deliberación y a la vista del gran momento histórico que está viviendo el pueblo austríaco y con plena conciencia de que en nuestros días está hallando su cumplimiento el anhelo milenario de nuestro pueblo, de incorporación al gran Reich de los alemanes, nosotros, obispos de Austria, hemos resuelto dirigir esta apelación a nuestros creyentes. Lo podemos hacer con tanto mayor alivio cuanto que el comisionado del Führer para el referéndum en Austria, Jefe de Zona Biirckel, nos dio a conocer la sincera línea de su política, cuya divisa será: “Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”. Viena, a veintiuno de marzo de 1938. Por la Diócesis de Viena Card. Th. Innitzer, Arzobispo. Por la Dioc. de Salzburgo S. Weitz, Príncipe-Arzobispo». (Fue también Weitz quien había calificado al Congreso Eucarístico de Viena, como uno de los preparativos más serios de la Primera G.M., «preparada con afán y seriedad» desde hacia años).

Al prefacio de ambos príncipes de la Iglesia seguía una «solemne declaración»: «Desde nuestra más íntima convicción y siguiendo nuestra libre voluntad, los obispos de la provincia eclesiástica de Austria abajo firmantes, declaramos con motivo de los grandes acontecimientos históricos de Alemania-Austria: “Reconocemos con satisfacción que el movimiento nacionalsocialista ha prestado y sigue prestando extraordinarios servicios en el ámbito de la estructuración económica y en el de la política social en favor del Reich y del pueblo alemán. Tenemos también la convicción de que, gracias a la actuación del movimiento nacionalsocialista, fue detenido el peligro del bolchevismo ateo y pandestructor. Los obispos acompañan esa actuación con sus mejores augurios y exhortarán también a los creyentes en este sentido. El día del

referéndum consideramos en cuanto obispos como el más natural de nuestros deberes, el que, como alemanes, tomemos partido por el Reich alemán. Esperamos de todos los creyentes cristianos que reconozcan la deuda contraída frente a su pueblo”. Viena a 18.03.1938. Card. Th. Innitzer, Arzob.; Hefter, Arzob.; S. Weitz, Princ.-Arzob.; Pawlikowski, Ob.; J.M. Gfollner; M. Memelauer».

En el viejo Reich tomaron parte en el referéndum los cardenales Bertram, de Breslau; Faulhaber, de Munich y Schulte, de Colonia. Aparte de ello, Faulhaber, a quien entre tanto han incluido entre los miembros de la «resistencia», ordenó juntamente con todos los obispos alemanes, el repique de campanas y además la participación de todo el clero que se hallaba bajo su autoridad. Los obispos exigieron entusiasmados: «El próximo domingo, 10 de abril, por una Alemania fuerte y unida» (Obispo de Osnabruck). «El domingo un SI unánime» (Obispo de Bamberg). «¡Hombre alemán!, ¡Mujer alemana!, cumple con tu agradecido deber para con el Führer» (Obispo de Meissen). «Hasta el último voto para el Führer de una Alemania más grande» (Obispo de Rottenburg), etc., etc...

Hasta tal punto impertérritos, pese a la lucha antieclesiástica, todos ellos apoyaban desde 1933 a Hitler como un solo hombre. Todos lo enaltecían, lo elogiaban (seguro que muchos sólo de labios para afuera, pero el pueblo no veía ni oía otra cosa), lo admiraban por los rasgos que había imprimido a una Alemania, en palabras de la *Hoja obispal de Ratisbona*, «Cincelada indeleblemente para la historia universal. Si 1935 fue el año en que se obtuvo la plena soberanía de defensa y 1936 el de la reocupación de Renania, 1938 pasará a nuestro entender político y nuestro sentimiento popular alemán, como el año en que la

Gran Alemania se hizo realidad, en que, gracias a las proezas de alcance histórico-universal de nuestro Führer, halló cumplimiento un sueño milenario... Es igualmente digno de destacar el desarrollo interno experimentado por Alemania en el plazo de un año: la reconstrucción militar de las fuerzas armadas, el afianzamiento de las fronteras del Reich, la potenciación económica según los objetivos del plan cuatrienal, el poderoso auge de los transportes, los avances en la construcción de autopistas, la ampliación del parque automovilístico, el gigantesco aumento en tonelaje de las flotas y el de la industria aérea por no mencionar otros muchos logros. —¡Qué sinnúmero de esfuerzos y de éxitos, unidos al nombre de A. Hitler, están materializados en todo ello!».

También el «resistente» von Galen suscribió todas las cartas pastorales colectivas pronazis, incluido aquel escrito en el que los obispos alemanes —y estamos ya a finales del 41— aseguraban conjuntamente haber apoyado «una y otra vez» y del «modo más enérgico» la política de Hitler. Su espantosa guerra, que todos ellos propiciaron sin excepción y ordenaron propiciar, correspondía, según ellos —que aquel año la conocían ya *in corpore*—, a la «santa voluntad de Dios». Y en agosto del 42, Rarkowsky, obispo castrense católico de la Wehrmacht, proclamaba asimismo: «Lo que el Führer y Comandante Supremo de la Wehrmacht os ordena ¡soldados!, y la patria espera de vosotros: tras todo ello está Dios mismo con su voluntad y su mandato».

Incluso en los últimos años de aquel infierno se mantuvieron fieles a Hitler. En 1944, el Arzobispo de Bamberg, Kolb, al que la ciudad agradecida ha dedicado una calle, predica así: «Cuando luchan los

ejércitos de soldados, otro ejercito de orantes debe dar su respaldo al frente»... «Cristo espera de nosotros que, al igual que él, asumamos obedientes el dolor y soportemos valerosamente nuestra cruz». Incluso el 22 de junio de 1945, el Obispo de Würzburg estalla con su celo: «Poneos a disposición del orden estatal... permitidme que, inspirándome en San Bruno, os diga: Cumplid vuestros deberes para con la patria precisamente en los tiempos de tribulación... *Tomad sobre vosotros todas las calamidades por amor a Dios. Estos sacrificios serán peldaños de vuestra escala hacia el cielo. En el sacrificio realizáis vuestra salvación*». Incluso en 1945 el prelado Werthmann, lugarteniente del obispo castrense, arengaba a las tropas de Hitler: «¡Adelante soldados de Cristo, camino de la victoria!».

Volvamos a los papas sin cuyo *placet* no hubieran los obispos respaldado a Hitler hasta esos extremos.

Después que sucumbió la república española, gracias a la ayuda de Berlín y de Roma, —la ayuda que Moscú prestó al gobierno español comenzó meses más tarde— Pío XII, que obtuvo su tiara poco antes, felicitó así a Franco: «Elevando nuestro corazón a Dios nos alegramos con Su Excelencia de la victoria tan anhelada por la Iglesia Católica. Albergamos la esperanza de que su país, ya restablecida la paz, reanude con nueva energía sus viejas tradiciones cristianas».

El clero obtuvo de nuevo una extraordinaria influencia en España, fueron abolidas la libertad de expresión, de prensa y de reunión. La literatura, el cine y la radio fueron sometidos a estricta censura. Menos el fascista, fueron prohibidos todos los partidos, incluidos los católicos, pues Franco representaba ahora de modo más

prometedor los intereses de Roma. (Santa Teresa de Avila, la gran mística católica, se convirtió en la patrona de la sección femenina de la Falange). También bajo Mussolini y Hitler, había disuelto el Vaticano los partidos católicos. El mismo juego sangriento en todas partes. Y aunque la guerra civil había costado ya más de 600 000 vidas a España, continuaron los asesinatos de Franco cuyos «muy nobles sentimientos cristianos» ensalzó Pacelli como Cardenal Secretario de Estado, ya durante su alzamiento. El Conde Ciano, Ministro de AA.EE. italiano, estimó que por entonces se efectuaban unas ochenta ejecuciones diarias en Sevilla, unas ciento cincuenta en Barcelona y entre doscientas y doscientas cincuenta en Madrid. Según estadísticas oficiales del gobierno republicano español, Franco hizo ejecutar desde el final de la guerra en 1939 hasta la primavera de 1942, es decir, en una España ya en paz, en una época en que, según el deseo de Pío XI, «se reanudaban las viejas tradiciones cristianas», a más de 200 000 personas<sup>[9]</sup>.

## **Pío XII. (1939-1958).**

El nuevo Papa había vivido trece años como nuncio en Alemania. Admiraba las «grandes cualidades de este pueblo» y se rodeó de alemanes. Se asesoraba de Kaas, el antiguo presidente del Centro y asimismo de los jesuitas alemanes Hentrich, Gundlach y Hürth. Tenía un secretario privado alemán, el jesuita Leiber, y como confesor al jesuita Bea. El Padre Wüstenberg, otro alemán, ejercía un cargo de gran responsabilidad en la Secretaría de Estado.

Incluso la monja Pascualina Lehnert, especialmente allegada al «Santo Padre», denominada «la Papisa» y también «Virgo potens»

por las lenguas frívolas, que ya lo atendía a la edad no canónica de veintitrés años —en las nunciaturas alemanas con dispensa de Benedicto XV, en los palacios vaticanos con la de Pío XI, y finalmente en los propios aposentos papales a donde ella, «por ser muy grandes», se trajo a otras hermanas con la dispensa del mismo papa Pacelli—, incluso esta monja tan asidua provenía de Baviera. Más aún, incluso los dos espléndidos gatos persas del Papa se llamaban «Peter» y «Mieze», y hasta los canarios (su favorito, totalmente blanco, era «Gretchen», es decir Margarita) y los «otros pajarillos que abundaban en las estancias del Papa», tenían en su mayor parte nombres alemanes. Los visitantes del Vaticano hallaban que el Papa vivía en «una isla alemana». Hablaban del «Papa de los alemanes» o, a menudo, del «Papa alemán», sin ambages.

En la lucha que por causa de la política eclesiástica sostuvo contra Hitler, —cuya toma del poder celebró jubiloso el entonces nuncio Pacelli y que él mismo había fomentado decisivamente a través de Kaas y de von Papen, al igual que había influido determinadamente en la política declaradamente profascista de su predecesor, tanto antes como durante la guerra abisinia y la española—, en aquella lucha, el «Papa alemán» era siempre proclive a la transacción. Pues si bien Pío XII no tenía, comprensiblemente, ninguna simpatía por el anticlericalismo de Hitler, que condenó constantemente, sabía apreciar, sin embargo, su aniquilación de liberales, socialistas y comunistas, y esperaba de él, sin ningún género de dudas, el exterminio general del bolchevismo. Esperaba pues, por medio de Hitler, lo que no se consiguió en la Primera G.M. a través de los Habsburgo, pese a los 250 000 caídos diarios y el costo de 2 000 000 millones de marcos también diarios, a saber, la imposición del catolicismo en los

## Balcanes y el sometimiento de la Iglesia Ortodoxa Rusa.

Por eso, y pese a aquella lucha, Roma, que tradicionalmente piensa en escala de siglos, respaldaba la política interior, y, más aún, la exterior de los anticlericales nazis. Ésa fue también la razón de que el diario de la Curia recibiese la instrucción de evitar artículos polémicos y, en especial, los de índole política. Y fue también por eso por lo que Pío XII, como él mismo subrayaba, escogiese a Hitler como el primer Jefe de Estado para darle a conocer su elección como Papa. En carta dirigida a aquél, cuando ya llevaba siete años ejerciendo su terrorífico dominio, imploraba «con los mejores augurios, la protección del cielo y la bendición de Dios todopoderoso» para uno de los mayores criminales de todos los tiempos.

Y por ello mismo, tras el atentado contra Hitler en otoño de 1939, hizo transmitirle sus felicitaciones a través del nuncio por haberse salvado de tan gran peligro. También el cardenal Faulhaber felicitó a Hitler en nombre de los obispos de Baviera. («Agradecemos a Dios nuestro Señor por haber dispensado su gracia», escribió la hoja obispal de Ratisbona después del «criminal atentado... contra la vida del Führer y Canciller del Reich». «Rogamos a Dios desde lo más profundo de nuestro corazón: Señor, acoge al Führer y a todo nuestro pueblo alemán, en todo momento, bajo tu poderosa protección»). Por eso, insistimos, declaró Pío XII poco después del ataque alemán contra Checoslovaquia que estaba dispuesto «a hacer muchas cosas por Alemania». Por ello mismo no tuvo una palabra de condena contra la irrupción de Hitler en la católica Polonia, mientras que el obispo castrense Rarkowsky, como si hablase por boca de Goebbels, recomendó con ahínco, «a raíz de esta intervención», a todos los soldados católicos, que imitasen

«el luminoso ejemplo de un auténtico combatiente, nuestro Führer y comandante en jefe».

Y también por ello, no le faltaron al Papa, una semana después de la invasión de Rusia, «momentos estelares», como dijo jubiloso en un mensaje radiofónico, «que elevan el corazón hasta las alturas de una gran y santa esperanza; valor magnánimo en la defensa (!) de los fundamentos de la cultura cristiana y fundadas esperanzas en su triunfo», palabras con las que «el Vicario de Cristo» no aludía, precisamente, al ejercito rojo. Tanto menos cuanto que ya un año antes del ataque contra Rusia algunos jesuitas graduados en el Collegium Russicum de Roma habían traspasado la frontera rusa disfrazados y bajo nombres falsos para desempeñar tareas de espionaje por encargo del Vaticano. Por ello, el Subsecretario de Estado de Hitler, Luther, extrajo esta conclusión en un extenso memorándum: «El Papa actual ha basado sus planes políticos, desde el comienzo de la guerra, en el triunfo de las potencias del Eje», y el jefe del servicio secreto, General de las SS, Schellenberg, resumía así su conversación con el Papa registrada en un informe de cinco páginas: «El Papa hará todo cuanto esté en su mano para garantizar una victoria alemana. Su meta es la destrucción de Rusia». Por ello Pío XII —mientras gritaba ¡paz, paz!— expresaba en plena guerra «no sólo su más cálida simpatía por Alemania, sino también su admiración por la grandes cualidades del Führer» e hizo saber a éste por medio de dos nuncios que «nada deseaba, al Führer, con mayor anhelo que el triunfo». Pues ya en 1939, había recalcado que el Führer, era el soberano legal de los alemanes y que todo el que le negase la obediencia incurría en pecado. Por todo ello, este papa intentó, incluso después de la guerra —en Europa se apoyaba sobre todo, una vez más, en un canciller alemán, K. Adenauer—, en proseguir su política

catastrófica con irreconciliable pertinacia, para lo cual declaró una y otra vez permisible la misma guerra atómica. Se esforzaba evidentemente en revocar históricamente, aunque fuese a un precio diez veces superior en víctimas, todo cuanto había sucedido o se había perdido y de todo lo cual era él mismo corresponsable.

## **Juan XXIII. (1958-1963).**

Pío XII murió a principios de octubre de 1958 y el mundo lo lloró sentidamente. Y el Espíritu Santo, como si él mismo hubiese sentido espanto por la elección de los «vicarios anteriores», escogió esta vez a una persona de índole totalmente contraria, a G. Roncalli, patriarca de Venecia. Cuando Juan XXIII, después de su elección, se asomó por vez primera a la logia que da a la Plaza de San Pedro, una mujer exclamó: «¡Un grasso!», (¡un gordo!), y se desmayó. Había y sigue habiendo muchos católicos que juzgan también a los papas según su buen tipo, por lo que aparentan y no por lo que son, y aunque el Julio César de Shakespeare proclama: «Quiero en mi entorno hombres obesos...», el obeso Juan XXIII tenía que resultar aniquilador para los espíritus estéticos, más aún, comparado con el ascético Pacelli, «*il angelo bianco*», como decían entusiasmados en Roma, «como un rayo de luz», en palabras exaltadas de R. Schneider. Pero si su aspecto era aniquilador, sus actos no lo eran en absoluto, muy al contrario de los de su predecesor.

Pues este papa era, personalmente, y en el mejor sentido de la palabra, un hombre de verdad humano, de índole realmente buena, no carente de encantos, sencillo, ajeno a los formalismos. Contra lo acostumbrado, abandonaba gustoso su dorado encierro,

subía al tren, hacía pequeñas peregrinaciones —los americanos le llamaban «Johnny Walker» y los romanos «Giovanni fuori le Mura» («Juan extramuros»)—. Toda religión vive también del hecho de que algunos de sus servidores vale más que ella. Y a veces, lo que no deja de ser extraño, incluso un papa vale más que el papado.

Juan era amado por sus ovejas a las que no atribulaba con decretos que representasen una carga para su vida. Se esforzó por la reconciliación, incluso con el judaísmo, y, en general, por la superación de los odios raciales. En vez de la aparente neutralidad de Pacelli, buscaba, quizá, una neutralidad real. La encíclica *Pacem in Terris* (1963) es el documento más conocido al respecto. En lugar del anticomunismo de sus predecesores, capaces de avanzar en esa línea sobre millones de cadáveres, inició prudentemente la tantas veces citada «apertura hacia la izquierda», desdiciéndose, por cierto, de su anterior actitud cuando era aún cardenal. Esta tendencia más elástica se hacía, obviamente, cargo de las nuevas realidades de la política mundial.

Que Juan XXIII, por otra parte, era hechura de su educación teológica católica y un prisionero del aparato de poder de la Curia, se echa de ver con espantosa claridad en su encíclica *Mater et magistra* (1961). Sigue ésta, hasta en sus últimos detalles, el callejón sin salida trazado por todas las «encíclicas sociales» anteriores. Con lastimosos razonamientos que causan también, literalmente, una impresión lastimosa, aptos para que los «Santos Padres» se pierdan en generalidades poco convincentes y escamoteen los auténticos problemas, minimiza la clamorosa desproporción entre los acomodados y los desposeídos.

Es también significativo que Roncalli, liquidase, cuando ya era papa, el experimento social de los sacerdotes-obreros franceses, que él mismo había fomentado como nuncio en París, temiendo la intoxicación marxista de sus clérigos. Y no lo es menos, el que no permitiese tratar el tema «Matrimonio o celibato de los sacerdotes» en el concilio que él mismo convocó; que rechazase la emancipación de la mujer y no quisiera saber nada de su ordenación como sacerdote. Y por muy ecuménico, e incluso fraternal, que fuese su trato con ortodoxos y protestantes, dejó siempre perfectamente claro que la unificación sólo sería pensable mediante «el retorno de todas las ovejas al redil romano».

Aunque este hombre, personalmente compasivo y, prescindiendo de su cargo —si bien es ciertamente imposible prescindir de ello—, naturalmente simpático, no era, desde el punto de vista dogmático, un disidente o un criptocomunista, sino totalmente fiel a la línea, desdecía tanto, a juicio de muchos jefes, de su papel de pontífice, que pronto vieron en él, en Roma especialmente, únicamente una «desdicha». El cardenal de la Curia, Ottaviani, llegó incluso a declarar, tras la dolorosa muerte del Papa, que éste había estado sumido en una «santa demencia».

## **Pablo VI. (1963-1978).**

Por ello mismo, y antes incluso de que acabase el concilio en el que un mundo engatusado había puesto tantas y tan estúpidas esperanzas, la Iglesia retornó, bajo el sucesor de Roncalli, el arzobispo milanés, Montini, en todos los aspectos, a la tradición. La discusión conciliar sufrió nuevas restricciones. Muchos temas fueron excluidos como absolutamente indebatibles. Pablo VI no

atendió el ruego de canonizar a Juan XXIII por aclamación, sino que hizo depender el proceso al respecto de la canonización simultánea de Pío XII, de cuya escuela provenía él mismo. Una condición más que significativa.

El nuevo pontífice era, por una parte, reacio a tomar decisiones, temerosamente desconfiado. Por la otra, era muy consciente de su autoridad, neoabsolutista. Ya su primera encíclica *Ecclesiam Suam*, enfrió grandemente las esperanzas que de modo bastante absurdo parecen contagiar a medio mundo después de cada cónclave, como si un papa cualquiera, no importa cual, pudiera hacer algo mejor de esta institución. Su circular sobre el celibato y la *Humanae Vitae* eran archirreaccionarias. Seguía prescribiendo una moral sexual medieval y enseñando la creencia en el demonio. Este papa que apenas desaprovechaba ocasión para lanzar sus ayes por los males del mundo con gesto de profunda unción, mantuvo un férreo mutismo respecto a los regímenes latinoamericanos responsables de crímenes y torturas. Eso cuando no predicaba, precisamente allí, contra la «impaciencia» de los estrujados y amenazados de muerte, contra la revolución y la violencia, pues esta «no es evangélica, no es cristiana, y la subversión radical es una falacia». Recibió también en solemne audiencia al espanto de Africa, al sanguinario Amín. Y su cardenal Spellmann, que ya se acreditó en la Segunda G.M. como íntimo de Pacelli y que en un momento álgido de la guerra fría tuvo una sobresaliente actuación de la mano de F. J. Strauss, el entonces ministro de defensa alemán, junto al telón de acero, gritaba ahora, como obispo castrense de los USA que los americanos defendían en Vietnam la causa de Dios, de la justicia y de la civilización. Eso sí, mientras este cardenal, que en Wall Street se sentía más en su casa que cuando estaba en la iglesia, exigía la victoria total

(«¡Menos que la victoria es algo impensable!») y pronunciaba discursos tan incendiarios que el mismo Washington, que ya es decir, se mostró varias veces incomodado; mientras este cardenal hacía, pues, lo que también hizo el clero en ambas guerras mundiales, exhortando a la carnicería y al homicidio, el papa Pablo, al igual que Benedicto XV en la Primera y Pío XII en la Segunda G.M., ahora en plena guerra de Vietnam, clamaba: «¡Paz, paz, paz...!». ¡No hay papa que no lo sea de la paz!

¡Y de los pobres!

Ellos mismos son pobres. Pobres como un ratón de iglesia. O como Pío XII. O como su sucesor Pablo. De los aproximadamente 500 automóviles vaticanos registrados, Su Santidad sólo tenía asignados 3, entre ellos, un modesto Mercedes 600, de diseño único, construido particularmente para el sucesor del Hijo del Hombre, y regalado por mediación del también pobre Abs, banquero y Caballero de la Orden del Santo Sepulcro. ¡Cuán necesario es que los pobres cierren filas! El famélico Pablo tenía asimismo en la «ciudad de los chabolistas», es decir en los *slums*, en los barrios de miseria de la «Ciudad Santa», meramente lo justo, un cobijo mínimo de tan sólo trece habitaciones para él, personalmente, y para los escasos cinco servidores o, en su caso, servidoras, que lo atendían en lo estrictamente necesario. Dejemos aparte otras múltiples miserias. ¡Ay, qué pobreza la del papa! Es más que comprensible que de tanto en tanto recordase a la humanidad y, especialmente a la católica, «nuestra santa pobreza y la escasez de nuestros recursos...».

¡Qué bajo se había caído, en verdad! El 25 y el 26 de abril de 1973 apareció en la Secretaria de Estado vaticana y acompañado por

funcionarios de la policía y del FBI, Linch, director de la sección contra el crimen organizado y contra la corrupción, una entidad no precisamente moscovita, sino anexa al Ministerio de Justicia americano. Linch presentó «el escrito original en el que el Vaticano...» pedía a la mafia de Nueva York «títulos-valores falsificados por un monto de aproximadamente mil millones de dólares». «Uno de los mayores fraudes de todos los tiempos» (David A. Yallop).

Pablo VI superó relativamente indemne aquel episodio al que sobrevivió nada menos que cinco años más. Tanta penuria lo había curtido —era además un hombre dubitativo, un intelectual (el único, quizá, entre los papas de este siglo, a quien, el cardenal Felice, que no carecía de chispa, caracterizó con una deliciosa frase cuando Luciani, su sucesor en la sede, le preguntó cuál había sido la actitud del papa anterior respecto a la masonería. Respuesta de Felice: «El Santo Padre estaba aún ocupado en formarse una opinión cuando le sobrevino la muerte»).

## **Juan Pablo I. (26 de agosto-28 de setiembre de 1978).**

Albino Luciani sí que solía formarse rápidamente una opinión y frecuentemente correcta. Actuaba además inmediata y consecuentemente. El resultado fue, desde luego, que no pudo pontificar casi tres lustros como su antecesor, sino sólo un mes.

Antiguo patriarca de Venecia, hijo de un obrero socialista, cristiano y anticlerical, era un tipo que no encajaba en modo alguno en aquel ambiente. Madrugador, muy parco en la comida, bebedor de agua mineral, citaba ocasionalmente a anticristianos como Mark Twain o B. Schaw. Gustaba de cierta franqueza, de

rectitud, de coherencia. Era, en suma, un príncipe de la iglesia que reunía todas las condiciones para dejar a la zaga incluso a un papa que gozase de tan amplio afecto como era el caso de Juan XXIII — eso si lo hubiesen dejado correr.

Sin embargo, ello resultaba demasiado peligroso para muchos. Pues la imagen que de él propalaron aquellos círculos de la Curia máximamente interesados en su desaparición, la de un apóstol provinciano, de eterna sonrisa, flojo y torpón, no era sino una imagen repugnantemente deformada.

La peligrosidad de Luciani quedó señalizada por ciertas bagatelas aparentemente protocolarias. Que no aceptase, por ejemplo, que sus guardias se prosternasen cuando él estuviese a la vista. («¿Quién soy yo para que me hagan genuflexiones?»). Ante Pablo VI, en cambio, debían arrodillarse, al menos durante una etapa de su pontificado, hasta los clérigos y las monjas, incluso cuando se limitaban a llamarlo por teléfono.

Tanto más preocupantes parecieron, naturalmente, algunas innovaciones teológicas como la de querer acentuar el lado maternal en la personalidad de Dios. Más aún, el que fuese, y eso tenía elevadísimas implicaciones políticas, partidario de la regulación artificial de la natalidad. Tras mantener una conversación al respecto con el Secretario de Estado, Villot, le dijo a éste, mientras le acompañaba hasta la puerta: «Eminencia, ya llevamos tres cuartos de hora discutiendo sobre anticonceptivos. Si son ciertos los datos, las distintas estadísticas que obran en mi poder; si son realmente ciertas, entonces, en el transcurso de nuestra conversación han muerto al menos mil niños menores de cinco años, víctimas de la desnutrición. En los próximos tres

cuartos de hora, mientras usted y yo nos alegramos por nuestra próxima comida morirán desnutridos otros mil niños. Mañana a la misma hora habrán muerto por desnutrición tres mil niños aún vivos en este momento. El Señor no siempre provee».

Esas palabras nos dicen más acerca de Albino Luciani que largos tratados.

Pero lo que más peligroso resultaba en Juan Pablo I era su proyectada política personal —siempre el ámbito más escabroso de la política y, por lo demás también el más importante. Por su causa suele fracasar toda política, incluida la mejor—. El papa, que veía al Vaticano como «una plaza de mercaderes», tenía la intención de poner en marcha, allá y en otros lugares, una depuración rápida y enérgica y en su mirilla una lista que incluía personalidades dirigentes, entre los cuales el Cardenal Secretario de Estado, y masón, J. Villot (afiliado el 6 de agosto de 1966 a una logia de Zurich), y el presidente de la Banca Vaticana, Obispo P. Marzinkus, estrechamente vinculado a los banqueros de la mafia Calvi y Sindona, ambos muertos entre tanto y, muy probablemente, asesinados. También el amigo de Marzinkus, Cody, obispo de Chicago, figuraba en aquella lista y a buen seguro que no sólo por dilapidar enormes cantidades del erario eclesiástico en favor de una amiga que se llevó, incluso, a Roma con motivo de su nombramiento cardenalicio.

Todos los mencionados y otros muchos más tenían razones para temer por su cargo a causa de Juan Pablo I (Marzinkus hubiera sido despedido ya al día siguiente de la muerte de Luciani). A la vista de esta situación y de toda la constelación de extrañas coincidencias, desmentidos, contradicciones y mentiras con las

que la Curia rodeó esta muerte, parece que lo más natural, por así decir, es que la muerte de Luciani no fuese natural. Y si bien es cierto que no se pueden despejar todas las dudas y demostrar su asesinato, hay muchas más cosas a favor que en contra de esa hipótesis. La cadena de indicios de David A. Yallop tiene una asombrosa consistencia y el aserto del abad Ducaud-Bourget, un eclesiástico archiconservador, es más que comprensible: «A la vista de todas las criaturas del diablo que moran en el Vaticano, resulta muy difícil creer que se trató de una muerte natural». (No se olvide que ningún médico de la Curia asumió la responsabilidad de dar fe de su muerte extendiendo el certificado de defunción).

Para sofocar, transitoriamente al menos, los rumores que acerca del asesinato del papa recorrían el mundo con la rapidez del rayo y desviar la atención hacia un nuevo espectáculo, se eligió, con la mayor celeridad posible, al nuevo sucesor, ya el 16 de octubre.

## **Juan Pablo II. (1978—).**

El cardenal de Cracovia K. Wojtyla parece haber ascendido a la sede romana gracias a un entramado de interferencias políticas que conectaban a cardenales germanoccidentales y americanos con la CIA —en cuyo análisis obtenía la mejor puntuación— con el malfamado Opus Dei, a cuyo dirigente recibió ya pocos días después de su elección, y con la Curia.

De forma archirreaccionaria, pero no sin cierto encanto eslavo por su astucia campesina, propaga el optimismo y lo hace marcadamente a la ofensiva, actitud ésta, que seguramente se opone conscientemente al conservadurismo, más bien escéptico, de su antecesor Pablo VI. Y como papa viajero produce desde hace

casi un decenio un número mayor de grandes titulares que cualquier otro jefe de estado mundial.

Por lo demás, todo siguió como estaba: el cardenal Cody continuó en Chicago, Villot siguió siendo Secretario de Estado, el arzobispo Marzinkus, metido a fondo en asuntos de la mafia y otros turbios negocios, siguió siendo presidente del Banco del Vaticano. Más aún, Juan Pablo II lo ascendió en 1981 a Propresidente de la comisión del Estado Vaticano, ¡del que no puede salir desde hace ya muchos años, porque la policía italiana anda tras de él!

Tampoco en otros ámbitos hubo modificación alguna. Antes bien, K. Wojtyla prosiguió el anticomunismo y antisovietismo de los últimos Píos, si bien, atendiendo a las circunstancias políticas, de forma más prudente. Pero está bien claro que su papado se lo debe también, y no en último término, a su decidida actitud antimarxista y a su experiencia en el Este, inclinándose resueltamente del lado de los USA, país del que la Curia obtiene sus principales ingresos.

Hay dos escenarios que ponen particularmente al descubierto la estrategia papal, afectada de una doblez altamente inequívoca: Latinoamérica y Polonia.

En Latinoamérica, especialmente, Juan Pablo II no desaprovecha ningún intento de preservar, por una parte, el favor de los poderosos y, por la otra, la influencia sobre las masas católicas oprimidas. Al someterse a ése más que arduo ejercicio en la cuerda floja, no se le puede negar cierta habilidad. Cuenta para ello desde luego, con la buena fe de amplios sectores populares y también se vale de mentiras palpables. Así el «Vicario de Cristo»

afirma que sus viajes tienen «objetivos declaradamente pastorales», que los esfuerzos de la Iglesia como «experta en humanidad» (Pablo VI), como «defensora de los derechos humanos», poseen siempre «carácter religioso», «no social o político», más aún, que la Iglesia «no tiene el menor deseo de mezclarse en política».

En realidad, lo único que hace es política revestida de tintes religiosos y todos sus actos tienen consecuencias políticas. Lo que de verdad busca el papa en Sudamérica es desactivar una situación prerrevolucionaria para seguir garantizando el poder y la riqueza de quienes dominan. Aquí, como en todas partes, actúa en estrecha connivencia con los USA, pasando por encima de una espantosa miseria y de incontables cadáveres.

Es cierto que también él advierte en «ciertas zonas del “continente de la esperanza”... en medida verdaderamente desalentadora, situaciones malsanas, pobreza, incluso miseria, ignorancia y analfabetismo, condiciones de vida inhumanas, desnutrición crónica y otros males no menos tristes». Pero se limita siempre a exigir justicia en términos muy generales y desvaídos, una «justa distribución de los bienes», el «respeto a los derechos humanos». Se niega en redondo a «rebajar el índice de natalidad», requisito imprescindible de cualquier atenuación de la penuria generalizada. Se opondrá a que «las necesarias transformaciones para alcanzar una mayor (!) justicia se impongan con violencia, revolucionariamente o mediante derramamiento de sangre». —Es, sin embargo, un hecho que los papas, a través de su dirección espiritual castrense ordenan, fuerzan incluso, ¡y en qué tono!, el derramamiento de sangre en la guerra.

Pero los papas están siempre del lado de los poderosos, de los ricos, entre los cuales se incluyen. Si aquellos quieren guerra, ellos también. Si no la quieren, ellos, frecuentemente, tampoco. «No alberguéis sentimientos de odio o violencia», gritó Wojtyla a los indios y campesinos; «bienaventurados los pobres ante Dios, pues suyo será el Reino de los Cielos», así consoló a los obreros en el estadio Morumbi de Sao Paulo, y con todo descaro agasajó con la misma frase bíblica a los habitantes de Vidigal, el suburbio miserable de Río de Janeiro. ¡Palabras vacías. Eso es todo! «Familias que sufrís bajo la pobreza, no os desalentéis. No veáis vuestro ideal en la lucha ni el sumum de la felicidad en la riqueza. Esforzaos más bien por superar este difícil trance con ayuda de todos los demás hasta que lleguen días mejores». —¡En el más allá!— «Esforzaos por superar el dolor con la esperanza» —¡ad calendas graecas!—.

A los hambrientos les dice este papa: «Los pobres son también ante Dios “los ricos”». Les enseña que Cristo no condena al rico «por ser rico»; que lo único que rechaza es ¡el uso egoísta de los bienes materiales, pero no su posesión! El pueblo es «una familia». «Somos la familia de los hijos de Dios» predicó ante los jornaleros del campo en Recife y exigió a aquellos pobres diablos preservar «todo cuanto es legítimo en la convivencia ciudadana, el amor a la armonía y a la paz, a la confianza en Dios y la apertura a lo sobrenatural, la adoración de Nuestra Señora», *etc.*

*Etc.*

«Que Jesús se haya comprometido políticamente», «que se haya, incluso, visto envuelto en una lucha de clases», esa «visión de Cristo como político, como revolucionario, y subversivo», todo eso

fue condenado por el papa. En lugar de ello habló de una «redención integral a través de un amor que transforma, que funda la paz, que perdona y reconcilia». E inspirado en el sentimiento de ese amor que perdona y reconcilia, Juan Pablo II se negó a dar la mano a E. Cardenal, sacerdote y ministro nicaragüense. Con tanta mayor cordialidad apretó poco después la mano del dictador de Guatemala, Rios Montt o la de D'Abuissou, asesino de monseñor Romero, en El Salvador.

—«Vuestra sed tras lo absoluto —así se dirigió a la juventud— no puede ser apagada con sucedáneos de ideologías que conducen al odio, la violencia y a la desesperación. Sólo Cristo, sinceramente buscado y amado, es la fuente de la alegría...». Él mismo fue «pobre y menesteroso entre los hombres». «Nació pobre... para hacernos ricos con su pobreza». Y pobre como él fue también su madre. «Cuando os aflijan las pesadumbres y veáis vuestras estrecheces, pensad que Dios escogió también como madre a una mujer pobre...». La alegría que nos viene de Cristo supera «todo sufrimiento y pesadumbre». «Ésta es la auténtica libertad: la que proclama a Jesús». «¡No os dejéis convertir en instrumentos!». ¡No, y sobre todo, no de Roma!

El papa se enfrenta decididamente al «humanismo ateo». Una y otra vez enfatiza que la Iglesia «no necesita buscar su refugio en sistemas o ideologías», que ella, «no recurre al uso de la violencia o a la dialéctica de lucha de clases... ni al análisis o la praxis marxista». «El rechazo de la lucha de clases implica decidirse resueltamente por una lucha noble en pro de la justicia social». La lucha de clases sólo sirve «para crear una nueva situación injusta para quienes hasta entonces tenían todas las ventajas de su lado». Y que, naturalmente deben continuar teniendo de su lado,

especialmente, si se trata del alto clero.

Los obispos latinoamericanos viven en palacios, controlan periódicos, secundan a los políticos que explotan al pueblo y se sirven del patrimonio que extraen de sus iglesias para dotar bien a sus «pobres» favoritos o para otros objetivos políticos o religiosos más que turbios. Durante mi estancia en latinoamérica, los eclesiásticos de todo rango gastaban su tiempo en organizar colectas. De lo obtenido giró verbales cómo entendía él una visita que siempre calificó de «pastoral». Precisamente en la Plaza de la Victoria de Varsovia, junto a la tumba del soldado desconocido, exclamó así: «¡En cuántos frentes de la patria cayó este soldado! ¡En cuántos lugares de Europa y del mundo testimonió con su muerte que no es posible una Europa justa mientras no figure en su mapa una Polonia independiente!». Y concluyó su predica de modo bien significativo: «Y yo, hijo de esta tierra polaca y simultáneamente papa Juan Pablo II, invocó desde lo más profundo de este siglo y en víspera de Pentecostés: ¡Envíanos tu Espíritu! ¡Envíanos tu Espíritu! ¡Y renueva la faz de la tierra! ¡De esta tierra! ¡Amén!». Invoca, pues desde lo más profundo de este siglo, del siglo de la Primera y Segunda G.M., del fascismo y la lucha antisoviética, pues así ha sido políticamente este siglo en Europa o, viniendo al caso, lo es todavía.

Al día siguiente conjuró el recuerdo de la cristianización del Este, no sólo de los polacos, sino también de los croatas, eslovenos, búlgaros, moravos, eslovacos, abdonitas, vilsos, sorabos. «¿No querrá Cristo, no será designio del Espíritu Santo —preguntó— que este papa polaco, este papa eslavo, sea quien en este preciso momento simbolice de forma visible la unidad espiritual de Europa?». Y respondió casi con el grito de los cruzados: «¡Si, Cristo

lo quiere!».

Este «Santo Padre» que, no sin ciertas miras, ordenó a la «Radio Vaticano» concentrar más su actividad hacia el Este, exigió la libertad de la iglesia en Polonia y en el mundo actual. Conjuró la invasión de los tártaros en 1241, contenida por Enrique II el Piadoso (en realidad éste sufrió una derrota aniquiladora y él mismo cayó en la batalla de Liegnitz, el 9.4.1241). El papa exigió: «Europa, trágicamente escindida por la espantosa guerra mundial (!) a finales de la mitad de este siglo; Europa que bajo ese desgarramiento, que todavía hoy perdura, determinado por las diferencias de sistemas ideológicos y económico-políticos, no puede dejar de aspirar a su unidad fundamental, tiene que volver sus ojos al cristianismo». O bien: «Ser cristiano, es decir, estar vigilante como un soldado en su puesto...».

No es, naturalmente, ninguna casualidad que Wojtyła impulse como papa y precisamente en Polonia la «reunificación de Europa bajo el cristianismo», ni lo es su declaración de que «nosotros los polacos optamos ya hace mil años por el mundo occidental». Pero esa opción occidentalista quiere decir, hoy también, —como bajo Pío XI y Pío XII—, la confrontación con el Este, probablemente cada vez más virulenta. El camino occidental es el camino al lado de América, de los USA, para quienes dos potencias mundiales resultan, al parecer, algo excesivo. Dos guerras mundiales, en cambio, apenas les parecen todavía suficiente.

## MICHAEL SCHMAUS, UNO ENTRE MUCHOS.

«¡1933 y el catolicismo alemán! De nuevo se aproxima el taladro del dentista... y de nuevo se sobresalta el paciente exhalando un alarido». Tal es el inicio, algo kitsch, del capítulo de un libro en el que el «dentista», Cari Amery, imputa la capitulación de la Iglesia Católica en 1933 no al papa o a los obispos, sino a los creyentes. El grueso de éstos fue, presuntamente, el primero en pasarse a Hitler; siguió el episcopado y, finalmente, el Vaticano. La realidad siguió, no obstante, el orden inverso. Fue la Curia la que encauzó el viraje y los obispos la siguieron juntamente con sus feligreses. A saber: «Los obispos no pueden luchar —como escribió el periódico católico *Allgemeine Rundschau*— si Roma opta por la paz». Y Karl Bachem, el historiador del Partido del Centro, calificó la resistencia de moralmente irresponsable, de imposible, sin más, tras el reconocimiento del régimen por parte de la Iglesia. «No queda otro remedio sino el de sumarse al ejemplo de los obispos».

Después que Roma habló, la cuestión quedaba ya concluida para los prelados alemanes. Todavía en 1932 apretaban filas contra el nacionalsocialismo. Ahora se pasaban a él como un solo hombre. Los obispos de Baviera cantaron a posteriori, el 16 de mayo de

1933, su loa al programa, «una renovación espiritual, moral y económica» y advirtieron: «Nadie debe, llevado de la desmoralización o la amargura, situarse al margen a rumiar sus rencores. Nadie sinceramente dispuesto a la colaboración puede tampoco ser marginado por estrechez de miras o mezquindad». «Nadie debe sustraerse a la gran reconstrucción». La totalidad del episcopado alemán dictaminó, ya en junio, que Hitler y su Estado eran «un destello del dominio divino y partícipes en la eterna autoridad de Dios».

Ello no es, en el fondo, tan desconcertante. El viraje de Hitler contra el Este resultaba bienvenido. Su abolición de la libertad de prensa, palabra y reunión armonizaba con una costumbre centenaria del Papado. La Iglesia tampoco protestó nunca contra el encarcelamiento y muerte de sus adversarios comunistas, socialistas y liberales. Las quejas posteriores se referían casi exclusivamente a la vulneración de intereses católicos. Se sobrentiende, por lo demás, que después de casi dos mil años de antisemitismo cristiano, no podía sentirse muy afectada por la suerte de los judíos.

A las primeras declaraciones episcopales de fidelidad y colaboración —que ambas iglesias continuaron haciendo hasta muy avanzada la Segunda G. M.— siguieron pronto las de la sediciosa teología científica. Una de sus pasiones fue, desde siempre, su adaptación al espíritu de la época.

Ya en 1933 la Editorial Aschendorff de Münster inició una colección de libros, *El Reich y la Iglesia*, aseverando en todos sus folletos: «La colección representa una serie de escritos al servicio de la construcción del Tercer Reich, aunando las fuerzas del Estado

Nacionalsocialista y las del cristianismo católico. Viene animada por la convicción de que entre el resurgimiento natural de la etnia, en nuestros días, y la vida sobrenatural de la Iglesia no existe ninguna contradicción de base. El restablecimiento del orden político parece, antes bien, clamar derechamente por su perfección a partir de los hontanares de la religión. Suscitar la comprensión de ese hecho y ahondar en ella representa, quizá, la más alta tarea espiritual del catolicismo alemán en la actualidad y también su mejor aportación para el cumplimiento de la gran obra renovadora a la que nos ha convocado el Führer de todos los alemanes. La serie de escritos, que irán apareciendo sin orden prefijado, está al servicio de esa tarea, íntegramente alemana e íntegramente católica».

Casí de un día para otro, los más afamados teólogos justificaron en la serie el entendimiento entre el Estado y la Iglesia.

S. Lortz, el teólogo de Braunsberg, miembro del Partido desde el 1 de mayo de 1933 y autor de una *Historia de la Iglesia en la Perspectiva de la Historia del Pensamiento* (obtenible todavía en 1965 en su 23 edición) no se recataba de lanzar toda clase de andanadas con tal de hacer plausible la peripecia de los católicos. Se quejaba de que, por parte de la Iglesia, se daba un desconocimiento verdaderamente deplorable acerca de las ingentes fuerzas positivas del nacionalsocialismo alemán, plasmadas de forma auténtica y accesible para todos, ya desde 1925, en el libro de Hitler *Mi Lucha*. Lortz certifica al «católico Hitler» y a su libro una estupenda seguridad, una descollante coherencia interna. Usa incluso la expresión «genuina grandeza». Conmovido, agradece al Führer la salvación de Alemania y de Europa ante «el caos del bolchevismo» y anuncia la constatación

de «afinidades fundamentales entre el nacionalsocialismo y el catolicismo» así como la intelección de que únicamente el catolicismo puede cumplimentar el nacionalsocialismo y emite al respecto su «“sí”, sin reservas», concluyendo proféticamente: «o este movimiento prorrumpe hasta el fondo, hacia la salvación, o desembocaremos en el caos».

También el teólogo Karl Adam, que adquirió en su momento fama mundial, trató de granjearse servilmente el favor de los nuevos potentados. En un artículo de la *Revista teológica Trimestral* titulado *Conciencia étnica alemana y cristianismo católico* — ¡silenciado en la bibliografía de sus obras, que se publicó en 1952 a raíz de un *Escrito-Homenaje a K. Adam!*— no halla tampoco contradicción alguna entre el nazismo y la Iglesia. Se complementan, antes bien, como la naturaleza y la gracia. Hitler mismo «vino ciertamente del sur, del sur católico» y no lo conocieron. Pero «llegó la hora en que lo vimos y lo conocimos», asegura Adam, ensalzando a la sazón al bandido-estrella de la historia casi como si se tratara del Mesías: «y a partir de este momento está ante nosotros como aquél por quien clamaron nuestros poetas y sabios, como libertador del genio alemán, quien quitando la venda de nuestros ojos nos hizo ver, a través de todas las envolturas políticas, económicas, sociales y confesionales, y también amar, lo único esencial: el *homo germanus*». Y cuando la fama de Hitler alcanzó su cénit en la Segunda G. M. exclamó: «Se yergue ahora ante nosotros este Tercer Reich nuevo, pleno de ardiente voluntad de vida y de pasión, pleno de fuerza indomable, pleno de fecundidad creadora. Nosotros los católicos, nos sabemos miembros de este Reich y reputamos como nuestra más alta misión nuestro servicio al Reich... Nuestra sangre alemana es y seguirá siendo la base substancial de nuestra misma realidad

cristiana... Por mor de nuestra conciencia, servimos al nuevo Reich con todas nuestras fuerzas, suceda lo que suceda...».

Y bien, ¿qué es lo que sucedió? El año 1951 y la concesión a K. Adam por parte del Presidente Federal, Heuss, de la Cruz del Mérito de la R.F.A. Heuss había loado ya en 1932 en su libro *El camino de Hitler* —pese a las críticas de toda índole en él contenidas— el «dinamismo» del Führer, su «infatigabilidad», su «integridad», sus «fabulosos logros», en suma el «grandioso viraje». Reconoce también, por lo demás, «elementos estructurales afines» entre el programa nazi y la doctrina social católica. Lo mismo, pues, que Lortz, Adam y otros muchos doctos en la naturaleza de Dios. Y no fueron los últimos en obrar así los incontables doctos protestantes, algunos de los cuales extrajeron, en pleno entusiasmo, paralelismos entre las comunidades paulinas del siglo I y los «regimientos de camisas pardas de Hitler» y abrigaron la idea quimérica de unas «SA de Cristo» (Th. Daeschler).

Por supuesto que todos estos teólogos se limitaban a aportar la fundamentación «científica» de la colaboración que resultaba, en gran medida, chocante, entre el alto clero y los que hasta entonces habían sido sus adversarios. Concedientemente, el teólogo en quien centraremos ahora de modo exclusivo nuestra atención es intercambiable con otros, es meramente uno de aquellos que se sintieron súbitamente llamados a revelar al mundo que los objetivos de Hitler coincidían en gran parte con los que la Iglesia perseguía mucho tiempo ha.

Michael Schmaus, nacido en 1897 en la Alta Baviera, fue profesor de Teología Dogmática en Praga, Münster y, desde el final de la

guerra, en Munich, donde precedió al jesuita Karl Rahner, profesor de la misma asignatura. Schmaus escribió una *Dogmática católica* en cuatro volúmenes, que se reeditó numerosas veces, otra obra, *La Esencia del Cristianismo*, reeditada asimismo en numerosas ocasiones, y además *Meditaciones sobre Cristo, Sobre las últimas cosas* y otros escritos entre los que figura aquel folleto de la serie *El Reich y la Iglesia* en el que medita menos sobre las últimas cosas y más sobre las que, entonces, eran las primeras. A saber, sus consideraciones expuestas en apenas 50 páginas, llevan por título *Aspectos concomitantes entre el cristianismo católico y la cosmovisión nacionalsocialista*. Se reeditaron ya en 1933 y estaban sobretodo destinadas a católicos mentalmente abiertos a su época y fieles al lema electoral «*Vox temporis-Vox Dei*» (la voz del tiempo es la voz de Dios).

Era la voz del tiempo la que apremió al autor a publicar su tratado, pues no sólo tenía clara la necesidad de «integrarse sin reservas en el nuevo orden, sino también la de evaluar dignamente los fundamentos espirituales de la cosmovisión nacionalsocialista» así como la de «decir cuanto sea esencial y orientador en el preciso momento en que ello se requieran».

Y M. Schmaus hizo resonar la voz de Dios por boca de la conferencia episcopal de Fulda del 28 de marzo de 1933 cuyo permiso para afiliarse al partido nazi reprodujo textualmente: «Todo católico debe sobrentender de antemano que el episcopado no habría invalidado la prohibición existente en un principio, si tuviese la convicción de que la concepción católica y la cosmovisión nacionalsocialista fuesen entre sí contradictorias». A la voz de Dios y del tiempo se sumaron también *Las voces de la época*, revista mensual de los jesuitas que en aquel mismo año de

«jubileo de nuestra redención» (se referían, por cierto, a Jesús y no a Hitler), celebraba «la fuerza de los símbolos»: «La persona de Hitler se ha convertido por sí misma en símbolo de la fe de la nación alemana en supervivencia y en su futuro», y no apreciaba ya ninguna hostilidad entre la cruz gamada y la de la Iglesia. «Al contrario: el símbolo de la naturaleza halla su cumplimiento y perfeccionamiento en el símbolo de la gracia».

Así pues, Schmaus no arriesgaba nada al lanzarse audazmente, y con ímpetu de gran alcance, a la historia. Pues «quien quiera entender lo sucedido, cuanto está aconteciendo en torno nuestro con la fuerza elemental de una rugiente tormenta, tiene que buscar los manantiales profundos de los que brota». La venturosa Edad Media, «aquel cosmos bien ensamblado», quedó, naturalmente, fuera de toda discusión. La catástrofe no comenzó hasta la Edad Moderna, con aquella desinserción, aquella autonomía y aquel «espíritu de libertad», que ahora comienza a atribular a Europa. «Libertad, ésa fue la fuerza prepotente que dominó todo el período desde el siglo XVI hasta comienzos del XX».

¡Un cuadro histórico chocante si tomamos en consideración que durante casi todo ese período una gran parte de los campesinos se componía todavía de siervos! ¡Que en el siglo XVI los nobles alemanes apostaban aún en el juego la vida de sus siervos o cambiaba a éstos por perros! ¡Que todavía a comienzos del siglo XIX algunos obispos daban su aprobación a la trata de esclavos! ¡Que la esclavitud en los países cristianos perdura hasta el mismo umbral del siglo XX!, en la Rusia ortodoxa hasta 1861. En la Norteamérica protestante hasta 1865. En el Brasil católico hasta 1888.

Pero la libertad no fue la única desdicha que asoló la Edad Moderna. Se añadió a ella la idea de igualdad. Peor aún: a partir de 1789 ambas ideas entraron en acción. «Según los derechos del hombre promulgados por la Revolución Francesa, todos los hombres nacen libres e iguales y permanecen libres e iguales». Esta frase de Schmaus no deja entrever el horror y el asco que participaron en su formulación. Pues como dice en otro pasaje «No hay nada tan anticatólico como la valoración extremadamente democrática de la existencia», o bien: «Lo que allí había no eran ya miembros existencialmente unidos entre sí, sino meros individuos iguales, equiparados en derechos, autónomos, que, por libre decisión suya, se hallaban contractualmente agrupados en una unidad, comparables a las piedras de un montón, no a los miembros de un cuerpo... Siempre queda la impresión de una masa de piedras».

Es cierto que los logros del siglo XIX parecían algo grandioso y la libertad un bien en verdad sublime. Pero lo es, obviamente, sólo «en la realidad de Dios». Y otro tanto ocurre con otros progresos, con la libertad de enseñanza y de pensamiento, por ejemplo, sin duda también un «logro grande» pero «trágico» al mismo tiempo, pues la «ruptura de toda sujeción religiosa» conduce a «disolver toda vinculación del pensamiento y de la voluntad, en general, a toda realidad dada, a todo orden y sistema de valores». Esa «época tan devastadora introducida por Kant» no sólo impuso escalonadamente «la idea de libertad» sino también la de una *humanitas* realizada por igual en cada individuo. Más todavía: hasta se esperaba de la razón que «condujese la vida, no regulada ya por normas sobrenaturales, hacia el cauce de una existencia tranquila, libre de toda clase de excesos». ¡Qué horror! Y a la «libertad» y la «igualdad» vino a sumarse todavía la ciencia, la

«abundancia de descubrimientos», las «diferencias de opinión» científicas, *etc.* Todo ello estaba, es claro, «en la naturaleza de las cosas», pero el «desgarramiento se hizo total a lo largo del siglo XIX».

Así se fue abriendo paso la catástrofe: la época *anterior y posterior* a la guerra. «Los hombres del siglo XIX y los de comienzos del XX, que albergaban la ilusión de estar situados en las más altas cumbres humanas, se sintieron invadidos por una soledad desconsoladora y mortal. Fueron desarraigados del contexto de las relaciones vivas con la realidad de Dios, con la comunidad, desarraigados del suelo en que se asentaban. Sobre la generación de preguerra se fue sedimentando de forma paralizante —extraña imagen— lo que llamamos desarraigo».

El teólogo fustiga duramente esta aniquiladora situación de preguerra y también los años posteriores a la masacre, «el intelectualismo dominante *antes* de la guerra y que *tras* ella quedó en evidencia por su tendencia a la destrucción y por su impotencia», que no se recató de «expresar el contenido y el valor del hombre a través de una fórmula química. Pudimos leer en los periódicos que unos químicos rusos (!) estimaron en unos cuantos marcos el valor del hombre». Pero en la guerra, ¿verdad?, durante la cual el futuro camarada de Hitler, el obispo castrense Faulhaber no sólo llamaba «imitación de Cristo» a toda profesión de lealtad a favor del emperador Guillermo II, sino que reputaba «los cañones de guerra como clarines por los que clama la gracia» en la guerra, ese hombre cuyo valor, según Schmaus, estiman en pocos marcos los químicos rusos, adquirió súbitamente el valor de 100 000 marcos del Reich, de los que la industria de armamento se embolsaba 60 000 en concepto de ganancia por cada «muerte

heroica». ¡Qué incremento de valor! Claro que Schmaus no dedica ni una palabra a una guerra en la que cayeron 12 millones de soldados, en la que resultaron heridos o quedaron inválidos 20 millones y en la que murieron de hambre 7 millones de personas, por no hablar de los daños materiales, cifrados en un billón seiscientos ochenta mil millones de marcos, pues Schmaus escribe en un año en que el Vaticano había expresado ya su acuerdo con un eventual servicio militar obligatorio y general en la Alemania nazi a través de un protocolo adicional secreto al concordato, protocolo que celebró, jubiloso, el camarero papal y lugarteniente del Führer, von Papen.

Lo único que parece horroroso es la «situación de preguerra» y luego, de nuevo, la época posterior al «dictado que se firmó en los suburbios de París». Pues en ello ve Schmaus un «logro tan trágico» como la «libertad de enseñanza y aprendizaje» y, con K. Adam, ve a la razón convertida en «soberano único». Ahora bien, sólo el cristianismo debe ser soberano único o en todo caso la peste de camisa parda, que tan afín le es, es decir, el militante antirracionalista, antiliberal, antiindividualista. «A saber, yo veo en el movimiento nacionalsocialista la protesta más visceral e impetuosa contra el intelectualismo de los siglos XIX y XX. Substituye la imagen mecánica del mundo por una cosmovisión organicista; la actitud liberal e individualista, por una vinculación a lo dado, al terruño, a la comunidad. Los conceptos de organismo, orden, comunidad son los pilares de la cosmovisión nacionalsocialista... El auténtico nacionalsocialismo se presenta al respecto como lo radicalmente opuesto al liberalismo individualista... Pues ambas cosmovisiones se enfrentan entre sí como lo natural y lo antinatural». —La cruz gamada y la de la Iglesia, en cambio, se complementan, según la revista jesuita

*Voces del Tiempo*, como «el símbolo de la naturaleza» y el «símbolo de la gracia».

Como precursores de tanta «naturaleza», «ímpetu», «elan» de la «revolución nacionalsocialista» ve Schmaus —dejando aparte a J. Langbehn, anodino y alelado folletinista católico— a F. Holderlin y F. Nietzsche, ¡los dos mayores anticristianos, en absoluto! En relación con ello el autor, rompiendo bruscamente con la supuesta liberalidad de épocas anteriores, se adentra más y más a fondo en conceptos como naturaleza, terruño, sucesión estirpica, raza, en suma, en todo ese batiburrillo de la «ideología de la sangre y del terruño» de los nazis, y del tipo «superior» del modo de ser alemán. «El que los hombres provenientes de una misma sucesión generacional posean un sentimiento comunitario no es una vana quimera. Por nuestra sangre circulan, como P. Lippert expuso cierta vez de forma magistral, en gotas minúsculas pero de indecible fuerza, aquellos misteriosos mensajeros que concitan a su actividad a todas las fuerzas, órganos y miembros de nuestro cuerpo y agitan, por tanto, las ondas de la vida anímica. Los hombres de una misma sangre tienen, consiguientemente, conmociones parecidas de su ánimo y sensibilidad... Como quiera que en palabras de Lippert, la vida espiritual se asienta sobre el subsuelo de la vida emocional, también aquélla, también la religión misma, toma el color de la sangre... El romano tiene una idea de Dios distinta de la del germano... El nacionalsocialismo ve como objeto prioritario de su educación el de formar a todo alemán como alemán».

De la constatación de que «no hay hombres a secas» sino más bien «franceses, japoneses, alemanes» o lo que sea; de la luminosa definición: «Un alemán es plenamente hombre en la

medida en que es plenamente alemán», se desprende finalmente y casi con la fuerza de la lógica la perspectiva de la pertenencia «en cuanto miembro de la totalidad étnica» a la «comunidad étnica», a este pueblo, en suma y a su misión histórica que es, naturalmente especial. «Como quiera que la voluntad de Dios está en el trasfondo de toda la historia, podemos colegir, a partir de esa historia, que Dios asignó al pueblo alemán una de las más altas misiones... Si la historia universal no es un absurdo, si no es algo que se despliega más allá de la voluntad de Dios, entonces será necesario conceder a la nación alemana un rango distinto al de la república negra de Liberia».

Como el Profesor de Dogmática, Schmaus, no sólo conoce la voluntad de Dios sino también la de su destello terrenal, cuyo libro *Mi Lucha* había, por supuesto, leído, no olvidó «..., con los enérgicos esfuerzos de distintos círculos, abrir los ojos a los alemanes del Reich respecto a las etnias germanas súbditas de estados extranjeros». Seis años antes de que Hitler invadiese Checoslovaquia recordó que «en virtud de ese dictado que se firmó en los suburbios de París fueron separados del Reich grupos muy amplios de etnia alemana». «Que en Checoslovaquia vive una minoría alemana de más de tres millones». «Que esos tres millones son ciertamente ciudadanos del Estado checo pero miembros de la etnia alemana; miembros muy conscientes, incluso, de su germanidad» y, finalmente, que «el desarrollo de los alemanes hasta constituirse como pueblo es la meta esencial del movimiento nacionalsocialista».

El teólogo no se recató siquiera en dar pábulo a la mentira del «pueblo sin espacio» al recalcar que un socialismo nacional presupone, en último término, «que el pueblo alemán acceda de

nuevo a espacio vital libre, para desarrollarse y crecer de modo que todos sus miembros obtengan la necesaria y debida cuota de espacio, tierra y posibilidades de existencia y desarrollo. Por lo pronto tendremos que acomodarnos en el espacio disponible lo mejor que podamos...».

Después que la tempestad nazi descendiese rugiendo desde la protesta contra el intelectualismo de los siglos XIX y XX hasta la pantanera de la «sangre y el terruño», poniendo al descubierto el fruto máspreciado de sus ideas, Schmaus preguntó: ¿Qué relación tiene el catolicismo con todo ello? Y en lo que a eso atañe sobreabundan en ese momento, o desde mucho antes, los rasgos de semejanza. También el obispo auxiliar Burger anunció en 1933: «Los objetivos del gobierno del Reich son los que desde hace ya mucho tiempo persiguió también la Iglesia Católica».

El profesor Schmaus encabezó su lista de afinidades remitiendo al *Syllabus* de Pío IX, el mismo «Santo Padre» que también definió en el siglo XIX el dogma de la infalibilidad del papa. El mismo también a quien algunos diplomáticos católicos contemporáneos, historiadores de la Iglesia y altos curiales —podemos leerlo, entre otros libros, en la nueva biografía de Pío escrita por el teólogo católico August B. Hasler— consideraron con toda seriedad enfermo mental y también «ignorante» y «tonto» (el obispo Maret, por ejemplo, o también el cardenal Lavigérie). Así pues, el tristemente famoso *Syllabus* de Pío XI, el sumum de la barbarie religiosa, que condenaba todo aquello que tanto en su época como en la nuestra pasaba o pasa, más o menos, por sobrentendido: el panteísmo, el naturalismo, el socialismo, el liberalismo, el racionalismo, el individualismo, el indiferentismo, las sociedades bíblicas, etc, etc. Ese *Syllabus* es lo que Schmaus

presenta en 1933, seguro de su profunda afinidad con el credo nazi, e insiste en su validez autoritativa para el católico. «Entonces —se ufana Schmaus con la vista puesta en el siglo XIX y, al parecer, sin apercibirse lo más mínimo de la ironía que encierran sus propias líneas— se vio en este documento una muestra de la reacción más tenebrosa, de la hostilidad contra el progreso y la cultura. Fue, sin embargo, determinante por lo que respecta a la actitud espiritual de los católicos. Todos pueden convencerse de ello...». ¡Y bien cierto que es!

Schmaus rechaza consecuentemente todo pensamiento liberal. Ciertamente que en la época del «liberalismo» se tenía un gran respeto «por la *humanitas* común a todos los individuos humanos». Con todo, ello cuenta tanto menos cuanto que esta *humanitas* «consagra la igualdad de todos los hombres». ¡Y la «libertad»! Es claro, tal liberalismo que «concedía a cada individuo el derecho de vivir a su albedrío (!)... condujo forzosamente al socialismo de la lucha de clases o, lo que es igual al marxismo... desembocó en la lucha de todos contra todos».

Ni que decir tiene que Schmaus maldice de aquel socialismo (que no se acopla al nazismo): pero los teólogos de hoy siguen cultivando las viejas costumbres del ayer y, consecuentemente, tras la marcha triunfal del socialismo en muchas partes del mundo navegan ya con viento socialista.

Entre 1933 y 1945, sin embargo, nadaban aprovechando la estela parda. Pues precisamente el «auténtico nacionalsocialismo, —dice Schmaus alborozado— el antagonista radical del liberalismo y del individualismo, proporcionaba a las ideas antiliberales una implantación amplia y profunda en el conjunto del pueblo». Ésa

era, sin duda, una de las metas del pacto del papa no sólo con Hitler sino también con los restantes fascistas: con Mussolini, cuya invasión expoliadora en Abisinia secundó el clero con una propaganda entusiasta; con Franco, cuya guerra civil apoyó fanáticamente la Iglesia; con Pavelic, en cuya «Croacia independiente» los católicos, tanto clérigos como seglares cometieron atrocidades sin nombre entre los ortodoxos serbios. Todos estos hechos tienen una profunda conexión: «Entre la fe católica y el pensamiento liberal no puede darse un compromiso intelectual. Es tan imposible que se establezca entre ellos un maridaje espiritual como lo es la fusión entre el agua y el fuego. La hostilidad entre ambos es terminante e incondicional». La unión con los nazis podía, en cambio, ser perfectamente legítima. Pues «en su resuelto NO al liberalismo, que asignó a los hombres una fuerza creadora que únicamente pertenece al auténtico creador, el catolicismo y el nacionalsocialismo tienen visiones plenamente coincidentes».

También en su actitud ante el racionalismo sienten su mutua afinidad en cuanto que ambos son predominantemente irracionalistas. Pues el hitlerismo no es una cosmovisión reflexivamente elaborada ni sutilmente estructurada sino «un movimiento surgido de la profundidad vital, algo nutrido por impulsos ancestrales. Con ello resulta perfectamente nítida su posición antagónica respecto al racionalismo».

Y mientras que un católico no puede hallar ningún puente entre la «espiritualidad nacionalsocialista» y el vitalismo de un Nietzsche, el del francés Bergson, o el del judío Th. Lessing, sí que encuentra un puente hacia la «vitalidad nacionalsocialista». Pues «ve cómo ésta toma en consideración no sólo los derechos de una parte, la

razón, sino los del hombre íntegro. Por otra parte, la misma fe no es otra cosa sino la vida nutrida desde profundidades desconocidas... y está asimismo muy lejos del puro racionalismo».

Schmaus se aparta también de una interpretación individualista de la Iglesia. Es superficial considerar a ésta como un «instituto de redención» en el que cada cual busca su redención propia. La Iglesia no es un asunto privado sino más bien un cuerpo en el que todos sus miembros han de conjuntarse complementariamente. Casi parece una especie de encarnación del lema nazi, que Schmaus cita al respecto con agrado: «El bien común está por encima del bien particular», y éste parece, a su vez, una perífrasis del amor al prójimo, de «la virtud esencial de los cristianos». En uno y en otro caso, la comunidad naturalmente devenida ocupa una posición central. «El nacionalsocialismo sitúa en el centro de su cosmovisión la idea de un pueblo desarrollado a partir de la sangre y el terruño, de su destino y de su misión... Desde un enfoque católico ello significa vinculación a lo dado, a lo objetivo, respeto ante la realidad devenida, desarrollada».

El católico, de quien el teólogo exige «que aprenda a distinguir entre lo esencial y lo inesencial, entre la forma sujeta al tiempo y el contenido eterno» ha de pronunciar su SI al nazismo desde un doble deber de conciencia, como católico y como alemán. «Siendo la Iglesia misma una comunidad, ella reconoce y da su aprobación a las comunidades desarrolladas de un modo natural. Todo lo natural es, en verdad, trasunto de lo sobrenatural. El catolicismo está de antemano orientado a la afirmación de la comunidad. Por ello, su SI a la comunidad del pueblo es un SI sin temores, sin prevenciones, sin recelos. Un SI que él expresa no sólo como alemán, como persona configurada a partir de la misma sangre y

terruño, bajo el mismo destino y la misma misión que afectan a otros muchos miles, millones incluso, sino también como deber impuesto por su fe. El ve en la totalidad étnica desarrollada a partir de la sangre y el terruño, del destino y la misión, una obra de la divina providencia. Es Dios quien tensa y anuda los hilos cuya urdimbre llamamos pueblo. El amor que un creyente siente por el pueblo se eleva de este modo por encima de todas las vacilaciones, de las inclinaciones y modos de pensar individuales. Está arraigado en la sangre bullente y en el terruño sustentante, ambas obra de Dios. En último término está anclado en roca granítica, divina e inmovible. Una consecuencia del amor que el creyente siente por el pueblo es la justa preocupación por el mantenimiento de la pureza de la sangre, ese fundamento de la estructura mental de un pueblo».

Es algo que se sobrentiende: Schmaus no fue el único en hundirse en esa pantanera de la sangre y el terruño. Esa tendencia hizo estragos tan amplios que un informe de la Gestapo comenta con sarcasmo que en la «época del sistema» (liberal), en la República de Weimar, la Iglesia destacaba los valores «libertad, igualdad y fraternidad». —«Ahora, en cambio, habla de conciencia étnica, caudillaje, sangre y terruño».

Schmaus afirma apasionadamente el Estado, como todos sus colegas —salvo alguno que otro de épocas más antiguas. Con el *Doctor Ecclesiae kat Exochen* (por antonomasia) Tomás de Aquino «por cuyas venas también corría por cierto sangre alemana» enaltecía al Estado, «el más gélido entre todos los monstruos fríos» según Nietzsche, como «la sociedad más perfecta en el ámbito terrenal». Y aquí no se trata tan sólo de la idea abstracta: «La voluntad del Estado se encarna en el Führer».

Al «principio del caudillaje, de irrestricta validez en el seno del partido nacionalsocialista» corresponde, sin embargo, «la tremenda autoridad del papa». Más todavía, la fuerte acentuación de la autoridad por parte de los nazis es «el equivalente en el plano natural a la autoridad eclesiástica en el ámbito sobrenatural». Pero ni aun eso es suficiente: el concepto nazi de la autoridad facilita, ni más ni menos, un nuevo acceso a la comprensión de la autoridad de la Iglesia, pues, no cabe la menor duda: «el papa es el Führer incondicional».

Allá donde se toma resueltamente partido por el irracionalismo, por el culto a la «sangre y al terruño», por la autoridad, por la totalidad, se impone de inmediato pensar en el rédito que de todo ello deriva: ¡En el sacrificio! «El sacrificio es algo que pertenece de modo plenamente esencial al acervo lingüístico y conceptual del nacionalsocialismo». Con tanto o más derecho puede Schmaus ensalzar a la Iglesia como «comunidad de sacrificio» y la «actitud heroica» como ajustada a la «concepción católica», rechazando toda vida tranquila, cómoda, como «deserción del espíritu de Cristo», quien estaba en todo momento dispuesto a «arriesgar hasta lo último... y no dudó en un solo instante en ir a la muerte. Nadie ha descrito este aspecto suyo en colores tan vivos como K. Adam».

En repetidas ocasiones hace memoria del *Heliand*, aquella epopeya heroica «de los primeros tiempos de las nupcias entre cristianismo y germanismo», en el que Cristo aparece como rey militar, seguido de los «fieles varones». Hace mención de los monasterios medievales en los que «con sublime sentimiento se escribieron las primeras crónicas de las hazañas del pueblo alemán». Dispersos a través de varios siglos se hallan otros

muchos indicios de la conciencia étnica y estatal de los católicos, indicios que el arzobispo de Freiburg, Gróber, miembro promotor de las SS, documentaría amplia y expresamente en un libro escrito en 1935: «¡Viva Cristo, que ama a los Franceses!».

Después de probar tan fehacientemente cómo la Iglesia «saca el máximo partido del pueblo». (¿Quién lo duda?!), Schmaus intenta al final de su escrito —entre citas de Sto. Tomás de Aquino y de *Mi Lucha*, la obra más autoritaria de Hitler— cubrirse las espaldas con los obispos. Esta vez con los bávaros, quienes en su «carta pastoral» del 5 de mayo, el cardenal Faulhaber a la cabeza proclamaron: «Nadie debe, llevado de la desmoralización o de la amargura, situarse ahora al margen a rumiar sus rencores». Schmaus cita asimismo las encarecidas afirmaciones del cardenal Bertram, de que los obispos «acogen confiando en Dios la nueva configuración del ordenamiento público con la gozosa conciencia de que, precisamente ahora, el pueblo católico, fielmente apegado a su Iglesia, tiene grandes tareas por cumplir». Pues como el mismo Schmaus reconoció por su parte: «El católico expresa su SI en voz alta y decidida. No como si fuera un mero espectador benevolente de la obra configuradora de la etnia sino como cooperador serio, gozoso y abnegado».

Con ello el tratadista de la dogmática católica había «trazado a grandes rasgos las afinidades esenciales entre el cristianismo católico y la cosmovisión nacionalsocialista». Se trataba únicamente de afinidades y no de una plena «identidad conceptual». No obstante, como escribió Schmaus: «Las tablas de las obligaciones nacionalsocialistas y las de los imperativos católicos están, ciertamente, situadas en planos distintos de la realidad. Aquéllas en el plano natural; éstas en el sobrenatural.

Aquéllas preocupadas por la salud natural del pueblo; éstas preocupadas por la salvación sobrenatural. En correspondencia con sus respectivos objetivos ambas encaminan, sin embargo, en la misma dirección».

Encaminan... y la Iglesia se encaminó de la mano de los criminales de la camisa parda. Pues desdice de un católico, en opinión de Schmaus, «el retrotraer su resignada mirada hacia el pasado y afligirse por los muertos que descendieron a sus tumbas porque les había llegado el término de su vida».

Entre esos muertos, sin embargo, estaban no sólo los partidos y entidades católicas que tuvieron que disolverse sino también todo el espíritu nefasto del siglo XIX y de principios del XX, el materialismo, el racionalismo, el individualismo, en suma, todo cuanto ahora parecía resquebrajarse ante esa tempestad de dimensiones histórico-universales sin parangón. «El pecado mortal del liberalismo y del marxismo consistió en hacerse culpables de la más grosera violentación de la naturaleza; en que se entregaron a la locura de creer que el hombre era la medida y el creador de toda la realidad y de todas las normas... No es posible fabricar arbitrariamente órdenes artificiales. La tentativa en esa dirección conduce a artificiosas hechuras que se derrumban ante los infortunios y los huracanes de la historia».

Lo que en verdad se desmoronó no fue el liberalismo ni, menos aún, el marxismo sino aquello que M. Schmaus había ensalzado. Con todo, en 1951, se convirtió en miembro de la Academia de Ciencias de Baviera y en Rector de la Universidad de Munich. Dieciséis asociaciones estudiantiles católicas, cuyos dirigentes también habían apoyado frenéticamente a Hitler, nombraron a

Schmaus «Filisteo de Honor<sup>[10]</sup>».

«Ojalá que las ideas expuestas en este folleto —concluía Schmaus en 1933— desciendan en progresiva dinámica desde las grises cimas de la teoría al plano de la realidad y tomen cuerpo en el quehacer cotidiano concreto. Cuanto más a fondo calen los hombres y las mujeres alemanes en las profundidades de la conciencia étnica y de la fe, tanto más confiadamente podremos mirar hacia los albores del futuro; tanto más firmemente podremos confiar en el éxito de la construcción del Reich ya acometida. Un Reich que será una comunidad de sacrificios hecha de hombres incommoviblemente fundamentados en Dios, nutridos de la conciencia étnica alemana, humildemente confiados en Aquél, conscientes de su responsabilidad y formados en Cristo».

## EL PODER LO ES TODO

Respuesta a la encuesta del teólogo católico Georg Denz

Primera pregunta: «**¿Cómo juzga usted la actual situación del Papado en la Iglesia y en la sociedad?**».

Comparado con la plenitud de su poder en la Edad Media, la influencia de los papas es hoy escasa. Por respecto a su debacle de hace cien años su situación no es tan mala o, bien mirado, vuelve a ser bastante mala gracias al fascismo. *Facta loquuntur* («los hechos hablan por sí mismos»).

Es cierto que se malogró la anexión de la Iglesia Ortodoxa Rusa a la que se aspiró en la Primera G.M. con la ayuda de los Habsburgo y con la de Hitler en la Segunda —después de operar en el Este como ya se había hecho frecuentemente en el pasado: desde Adriano VI (1522-1523), Clemente VII (1523-1534), Clemente VIII (1592-1605); desde la invasión de la Polonia católica ya antes que ascendiesen los Romanov... No obstante, la Curia fue saneando su situación de catástrofe en catástrofe gracias a los Acuerdos de Letrán, a la guerra de Abisinia, la Guerra Civil Española y la Segunda G.M., confirmando las palabras del Padre de la Iglesia

Teodoreto, obispo de Ciro: «La realidad histórica enseña que la guerra nos aporta mayor utilidad que la paz».

Así se acrecentó el capital, el poder. La fe en cambio mengua sin cesar y está claro quién se sana con esa mengua y quién perece con ella. Pues intelectualmente desahuciada, reducida a la insignificancia en lo científico, apenas le resulta posible sobrevivir religiosamente. Si los intelectuales ya no creen, el pueblo tampoco creerá a la larga. La fe será, pues, quien decida. Sólo la fe ha posibilitado el poder; sólo ella puede mantenerlo. Y para la Iglesia el poder lo es todo. Sin poder no es nada, como lo muestra la historia.

En la época de las Cruzadas, de las masacres de judíos, de la degollina de moros en España, de las matanzas de paganos, indios y negros, de la quema de brujas, autos de fe y esclavitud, el Papa regia desde su solio toda la tierra y estaba, cabalmente por ello, más firme en él que lo está hoy cuando, descendido a la fuerza, aparece como bastante privado de fascinación, pues únicamente cuando se irradia en torno a sí un nimbo inestimable, en medio de las vaharadas del incienso, es cuando prospera siempre de la forma más desenfadada el crimen capital. Es entonces cuando uno se podía y se puede permitir todo, incluso el papel de demonio en cuanto «Vicario del Señor».

El peligro mortal está en la mengua de la fe de los seglares; la «agitación» en el seno del clero es un mal menor. ¿Acaso no hubo ocasiones pretéritas en las que este último puso su grito en el cielo y creía todavía menos? Pues concediéndoles una mujer (legal), juntamente con buenas prebendas, y añadiendo alguna prelatura para los cabecillas de los rebeldes (*Honores mutant*

*mores* —los honores modifican las costumbres—), el clero seguirá enseñando en el futuro aquella verdad que dispensa la bienaventuranza en exclusiva.

Los «progresistas», sin duda excesivamente «dinámicos» en ocasiones, «flexibles», irritan a la grey más conservadora, pero entusiasman a los liberales, a los asnos de la pseudoizquierda y son no obstante, de hecho, los que resultan más provechosos para la Iglesia, pese a sufrir alguna que otra reprimenda «seria». Pues son precisamente sus «acentos nuevos», sus «perspectivas», sus recursos cosméticos frescos como el rocío, en suma todas las artes de enjalbegar a la moda desplegadas en la otrora reina de las ciencias, la teología, las que dan todavía a la fe un destello de vida —algo así como ocurría con los virtuosos embalsamadores en la famosa obra de Evelyn Waugh, *La Arboleda de los Susurros*: «¡Oh Señor Joyboy, qué hermoso es!». «Si, realmente ha quedado la mar de bien». Le pellizó ligeramente en el muslo como un vendedor de aves: «Todavía esta tierno». Ellos consiguen que la religión sea aún «tema de conversación»; la hacen pasablemente «actual», telegénica. La convierten en la *akmé* febril de la época, a la cual «traducen ellos el evangelio» y es sólo en virtud de esas terapias de rejuvenecimiento, de la necesaria adaptación a las exigencias del momento, al *genius saeculi*, como se crean las condiciones de su supervivencia. Por medio de contorsiones terminológicas de toda suerte, mediante distorsiones lingüísticas, con maniobras de *aggiornamento*, más bien torpes que ingeniosas, pero que a muchos resultan impenetrables, se sugiere con lúgubre seriedad que se da un «progreso», apenas concedido centímetro a centímetro por el *placet* proveniente desde lo más alto. Y todo ello de modo que al sector algo más ágil de espíritu apenas si se le alivia la carga de la fe, pero al menos no se le priva

de la esperanza de futuros alivios.

Esa actuación «progresiva», ya fructífera desde la época de Pablo, venerada por su edad como el mismo cristianismo, implica, con todo, un terrible riesgo. A saber, cada concesión hecha al hoy, al espíritu de la época, al progreso (con y sin comillas) aleja gradualmente del origen. La discrepancia, que acaba por resultar evidente hasta para el más lerdo, aumenta incesantemente, la fe se torna en caricatura, en lo opuesto a la vieja fe, a la cual, ¡oh fatalidad!, no se la puede enviar al diablo por completo. Y por grande que sea el garbo con que se renquee con los pies zopos, siguiendo la marcha del mundo, rige aún la obligación de mantener una apariencia de perseveración, de *semper idem*, en medio de la liquidación general.

Con todo, es justamente la actitud antedicha la que brinda a la jerarquía la oportunidad del siglo, pues le permite ser simultáneamente moderna y tradicional, reformadora radical y constante en su fe, o sea avanzar y retroceder al mismo tiempo. De un lado el «camarada Jesús», el «comunismo del amor» de los apóstoles, del otro el catolicismo de izquierdas y el socialismo, la «Teología de la Revolución». ¡Qué analéptico! ¡Más prodigioso que Lourdes y que todos los tesoros de la gracia!

Cierto es que Roma colaboró en los años treinta con la extrema derecha y en los años cuarenta pasó, gélida hasta en lo más profundo de su corazón, de la mano de Mussolini, Franco y Hitler por encima de sesenta millones de cadáveres. Cierto es también que el *pastor bonus*, Pacelli, dio beneplácito incluso a la guerra atómica apuntando en una dirección inequívoca. Todo ello sin embargo no impide a ningún papa dar a continuación una

interpretación «proletaria» del evangelio como *social gospel*, por así decir como «*god's political activity*», y en salir al lado de los comunistas en contra del capitalismo, si éste da en definitiva bancarrota. (¿Acaso el cardenal Conde de Chiaramonti, un sobrino de Pío VI no anticipó ya en 1797 de modo ejemplar la «apertura hacia la izquierda»?). Cuando un fuerte contingente de tropas revolucionarias avanzaba hacia Imola, su sede obispal desde hacía años, se hizo elegir de nuevo como ciudadano-obispo, se convirtió de la noche a la mañana en apóstol democrático de la igualdad y lanzó un sermón incendiario en pro de la subversión en el que celebraba a Cristo como un demócrata amigo del pueblo y a los cristianos como demócratas ejemplares. Encantó al general Bonaparte y viceversa.

«En cuanto que católica, la Iglesia tuvo en todo momento presente la historia como un todo», glorifica el teólogo J. Bernhart. Según el momento de que se trate, se presenta como antiimperialista, como antiprincipesca, como opuesta al poder de las comunas, como contraria a la burguesía, al comunismo, al fascismo y, desde luego, lo que si va siempre es contra las masas a cuya costa vive. «Quien aúlla con los lobos, dice un proverbio masuriano, puede gozar largamente de su vida de perro».

Segunda pregunta: «**¿Cómo debiera presentarse el Papado en un futuro inmediato tanto hacia el interior de la Iglesia como hacia el exterior?**».

La actitud que adopte el Papado dependerá exclusivamente de las relaciones de poder. La cuestión de como *debiera* «presentarse» resulta por ello utópica, tanto más cuanto que siempre se presentó como lo que no era.

¡*Fiat executio!* (¡Cúmplase la ejecución!).

## TIEMPOS DIFÍCILES PARA LOS PAPAS.

Convertidos ya en el siglo V. en los mayores hacendados del Imperio Romano, en el siglo XX, del tan alabado «beneficio de la pobreza» retuvieron, ante todo, el beneficio. Incluso su estrella más preclara, el *angelo bianco*, «el rayo de luz», en opinión del obispo Graber, el «papa angélico» tan largamente anhelado; incluso Pío XII, el seráfico Pío XII, se convirtió en multimillonario y ello gracias a que porfiaba, con su asidua asistente, por apagar primero las luces y a que ahorraba en calefacción (hasta congelarse de un modo que rayaba en lo increíble). Así lo cuenta aquélla su asistente personal y vitalicia, tan inseparable de él que se podía permitir el despertarlo por las mañanas y conducirlo de noche a su dormitorio, «primera y única mujer en la historia» (Grigulevic) que aquél se permitió introducir en el cónclave.

Después, el Juan de bonachona obesidad olvidó aquello de que «una sola cosa es necesaria» (Le. 10,41) y ya su sucesor, Pablo, tuvo que recordar seriamente «nuestra santa pobreza y la escasez de nuestros recursos», «la desafortunada circunstancia... de que la Iglesia anda escasa de bienes materiales, de que para sus obras requiere de una caridad y una misericordia ilimitadas...».

Ello tanto más cuanto que los creyentes se aterraron al leer en grandes titulares: «Un arzobispo defrauda al papa 752 millones, pues aunque hayan sido unos cuantos menos los millones distraídos por el mafioso Sindona y el secretario del IOR, el *boss* de la Banca Vaticana monseñor Marcinkus (llamado el “santo gorila”) el asunto es en cualquier caso doloroso. Con todo, los sacerdotes, que ciertamente no abrigaban excesivas simpatías por ambos, calcularon precisamente en aquel momento que el “volumen de negocios” de la Iglesia, es decir, del “Cuerpo Místico de Cristo”, era de 12 mil millones de francos para el “año santo” de 1975. Pero aun admitiendo que hubiesen sido unos cuantos más —ya se sabe como se le va a uno el dinero de las manos...».

Al final Pablo hubo de conformarse tan sólo con tres ataúdes, «el uno —así se anunció al mundo— de simple madera de ciprés, el otro un sencillito ataúd de hierro» y apenas cabe mencionar el tercero, uno de plomo. Un simple «cirio de pascuas» veló el cadáver del mísero y ciento diez delegaciones gubernamentales, setecientos policías y la televisión de cincuenta países contemplaron esa miseria con ojos fijos por el espanto.

¿Y qué es lo que quedó aún para Juan Pablo I? ¡Sólo su sonrisa! Con ella podía embelesar a casi todos, pero desde luego no a algún que otro hermano cardenal más que avisado. Por más que este Luciani fuese capaz de renunciar a la tiara, al trono y a la silla gestatoria y de hablar en un momento dado como un pope aldeano y desencadenar después risas atronadoras en la preciosa sala de audiencias de Pablo; de decir «Yo» y no «Nos» y de proclamar el lado maternal del «Dios Padre», todavía no había firmado nada oficial. Todavía no había adoptado ninguna decisión irrevocable. Pero a medida que el entorno de la sede por

antonomasia comenzó a mostrar preocupación por su ocupante — que ya antes de su elección estaba atormentado por el «inminente peligro» que aquélla conllevaba— éste se previno por sí mismo con tanta mayor razón. A despecho de su sonrisa se sintió «angustiado por el cargo», invadido por el «temor». Le pareció que había asentado sus pies sobre las aguas, como Pedro, y que «temeroso ante la rugiente tormenta» tenía que gritar: ¡Señor sálvame!

¡Demasiado tarde! Ya lo había arrebatado una de aquellas muertes repentinas nada infrecuentes en la historia de los «Santos Padres». Un vulgar infarto de miocardio, ¡algo muy de la época! ¡Imposible!, exclamó sin embargo de inmediato su secretario de Venecia que conocía a su patriarca —sometido a revisión médica antes de su viaje al cónclave sin que se constataste ninguna dolencia cardíaca— como un caminante bien entrenado en marchas por los Montes Dolomitas. «Un hombre así no muere de infarto». Otros gritaron: ¡Autopsia! La Iglesia, no obstante, se remitió rápidamente al derecho canónico. Demasiado rápidamente. Y sin razón. Pues sólo lo vetaba, comprensiblemente, un viejo tabú, la tradición vaticana. Y ni ésta siquiera, como lo demuestra la autopsia de Pió VIII (1830).

Mientras pasaba todo esto, el protagonista del «fallo cordial» yacía con el puño cerrado y rasgos en parte deformados por el dolor, en parte marcados por una sonrisa mantenida tras la muerte. Según la notificación, nada original, de su cancillería, en los últimos tiempos se había sumido en la «imitación de Cristo» o bien, según un despacho asimismo oficial, en la preparación de diversas alocuciones. O bien, según otra versión (indiscreta) examinando distintas actas personales y nombramientos de

obispos. O bien... —¡basta ya!—. Ocupado en menesteres distintos en cada caso, el señor le llamó junto a sí. ¿Qué señor? ¡Si se pudiera saber! En todo caso: «Con la luz encendida», pues el asunto no toleraba la oscuridad. Una cosa era segura: el secretario John Magee fue el primero en descubrirlo, a una hora muy temprana. ¡Luego resultó que ya antes que él lo había descubierto aquella monja que él mismo se había traído desde Venecia!, lo que en modo alguno quiere decir que antes de su partida hubiese estado en el séptimo cielo como le había ocurrido poco antes en París al obispo Tort, que expiró en un prostíbulo, o al cardenal Danielou que lo hizo junto a Mimi, la danzarina que bailaba en cueros. Ambos en acto de servicio, ya se sobrentiende. En un caso, en urgente asistencia espiritual y en el otro, ejerciendo una caridad no menos inaplazable, según aseguraron fuentes de la Iglesia con lúgrube seriedad, harto indicada para el caso.

Roma, entre tanto, soportaba nuevas aflicciones pecuniarias. Los diez millones requeridos para el segundo cónclave parecían inaprensibles. Casi simultáneamente —dicho sea entre paréntesis — me llegó la noticia de que el monasterio suizo de Einsiedeln, uno entre miles, había alcanzado «inobjetablemente un volumen de negocios de cien millones de francos» y que en su declaración de impuestos había logrado la «cuota ideal 0» (en palabras: cero).

Pero hoy vemos ya sonreír a Juan Pablo II. ¿Tal vez a causa de los diez millones que rondaban de nuevo por el mundo? ¿Quizá a causa de las vacilantes alas del Espíritu Santo, que estuvo suspendido sobre las cabezas de los prelados Siri y Benelli, después sobre las de Colombo y Poletti antes de posarse sobre él, Wojtyla? ¿O sonreía quizá porque ya era cosa probada que se podía hacer política global meramente con una sempiterna sonrisa

en el rostro como en aquella opereta que por entonces se canturreaba? ¿O sonreía incluso porque a él, aunque también asediado por «la angustia y las dificultades» no se lo podía llevar tan pronto por delante otro fallo cardíaco. Eso según el cálculo de probabilidades y, tal vez, según otros cálculos?

Incluso algún otro miembro de la Curia se complacía ahora en una sonrisa. Tanto más cuanto que a todos —varios miles— les sonreía la perspectiva de pagas extra con ocasión de la muerte de un papa y la elección de otro. Seis pagas en dos meses, con lo que, naturalmente, aumentaba la «santa pobreza», pese al modo frenético de trabajar que allí se usa. (Según la publicación *Ondit*, a la pregunta de cuántas personas trabajaban en el Vaticano, Juan XXIII respondió sin titubear: «Más o menos la mitad»).

Y por ello, como por otras razones no mencionadas, también nosotros nos dedicaríamos únicamente a sonreír y, si nuestra cuenta corriente no estuviera siempre en números rojos, hasta nosotros mismos enviaríamos, en verdad, un cheque a Roma — hacia a aquel tonel sin fondo que no pueden tapar las puertas del infierno, ni siquiera las del cielo.

## UN PAPA VIAJA AL LUGAR DEL CRIMEN.

«“Vea Ud., Mylady”, dije yo, “todos los movimientos que está Ud. percibiendo; ese modo de unir las manos y extender los brazos, esas genuflexiones, esos lavados de manos, esa pose en la turificación, ese cáliz, toda la indumentaria de ese hombre desde la mitra hasta la orla de la estola, todo ello es paleo egipcio, legado de una casta sacerdotal... que investigó la primera sabiduría, inventó los primeros dioses, fijó los primeros símbolos”... “y fue la primera en engañar a la joven humanidad”, añadió en tono amargado Mylady, “y creo, Doctor, que de aquella edad tempranísima del mundo no nos ha quedado otra cosa sino algunas tristes fórmulas del engaño. Y éstas siguen manteniendo su eficacia. Pues, ¿ve Ud. aquellos rostros opacamente sombríos? ¿Y qué decir de aquel tipo echado sobre sus bobas rodillas, con su boca desmesuradamente abierta y su expresión de indescriptible estupidez?”».

H. Heine.

Pero ¿y si el hombre tiene un aspecto más bien paternal, amistoso, a veces, incluso un tanto ladino? ¿Si habla de forma muy humana, campechana, bondadosa? ¿Cómo si estuviese muy lejos de clavar en la cruz a sus semejantes, pueblos y continentes? ¿Cómo si hiciese olvidar que hubiese existido jamás un Baronio, cardenal de la Santa Iglesia Romana que veía «las obligaciones del cargo» de sus altos dignatarios en el «apacentar y matar», «de acuerdo con las palabras: apacienta mis corderos y ¡sacrifícalos y come! Pues si el papa se topa con recalcitrantes, tiene orden de sacrificarlos y comérselos?». ¿Como si en nada le afectase el que los estómagos de unos centenares de papas. —¡Ay, si les hubiesen hecho un vaciado!— hubiesen digerido a millones y más millones de corderos, oro y acciones, ciudades enteras, ducados, cantidades ingentes de carne humana, tiernos lactantes y empedernidos huesos de hereje, apetitosas doncellas, enfermos de muerte, también embarazadas («¡Salvad la vida germinante!»), seres «hechos a imagen de Dios», de todas las edades, de todas las religiones? ¿Como si el lema favorito de Gregorio VII no hubiese rezado: «Maldito sea el hombre cuya espada vacile antes de derramar sangre» y la divisa de Julio II: «Si no me valen las llaves de San Pedro, válgame su espada»? ¿Como si la voz de su «inolvidable predecesor Pío XII» (Juan Pablo II) no hubiese exclamado aludiendo a las tropas hitlerianas: «Han jurado y deben prestar obediencia?». ¿Como si la «Madonna» (Siempre estrella auténtica de la evangelización: Juan Pablo II) no hubiese profetizado que de no darse la conversión de Rusia «muchas naciones serán aniquiladas»?

No, él no se aproximaba opacamente sombrío, espada en mano, sino con bíblica mansedumbre, con la «Buena Nueva». «Dios viene a nosotros», proclama. «¡El Reino de Dios está entre nosotros!». Sí, él trae consigo «riqueza», aunque sólo una: «un afecto sin límites». Un filántropo que quisiera visitar «cada casa y cada choza», encontrarse «con todos», hablar «con cada uno» y cuyo mayor deseo sería, sin embargo, «sentarse a la mesa de las familias pobres... en las que escasea el pan, para ayudarles». Lamentablemente no es factible, dijo en Río, y ofreció algo mejor: «el cuerpo de Jesús y su preciosa sangre... en una iglesia sin confines, bajo la bóveda celeste de Río de Janeiro... mucho más grande y señorial que la cúpula de Miguel Angel». ¡Oh! ¿No vive en ella cualquier pobre diablo mejor que el mismo papa en Roma? Pero aunque participaría gustoso, allí y por doquier, de la dicha de los pobres a quienes dedica a cada paso sus bienaventuranzas, pues «suyo es el Reino de los Cielos», cielos más hermosos aún que el de Río, lo que no puede es participar de su hambre. Su preocupación por la comunidad como un todo le arrastra por tierras y mares. No atraído por el perfume del ancho mundo, sino para llevar «el perfume del conocimiento de Cristo». No, Mylady, sus actitudes apenas son «paleo egipcias», ni tampoco actúa, según decía viperinamente Goethe, «como el mejor actor de Roma» ni, menos aún, como el mejor *urbis et orbis*. No, insistimos. Él se aproxima como un ángel del Señor, descendiendo, literalmente, desde el cielo, casi como el mismísimo Espíritu Santo pero ahora sin alas; sin alas de paloma ni plumas que, todavía en 1542, mostraba el obispo de Maguncia: dos plumas de la tercera persona de la Santísima Trinidad junto a un huevo puesto por ella. El viene «sin bastón de caminante», de forma totalmente evangélica. Ni siquiera trae «dinero en el cinto». Ese dinero está

guardado en bancos suizos, en los USA. Invertido en innumerables negocios: en cerveza, en inmuebles, en aldeas vacacionales y en periódicos, en centrales eléctricas, en compañías de seguros y telefónicas, en ferrocarriles... en suma en empresas dispersas por los cinco continentes («gratis lo recibisteis, dadlo gratis». Mt. 10,5-15). «Vale la pena servir a la causa de Cristo», dice Juan Pablo II y realmente aquel imperio económico justifica también sus palabras: «Todo ello basta ya para hacerse una idea de cuán espléndido es este oficio».

En su aerodinámico DC de 4 turbinas, con un aposento expresamente construido para que duerma él («Mi reino no es de este mundo») se eleva zumbando para descender después como «estrella de un *happening* a lo divino» ante un orbe que lo adora hasta el delirio, como un «genio», un «héroe del pueblo», «the moral leader of the world» (caudillo moral del mundo), como «el John Travolta del Espíritu Santo». Ni más ni menos: «Juan Pablo Superstar». En sotana blanca como una paloma, símbolo de inocencia, y tras apoyarse en sus nada bobas rodillas, besa, enfocado por las cámaras y con gran impacto publicitario, la tierra de su visitación. Y siempre «con el calor y la espontaneidad de quien... hace algo así por primera vez», ya conocido en Brasil tras posar su decimotercer beso sobre las pistas. Avanza después hacia los salutantes próceres, excelencias y eminencias, estadistas cargados de altas ocupaciones, incluso hacia el «círculo de los jugadores de fútbol», entre jaurías de reporteros, docenas de los cuales le acompañaron ya en su vuelo —*¡Propaganda Fide!*—. Salvas de cañón, honores y marchas militares, también palabras áureas y todo ello, Mylady «sin tristes fórmulas de engaño», tan sólo palabras de verdad, de vida, la «Buena Nueva» para los cientos de miles allí, en el ceno, bajo la lluvia, bajo un sol

abrasador —eso cuatrocientos años después de la cremación de Bruno, quien ya se lamentaba gimiente de que «se arrodillen en el polvo ante ese monstruo de Su Santidad y recen, y recen» y los escarnecía suspirando: «¡Oh santa asnidad! ¡Oh santa ignorancia! ¡Oh santa estupidez! ¡Oh santa devoción!». Si, arrodillados en el cieno y «no se le da un ardite a la santa asnidad; dobla piadosamente sus manos; esperan que el Señor les prodigue su bendición...». Y en el aire, ni tan siquiera ya las legiones celestiales, tan frecuentes, por lo demás, en tales ocasiones, sino una «superescuadrilla aérea antiterrorista», tiradores de élite sobre los tejados: incluso bajo la tierra hay unidades especiales dando batidas. En una palabra: ¡No hay confianza en Dios!

Todo pasa, por el contrario, como en un relato policíaco. *Cada escenario es también lugar de un crimen. ¡Y no de uno cualquiera!*

Tan sólo un ejemplo: el primero de los grandes viajes.

El 25 de Enero de 1979 se humilló en el suelo de la República Dominicana, isla de Haití, y tras erguirse dijo: «Sr. Presidente, queridos hermanos episcopales, hermanos y hermanas. Doy gracias a Dios, que me ha concedido... poner mi pie en esta porción de tierra americana... acceder al camino que tomaron los primeros mensajeros de la fe tras el descubrimiento del continente...».

¡Rotundo acierto! Aquí —confirma un testigo ocular, el dominico español Bartolomé de las Casas, más tarde obispo de Chiapas— comenzaron los grandes estragos e perdiciones «destas gentes» —«y hoy no podemos contemplar su obra si no es con admiración y agradecimiento», declaró el papa.

«Los cristianos —escribe Las Casas— entraban en los pueblos, no dejaban niños y viejos, ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaban e hacían pedazos como si dieran en unos corderos metidos en sus apriscos...» —«... para predicar a Cristo el Redentor —exclama jubiloso el papa—... para defender la dignidad de sus aborígenes, abogando por sus derechos intangibles... haciendo presente ante vuestros antepasados el Reino de Dios»— «... hacían apuestas sobre quién, de una cuchillada abría al hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete o le descubría las entrañas» —«... desde entonces —dice exultante el papa— este pueblo querido se abrió a la fe en Jesucristo»—. «Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas —relata Las Casas— y daban de cabeza con ellas en las peñas». «Alabado sea Dios, que me condujo aquí», exclama el papa. «Otros daban con ellas en ríos por las espaldas, riendo e burlando e cayendo en el agua decían: bullís, cuerpo de tal» —«... donde comenzó para este continente el tiempo de la redención para la gloria y honor de Dios». «Otras criaturas metían a espada con las madres juntamente...»— «... donde fue erguida la primera cruz, celebrada la primera misa y rezado el primer “Ave María”».

«Hacían unas horcas largas, que juntasen casi los pies a la tierra, e de trece en trece, a honor e reverencia de nuestro Redemptor e de los doce apóstoles, poniéndoles leña e fuego, los quemaban vivos» —«de cierto, la gracia y la vocación de la Iglesia —opinión del papa— pues ella existe para evangelizar».

«Aquí llegó una vez el gobernador que gobernaba esta isla... y llegaron más de 300 señores a su llamado seguros, de los cuales hizo meter dentro de una casa de paja muy grande los más señores por engaño, e metidos les mandó poner fuego y los

quemaron vivos». Quemados los más preclaros señores ya pueden establecerse los nuevos señores.

«La Santa Sede estableció por entonces, en esta isla, las primeras sedes episcopales de América».

«A todos los otros alancearon a metieron a espada con infinita gente, e a la señora Anacaona, por hacelle honra, ahorcaron». Pues Anacaona había prestado a los cristianos «los más grandes servicios». Ahorcada, pues, en señal de respeto. La regla general era, en cambio, otra: «Comunmente mataban a los señores y nobles desta manera: que hacían unas parrillas de varas sobres horquetas y atábanlos en ellas y poníanles por debajo fuego manso para que a poco a poco, dando alaridos en aquellos tormentos, desesperados, se les salían las ánimas... todo lo vide yo con mis propios ojos...».

«En un tiempo relativamente corto —predica el papa— los mensajeros de la fe abarcaron todo Sto. Domingo... Hombres atraídos especialmente por los débiles y desamparados, por los nativos... A partir de ahí se desarrolló más tarde, bajo el magisterio de Francisco de Vitoria el primer Derecho Internacional».

Obispo de las Casas: «Y porque toda la gente que huir podía se encerraba en los montes y subía a las sierras huyendo de hombres tan inhumanos, tan sin piedad y tan feroces bestias, extirpadores y capitales enemigos del linaje humano, enseñaron y amaestraron lebreles, perros bravísimos que en viendo un indio le hacía pedazos en un credo y mejor arremetían a él y lo comían como si fuese un puerco».

El papa Juan Pablo II: «Si es obligado expresar aquí el debido agradecimiento a aquellos que fueron los primeros en esparcir la semilla de la fe, aquel agradecimiento vale en primer lugar para la orden religiosa que se dedicó por entero a la misión de evangelizar aunque ello costase sacrificios que llegaban al martirio...».

Obispo de las Casas: «Como quiera que los indios, lo que sólo raras veces aconteció, matasen algunos cristianos en justo e santísimo celo, aquéllos hicieron ley entre sí de matar cien indios cada vez que un cristiano muriese en manos de ellos...».

Papa Juan Pablo II: «Así la Iglesia se convirtió en esta isla en la primera instancia que abogó por la justicia y los derechos humanos...».

¿Acaso K. Wojtyla conoce la Historia de la Iglesia sólo en versión católica? Esto agudiza ciertamente la vista para lo bello y muy particularmente para unos cuantos «mártires» propios —lo mejor, desde siempre, que puede acontecerle a una religión— por lo cual el papa, «conmovido», hace memoria de ello. ¡Pero enmudece, como tantas historias eclesiásticas, acerca de los millones de vidas que pagan como tributo de sangre los invadidos, los legítimos ocupantes del país! Pero ahora, en todo caso, ahora no hay que intentar —enseña él— «convertir en privilegiados a los desfavorecidos», pues con ello sólo «se crean nuevas situaciones de injusticia para aquellos que tuvieron de su lado las ventajas». (¡Lástima que no tengamos aún una «encíclica social» suya! El mundo tiene hambre de ella y a buen seguro que después de ella aún tendría más hambre).

Con todo: la propiedad de la Iglesia es, naturalmente, algo muy

distinto a la otrora propiedad de los indios. No nos está permitido, como enfatizan insistentemente los historiadores, aplicar concepciones actuales al pasado. Por otro lado, cabe, no obstante, la posibilidad de que concepciones de antaño fuesen totalmente falsas y de que es justamente ahora cuando accedemos a una correcta visión al respecto. Bartolomé de las Casas es un buen ejemplo. Este hombre fue, ciertamente, monje y obispo aunque —no cabe duda— no valiera para ello. Vivió en Haití y Cuba, en Nicaragua y Guatemala, en Perú y Méjico y nada menos que medio siglo en total. Debió ser justamente ese largo espacio de tiempo, el clima tropical y, añadamos, también la redención que florecía con exuberancia... en fin: este hombre acabó por verlo todo meramente en rojo, tan sólo sangre. Digamos que el celo de su misión le volvió ciego. A saber, ciego para los frutos, que el papa suele calificar de «bellos», de la evangelización que maduraban justamente allí, y finalmente, le recrimina un jesuita moderno, no fue capaz de otra cosa que de fabricar «relatos de atrocidades». No porque fuesen auténticas atrocidades, como se podría pensar, sino simplemente porque —afirma el jesuita— le falló la correcta visión «in situ». Pero hoy, ¡gracias a Dios!, todos vemos que aquellos cincuenta millones, millón más millón menos, de pieles rojas y de negros que fueron mordiendo el polvo con el advenimiento de la redención no representaban gran cosa, digamos, nada trágico en absoluto. Al contrario: «No hay nada tan grandioso en la Historia de las misiones...».

¡Así es la ciencia con Imprimatur!

¡Miren por el contrario al autor de estas páginas! No sólo arranca una cita tras otra de su contexto, sino que carece de todo sentimiento de finura (o de elevación) para diferenciar entre los

batidores, auténticos matachines, y aquellos que seguían sus pasos con la «Buena Nueva». «Qué bellos son los pies de aquellos que anunciaron la redención». Paulus Wojtyla. Pues los unos han despedazado; los otros evangelizado. Los unos limpiaron la tierra; los otros la plantaron: dos cosas tan totalmente distintas, tan incongruentes entre sí, propiamente, como un indio despedazado y desventrado. Limpiamente separadas, ambas cosas nada tienen que ver entre sí.

Por más que los españoles de la escolástica tardía, Soto, Báñez y Gregorio de Valencia, permitieron la guerra colonial, la guerra «contra los enemigos de los misioneros», el trabajo sangriento en sí, «no era para decirlo con palabras de Francisco Suárez, el más conspicuo de los teólogos jesuitas de entonces —cosa de los sacerdotes o del estamento eclesiástico». ¡Qué va! Éste tenía tan poco que ver con aquel trabajo como con el exterminio de paganos, judíos, «herejes», «brujas». Tanto menos cuanto que los sumos sacerdotes, los papas, no mataron a ningún indio. Que un papa matase a otro, eso ya aconteció alguna vez, pero ni a un solo indio. De eso son plenamente inocentes. Tan inocentes como Hitler lo es de las cámaras de gas, pues él, personalmente, no asesinó a ni a un solo judío.

Por lo que respecta a los «primeros mensajeros de fe» (en sentido estricto) en Haití, a los doce «Hijos de San Francisco», Juan Pablo II hubiese podido leer, incluso en una obra del arzobispo de Colonia, J. Hoffner, que aquéllos dieron por buenos los métodos de los «pobladores» descritos por Las Casas. Y cuando, algo más tarde, los dominicos siguieron a los franciscanos y en 1511 Antonio de Montesinos tronó desde el púlpito de la iglesia de Sto. Domingo: «¿Acaso éstos no son hombres? (Cuestión esta que se debatió en

el Occidente cristiano hasta el siglo XVIII)¿... No tienen almas dotadas de razón? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos?», el provincial dominico Alfonso de Loaysa prohibió, al parecer por encargo del obispo J. de Fonseca, «toda crítica», «en virtud del poder del Espíritu Santo». Quienes posean una conciencia excesivamente sensible, debían retornar a España.

La Iglesia Católica, cuya evangelización es «lo único» que posee la fuerza de «liberar al hombre, porque es la revelación del amor», la Iglesia Católica que —exclama el Papa— «inició aquí, en esta misma ciudad tantas y tan bellas cosas», donde Dios mismo «dio comienzo a la buena obra», esa Iglesia apoyó en realidad y de forma plena, con su teología y su praxis, la esclavización y el genocidio, la buena obra. Y sucedió, por lo demás, bajo un antecesor de Wojtyla a quien éste, desgraciadamente, ni siquiera ha mencionado en ninguno de sus 74 discursos latinoamericanos. Presumiblemente porque aquél no parece haber tenido en tanta estima el celibato, «ese valor precioso del cristianismo»... «legado secular de la Iglesia» (Juan Pablo II), sino que él mismo les hizo nueve niños a sus distintas queridas y desahogó su pasión con su propia hija, todavía muy joven. Fue Alejandro VI, que no fue, ni de lejos, el más peligroso de los «vicarios», quien en la Bula *Inter Coetera* del 4 de mayo de 1493 adjudicó de un plumazo el Nuevo Mundo («*omnes ínsulas et térras firmas inventas et inveniendas, detedas et detengendas*»: todas las islas y tierras firmes descubiertas y por descubrir, sobre las que se haya puesto o se pueda poner el pie), que le pertenecían a él tanto como el Vaticano pueda pertenecer al Dalai Lama, a los españoles y portugueses, exhortándolos expresamente a «conducir a sus indígenas y habitantes a la veneración del Redentor y a la aceptación de la fe católica».

Cuando apenas cuarenta años después de este acto de donación —reforzado como entonces era uso por medio de la santa misa y la comunión, con expresa exclusión de juristas, pero con la presencia de píos sacerdotes— se inició la cruzada contra El Perú, Atahualpa, el príncipe inca, declaró tras la prédica misional del futuro obispo, Padre Vicente Valverde: «Por lo que atañe al papa de quien habláis, tiene que estar loco para pensar que puede donar tierras que no le pertenecen. Yo no puedo cambiar mi fe. Vuestro Dios, decís, murió a manos de los mismos hombres a quienes él creo. El mío, en cambio —y señalo al sol que justamente desaparecía majestuoso tras las montañas— vive todavía en el cielo y hace descender su mirada hacia sus hijos». Tras lo cual, el monje, uno de aquellos «impávidos misioneros» tantas veces ensalzados por Juan Pablo II «... cuya fe y generosidad humana merecen admiración» ordenó al punto: «¡Atacad presto! Yo os concedo la absolución». Y con el grito de batalla «¡Santiago!», los portadores de la «Buena Nueva» masacraron entre dos y diez mil de sus inermes convidados. En último lugar y después de hacerse con todo su oro, ajusticiaron al príncipe, al último de los incas, aplicándole el garrote estrangulador como a un criminal. No sin que antes lo bautizase el Padre Valverde, quien, al día siguiente, leyó para él una solemne «misa de difuntos». Tal era el «amor cristiano», «ese importante factor de la vida eclesial», tal «la construcción del Reino de Dios», la «evangelización», por usar otro de los estereotipados tópicos de K. Wojtyla. Tal fue la obra a la que los papas, y ya desde años ha, deben su dicha latinoamericana y los latinoamericanos, todavía en la actualidad, su desdicha.

Tanto para los conquistadores como para la Iglesia, el expolio de América no era otra cosa que una cruzada y su lucha contra los

nativos, la inmediata continuación de su guerra contra los moros. Los indios eran «monstruos» cuyo exterminio «placía a Dios». Los misioneros no pensaban en absoluto en cuestionar la conquista. Ese sangriento menester era la condición previa de su misión, una «guerra justa» y la guerra contra los infieles, *bellum romanorum*, era siempre «justa fuera de toda duda» y, por ello mismo, también la guerra contra los indios. Gregorio, el predicador de la corte española, quien llamaba a los indios «animales dotados de habla» demostró a partir de Tomás de Aquino que «debían ser regidos con varas de hierro» y propugnaba su esclavización. Con escasísimas excepciones, los misioneros exigían «violencia». También el jesuita José de Anchieta, a quien el papa ensalzó sobremanera: «el pionero de la evangelización», el «hombre de Dios», el «apóstol del Brasil, que contribuyó más que ningún otro al bien de vuestro pueblo», «modelo de generaciones enteras de misioneros», también él tenía su divisa: «La espada y la vara de hierro son los mejores predicadores». Juan Pablo II lo canonizó en 1980.

Ni siquiera la «ley de Haití» —cien indios muertos por cada cristiano muerto— resultó finalmente suficiente. Para vengar a tres jesuitas que perecieron a manos de los caribes del Orinoco, se enviaron soldados, según informó el jesuita J. Gastl en 1685 desde Sudamérica, «*para que matasen a cuantos caribes pudiesen. No hay medio mejor para vencer la ferocidad de los pueblos bárbaros...*». Y todavía en 1812 el jesuita Del Coronil inculcaba a las tropas que salían a combatir contra los rebeldes venezolanos: «Matad a todo el que tenga más de 17 años».

Pese a ello el papa no titubeó un solo instante al decir: «La Iglesia quisiera consagrar hoy sus esfuerzos a los indios al igual (!) que lo

hizo con sus antepasados a partir del Descubrimiento».

A la llegada de los católicos, la isla de Haití, poblada por una etnia india con un elevado nivel de desarrollo, contaba más o menos 1 100 000 habitantes. En 1510 tenía aún 46 000 y en 1517 tan sólo 1000. «Aquí, en medio de dificultades y sacrificios se alcanzaron hermosos logros», dice el papa. «Aquí se da testimonio de Cristo...».

¡Eso es lo único que cuenta! ¡Su poder! El 95% de la población de la República Dominicana es hoy católico-romana. Y quién sabe si una guerra atómica no podría, quizá, hacer católico-romanos al 95% de los habitantes de Europa, quienes, en ese caso, difícilmente podrían ser descendientes de europeos, sino, por ejemplo, de otros muchos católico-romanos de Latinoamérica. ¡Qué felices serían entonces los papas de la posteridad! —felices como Juan Pablo II en Sudamérica ¡Pues quien, como él!, salta sobre 50 millones de muertos, saltará igualmente sobre 500 millones o más. Incluso el acabamiento del mundo— así interpreta el jesuita G. Gundlach la doctrina de Pío XII acerca de la guerra atómica (encareciendo que «el papa tiene clara conciencia de su alcance y de los hechos») no significaría gran cosa. «Pues nosotros no tenemos —palabras textuales del jesuita— la responsabilidad del acabamiento del mundo» sino que «en ese caso podríamos decir que Dios, el Señor... asume también la responsabilidad».

El exterminio de millones de indios de Haití, las otras islas y del continente, acarrió paulatinamente la escasez de mano de obra. Y fue justamente Bartolomé de las Casas quien aconsejó para el caso, por piedad hacia los indios, transportar esclavos negros hacia América, con lo cual se inició otra bendita fase en la historia

de la redención. Pues según algunas estimaciones, válidas para ciertas épocas, por cada esclavo apresado que alcanzaba vivo la costa africana había diez que morían ya durante el transporte por tierra y de cada diez de los embarcados, otros nueve morían durante la travesía. Los occidentales, se jacta el papa, han implantado en Latinoamérica una «nueva cultura, poblándola de continuo con nuevas etnias», entre ellas —y aquí apenas si hizo una decorosa alusión— «los negros africanos». Treinta millones de negros —cifra que silenció por supuesto— posiblemente muchos más, acarrearón los cristianos con el correr de los años a América. Como mínimo otros tantos, quizá muchos más, perecieron a consecuencia de ello todavía en tierra o en los fatídicos barcos negreros. Pero incluso este «capítulo» —nos consuela Juan Pablo II— «se puede, entretanto, dar por concluido». Y lleno de «recuerdos inolvidables de los bellos días —al menos los suyos serían buenos— vividos en la cuna del catolicismo del Nuevo Mundo», partió para Méjico el 27 de febrero de 1979 entre atronadoras salvas de artillería.

Después de cuatro horas de vuelo el DC 10 de la compañía italiana (mejor diríamos vaticana) Alitalia descendió sobre Méjico. El papa se echó de bruces sobre aquella «bendita tierra», se incorporó ágilmente y avanzó presuroso hacia José López Portillo, quien apareció allí en el último minuto. «Señor», dijo el presidente de un estado habitado en un 97,5% por católicos pero que no sólo no mantiene relaciones diplomáticas con el Vaticano, —únicamente el jefe de los comunistas mejicanos esperaba que la visita del papa serviría para restablecerlas— sino que expropió más bien al clero en base a la constitución de 1917. Ergo López Portillo saludó al «vicario de Cristo» no como huésped de estado, sino como turista («Pues no está nada mal y con ello no me obligo a nada»), arrancó

de sí exactamente cuatro frases breves y abandonó de inmediato el aeropuerto.

Juan Pablo II no hizo referencia al año 1917, sino que recordó tiempos más felices. «Después que comenzase la predicación de la Buena Nueva en el Nuevo Mundo —explicó— la fe llegó a Méjico unos veinte años después». Ahora bien, con la fe llegaron también —cosa que el papa pasó en silencio— la guerra, la inquisición, la esclavitud, y la sífilis, una enfermedad con cuyas huellas se pavoneaban allá los hombres como en otros lugares lo hacen con las cicatrices de las heridas de guerra.

Pues cabalmente con el catolicismo surgió una «atmósfera de frenesí sexual» y fue el estamento eclesiástico el que se mostró altamente prolífico en el engrandecimiento del Reino de Dios y de forma preferente a través de negras y mulatas de oscura tez. «Aquí —enfaticó el papa— no puede haber diferencias entre las distintas razas y culturas». Antes bien, «Cristo lo es todo y está en todos». Sólo que sus particulares novias albergaban no únicamente al Señor, sino también la sífilis. En los monasterios de las pías mujeres proliferaba sobreabundante. «Sé muy bien —loaba el papa— cuán grande ha sido su aporte a la difusión de la fe en Latinoamérica... Continuamente han colaborado en ello secundando al clero diocesano». Como las novias del Señor no podían, ni aún con la mejor voluntad atender los deseos de todos, ofrecieron al menos, a modo substitutivo, su repostería en forma de «panza de monja», «suspiros de monja», «tocinillos de cielo» y «bocaditos de ángel».

De la mano del frenesí sexual, floreció el frenesí asesino. Pues también allí —como pasó frecuentemente— la «evangelización

maravillosamente consumada en este país» (Juan Pablo II) fue acompañada de una guerra «total», «dogmática», una guerra «santa», no una lucha, digamos, de «rostros pálidos contra pieles rojas», sino de «cristianos contra infieles». Ello explica, también en Méjico, el modo radical con que se extendió la redención —y eso frente a hombres declaradamente confiados, hospitalarios, que se aproximaban a los españoles, literalmente, como si fuesen dioses; tan inferiores a éstos en la técnica militar que su mismo heroísmo resultó a la postre tan ineficaz «como lo sería el de los soldados del Marne enfrentados a la bomba atómica actual».

A pesar de los atroces sacrificios humanos, los indios estaban, éticamente, muy por encima de los católicos, no obstante lo cual, obtuvieron entonces —aquellos que pudieron sobrevivir— lo que K. Wojtyla denominó en Méjico «fundamentos de la fe cristiana», «el amor de Cristo por los hombres». «Este amor no admite parcialidad, pues no excluye a nadie...». Obtuvieron lo que él propaga como «Buena Nueva» ofrecida «a los hombres sin distinción de nación, cultura, raza, época, estamento o condiciones de vida». Lo que él ensalzó como «causa del evangelio y de la paz... fundamentada en la justicia y el amor entre los hombres». En una palabra: obtuvieron lo contrario del «humanismo ateo», experimentando la dimensión de «lo absoluto»: el engaño, el expolio, la tortura, la esclavitud y el asesinato en masa.

Los católicos de obediencia romana golpearon, acuchillaron, estrangularon y quemaron. Todo ello en nombre de Dios y de la Virgen María. Quemaron a reyes, caciques y «brujas», a la totalidad de la capa dirigente mejicana. Quemaron incontables aldeas, ciudades, templos de valor inestimable, ídolos, obras de

arte, la casi totalidad de la cultura azteca. El franciscano Juan de Zumárraga, responsable de la primera archidiócesis mejicana y celebrado por el papa como figura puntera «entre los grandes predicadores de la Buena Nueva» se destacó especialmente en el arrasamiento de los lugares de culto. Ya en 1531 anunció la destrucción de más de 500 templos y de 20 mil «ídolos». Eso pese a que —como confiesa el capitán de campo Bernal Díaz del Castillo— los españoles «nunca vieron ni soñaron cosa semejante...». Hasta el mismo Alberto Durero observó el año de 1520 en la corte de Carlos V en Bruselas: «Nunca en los días de mi vida vi nada que alegrase tanto mi corazón como esta cosa... y me admiré del sutil ingenio de los hombres de los países exóticos».

Cadáveres y ceniza. *«Gentes humildes... a las cuales no han tenido más respecto ni dellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo), no digo que de bestias porque pluguiera a Dios que como bestias las hubieran tratado y estimado, pero como y menos que estiércol de las plazas»* (B. de las Casas). Acosaron a hombres y mujeres con ayuda de perros a los que alimentaron con carne humana, con lactantes indios despedazados vivos. Descoyuntaron a personas atándolas a caballos o canoas. Espetaron a preñadas, ataron a sus víctimas a las bocas de los cañones para pulverizarlas; las anudaron a las horcas «para reverenciar al Redentor»; cortaron manos, narices, labios, pechos a centenares «con la ayuda de Dios, de la Virgen María y del Apóstol Santiago», patrón de España, cuya supuesta tumba fue, desde la Alta Edad Media, un gran centro de peregrinación de Occidente. No obstante lo cual, lo que ya a un Gottfried Arnold le pareció en el siglo XVII «peor que las bestias carniceras —la encarnación misma del diablo», lo considera el cardenal Hoffner de Colonia. —¿Quién hubiese imaginado en él

tanta franqueza?— ¡expresión de «una religiosidad sin fingimientos!».

Quienes no fueron asesinados por estos papistas sin fingimientos, quienes no se quitaron a sí mismos la vida ante su religión del amor —como los judíos lo hicieron muchas veces en Europa— fueron sujetos con argollas, con cadenas —todo ello con la legitimación oficial de la teología— y marcados con una «G» (de «guerra») en su cuerpo, en nombre del emperador y de la fe cristiana. Permanente caza de hombres. Dios y el oro (doscientos millones de ducados en oro, plata y piedras preciosas fueron a parar, según B. de las Casas, a las manos de los reyes españoles). Según un investigador moderno 257 488 418 libras esterlinas durante el primer siglo y medio. Nada obsesionaba tanto sus cabezas de gángster —salvo quizá las mujeres a las que preñaban para poderlas vender más caras. Hasta 800 indios llegaban a pagar por un solo caballo.

«Y tras un siglo de predicación de la Buena Nueva —dice en Méjico el “Santo Padre” — hay ya en el continente más de sesenta sedes obispales con cuatro millones de cristianos». En definitiva, allí viven «después de cinco siglos de evangelización casi la mitad del conjunto de la Iglesia Católica...». ¡Y tanto! ¿Acaso no queda compensada con ello la masacre de 12 a 15 millones de hombres y mujeres «y también niños» escuchimizadas que, según B. de las Casas, se desplegó durante casi 40 años? ¡Aunque le sumemos los 30 o 40 de negros que la diñaron por allí!

Es bien lamentable que el papa nunca trajese a la memoria el nombre de aquel que conquistó todo Méjico para el catolicismo, confesión que K. Wojtyla celebra de continuo como «promotora

de la dignidad humana», como «defensora de los derechos humanos», «experta en humanidad». A. Hitler, en cambio, sí que recordó el 26 de enero de 1936 en Munich a aquel gran héroe católico cuando, desarrollando sus ideas acerca del «derecho» a colonias, adujo como prueba el sangriento y gigantesco expolio dirigido por Hernán Cortés: «Audaz y noble», así lo ensalzó el buen diccionario católico de Herder, «de gran cultura y benemérito por su gran expansión del cristianismo».

Cortés se denominaba a sí mismo «servidor y engrandecedor del poder de Cristo». Su misión central era la «extensión de la fe católica». Obviamente llevaba consigo —como más tarde Hitler— curas de campaña, a quienes mandaba predicar. En sus operaciones invocaba siempre a Dios, a la dulce Madre de Dios, al santo patrono de España. Su conmlitón, Bernal Diez, relata: «Cada mañana leía en su breviario. Todos los días oía misa con gran devoción. Como santa patrona había escogido a Nuestra Señora». Por doquier en Méjico, mandaba mostrar imágenes de la Virgen y levantar cruces. Un estandarte que ondeaba con la cruz precedía incluso a sus incendiarios asesinos. —«Símbolo de la esperanza para los hombres de todas las épocas» (Wojtyla). «En él ha mostrado Dios al hombre la dignidad que posee...».

Sí, gracias a Cortés se difundieron la esperanza y la dignidad bajo el signo de la cruz y habitualmente, según sus propias palabras, «... hasta que el campo quedaba libre de vivos y lleno de muertos». Recordemos de inmediato otras citas de informes que él envió en 1520 y 1522 a Carlos V en cuyo reino —y no fue Cortés el que menos hizo por ello— ¡no se ponía el sol! «Me apercibí de que no quedaban muchos de ellos...», «... los perseguimos unas dos millas, lo que fue obra entretenida... Dimos alcance a muchos de

ellos y los alanceamos». «Ataqué dos aldeas en las que maté muchos indios». «Dimos asalto a las dos aldeas, les prendimos fuego y tornamos contentos a nuestra ciudad». «Pusimos fuego a más de 300 casas»; «prendimos fuego a seis aldeas»; «arrasamos a fuego diez aldeas». «La gente de allí corría indefensa e inerme fuera de las casas; las mujeres y los niños desnudos y en gran confusión. Al principio abatimos a muchos...». «Caí de repente sobre ellos al grito de ¡Santiago!, y pasé por la espada al menos 100 hombres». «Bajo el grito de ¡Santiago!, caminamos hasta la segunda plaza y alanceamos a todo el que topamos... muriendo más de 500 enemigos». «Invocando a Santiago comenzamos a atacar y el río que pasaba por abajo, según me han informado, iba rojo de la sangre de los abatidos...», «... de inmediato matamos o cogimos prisioneros a más de 800 temixtitanos». «En dos horas fueron abatidos 300 súbditos», «... y empujaron a los defensores hasta el lago. Más de 6000 hombres, mujeres y niños perecieron allí». «En un solo día dimos muerte o apresamos a más de 12 000 temixtitanos». «Ese día abatimos o tomamos presos a más de 40 000 temixtitanos». «Más de 50 000 perecieron en la ciudad».

Lo que el noble Cortés relata lacónicamente a su católica majestad gana en vida y, sobre todo, en sangre, en un texto azteca que describe la masacre de miles de indios en una fiesta. Fue *únicamente así* como se prestó el necesario apoyo para que los «derechos humanos fundamentales» y la «causa del Evangelio y de la Paz» triunfasen en Méjico —como fue también el caso en Haití y en toda Sudamérica.

Justamente «cuando el corro de danzantes se movía trenzando las más bellas figuras y los cánticos se sucedían uno tras otro» irrumpieron los piadosos españoles «en el patio interior

consagrado. Ansiaban despedazar a los celebrantes. Entraron a pie, las férreas espadas en la mano, con sus escudos de madera y de hierro. Lanzaron un ataque hacia el centro de los danzantes y se abrieron violentamente paso hacia el lugar donde batían los tambores. Atacaron al hombre que tocaba el tambor y le cercenaron un brazo. Le cortaron después la cabeza que cayó y siguió rodando por el suelo. Después atacaron a los danzantes, los acuchillaron, los ensartaron, los abatieron a golpes de espada. A algunos los atravesaron por detrás y cayeron al suelo con los intestinos colgando. A otros los decapitaron. Primero les hendían la cabeza y después la hacían trizas. A otros los golpeaban en los hombros, abriendo enormes heridas en sus espaldas. A otros les arrancaron los brazos del cuerpo. A otros los acuchillaban en los muslos, las pantorrillas. A otros les abrían los vientres de modo que los intestinos caían desparramados por el suelo. Algunos intentaban huir todavía corriendo, pero arrastraban sus tripas y sus pies quedaban presos en ellas. Cualquiera que fuesen los intentos de salvarse, no conseguían escapar. Algunos intentaron por la fuerza abrirse camino hacia afuera, pero los españoles les asesinaban en las puertas. Otros trepaban por las paredes, pero los españoles les espetaban con sus espadas... la sangre de los caciques fluía como el agua y se agolpaba en charcos. Juntáronse los charcos y todo el patio del templo se convirtió en una superficie resbaladiza. El aire estaba lleno del hedor de la sangre y de las vísceras. Los españoles corrieron después hasta las casas particulares y mataron a todos los que todavía se ocultaban en ellas».

Esta orgía de sangre es representativa de otras innumerables con las que Cortés despobló Méjico. Cortés, un católico que, muy evangélicamente, como él mismo escribía al emperador «no

quería devolver mal por mal», que no solamente ordenaba a sus curas de campaña enseñar «los dogmas principales de la fe cristiana» sino que él mismo predicaba: «Somos cristianos y creemos en un solo Dios, en Jesucristo que padeció por nosotros. Creemos sólo en él y por lo tanto sólo a él adoramos». «En lugar de vuestros ídolos, yo colocaré a nuestra gloriosa y santa Señora, la madre de Jesucristo, el Hijo de Dios...».

Es precisamente la veneración por María lo que emparenta especialmente al genocida Cortés con un papa que de manera resuelta y ubicua exhorta a la piedad mariana y no con menos ardor en aquellos países en los que «se cumplió la misión de Cristo», en los que «por la gracia del bautismo aumentó por doquier el número de los hijos de Dios» —y menguo algo el de los hijos del diablo...

Se estima que a la llegada de los españoles vivían en Méjico unos 11 millones de indios... Unos cien años después, tan sólo 1,5 millones.

De esta suerte, la Iglesia —«Defensora de los derechos humanos», «experta en humanidad» ganó para sí un continente en el que reinan, desde entonces, la arbitrariedad y el terror; en el que ella misma presta su apoyo a déspotas sanguinarios y a dictadores; en el que hay desde entonces una camarilla de grandes latifundistas que se rodean de un lujo de fantasía y una ingente muchedumbre de desnutridos y analfabetos que vegetan miserablemente y en el que, hasta finales del siglo XIX hubo una sociedad esclavista no muy distinta de la de la antigua Roma. «Doy gracias a Dios de que nunca más tendré que visitar un país de esclavos», anotó Ch. Darwin el 19 de agosto de 1836, «feliz de poder abandonar para

siempre la costa del Brasil».

Al igual que en las postrimerías de la Antigüedad, cuando, ya muy avanzado el siglo IV, la vida feudal del obispo de Roma y su lujo eran proverbiales; cabalmente cuando la Iglesia no sólo se puso ya a la cabeza de los propietarios de esclavos sino que, cosa hasta entonces insólita, hizo imposible la manumisión de aquéllos al declararlos «bienes eclesiásticos»; al igual también que en la Edad Media, el catolicismo tornó, en Sudamérica, a un reconocimiento básico de la esclavitud.

La practicaban tanto los seculares como los sacerdotes. El clero y los monasterios, que eran frecuentemente ellos mismos grandes terratenientes, comerciaban con esclavos. Más aún, jesuitas y franciscanos, objeto de frecuentes loas por parte de Juan Pablo II, fomentaban el matrimonio entre indios y negros «al objeto de declarar siervos a sus descendientes», según se quejaba el general Arouche, director estatal, en el umbral del siglo XIX, de las aldeas de indios en el Brasil. Estaba permitido el concubinato entre esclavos. Los bautizados podían mantener relaciones sexuales con los no bautizados. Incluso las relaciones, en sí mismas prohibidas, con los libres fueron toleradas y cultivadas hasta el desenfreno y no fue el clero el que se quedó a la zaga al respecto. La América católica crió esclavos como se crían rebaños o palomas. «El lado más productivo de la posesión de esclavos —rezaba un manifiesto de los propietarios de plantaciones— está en la fertilidad de los vientres». Una vez muertos, los cadáveres de los más miserables se convertían al momento en presa de los perros y de los buitres. A menudo apenas quedaban soterrados en las playas o bien atados a maderos y arrojados al mar aprovechando el comienzo del reflujo...

«¡Experta en humanidad!».

Hasta bien entrado el siglo XX, la Iglesia latinoamericana ha sido irremisiblemente ultramontana, archirreaccionaria, auténtico pilar del «orden» dominante, del gran capital, de los métodos latifundistas y semifeudales. Mientras la gran masa se degradaba, generación tras generación, en medio de la porquería y la miseria, los sacerdotes se volvieron casi todopoderosos e inmensamente ricos como los restantes esclavistas y señores, quienes, para financiar la construcción de «casas de Dios», subastaban indios apresados, se costeaban para sus banquetes orquestas permanentes de hasta treinta miembros y se servían de las manos de los esclavos hasta para orinar y defecar.

El clero hizo en latinoamérica propaganda en favor de Franco y de Salazar, celebrándolos como paradigmas. En casi todas las naciones se establecieron, con ayuda de círculos cristianos, dictaduras u otros regímenes hostiles a los pueblos y se pusieron en escena golpes y contragolpes militares. Miles y miles fueron torturados, fusilados, mientras los pobres se empobrecían más y más y los ricos se hacían aún más ricos. Fincas de 50 000 hectáreas pasan por pequeñas. Hay estados, como Brasil, en los que el 3% de sus habitantes poseen casi los dos tercios de toda la tierra, y diócesis en las que la renta per cápita anual no llega a los 150 dólares y por cada 300 000 habitantes no se cuenta más que con un único hospital (de 30 camas). La ignorancia, el analfabetismo y la desnutrición, causan estragos. A todo eso se suma el que, por respecto al nivel de 1980, Perú dobla su población cada 20 años, Méjico cada 18 y Brasil cada 17.

¿Y qué es lo que el papa Juan Pablo II venía a ofrecer a este

continente hambriento, donde las cárceles se abarrotan, los *slums* se expanden y donde innumerables personas son desterradas, abatidas a golpes o muertas a tiros por la ley de fugas? Bien, reconoció los derechos de los obreros, recordándoles también, sin embargo, sus deberes. Proclamó el compromiso social de la propiedad privada, acentuando también, sin embargo, el derecho a la propiedad privada. Desearía una distribución más justa de los bienes, pero no admitió ver confundido a Jesús con un revolucionario. Pidió a los gobernantes que hiciesen más por los gobernados e invocó a María para que preservase a los estados de toda subversión. Ciertamente es que en una ocasión exigió «reformas urgentes», «innovaciones de fondo» y habló de «expropiación adecuadamente efectuada». Pero todo esto se diluyó en un sinnúmero de encarecidos pronunciamientos de un tono muy distinto, de torpe manipulación paternalista de los pobres y de los explotados. Trataba a todas luces de sofocar situaciones revolucionarias, en continuo combate con el comunismo al que, si no me equivoco, nunca mencionó por su nombre y en el que amenaza caer ahora este continente, esquilado durante siglos hasta el desangramiento. Una y otra vez previno el papa contra «las ideologías marcadas por el odio y la violencia», contra los «radicalismos sociopolíticos», contra la «esterilidad de la destrucción». «La lucha de clases no es el camino que conduce al orden social». Pero «Señor» —para interpelarlo como el presidente de Méjico—. ¿Acaso el cristianismo ha conducido al «orden social»? ¿No dispuso para ello de casi dos mil años? ¿Y cómo estaban las cosas cuando aquél era todopoderoso? ¿Acaso no costaba un campesino la tercera parte de un caballo y no valían ochocientos indios el equivalente a ese animal? ¿Y cuál es hoy la situación?

El apóstol del «orden social» apeló incansablemente a los obreros inculcándoles el «fiel cumplimiento de su deber», que «den su aportación a sus superiores». Encomió la «dignidad del trabajo», la «nobleza del trabajo». «Ante todo, el trabajo hace de vosotros colaboradores de Dios». «El trabajo os vincula estrechamente con la redención que Cristo trajo con su cruz». Por ello mismo los trabajadores han de estar dispuestos «a aceptar todo cuanto en la diaria monotonía resulta pesado, opresivo, humillante, torturante». «¡Obreros, Dios os ama!», «Dios os ama, Cristo os ama, la Madre de Dios, la Virgen María, os ama. La Iglesia y el papa os aman...». «Y también vosotros tenéis que amar a Dios». «Incluso (!) la economía se beneficiará con ello» gritó ante los obreros (—Ante los empresarios, en verdad—).

¿¡Y los más pobres entre los pobres!? A ellos les aseguró un «afecto especial» el soberano del multimillonario Estado Vaticano. Se dirigió a ellos como «amigos y hermanos», «los predilectos de Dios». En ellos advirtió de modo especial «la presencia de Cristo». No olvidó, no, recordarles que también el Hijo de Dios «nació pobre», que «vivió entre los pobres», que «Dios escogió a una madre pobre». Exigió de los pobres un «esfuerzo cotidiano por su promoción religiosa y moral», es decir, que se sometan aún más al mandato de la Iglesia. Les exhortó que por nada del mundo consideraran «la riqueza como el sumum de la felicidad», a que «superasen su dolor mediante la esperanza». Celebró «las auténticas alegrías de los pobres», halló en éstos «envidiables tesoros de humanidad y religiosidad». «Los pobres son también ante Dios los ricos», predicó en el barrio miserable de Vidigal, Río de Janeiro, insistiendo en que «Dios recompensaría» y en que «todos somos hermanos...». «El papa os ama», exclamó.

Hasta el ídolo de los «revolucionarios» católicos, el obispo Helder Camara, halló todo ello «maravilloso», cuando, en realidad, todas las «encíclicas sociales» de los papas —y Juan Pablo II hizo, con razón, frecuentes alusiones a las mismas— sobreabundan en pasajes análogos, de desvergonzada obnubilización, de suave censura contra los ricos, de pías esperanzas para los pobres. Pasajes en los que cada cual puede leer lo que le interesa, como ocurre con la Biblia. Pues todo el artificio de la moral social católica consiste precisamente en convertir los grandes sacrificios que los pobres asumen en favor de los ricos, en pequeños sacrificios de los ricos en favor de los pobres.

«Un papa que genera esperanzas» gorjeaba la *Frankfurter Allgemeine*. «Un papa de los pobres, un papa de los obreros, de los indios, de los presos, de los enfermos y de los niños. Un papa que suscita la franca confianza de millones...». ¡Y también la de los millonarios!... Los banqueros insertan ya anuncios de publicidad de página entera con poesías de Wojtyła, de su época polaca, y ello tanto en favor del papa como de «las nuevas generaciones de banqueros».

Juan Pablo II exigió con énfasis la veneración de la Virgen, la piedad popular, la fidelidad a los obispos, el celibato. Reprobó ásperamente el divorcio, los anticonceptivos, el aborto. Todavía no hay, al parecer, bastantes católicos. Ni siquiera en América...

¿Y la teología de la liberación? Dejando aparte el que la denostase, parece, como «falsa teología» (pues todas lo son), ¿no hubo siempre, también entre los cristianos, mirlos blancos? ¿Y no fueron desde siempre, en la Antigüedad y en la Edad Media las víctimas crucificadas y quemadas por la jerarquía? ¿No fue un

sacerdote, Miguel Hidalgo, quien en 1810 salió a enfrentarse a los déspotas a la cabeza de una multitud de indios y de mestizos desarraigados? ¿Acaso no lo fusilaron con la bendición del obispo y no expusieron su cabeza durante diez años en un poste erguido en el centro de Guanajato, bastión del catolicismo? Pues aunque un eventual triunfo del socialismo volviese blancos a todos los mirlos y hombres como Hidalgo fuesen considerados santos, ¿no son los socialistas cristianos —como Lenin observaba a Gorki en 1913— la peor clase de «socialistas»? ¿La peor de sus deformaciones? Aparte de ello, como decían los prusianos del Este: los dornajos son siempre los mismos; sólo los cerdos cambian.

Ante la tercera asamblea general de los obispos latinoamericanos del 28 de enero de 1979 en Puebla Juan Pablo II aseveró: «Quien está familiarizado con la historia de la Iglesia sabe que en todas las épocas hubo venerables figuras episcopales que se consagraron a fondo a las tareas de la promoción y valerosa defensa de la dignidad humana de aquellos que Dios confió a su cuidado. Obraron siempre así como exigencia de su misión episcopal, pues para ellos la dignidad humana era un valor evangélico que no podía ser menospreciada sin ofender gravemente al Creador.

Por lo que respecta a la persona individual, esta dignidad resulta conculcada cuando no se respetan debidamente valores como el de la libertad, el derecho a practicar la religión propia, el de la inviolabilidad física y psíquica, el derecho a los bienes básicos de la vida, a la vida misma...».

Pero nadie menospreció tanto estos derechos, y por espacio de dos mil años; nadie los conculcó de modo tan grave y persistente como la Iglesia Cristiana y en especial la Católica-romana. Y sólo

un papa como Juan Pablo II que no tuvo reparo en encomiar a los obispos como «maestros de la verdad», es también capaz de declarar como regla lo que no fueron, a lo sumo, sino excepciones de exiguo peso, escamoteando, en cambio, lo que sí fue la regla y lanzando semejantes infundios al rostro del mundo. Con ello seguía, desde luego, la inveterada costumbre de sus antecesores.

## **ANTES DEL CRIMEN, INVÓQUESE EL DULCE NOMBRE DE MARÍA.**

«... La veneración de María... es una historia de superstición infantil, de falsificaciones, tergiversaciones, interpretaciones, imaginaciones y manipulaciones de lo más descarado, urdidas por la mezquindad y la indigencia humanas, por la astucia jesuítica y por la voluntad de poder de la Iglesia; un espectáculo tan apto para llorar como para reír: la auténtica “Divina Comedia”».

Arthur Drews.

Gracias a Pablo II, la veneración mañana ha recibido un nuevo impulso —desde Polonia hasta Africa, desde España hasta Latinoamérica. ¿Se trata de un episodio inofensivo? ¿De un culto

piadoso y apolítico? ¡En esta Iglesia no hay nada que sea inofensivo! ¡Ni apolítico! Ni mucho menos María, por muy sorprendente que ello resulte, sobre todo para los católicos, quienes ciertamente son, en general, los que menos conocen la historia de su Iglesia.

¿Quién es María?

¿Aparece ya triunfante en la Biblia como lo hizo más tarde cuando llegó, con frecuencia, a desplazar de las conciencias al mismo «Hijo de Dios»? ¡Al revés! Todo el N.T. habla de ella sin especial veneración. Pablo, el primer autor cristiano, hace tan poca mención de ella como el más antiguo de los evangelistas. Pero también el *Evangelio de Juan*, la *Carta a los Hebreos*, y los *Hechos de los Apóstoles* la ignoran. Y el mismo Jesús, que en la «Escritura» figura como uno de sus siete hermanos y «primer hijo» de María, silencia completamente el hecho de su alumbramiento virginal. Nunca la llama «madre» y usa de rudas maneras con ella, quien, a su vez, lo tiene por loco. Antes del siglo III, ningún Padre de la Iglesia sabe nada acerca de su ininterrumpida virginidad, ni de su ascensión física a los cielos, antes del siglo VI. ¡Más aún, la fe, dogmatizada por entonces, en su concepción inmaculada, fue combatida como superstición por los santos más prominentes, tales como Buenaventura, Alberto Magno, T. de Aquino y otros, que se remitían para ello a San Agustín!

¿Quién es María?

¿Acaso algo nuevo, algo singular en la historia de las religiones? ¡Al contrario! Es simplemente la «continuación» cristiana de la antigua Gran Madre, del ídolo más arcaico de la humanidad,

deidad principal, según testimonian pruebas que se remontan hasta unos tres mil doscientos años a. C. Está ya presente en la más antigua de las religiones conocidas, la sumeria. Su imagen estaba ya guardada en el arca sagrada del templo de Uruk, en Babilonia, ciudad que tiene sus raíces ya en la prehistoria. Inanna, la llamaron los sumerios; Istar, los babilonios; Shanshka, los hurritas; Militta, los asirios; Atargatis, los sirios; Astarté, los fenicios. Los escritos del A.T. la denominan Asera, Anath o Baalat (compañera de Baal); Cibeles, los frigios; Gea, Rhea o Afrodita, los griegos; Magna Mater, los romanos. Está también presente en la Mahadevi hindú. Y en el Egipto aparece ante nosotros en figura de Isis, modelo del que María es réplica casi exacta.

En época muy anterior a la de María, Isis era ya venerada como «madre amorosa», «reina del cielo», «reina de los mares», «dispensadora de gracia», «salvadora», «inmaculada», «*semper virgo*», «*sancta regina*», «*mater doloroso*». Isis era, como más tarde la «María, reina de mayo», madre del verdor y la floración. Al igual que María, Isis alumbró siendo virgen y estando de camino. Al igual que María, Isis sostenía ya al niño, llamado Harpócrates u Horus, en su regazo o le daba el pecho. También Isis se llamaba «Madre de Dios» (*mwt ntr*). El año 431, Isis tuvo que ceder sus títulos de «Madre de Dios» y de «Deípara» en favor de la esposa del carpintero de Galilea. El dogma relativo a ello fue formulado en el concilio de Efeso y conseguido, en parte, gracias a las ingentes sumas con que San Cirilo, Doctor de la Iglesia y patriarca de Alejandría, sobornó a toda clase de gentes, comenzando por altos funcionarios del estado y acabando con influyentes eunucos y camareras palaciegas, sin olvidar a la mujer del prefecto de los pretorianos. Aun siendo rico, se excedió de tal modo en el gasto que aún tuvo que tomar prestadas más de 100

mil piezas de oro, sin que eso bastase del todo. Incluso la concepción de María la situó la Iglesia en la misma época del año en la que tuvo lugar la de Isis, las circunstancias de cuyo embarazo estaban registradas con extraordinaria exactitud en el calendario de festividades egipcias. Isis dejó también en herencia, a favor de la judía, sus atributos: la media luna y la estrella, juntamente con su manto ornado de estrellas. Y como quiera que en el pasado había habido imágenes negras de Isis, también la tez de María se tornó a veces oscura y hasta negra. Estas *madonnas* negras de Nápoles, Czestochowa, y, especialmente las de Rusia, gozaron fama de especial santidad.

¿Quién es María?

¿La patrona de la mujer? ¿La mujer por antonomasia a quien Dios honró como «Madre»? ¡Al revés! ¡La imagen deformada de una mujer! Una criatura elevada corporalmente hasta el cielo, no maculada por ningún deleite, la impoluta, la pura, la que domina triunfalmente sobre sus impulsos, la virgen *ante partum, in partu, post partum*; la gloriosa antagonista de Eva, la pecadora, la culpable, compañera de la serpiente y el falo. Cuanto más florece el culto a la virgen en la bienaventurada Edad Media, cuanto más sobreabundan las canciones, las devociones, las iglesias y las cofradías marianas, tanto más se vilipendia, se humilla y se oprime a la mujer. Ésta se ve desposeída de casi todos sus derechos; pasa por impura durante la menstruación y el embarazo; se la considera mancillada por el parto y, no pocas veces, por el coito. Se convierte en la «puerta permanentemente abierta del infierno», mientras que María, «la esclava del Señor», la sierva de Dios, es decir, del sacerdote, avanza hasta ser «la puerta del cielo». De un lado hiperdulcía sin igual, del otro difamación casi

ilimitada y, por último la quema en la hoguera de millares, de incontables millares de brujas.

¿Quién es María?

¿La «Reina de Mayo»? ¿Nuestra amada «Señora del Tilo», «... del verde bosque»? Sin duda. Pero es, al mismo tiempo, —igual que sus antiguas antecesoras, Istar, diosa del amor y la lucha; la virginal Atenea, diosa de la guerra y otras más— la gran diosa cristiana de la sangre y la venganza. Nuestra amada señora del campo de batalla y de la masacre colectiva. Asesinar bajo la invocación de su nombre es una vieja costumbre piadosa.

Las tropas bizantinas llevaban su imagen en sus campañas, imagen erigida en el palacio imperial de Constantinopla y por doquier en la ciudad. No pocos de entre los grandes guerreros más sanguinarios del catolicismo eran fervientes devotos de María. El emperador Justiniano I, quien, con el concurso del papa, exterminó a los pueblos germánicos, vándalos y ostrogodos, atribuyó a María sus sangrientas victorias. También su sobrino Justino II la eligió como su patrona en la lucha contra los persas. Los barcos de guerra del emperador Heraclio mostraban imágenes de Nuestra Señora en sus proas. Un monstruo como Clodoveo, cuyo nombre lleva aún una plaza de Colonia, explicaba sus brutales victorias sobre «los herejes» por la intervención de María. Carlos Martel, el «Martillo de Dios», también gran devoto de la Virgen, cubrió, al parecer, el campo de batalla de Tours y Poitiers con 300 000 cadáveres de sarracenos. Carlomagno, quien en medio, o encima, de sus muchas mujeres o concubinas, siempre llevaba la imagen de María en su pecho, pudo, en sus 46 años de gobierno y sus 50 campañas diezmar a pueblos enteros y rapiñar

cientos de miles de Km<sup>2</sup> «siguiendo nuestras exhortaciones», comentaba el papa Adriano I. Agradecido, Carlomagno dio en su imperio una amplitud al culto mariano como nunca se había conocido en el pasado y erigió «venarebles santuarios a su celeste protectora en el campo de batalla» (Hocht).

La Edad Media en su totalidad: pleno apogeo del galanteo amoroso a María y de las más atroces carnicerías perpetradas en su nombre. «La idea de la “victoria por María” se extendió hasta penetrar en los ámbitos más externos de la vida... incluso en las luchas mundanas se convirtió su nombre en el grito de guerra de los cristianos» (Hocht, con el Imprimatur eclesiástico). Cuando un nuevo caballero recibía el espaldarazo se le hacía entrega de la espada consagrada, mientras él pronunciaba esta fórmula: «Recibí esta única espada por el honor de Dios y el de María». «María nos valga» fue a menudo el grito de batalla. «*O clemens, o pia, o dulcis virgo Maña*» (Oh clemente, oh solícita, oh dulce virgen María), así cantaban los cruzados antes de partir hacia sus degollinas en «Tierra Santa». Los Caballeros de la Orden Teutónica, asesinos y violadores de todo cuanto podían violar, estaban «únicamente al servicio de su dama celeste, María». La horrible masacre de los albigenses fue «una campaña triunfal de nuestra amada Señora de la Victoria». La guerra contra el Islam, que atraviesa toda la E.M. española, desde el 711 hasta el 1492, fue asimismo una victoria de la «Madre de Dios». María fue también el grito de batalla de 1212, en la fiesta del escapulario de la muy gloriosa Virgen, cuando, en las Navas de Tolosa, el rey Alfonso VIII de Castilla y su soldadesca abatieron, al parecer, a más de 100 000 moros y recogieron un botín gigantesco en oro y piedras preciosas. Algunos decenios más tarde, en 1248, el rey Fernando III el Santo venció a los moros en Sevilla con la imagen de María en el pecho y la invocación de su

nombre. Fernando el Católico, también fanático devoto de María, los expulsó, finalmente de España.

Por todas partes se desplegó la «dinámica mariana de la historia». En la batalla por Belgrado (1456) —«una hazaña mariana bajo la dirección del gran predicador mariano» San Juan de Capistrano, el furibundo General de los Franciscanos —sobre cuya conciencia pesa también la vida de incontables judíos—, murieron, al parecer, unos 80 000 turcos gracias a la ayuda de María. Otros 8000 cayeron en la batalla naval de Lepanto (1571). San Pío V convirtió el día de esta batalla, el 7 de octubre, en una gran festividad «en memoria de nuestra amada Señora de la Victoria», y los venecianos, que habían tenido una destacadísima participación, escribieron bajo un cuadro del Palacio de los Dogos dedicado a la batalla: «Ni el poder, ni las armas, ni los comandantes, sino nuestra María del Rosario nos ayudó a vencer».

En el Nuevo Mundo, el sanguinario Cortés era un glorificador de María. La había escogido como su santa patrona. Donde quiera que levantaba la cruz, sobre montañas de cadáveres, mostraba también la imagen de aquélla, declarando que en lugar de los «ídolos» indios «pondría a nuestra gloriosa y Santa Señora, Madre de Cristo, Hijo de Dios...». También el primer gran baño de sangre de la Guerra de los 30 Años, la batalla de Montaña Blanca, junto a Praga (1620), fue una victoria de María. El caudillo militar católico Tilly, también un ferviente venerador de María. El estandarte principal de la Liga portaba asimismo la imagen de María y una leyenda «dedicada a nuestra amada Señora de la Victoria» (¡con Imprimatur!): «*terribilis, esí castrorum acies ordinata* (terrible como un ejército en orden de batalla). Y Tilly consiguió sus 32 victorias bajo el signo de nuestra amada Señora de Altotting»

hasta que él mismo —«uno de los estrategas más grandes de todos los tiempos... encumbrado hasta ser la primera autoridad militar de Alemania, incluso de Europa» (Gilardone)— halló el final de sus días en la batalla número 33, vencido por el «hereje» Gustavo Adolfo, a pesar de María.

Con todo, María sigue venciendo en el siglo XX. A raíz de la expedición de pillaje de Mussolini contra Abisinia, los italianos enviaban desde allí tarjetas postales que mostraban una *madonna*, con corona de estrellas y con su niño, sobre la torreta de un carro de combate flanqueado por soldados atacantes y rodeada por una nube de humo de los cañones. Pie de la tarjeta: «Ave María». El cardenal arzobispo de Nápoles, Ascalesi, organizó una procesión desde Pompeya a Nápoles con la imagen de la «Madre de Dios». Durante la misma, aviones militares arrojaron octavillas glorificando en una misma frase a la Santa Virgen, al fascismo y la guerra de Abisinia. Las unidades aéreas de Mussolini tenían como patrona a la «Santa Virgen de Loreto». También la Guerra Civil Española fue un éxito mariano.

En una palabra, toda la piadosa historia occidental está llena de milagrosas victorias de María. Según la obra de Hocht, publicada con el *nihil obstat* de la Iglesia y con el título *María salva el Occidente. Fátima y la «Vencedora en todas las batallas de Dios» en la lucha decisiva por Rusia* (1953), un horripilante mamotreto mercedamente «dedicado a Su Santidad, el gran paladín de la paz, con el mayor respeto», la mayor parte de las carnicerías decisivas tuvieron lugar en festividades marianas o, al menos «tres días antes de sus festividades solemnes», «dos días antes del nacimiento de María», «un día después de la Asunción», «la víspera de la festividad del rosario» y sigue una larga retahíla,

hasta Napoleón y Hitler, quien —aquí puede uno enterarse finalmente— en el fondo sólo fue abatido por María y el Papa Pacelli. Como «Papa auténticamente mariano», Pío XII llamó en 1942, a saber, «cuando los pueblos del Occidente... estaban amenazados de muerte», al «orbe católico a consagrarse a la Reina del Rosario y a iniciar una poderosa cruzada de la oración». Y he aquí que las victorias marianas se sucedieron en cadena... sólo que no del lado de las Potencias del Eje, a quien Pacelli se las había destinado.

Precisamente el 31 de octubre de 1942, cuando el papa consagró el género humano al inmaculado (!) corazón de María, fue, según parece, el día en que los ingleses abrieron una brecha en El Alemán. Próxima victoria de María: ¡Stalingrado! ¡El día de la Candelaria! ¡La «Madre de Dios» aliada con el Ejército Rojo! Continuemos: la liberación de Túnez y de Africa del Norte, el día de Fátima. La capitulación de Italia, el país del papa, el día del Nacimiento de María. Derrota definitiva de Alemania y armisticio, día de la Fiesta de la aparición del Arcángel San Miguel (¡Patrono de Alemania!), sobre el Monte Gargano. Incluso la victoria sobre el Japón, tras el lanzamiento de la primera bomba atómica sería una victoria de María. ¡La capitulación del Japón tuvo lugar el Día de la Asunción!

En consecuencia, las iglesias de «María de la Victoria» están extendidas por toda Europa, recordando las orgías bélicas más sangrientas de nuestra historia, desde María de Victoria, en Fátima, hasta María della Vittoria en Roma, pasando por María de Victoria en Ingolstadt, Maria-Sieg en Viena y la iglesia conmemorativa María vom Sieg, en el que fue campo de batalla de Montaña Blanca, junto a Praga. Y precisamente durante la

gloriosa alianza clerical-fascista entre Mussolini, Hitler, Franco Y Salazar, Fátima se convierte, junto a Lourdes, en el lugar de peregrinaje mariano tristemente famoso y, gradualmente, en un centro de propaganda anticomunista y antibolchevique de la Iglesia. Periódicos de Fátima, editoriales de Fátima, iglesias y capillas de Fátima surgen aquí y allá como setas. Se funda una «Fátima de Suabia», una «Fátima de Zululandia», una «Fátima de Africa Oriental». El culto se extiende hasta China y los Mares del Sur. Y en 1942, cuando los ejércitos de Hitler han penetrado profundamente en Rusia y Pío XII y su episcopado desatan por todo el mundo una campaña antisoviética con auténticas lenguas de Goebbels, se decide también propalar machaconamente «las profecías» de Nuestra Señora de Fátima: si Rusia se convierte habrá paz. «Si no es así, sus errores se expandirán por el mundo provocando guerras y persecuciones de la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que padecer muchas cosas y varias naciones serán exterminadas...». En 1950 cuando Pío XII, tan agraciado con capitales como con visiones, vio en el cielo «el milagro del Valle de Fátima», el obispo Schen, exclamó durante un discurso en Fátima: «¡La Plaza Roja de Moscú ha encontrado su contrapartida en la “Plaza Blanca” de Fátima. El martillo se transformará en la cruz de Cristo, la hoz en la luna bajo los pies de Nuestra Señora!».

¡Qué importa que «varias naciones» sean borradas del mapa...!  
¡Lo importante es que Roma obtenga lo que quiere! Pero en todo este asunto María juega un papel, tanto en el plano de la política de la Iglesia como en el del culto, que no se puede subestimar — desde Portugal hasta Polonia y Latinoamérica. La Curia está en pie de guerra contra el comunismo y la URSS en todas partes del mundo. Desde los años 20 en que ya «el milagro del Vístula»

(1920) se celebró como victoria mariana sobre el Ejército Rojo, como «salvación de Europa frente al bolchevismo» (obispo Graber), la denominada «Santa Sede» atiza abierta y encubiertamente el frente antisoviético, al lado de Pilsudski, de Hitler, de los USA. Y desde hace ya siglos es ante todo Polonia la que tiene por misión ser el «muro protector de la cristiandad» contra Rusia, *cordon sanitaire* y, simultáneamente, base de despliegue.

Pues lo que está en juego para el Vaticano no es únicamente el exterminio de la satánica URSS, sino también la obtención, como botín, de la Iglesia Ortodoxa Rusa, meta milenaria que se intentó alcanzar por todos los medios, diplomáticos y bélicos; mediante cruzadas, con la Orden Teutónica, con los ejércitos suecos. También a través de un gigantesco fraude como fue la aventura de aquel osado impostor a quien, poco después de 1600 y por medio de una campaña militar, encaramaron al trono de los zares como presunto hijo imperial al objeto de convertir a Rusia en católico-romana. También esta farsa de dimensiones históricas, una bribonada que no va muy a la zaga de la «Donatio Constantini», la mayor falsificación de todos los tiempos, partió de Polonia, siendo cálidamente acogida por el «Santo Padre» Pablo V y especialmente propiciada por los jesuitas, por el nuncio papal y asimismo por el cardenal de Cracovia, un antecesor de Wojtyla. Este último no se limita a fomentar por doquier y en todos sus viajes la devoción mariana, sino que también recuerda incansablemente a Polonia cuál es su misión «histórica».

Precisamente en su «peregrinaje» de junio de 1979, volvió al tema en repetidas ocasiones, si bien guardando la debida precaución frente a su antípodas de Moscú. Cada cual sabe, no obstante, a

qué atenerse cuando Juan Pablo II dice en Polonia que ésta «por su historia milenaria pertenece a Europa», «que no es posible una Europa justa mientras no figure en su mapa una Polonia independiente». Cuando él, «papa eslavo» quiere «precisamente ahora ser un símbolo visible de la unidad espiritual de la Europa Cristiana» y cuando exclama «¡Si, Cristo lo quiere!», lo cual recuerda sospechosamente al viejo grito de los cruzados, algo que también se oyó en la Primera y Segunda G.M., una guerra, esta última «que —y a ello coadyuvó el Vaticano de todas las maneras posibles— escindió trágicamente a Europa». Y por ello, exigió el papa a renglón seguido en aquel viaje a Polonia: «Europa tiene que volver sus ojos al cristianismo». Y expresamente en el santuario mariano de Jasna Góra, donde la «Virgen Negra» está recubierta de distintivos de honor militar, demandó la «libertad para la iglesia en Polonia y en el mundo actual». Fue allí mismo donde proclamó «ante María “la reina de Polonia” lo que significa ser cristiano en Polonia... ser cristiano quiere decir estar vigilante. Vigilante como un soldado en su puesto...». En su libro *El Papa Wojtyla. El Santo Bufón*, H. Herrmann, antiguo canonista católico, subraya con razón que desde Pío XII no ha habido ningún papa tan acusadamente mariano como Juan Pablo II y que éste, en todos sus viajes, fija las visitas a los lugares de peregrinación mariana como auténticos puntos culminantes de aquéllos. Así hizo con los santuarios Marianos de Knock, en Irlanda; Loreto en Italia; Guadalupe, en Méjico y Jasna Góra, en Polonia. Que también su veneración por María es «expresión de cierta teología política». María es también para él «la triunfadora». Ya Pío XII, el tristemente cómplice de los fascistas la había denominado «vencedora en todas las batallas de Dios». Y así como el papa Pacelli exigía que la consagración a María «tenía que convertirse

en un clamor por una reforma efectiva de las costumbres, por las reformas necesarias tanto en la vida personal como en la familiar, de la vida ciudadana y de la social, de la nacional y la internacional», el papa Wojtyla, a raíz de la consagración de Polonia a la «Virgen Negra» de Czestochowa, hizo memoria no sólo de «los sufrimientos de Polonia sino también de “las victorias polacas” y conjuró a “la soberanía de la Madre”, más todavía “su soberanía cada vez más apremiante”».

¿Es Polonia lo que está aquí en juego? ¿Acaso Alemania o Europa Occidental? ¿O bien los USA? ¡Lo único que ésta en juego son ellos mismos y su poder! «En caso de que los americanos consiguieran, mediante una guerra afortunada, hacerse los dueños del mundo y, sobre todo, de Italia —explicaba tras la Segunda G.M., monseñor Fallani, miembro de la Secretaría de Estado vaticana, al jesuita Tondi—... la situación económica del Vaticano y del catolicismo se tornaría muy insegura y difícil. América nos manda ahora tantos dólares como deseamos porque nos necesita como poder. El día de mañana, sin embargo, los protestantes tomarían posesión de todo». «¿Y qué haríamos en ese caso?» —preguntó el jesuita. «Buscaríamos a alguien que combata a América —respondió Fallani— al igual que hoy buscamos a América para luchar contra el comunismo».

Y de seguro, que también entonces habría un papa clamando por la paz, y habría una «Iglesia de las bases» esperando «reformas» y prosperaría el culto a María y el pueblo creyente seguiría cantando, con más inconsciencia que emoción: «Socórrenos, Oh Mari-i-a-a-a...».

**ATAQUE Y CONTRAATAQUE. RÉPLICA A LA  
QUERRELLA DE UN SIERVO DE LA IGLESIA**

Deschner

D-8728 Hassfurt, 2.2.1987

Goethestr. 2

Sr.

Doctor Peter Huemer.

Redacción ((Club 2)).

Viena.

Muy estimado Sr. Huemer:

Le agradezco de nuevo cordialmente la invitación al «Club 2» y le ruego sea indulgente con mi tardanza en responder a sus cartas, debida a algunos viajes y al correo acumulado entretanto. Aparte de ello, tenía mis dudas sobre si debía malgastar buena parte de mi tiempo por causa de la santa ira del diácono de la archidiócesis de Viena.

Ante tales exabruptos suelo hacerme una única pregunta: ¿Es este hombre un ignorante o simula serlo meramente? Lo primero diría mal de su cacumen. Lo segundo, de su carácter. En la iglesia de la hipocresía por antonomasia, también hace, no obstante, estragos la combinación de ambas cosas, que sólo en apariencia se

contradicen.

¿Qué es lo que mi hombre critica?

Continuamente se refiere a «manifestaciones enconadas y carentes de objetividad», a mi «estilo enconado y hostil», a mi falta de «caballerosidad y tolerancia», a mi «comportamiento impertinente», a que degeneré dando en la «histeria y el encono». Pone el grito en el cielo porque «allí salpicó el veneno» por causa del «escritor agresivo», del «escritor exaltado como un energúmeno» que «con un cinismo descarado atacó a un Pater Bsteh, afable y exquisito en sus respuestas, con una conducta y unas manifestaciones vejatorias e hirientes para mis sentimientos religiosos y los de todos los creyentes cristianos».

¡Qué tremebundo suena todo eso! Sus superiores, sin embargo se hicieron eco de ello como era de esperar. Ahora, no obstante, cabe esperar contraargumentos, sólidas invalidaciones, la prueba terminante de mi insolvencia, de mi incompetencia e ignorancia, la rectificación de aseveraciones falsas, la puesta al descubierto de calumnias, exageraciones, errores, contradicciones, sofismas, patrañas, mentiras —era la gran ocasión para que un fámulo de la iglesia apretase bien las clavijas a un enemigo de la misma juntamente con sus perfidias.

Y, sin embargo, las tres páginas, a un solo espacio, no contienen ni una sola rectificación. Mi hombre se limita a hincharse como una esponja, a escandalizarse, a irritarse, a desaprobar, a tomar a mal mostrando la actitud de desagrado de quien no está dispuesto a aguantar más, indignado, ofendido, herido. No siendo capaz de refutar nada, lo que se dice nada, me achaca a mí, así, en bloque,

falta de objetividad y, en bloque también, un comportamiento impropio e intolerante. Es claro que para personas de su laya *toda crítica fundamental* a la única y sacrosanta Católica, la única, ¡ay!, que lleva razón y que dispensa en exclusiva la bienaventuranza, es *siempre y de antemano* una crítica aviesa, carente de objetividad, un completo escándalo en el fondo.

Si las ovejas de la grey gozasen de la facultad de pensar hallarían ya a priori sospechosa esa arrogancia absolutista. Y si tuviesen sensibilidad moral, se sentirían asqueadas ante la «barca de Pedro», ante su vendealmas salpicado por todas las aguas fangosas, ante esa historia de dogmas, guerras y atrocidades, ante ese modo de humillar, de tundir, de estrujar a casi sesenta generaciones, ante ese modo de embaucar con milagros, reliquias y finanzas, ante esas intrigas, esas falsificaciones, esa capacidad para embobar hasta el tuétano, esa escurridiza trayectoria, ya casi bimilenaria, entre mentiras, sangre y lágrimas.

Pero en vez de pensar, lo que hacen las ovejitas es rezar y decir amén. Saben, desde luego, que la Iglesia la componen hombres, que los mismos sacerdotes no son más que hombres, que no es santo todo cuanto en aquélla acaece, que se dan también errores, que ha habido, incluso. —¡Qué alarde de veracidad de una de sus gacetillas de gran circulación!— *un* papa malo. Ahora bien, las ovejitas apenas necesitan, deben o pueden ir más allá de eso con su pensamiento. Ni menos aún pensar por cuenta propia. La ilustración eclesiástica intenta, cabalmente, obcecar a la gente para que se deje dirigir. Lo suyo es eliminar precisamente aquellas desdichas de las que nos veríamos libres, si no fuese por ella. Los mejores tambores son las cabezas huera.

Pues bien, ¿qué es lo que yo dije propiamente en aquel debate algo anterior al «día de difuntos» y dedicado a la agonía, la muerte, los ritos fúnebres y el culto a los difuntos?

A la pregunta introductoria del moderador Kuno Knobl, de cómo nos imaginábamos el propio entierro, respondí yo que esa cuestión estaba ya prefijada. Yo quisiera, —*mutatis mutandis*, naturalmente— ser inhumado como mis perros. En un ataúd de lo más barato, con los enterradores por única compañía, quienes únicamente habrían de cerciorarse de que es *a mí* a quien meten bajo tierra, sin cantos ni músicas; ni una palabra, ni un tono; sin campanas, coronas, esquelas o acción de gracias, sin ningún —y en ese momento me volví hacia el Profesor de Teología Fundamental y de Teología de la Religión, Pater Bsteh, que estaba sentado casi enfrente de mí— ¡perdone usted!, estaba a punto de decir «y, ¡por amor de Dios!, sin cura». Y desde hoy mismo lanzó mi maldición contra todo el que haga correr rumores acerca de mi conversión.

Pues no es infrecuente que se propalen rumores de conversión. Pero incluso aunque éstos fuesen verdaderos, ello no «demuestra nada», como tampoco demuestran nada casos contrarios como los referidos por G. Brenner, grupo 47 en mi encuesta *¿Qué opina usted del cristianismo?*, a saber, el de sacerdotes que en la hora de su muerte cometieron un «suicidio teológico» abjurando solemnemente de su fe antes del final, algo que, según me contó, sucedió con su propio padre, un pastor protestante aquejado de una larga y grave enfermedad.

En otro tiempo quise desaparecer de este mundo con el tercer tiempo de la octava sinfonía de Bruckner. Hoy, como ya he dicho,

igual que mis perros. Alguno puede pensar que con ello me rebajo a la altura del can, pero yo tengo más estima por los canes que por muchos a quienes se entierra con honras estatales. Y por mí, ya pueden los piadosos penar por el hecho de que este asunto pueda resolverse también así, del modo más simple, sin una multitud de acompañantes temblorosos, pesarosos o sarcásticos, sin esa miscelánea de los más heterogéneos sentimientos, de condolencia, de curiosidad, de regodeo en el espectáculo, de complacencia en el mal ajeno; sin sacerdotes, sermones, aspersiones y también sin responsos como: «... vivirá aunque haya muerto», o el que aparentando solicitud incluye una amenaza subliminal: «... recemos por aquel de entre nosotros que sea el próximo...».

En el Club hubo también otros que no deseaban que se malgastasen con ellos muchas ceremonias y sí, en cambio, gozar previamente un poco más de la vida. Los católicos, por el contrario, querían conceder a sus cadáveres el consabido rebomborio —¡ningún otro ceremonial de la heroica vida burguesa está tan repleto de mentiras!— para consuelo de sus familiares. Pues que el difunto no saca de ello provecho alguno fue opinión casi unánime. ¡Más provecho obtendría de algunas santas misas!, al decir de una de las dos damas sentadas junto al Pater, dama que a mí me pareció —quizá deba achacarlo a mi fantasía— la encarnación de la «piá Elena<sup>[11]</sup>».

La señora Otilia Schiechl, administrativa de consulta médica, había tenido ciertamente el consuelo (junto al aún mayor de se fe) de haber vivido el entierro de su hijo de 21 años «acompañada de muchísima gente y muchísimas flores». Durante el debate apenas desapareció de su rostro una sonrisa que lo nimbaba

incuestionablemente, aunque con un deje mordaz: muda demostración de la certidumbre de su fe. Algo que no se podía divisar ni mínimamente en los rasgos casi siempre torturados del Pater (Hay al respecto una famosa frase de Nietzsche), pese a que sus palabras trataban de esfumar esa expresión. «Pero —dijo O. Schiechl— el difunto obtiene más provecho si se le encarga una misa». Debido a la fuerza de ese argumento, volvió a repetirlo casi literalmente aunque con una restricción un tanto sorprendente: «El difunto, en mi opinión, saca más provecho si se le sufraga una misa, cosa que yo hago con frecuencia». Pues es para ella «un gran consuelo... el que yo pueda creer que algún día podré reunirme de nuevo con él; y yo creo firmemente en ello». «Estoy convencida de que él ve o siente cómo estamos ahí, sentados...».

Por otra parte, sin embargo, y algo en contradicción con lo anterior, O. Schiechl (cuyo aspecto, me dijo mi hija en casa responde perfectamente a su nombre) estaba convencida de que al difunto en nada le aprovecha su entierro. «Su bello cadáver, como se dice en Viena», aportación insólita al debate del funcionario de pompas fúnebres de Viena, el Sr. Müller, quien, según mis impresiones, (aunque en lo que sigue apenas haré ninguna otra referencia a él) fue la estrella de la velada, tanto óptica como verbalmente (mientras que, verbigracia, un escritor alemán —siento ahora el prurito de esbozar todos sus gestos, si bien ello no viene al caso aunque sí está relacionado con él— en cuyo honor sólo puede decirse que escribe mejor que habla, argüía, reargüía y contrargüía, a veces con vehemencia excesiva, casi penosa, y se atropellaba en el calor de la refriega, tartamudeaba y se comía palabras enteras como queriéndolas poner a salvo o como si temiese que se las sustraerían allí mismo o que las olvidaría; escritor que debería dejar la oratoria en manos

de charlatanes de profesión, de moderadores de *shows*, de profesores pelmazos, de políticos o de curas, y que visto posteriormente en la tele casera, me recordó fatalmente a mi mismo).

Únicamente mi colega austríaca Lotte Ingrisch, célebre por títulos como *Guía del más allá* y *Arte de morir para principiantes*, ilustró asimismo, pero no como O. Schiechl, sino de forma más elocuente, ostentosa, brillante y más desde lo profundo, al mismo tiempo (su amable rostro me recordaba el de una estufa a punto de estallar por sobrecarga) su continuo trato con fuerzas y poderes extraños: todos y cada uno de nosotros somos espectros, exclamó en cierto momento y, bien mirado, no iba muy desencaminada. Sólo ella sabía que el difunto vivía también su entierro o, mejor dicho, disfrutaba de su entierro, «que siente, con certeza, curiosidad por su propio cadáver», «¡Hasta tal punto se es curioso!». Y no sólo era el caso de que una amiga suya hubiese visto a un chaval difunto «dar volteretas» y «completamente embriagado», sino que ella misma vio, «y en situaciones por cierto completamente triviales, no recuerdo ahora cuáles, a un director de banco o a un escritor y hablé con ellos y bajé después del tranvía o me despedí. Después me vino a la mente, pero ¡un momento!, pero si éste murió hace tres semanas...», y reía que era un gusto. «¡Y tanto!, el difunto está allí con su cadáver», frase que, formulada así ni siquiera yo refutaría.

Lo que yo encuentro, en cambio, algo triste es que muchos no disfrutan a lo largo de su vida de tanta consideración como cuando ya han muerto y que el último honor que se les dispensa, sea, para decirlo con la chispa de una cita, no pocas veces, el primero.

A la pregunta del moderador acerca de una vida «más allá», respondí yo: a mi entender los muertos no siguen viviendo en su conciencia, sino en la nuestra. Los muertos mueren cuando se les olvida. Y observé, contra las ilusiones del cristianismo acerca del más allá, que esta doctrina acrecienta aún más la dicha de los bienaventurados mediante el recurso sádico de que aquéllos puedan ver desde el cielo los sufrimientos de los pecadores en el infierno, ¡y eso por toda la eternidad!

¿Qué hay de falso en lo que digo? (Prescindiendo de que lo sea toda la cuestión). Son viejas concepciones cristianas.

Ya el Nuevo Testamento azuza contra la humanidad no creyente: «Haced con ella lo mismo que ella ha hecho con vosotros y devolvedle el doble del mal, como sus hechos se merecen». Lo contrario, dicho sea de paso, del mandamiento pacifista de Jesús. Después, es Tertuliano quien ve a los pecadores en el infierno «más reblandecidos y macerados por el fuego». Su insaciable mirada quiere regodearse en el estofado de sus adversarios: «¿qué espectáculo tan amplio se ofrecerá allí? ¿Qué es lo que suscitará allí mi asombro y provocará mis risas? ¿Dónde estará el lugar de mi dicha, de mi regocijo?». También el obispo mártir Cipriano promete a los bienaventurados la contemplación de los tormentos de sus antiguos perseguidores como complemento de su goce celeste por toda la eternidad. Lactancio endulza asimismo la vida eterna con la visión de los condenados. Hasta el teólogo oficial de la Iglesia Tomas de Aquino («manso como un cordero», comenta sarcástico Nietzsche) da testimonio al respecto: «para que la beatitud agrade más a los santos (magis complacemat) y se muestren tanto más agradecidos a Dios, les está permitido gozar de una perfecta visión de los castigos de los impíos».

¡Si esto no es sadismo...!

El mismo infierno de Auswitz es poca cosa al lado del infierno eterno, dije, y pregunté: ¿Cómo se compagina siquiera semejante infierno con un Creador sumamente bueno y poderoso? ¿Cómo puede éste soportar una cosa así? ¿Y el creyente? ¿Cómo puede él mismo, Pater Bsteh, sobrellevar ese pensamiento? ¿Puede uno sentir como auténtica vida esa «vida» posterior? ¿Cómo gozar de ella cuando buena parte de la humanidad, la mayor, se ve masacrada, atormentada del modo más atroz y pérfido durante toda una eternidad? Llegados a ese punto, Pater Bsteh asintió con su cabeza y dijo después «le comprendo perfectamente».

Ni una réplica. Y en cuanto al diácono, tampoco puede hacer nunca otra cosa que lamentarse en términos generales, protestar escapándose por las ramas, envolver simplemente sus quejas en un burdo patetismo. ¡Se guarda siempre de descender a lo concreto!

Y si, interesados por la congruencia entre las penas del infierno y la misericordia del buen Dios, consultamos a Monseñor A. M. Rathgeber, cuyo diccionario *¿Lo sabía Usted?*, «se ha implantado y acreditado tanto como el “Ploetz” o el “Dahlmann-Weitz” lo están para los historiadores» (Revista *Deutsche Tagespost* —Correo Diario Alemán—), nos enteramos de que «Dios es de una bondad y magnanimidad infinitas, siempre dispuesto a perdonar. Pero Dios no puede permitir que se haga perpetua irrisión de él». Así pues, por una parte es infinitamente bueno y magnánimo, siempre dispuesto a perdonar; por la otra, no lo es siempre y eternamente. Así sea; podemos soportarlo: lo que no podemos soportar es el modo como los teólogos tratan a la lógica. «Dios no

puede permitir que se haga perpetua irrisión de él». No, eso no, pero castigar, eso sí que puede hacerlo perpetuamente: por el hecho de que alguno, durante algunos decenios tuvo propósitos distintos a los suyos. Eso es lo que Msr. Rathgeber llama justicia, misericordia y amor en una sola palabra. «En última instancia», desde luego, también para el «Ploetz», para el «Dahlmann-Weitz» de los católicos «el infierno constituye un gran misterio, tan grande y profundo que...». Ahorrémonos su parloteo. Éste me recuerda vivamente la sorna de R. Musil, quien opina que aunque precipitemos a un buen cristiano o a un piadoso judío «de no importa qué piso de la esperanza o del bienestar, siempre caerá de pie; sobre los pies de su alma, por así decir. Se debe eso a que cada religión en la explicación de la vida con la que obsequia a los hombres ha incluido cautamente un resto irracional, imponderable, a lo que denomina inescrutabilidad de Dios. Cuando las cosas no le salen al mortal según sus cálculos éste no tiene más que acordarse de aquel resto y su espíritu puede frotarse las manos satisfecho».

Pater Bsteh no se frotó las manos. Se mostró a los presentes casi siempre pesaroso, amargo, por no decir amargado (pero en modo alguno malevolente, ¡que va!), y en un momento dado, en tono ciertamente suave, entre pío y amable, pero objetivamente claro, se distanció de toda creencia en la eternidad de las penas del infierno, de la existencia misma del infierno, usando tres veces el término «seguro» y refiriéndose al infierno sólo «entre comillas».

«Todo lo contrario —reconoció el Profesor católico-romano de Teología Fundamental y Teología de la Religión—, yo diría que, al menos para mí, es seguro que como cristiano he de sentirme obligado a esperar que en el infierno, entre comillas, no hay un

solo hombre», «que ninguna» de las criaturas de Dios «está separada definitivamente de él. Pues es seguro que el infierno no aparece explícitamente en ningún pasaje (!) de esta o aquella forma, como un lugar situado ahí, sin más, a la espera de visitantes, o, digamos, a gente que va llegando a él, como a veces se propendía gustosamente (!) a imaginar» —«se imaginó durante siglos», intervino aquí el moderador K. Knobl. «Cierto, cierto— confirmo Bsteh, y prosiguió “... mientras los demás van a otro lugar. Seguro (!) que no es ese el caso” sino que más bien, insistió “no habrá, en última instancia ni un solo hombre definitivamente separado de Dios”». «Yo si quisiera estarlo», dijo la joven autora alemana Constanza Elsner, sentada a mi lado. «Con semejante Dios, causante de Sodoma y Gomorra e historias parecidas, joh, no!... encuentro que ese Dios suyo es tan espantoso...».

En contra del Pater y de su franca negación de las penas eternas del infierno, objeté que como teólogo católico estaba obligado a creer en ello, pues la eternidad de esas penas es doctrina integrante tanto de la ortodoxia católica como de la protestante, ergo él, enfaticé, resultaba ser un «hereje». Bsteh sonrió suavemente y Otilia Schiechl, sentada a su lado, apenas pudo reprimir una mordaz sonrisa. Un hereje repetí. Pues lo que estaba sosteniendo lo sostuvo ya Orígenes, el más grande de los teólogos de los tres primeros siglos y uno de los cristianos más respetables, a saber, la doctrina de la *apokatastasis*, de la total reconciliación, del retorno de todos, el demonio incluido a Dios. Pero Orígenes fue declarado hereje una y otra vez «y actualmente, seguro que muy a pesar de muchos de sus colegas —dije— aunque tan sólo sea porque los tiempos han cambiado...». Pate Bsteh había iniciado ya un cabeceo de asentimiento, pero contrajo su rostro cuando yo proseguí «... y en ese caso también resulta agradable

modificar parcialmente la teología».

Llegados a este punto el docto sólo pidió «que se le permitiese preguntar escuetamente» dónde hay un solo dogma de la Iglesia en el que se mencione el infierno. A lo largo de siglos, dije yo, durante casi dos milenios ha hablado de él la Iglesia. Pero el teólogo insistió: «¿Dónde hay un solo dogma de la Iglesia en el que ésta afirme que en el infierno hay tantas o cuantas personas o, en su caso, que haya una sola persona concreta al menos?».

Yo había testimoniado ya mi simpatía por el Pater de aspecto atribulado (lo que siempre suscita en mí compasión) hombre filantrópico, sin duda, hombre que viajó mucho y con gran experiencia, de quien comencé a sospechar, a cuenta de sus manifestaciones —aunque yo estaba seguro de que él me replicaría negativamente— que en la cuestión del más allá no creía muchas más cosas que yo (o, a propósito, que los teólogos que conozco personalmente, que no son pocos). Le había testimoniado mi simpatía por sus humanitarias esperanzas respecto a nuestro destino *postmortal*, pero en este punto dije: «Ahora me resulta menos simpático, si se me permite la observación. Pues ahora...». —«¿Y cómo así?», se pudo percibir de boca de Bsteh. «No, permítame, por favor, que se lo diga, pues a través suyo habla ahora la harto conocida doblez a que están acostumbrados sus colegas y la Iglesia, pues por una parte, y en eso tiene Ud. razón, la cuestión no ha sido dogmáticamente definida, pero en el plano de los hechos, en la realidad, la doctrina del infierno ha servido para amordazar a una generación tras otra y eso a lo largo de dos milenios... lo que constituía para cada cual algo horroroso». «Así es ciertamente», dijo Pater Bsteh. «Lo que Ud. dice hay que tomarlo muy en serio, eso es incuestionable.

Pero eso son formas en la comprensión de la fe que se han configurado de este u otro modo en el transcurso de los tiempos y podrán, seguramente, configurarse de modo distinto (!). Pero lo que me interesaba haber puesto algo en claro, es que por parte de la Iglesia, no hay ningún dogma de fe que me obligue a aceptar como cristiano el que ni tan siquiera haya un único hombre definitivamente separado de Dios».

El moderador quiso poner fin al tema de la Iglesia, pero por otra parte «pensaba —dijo—, sólo en una cosa, y con ello quisiera completar lo dicho por el Sr. Deschner. Pensaba, recordando mi infancia y mis amigos, en el miedo profundo que ya entonces existía...», «¡Y tanto!», se oyó asentir a alguien, «... respecto al infierno y al diablo, el miedo a ser quemado eternamente y como todo ello era perfectamente concebible por la imaginación y como los sacerdotes, profesores de religión, etc., también anunciaban rotundamente, si no ante mí, sí ante mis amigos: ¡Ten cuidado con lo que te pueda pasar si no haces esto o aquello!». ¡O si lo haces!

Estimado Sr. Huemer, me he detenido un buen espacio en este tema para mostrar cómo un profesor de teología católico puede permitirse bagatelizar y desechar la creencia en el infierno ante millones de telespectadores como si aquélla apenas hubiese tenido nunca vigencia.

Pues hoy, esa creencia resulta verdaderamente chocante para muchos. Hoy les parece indigna de crédito tanto a católicos como a protestantes. En consecuencia, numerosos servidores de Dios, «avanzados», intentan adaptarse al espíritu del tiempo, lo que constituye su principal cometido y que es también lo que me

determina a censurar a los teólogos más progresistas como los peores. Por otra parte hay todavía cristianos más que suficientes, presumiblemente cientos de millones, que siguen creyendo y están, naturalmente, obligados a creer en la existencia del infierno. Conozco a una persona muy cultivada (con fábricas en Europa y América) que ahora, ya viejo y enfermo, recae nuevamente en las ideas grabadas en su infancia católica y a quien continuamente tortura el pensamiento del infierno.

Se podrían llenar bibliotecas enteras reuniendo los textos que describen los horrores del infierno en las diferentes épocas del cristianismo. Y prescindiendo del hecho de que el Papado no haya definido nunca dogmáticamente la creencia en el infierno: fue quien hizo de aquélla un uso más frecuente que de cualquier dogma de fe (definida) y, aunque indefinida, esa creencia es, por lo demás, algo de firmeza irrevocable para el catolicismo y la ortodoxia protestante. Las más famosas autoridades del cristianismo no dejaron nunca de inculcar la existencia del infierno. La Biblia hace de él no menos de 70 menciones. Jesús se remite a él 25 veces advirtiéndolo del «gusano que nunca muere», del «fuego inextinguible», del «castigo eterno». Pablo acentuó asimismo que los pecadores «padecerán un castigo y una desdicha eternos». Y los doctores más prominentes de la Iglesia juzgan la cuestión basándose en la Biblia, en Jesús y en Pablo. Un Juan Crisóstomo, por ejemplo, dice saber «que aquel fuego no tiene fin» por lo que se debe pensar en él «en todo momento», «en la colación no menos que a la hora de cenar». También Agustín habla a menudo del «eterno tormento», del «mortificante castigo eterno», de aquellos que «permanecerán en la desdicha de una muerte eterna», si bien, lo que no deja de ser curioso, desde el año 421 introdujo una especie de tregua, una pausa de fin de

semana en el infierno: ¡la interrupción del castigo infernal desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana! No muchos años antes, hasta el 415 había rechazado duramente semejante suposición. T. de Aquino la volvió a rechazar.

También los papas proclamaron, naturalmente, durante muchos siglos la doctrina del infierno. Vigilio, Pelagio I, Inocencio III, Inocencio IV y otros. Asimismo concilios como el IV de Letrán (1215) —tristemente famoso a causa de sus decretos antijudaicos— o, ya mucho antes, el sínodo de la provincia eclesiástica de Constantinopla del 543 que, una vez más, declaró hereje a Orígenes: «Quién diga o crea que el castigo de los espíritus malignos de los impíos es tan sólo temporal y llegará a su fin después de un tiempo determinado, dándose después un total restablecimiento [apokatastasis] de esos espíritus malignos y de los impíos, debe ser excluido [de la Iglesia]» —sentencia, por cierto, que según K. Rahner, el teólogo que goza, presuntamente, de mayor autoridad entre los católicos, pertenece a los fragmentos doctrinales que gozan de infabilidad.

También el *Catecismo Romano* editado por orden del papa Pío V en cumplimiento de un decreto del concilio de Trento, amenaza con toda energía «que, en el infierno, los impíos se ven privados a perpetuidad de la visión de Dios», que «son arrojados al fuego eterno (*in ignem aeternum*) y sufren con ello tormentos semejantes a golpes y latigazos o a otras clases de castigos corporales graves entre los que el suplicio del fuego les produce, sin duda alguna, las peores sensaciones de dolor»; tanto más cuanto que ello durará perpetuamente (*ut perpetuum tempus duraturum sit*) y los condenados «nunca podrán verse libres de la compañía de los demonios más execrables» (!). Y este catecismo

subraya explícitamente: «Esto es lo que los directores espirituales deben inculcar reiteradamente al pueblo creyente (*saepissime inculcare debent*)»).

Todavía en el siglo XX, deben los jesuitas, basándose en los *Ejercicios Espirituales* de su fundador I. de Loyola —quien, por cierto, a juicio de uno de sus «hijos» aúna la grandeza humana con «las acciones de un perturbado»— sugerirse a sí mismos en algunos ejercicios y según las diversas percepciones sensoriales, la «longitud, la anchura y la profundidad del infierno» y también «aquellas brasas inconmensurables y las almas como inmersas en cuerpos de fuego» y además «el llanto y los alaridos», «el humo, el azufre», *etc.* Finalmente deben, en un último ejercicio, «una hora antes de la cena», «traer a su memoria el recuerdo de todas las almas que están en el infierno» y alegrarse de que ellos no están (aún) incluidos entre ellas.

Lo reitero: es doctrina bien remachada a lo largo de dos milenios, aunque nunca *ex cathedra*, sumiendo durante todo ese tiempo a incontables personas, y por toda la vida, en los más torturantes escrúpulos de conciencia, en indecible desgracia. Y ahora, cuando, incluso entre los católicos, son cada vez menos los que creen en ello, Pater Bsteh —como seguramente otros muchos teólogos de esta época— obra como si el cristiano tuviese el deber de esperar y creer exactamente lo contrario de cuanto se ha enseñado hasta ahora. De repente ya no valen para nada ni las encarecidas admoniciones de los concilios, ni los papas, ni los más célebres Doctores de la Iglesia, ni siquiera las palabras de Pablo, ni las mismas palabras de Jesús.

¡Como si precisamente a éstas las hubiesen tenido en cuenta

alguna vez! ¡Como si no lo hubiesen liquidado en repetidas ocasiones! Por eso en la encuesta del católico H. Spaemann *¿Quién es para mí Jesús de Nazareth?*, escribí lacónicamente: «Desde luego, no un Dios, quizás un hombre. Crucificado una vez según la Biblia, en la historia de la Iglesia se le crucifica de continuo».

¿Pues quién ha tenido en menos a Jesús, desde siempre, si no es cabalmente el clero? No es nada fortuito el que los romanos traduzcan la sigla SCV (*Stato Citta del Vaticano*) de la matrícula de los altos miembros de la curia, con la expresión ¡«Se *Christo vedesse*»! (¡Si Cristo lo viese!).

Me viene en este punto a la memoria la tarjeta postal que me envió recientemente una «lectora entusiasta» de la Alta Baviera: «Al canónigo del cabildo —escribe— le argüí (telefónicamente) mencionando los libros de Ud., el asesinato del papa en 1978, el fraude de miles de millones en 1971, las ganancias extraídas por la Iglesia de la píldora anticonceptiva con un intento de soborno, y le pregunte: ¿“Qué diría Jesús a todo ello”?, a lo cual respondió él: “¡Ay!, si preguntásemos siempre a Jesús...”».

Y no sólo es que no pregunten a Jesús sino que, plenamente consecuentes, tampoco tienen ninguna prisa en reunirse con él. Ante la muerte tienen —que fenómeno tan curioso— el mismo miedo que nosotros. En mi obra en dos volúmenes *Un siglo de historia redentora. La política de los Papas en la época de las Guerras Mundiales*, la más actual, con mucho de mis críticas a la Iglesia y por ello mismo ampliamente silenciada, señalé la elevada edad de los papas de los últimos cien años y lo recordé en el «Club»: León XIII, dije, alcanzó 93 años; Pío X 79; Pío XI 82; Pío XII

82; Juan XXIII 82; Pablo VI 81. Los dos únicos soberanos de la Iglesia arrebatados en edades más tempranas no sufrieron, probablemente, una muerte natural. Benedicto XV, el papa más desconocido de este siglo —y ello apenas puede ser casual— falleció con 67 años, de forma totalmente inesperada y desconcertantemente rápida, contraído en sí mismo por los dolores, dando pie al rumor de que había sido envenenado (él mismo parece haber envenenado en otro tiempo a un rival, según se dijo, no en los mentideros del perverso mundo, sino en los del Vaticano). Es así como también Juan Pablo I, el sonriente Luciani, que apenas iniciado el pontificado, echó mano de la escoba para barrer la basura, falleció repentina y enigmáticamente. Pero hasta incluyendo a estos dos príncipes de la Iglesia fenecidos más jóvenes, la esperanza de vida de un papa es considerablemente superior a la nuestra. Se impone la conclusión: ni el cargo puede causar excesivos desgastes, ni sus titulares tienen tampoco un anhelo excesivo por reunirse con Jesús. Sospecha que toma más cuerpo al considerar la actitud de sus propios médicos de cámara y de otros corifeos de la medicina traídos, en caso de crisis de salud, de todas las partes del mundo. Algunas de las «últimas palabras» antes de ir a reunirse con Cristo no parecen haber sido objeto de especial ponderación. Tales, por ejemplo, la profesión de fe de Pío X: «Creo que aquí acaba todo» o la de León XIII: «La catástrofe se avecina...».

En todo caso, los demás hombres, incluidos los católicos, no llegan promedialmente a tan ancianos como los papas, quienes, evidentemente, tienen más miramientos y protegen más su propia vida que las de sus ovejas. A éstas las dejaron consumirse en los campos de batalla desde finales de la Edad Antigua hasta hoy, y, frecuentemente, una generación tras otra. De un tiempo a esta

parte, eso sí, siempre bajo apelaciones a la paz plenas de unción, aunque simultáneamente, obliguen moralmente a los guerreros mediante la «santa jura de bandera» a luchar hasta la última gota de su sangre. Ya es sorprendente, desde luego, ver cómo el clero abandona en la guerra lo que tanto protege en el útero materno. Parece como si se dedicase a coleccionar carne de cañón en los vientres de las mujeres. Obediencia: el ideal de aquellos que quieren dominar. No es, como opinaba Agustín, el comienzo de la sabiduría, sino, a menudo, el de la muerte heroica. Así pues, mientras los timoneles de la Iglesia intentan prolongar al máximo su vida pese a las alegrías del más allá, acortan cada vez que lo consideran necesario —y no son pocas veces— la de los demás.

Lo concedo: en Viena expuse algunas cosas de forma atropellada, sin la debida claridad. El discutir no es mi fuerte ni la hora de medianoche es para mí (que desde siempre he sido madrugador) la mejor hora. Con todo, mi aportación no fue tan embrollada como para confundirme con el mismo Pater Bsteh. «Tengo que decir honradamente —salió de su digna circunspección y luchó por hallar palabras— que no sé ahora, en este preciso momento, cómo debería valorar adecuadamente sus palabras en el sentido de este coloquio. No he leído su libro. Supongo que todo habría de verse en su contexto, según la exposición de su libro. Diría simplemente que algunas cosas con las cuales yo, no sé qué puedo decir al respecto, como eso de que los papas llegan o no llegan a una avanzada ancianidad... no, no lo tome a mal, pero eso es una cuestión que... no sé, en realidad, lo que yo... yo lo tomo en serio, de verdad, pues intuyo que para Ud. es una cuestión, pero yo no puedo compartirla, pues el que el papa León XIII llegase a los 90 años o a los 70...».

¡Cómo si se tratase de eso! Aquello me recordó (y también me referí a ello) el comentario que sobre el primer volumen de mi *Historia redentora...* hizo otro teólogo en el *Wiener Zeitung* (Diario de Viena) afirmando que «Deschner lamenta lleno de odio, con cinismo, el que los papas hayan llegado a tan ancianos».

Naturalmente, ésa no es la cuestión, dije yo en el «Club». Eso es una calumnia, en una «crítica» rebosante, desde luego, de calumnias pero que encaja bien con la del diácono o con otras similares, pues se limita a vituperar en general, a estigmatizar sumariamente, a rebajar en bloque mi persona y mis trabajos hablando de mi «corazón diabólico», negándome la «exactitud» y la «honestidad», imputándome una obra que «rebosa de errores, inexactitudes, falsas conclusiones y falsedades abstrusas», un «monstruo», una «superficialidad fabulosa, negligencia y enconada parcialidad», que rezuma veneno «al estilo de los asesinos de escritorio del III Reich, de los literatos de Stalin y de los enemigos de Dios, de las ligas secretas, las sectas y las confraternidades internacionales, de un modo casi imposible de imaginar...».

La misma manera y manía de inculpar en términos generales de que usa el diácono —*¡sin un asomo de prueba!* Lo único que este católico del Diario de Viena atacó en concreto, mi supuesto pesar por la edad avanzada de los papas, es una falsedad. No está en mi obra.

La esperanza de vida de los obispos de Roma (y las de todos los demás) me resulta indiferente aunque sólo sea por el hecho de que, como lo muestra la historia, raras veces les sucede alguien mejor y porque cuando ello, excepcionalmente, sucede, el aparato

es tan prepotente, tan corrupto, tan malvado que tampoco un papa «mejor» puede modificar nada esencial. «En el fondo es completamente indiferente —manifesté yo por ello en Viena— quién esté a la cabeza de esta institución. De ella no puede devenir nada sino lo que ya es. Dos mil años nos autorizan a decirlo».

Recordé después que no solamente mueren los hombres sino también los animales y que encontraba bastante curioso que sólo se hablase del hombre, de la «corona de la creación» a quien le cuadraría mejor la denominación de «corona del expolio». Pero incluso el A.T. pregunta: «¿Quién sabe si el hálito del hombre asciende a las alturas y el del animal desciende hasta debajo de la tierra?». (La antigua religión israelita no sabía nada de una creencia en la resurrección de los muertos. Saduceos y samaritanos la negaban también) cierto que, por otra parte, el A.T. incluye también el temible pasaje «¡Dominad sobre ellos!» de consecuencias no menos terribles.

Los únicos que en el «Club» compartieron abiertamente mi compasión por el animal (en contraste con el cual dije que el hombre es un delincuente habitual —¡la carta del menú es la hoja más sangrienta que escribimos!), fueron la joven actriz Katerina Jacob y, más todavía, Lotte Ingrisch. Pero fue ésta cabalmente la que había oído —presumiblemente de labios de un teólogo «progresista», de nueva hornada— que se trataba de un «error de traducción» y que en realidad la Biblia no dice «¡Dominad sobre ellos!» sino «id y guardad, preservad la tierra».

Demasiado ridículo (y además bien típico). Pues ya en la primera página de la Biblia Dios manda repetidas veces a quienes están

hechos a su imagen que «dominen sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y todo viviente que se mueva sobre la tierra» para exigir una vez más y casi de inmediato «¡Dominad sobre ellos!» y en otro pasaje: «Que todo animal sienta temor y espanto ante vosotros... que estén entregados a vuestras manos. Que todo cuanto se mueve y que tenga hálito de vida sea vuestro alimento».

De este veredicto de sojuzgamiento y de muerte, el más amplio de la historia, arranque infernal de la evolución de un planeta que acaba siendo un matadero, Pater Bsteh —fiel a su gremio en el arte de desactivar, tergiversar, dar la vuelta hasta invertir el sentido— hizo algo muy distinto, realmente bello. Respondiendo, en efecto, a lo del «error de traducción», este servidor de Dios manifestó: «Vea Ud., yo no arrancararía de ese punto preciso, sino que partiría más bien del hecho de que el cristiano, lo mismo que por lo que respecta a su propia persona humana remite su existencia al concurso divino, ha de hacerlo igualmente por lo que respecta al animal y al mundo entero, a las estrellas, a la luz, a la luna y al sol. El no tiene *ningún* derecho a considerarse privilegiado en ningún sentido, como si fuese alguien a quien Dios ha creado y todo lo demás estuviese, sin más, allí para someterse de cualquier manera a sus propósitos. El mismo motivo, precisamente, que me hace creer que aquello que soy, lo soy porque Dios en su amor quiere que lo sea, ese mismo motivo vale también para el animal, el sol, la luna y las flores».

Todo eso armoniza con los fundamentos bíblicos como un puñetazo asestado al ojo, pues el Génesis, el primer libro de Moisés, habla con toda claridad de la predilección por el hombre, pero no dice en pasaje alguno que éste no tenga «ningún

derecho» a considerarse privilegiado en ningún sentido. Según el Génesis debe «dominar», debe imponer «temor y espanto»... a todos los animales. Éstos le son expresamente entregados, puestos a su merced, pero no para que los guarde o preserve sino para que los devore: «Todo cuanto se mueve y tiene hálito de vida». Frente a ello, Pater Bsteh, representante de una religión crasamente dualista, esbozó un cuadro más bien monista, una pintura en verdad edificante, casi apta para extraer sonidos de la armonía de las esferas, pero que desentona horriblemente con la «Sagrada Escritura» y aún más con la praxis cristiana.

Por ello el moderador Knobl, consideró deseable, de gran interés político e importante «que Roma, por ejemplo, definiese dogmáticamente una concepción parecida». A lo cual respondió Bsteh: «Vea Ud., respecto a esa sugerencia, yo me sentiría realmente inclinado a pensar que todo cuanto la Iglesia en su totalidad ha dicho desde siempre a este respecto es que no hay nada, visible o invisible, que no haya sido creado por Dios. Él es, pues, creador del cielo y de la tierra. Que esto haya sido parcialmente echado en olvido, no sé en qué medida ni en qué dirección, eso ya es otro asunto». ¡Pero justamente de eso es de lo que se trataba! «Si Ud. dice que sería deseable que la Iglesia dijese todo esto en su momento y ex cathedra, yo le diría que desde que hay una profesión de fe, una cristiana, esta profesión comienza: creo en Dios, creador del cielo y de la tierra. Y si piensa Ud. en el Génesis (!), en esas grandiosas imágenes, si, realmente toda la creación esta allí y no sólo de forma global, sino que está todo, lo del cielo y lo de la tierra, el agua, la separación de la luz, la luna, el sol, alimañas, gusanos, peces...». En ese momento se oyó una voz discrepante, pero el teólogo prosiguió: «Por lo pronto los ha creado Dios. Éste es el mensaje transmitido como componente

esencial del N.T. Para la fe cristiana, el mundo es un todo indiviso y en él vive el hombre con una misión...». —«¿Cuál?», quiso saber alguien. Bsteh pasó por alto la pregunta, «Me atrevería, pues, a opinar que —precisamente ahora viene muy al caso— siendo así que desde el comienzo mismo de la historia de la fe cristiana se tiene una conciencia de la fe que hace imposible que el hombre pretenda exclusivamente para sí el ser una criatura de Dios y todo el resto estuviera allí, sin más. Consecuencia de ello es que uno debe ver a las demás cosas ante sí como criaturas de Dios, es decir, que tienen en Dios su fundamento, su derecho, su singularidad y no en mí, sino que es él quien las ha creado igual que a mí». La Sra. Jacob preguntó dos veces seguidas: «¿Quién nos da derecho a destruir?». Pater Bsteh contestó finalmente: «Quien da o quien se lo toma; en todo caso eso es simplemente por el gusto de destruir».

Evidentemente, eso es absurdo. No se destruye por el gusto de destruir, sino —casi no vale la pena decirlo de puro banal— por intereses, por el afán de dominio.

En lo que atañe al animal, ya los filósofos griegos más antiguos en la época precristiana, le concedieron una vida anímica semejante a la nuestra. Entre los pitagóricos, esa convicción conllevaba la prohibición de comer carne. Lo mismo en la India. Ya Buda exigió abstenerse de toda «violencia frente a todos los seres» sean éstos plantas, animales u hombres. Según eso, el budismo eleva al animal al nivel de lo humano, incluso de lo divino. El hindú simboliza este modo de pensar mediante el culto a la vaca.

En el cristianismo, sin embargo, el animal es una cosa, mero objeto de explotación, domesticación, caza y nutrición. El hombre

es aquí el enemigo mortal del animal, su demonio. «¿Acaso se ocupa Dios de los bueyes?, ¿o no habla continuamente pensando en nosotros?». Así se expresa ya Pablo, «el primer cristiano» (Nietzsche). En tiempos de la Inquisición, en toda Europa Occidental, se arrojaban carretadas de gatos al fuego cuando llegaba la fiesta de San Juan. En Metz, esos autos de fe duraron hasta el siglo XVIII. Pero hoy mismo, el amor cristiano a los animales sigue floreciendo en las carnicerías, en los mataderos, en las baterías de las granjas avícolas, en las cajas de engorde, en los establos a oscuras, en la «noble montería» de los matarifes de bosques y praderas, en el *dogdumping*, (abandono de perros), *tormentum malitiae*, en las plazas de toros, en las luchas de gallos y perros, en las vivisecciones. En la República Federal, al menos hasta 1970, se celebraba públicamente la «decapitación del gallo» y la «decapitación del ganso», en las que a menudo se acuchillaba cruelmente a las víctimas colgadas cabeza abajo. Y si en otro tiempo era algo casi habitual el vaciar la pecera en el W.C. y tirar de la cadena antes de iniciar las vacaciones, ahora, antes de iniciar el propio reposo vacacional, se abandonan los perros y gatos propios, se les ata a los árboles, se les abre la cabeza de un golpe y se le arroja a la basura, como cada año sucede, millones de veces, en América. Y millones de ejemplares de otros animales son sometidos (no sólo) en nuestro país a la experimentación de la forma más atroz, científica, por así decir.

Recordé el caso de Italia donde aquellos que maltratan animales hasta causarles la muerte siguen diciendo aún «senza anima» y «non è christiano». Recordé a filósofos como Klages y Th. Lessing, quienes en los inicios del siglo XX conjuraron estremecedoramente esta desdicha sin nombre. Sólo de pájaros tenían que morir año

tras año más de 300 millones, contando únicamente las víctimas de la moda femenina. «La civilización —escribe Klages— porta los rasgos de un desbordado frenesí asesino y la exuberante plenitud de la tierra se mustia ante su venenoso hálito». Y Lessing deplora la indeciblemente cruel matanza de las focas, entre otros animales, y escribe: «Las capturas de peces y matanzas de pájaros causan en un solo año tanto dolor sobre la tierra que todo el baño de sangre de la Guerra Mundial de 1914 a 1919 aparece, comparado con él, como un inocente juego de niños».

Lamentablemente no mencioné a Schopenhauer, quien en el desprecio cristiano a los animales reconoce «las consecuencias de aquella puesta en escena del jardín del paraíso» y afirma que sólo halló un pasaje de la Biblia donde se recomienda —defensa bien tímida— tener miramientos con los animales.

Pater Bsteh, sin embargo, celebró en su epístola de circunstancias la creación del cielo y de la tierra, las grandiosas metáforas del Génesis, la profesión de fe cristiana, el sol, la luna y las estrellas, también las flores, todo. Dijo que hay que situarse ante todo lo demás como ante criaturas de Dios, pues Dios desea su existencia en virtud de su amor y todo tiene en él su fundamento. Y sin embargo, ese modo de hablar del teólogo católico, aunque no merezca ser discutido porque se desvía completamente del asunto y también de la historia; que podría ser más bien expresión de un esfuerzo baldío que de un deseo consciente de confundir (si bien no es tan probo como aparenta), es, no obstante, menos fatal que el del papa protestante de nuestros días K. Barth, quien ciertamente, también relaciona al animal con Dios y prohíbe, incluso, al hombre el asesinarlo, pero con esta distinción sofística o, hablando con propiedad, teológica: «Tampoco puede asesinar

al animal. Sólo puede matarlo: con la consciencia de que no le pertenece a él sino a Dios... Dar muerte a un animal es únicamente posible como acto de obediencia, como acto de penitencia profundamente reverente, acto de acción de gracias, de enaltecimiento por parte del pecador favorecido por la gracia para con Aquél que es creador y señor del hombre y del animal. Dar muerte a un animal es un acto *sacerdotal*, si se efectúa con el permiso y bajo el mandato de Dios...». ¡Como el dar muerte a los hombres!

¡Re-pug-nan-te!

Hacia el final de la emisión intenté extraer una especie de resumen quintaesenciado de nuestra relación con el propio fallecimiento y la muerte, a saber, vivir de modo más consciente, más intenso y más vivaz, con mucho más respeto ante la vida, ante la vida de todos, de todos los demás, sean hombres o animales y pronuncié mi colofón: «La mayor parte de nuestra tragedia estriba, tal vez, en el hecho de que hacemos más difícil la vida de los demás sin poder aliviar la propia. Y la mayor parte de nuestra esperanza depende, tal vez, de que aliviemos la vida de los demás para que nosotros mismos podamos vivir con más alivio».

Con ello, muy estimado Sr. Huemer he trazado un esbozo bastante amplio de mis aportaciones al debate —incluyendo algunas digresiones añadidas— aunque haya comprimido algunas cosas y ampliado otras. Hubiese sido tarea del diácono querellante el retener, censurar y refutar aquellas expresiones mías que le resultasen chocantes, pero como queda dicho no hizo ni siquiera intento de ello, cosa que tampoco la Iglesia (Católica) intentó

nunca conmigo. Algo que no deja de ser significativo.

Por lo demás, eso sí, esa Iglesia se lanza contra todo cuanto en mí le parece vulnerable, por mínimo y trivial que sea. ¡Con qué gusto me reduciría *ad absurdum* si pudiera! Pues lo que no me perdona es el ser tan repulsiva como yo la pinto. Pero cuando, por falta de argumentos, rehuye la controversia, entonces, salvo que prefiera callar, argumenta *ad hominem*, difamando personalmente. Y así, también nuestro diácono, que no puede denigrar mis argumentos, me denigra *a mí*. Me sitúa en la proximidad de los tipos pérfidos («rezuma... veneno»), o patológicos («histeria»), casi de los salvajes —que éticamente merecen más respeto que los «civilizados», entre los cuales se cuenta él a sí mismo. Me imputa consignas «ateas», aunque yo —es cosa bien sabida incluso por el título de uno de mis libros— no soy ateo. Naturalmente, también a este respecto se lamenta meramente de un modo general y, por lo demás, sus inculpaciones contra «la “dirección” negligente y carente de objetividad del “Club 2”» son asimismo inculpaciones en bloque, a cuenta de que el moderador, Sr. Knobl, me «permitió, sin cortapisas, que fuese tan lejos (¡Y él aboga por la tolerancia!), en los ataques contra la fe, la Iglesia y Dios», a mí, a «este escritor de conducta energúmena».

Sólo en bloque censura él «las consignas del viejo cajón apolillado de la lucha antieclesiástica del siglo XIX», como si las consignas tuviesen que ser falsas por ser viejas, del siglo XIX, el siglo de un Marx y de un Nietzsche. ¡Qué griterío provocaría, a buen seguro, si yo le diese a escuchar consignas del cajón apolillado de los siglos I, II y III, cuando se constituyó todo aquello que él sigue propugnando, él, el heraldo de la antigüedad!

En repetidas ocasiones me achaca también odio, algo que en ningún lugar ha proliferado tanto como en sus filas, en los tratados de la patrística, de los papas, de los teólogos: odio de pésima malevolencia, el más abyecto y vulgar. Yo sin embargo — aquí se engaña— no los odio, los desprecio.

No soy un fanático. Soy un escéptico, y un escéptico que sea fanático es algo que el mundo no parece haber visto nunca. No, yo no propago una doctrina, ningún dogma, ninguna infalibilidad. No quiero hacer prosélitos, ni hacerme con una comunidad, ni con partidarios o dependientes de mí. No soy víctima de compulsión misionera, de afán de convertir o de delirio visionario. Lo cuestiono todo, a veces hasta mis propias dudas. Yo creo poco, y aún esto no del todo. Me gustan los interrogantes: son mi *sibbolet*<sup>[12]</sup> (contraseña), mi cruz, mi fe, lo único de quien podría ser misionero... si no fuese por mis dudas.

La duda y la crítica no atraen a los más tontos, sino a los reflexivos. Y por ello, hasta un diácono da una en el clavo cuando escribe: «La juventud crítica, los que están aún lejos, los dubitativos y los desencantados con la Iglesia... se ven, por el contrario, reforzados en su distanciamiento respecto a aquélla y ven en las manifestaciones del Sr. Deschner un desenmascaramiento del cristianismo y de la Iglesia». «El “veneno” que “rezuma”, robustece a quienes se mantienen al margen y la de los cristianos apóstatas (sic.) en su actitud».

Con todo, ni siquiera el grueso de las ovejitas constituyen para él motivo de satisfacción, pues «en la “masa” de los cristianos la substancia de la fe tiene poco espesor». Considera esa masa proclive, si no a la «agresión, si a la aversión o a la animosidad».

¿Quién es responsable de ello? ¿Los combatientes en la lucha cultural tan agrestes como yo? ¿O quizá, más bien la misma «dispensadora exclusiva de bienaventuranza», que lleva ya dos milenios cultivando la «substancia de la fe», esquilando y sacrificando a sus ovejitas, dos mil años embobándolas, explotándolas, esclavizándolas, matándolas? Y no son hechos históricos «en cuya exposición se han recargado las tintas», son hechos históricos sin más, tanto si este hombre lo sabe y los reconoce como si se niega a ello.

Sólo los más indigentes, intelectual y espiritualmente hablando, parecen llenar de felicidad a este siervo de la Iglesia. «Hombres sencillos, por ejemplo, sometidos a tratamientos en el hospital. — (¡Atenazados nuevamente por el miedo al infierno en virtud de la enfermedad o el trance de la muerte!)— “lamentan que el ‘Buenos Días nos dé Dios’ haya quedado reducido de cinco a dos minutos”, que algunas emisiones religiosas hayan sido desplazadas a horas más desfavorables, *etc.* ¿Cómo sería posible que las emisiones, que son ciertamente numerosas (!), fuesen tan atractiva y sistemáticamente planteadas y configuradas de forma que los valores esenciales del cristianismo y de nuestra fe en cuanto ayuda existencial personal e interpersonal, tengan una presencia más efectiva y susciten entusiasmo? ¡Hay que hacer vibrar y dar bríos al corazón, al cerebro y a la mano para contrarrestar el decremento!».

¡Y tanto! ¡Inundemos aún más el mundo obnubilándolo católicamente hasta la oligofrenia!

¿Soy yo el intolerante o lo es él? «Fue algo indignante... protesto... exijo...». Así trata de avasallar en unas pocas líneas a la S.A.R.

(Sociedad Austríaca de Radiodifusión) y pregunta avasallador: «¿Pero dónde cree que estamos?».

¡Bueno, en todo caso, no en la Austria de Ignacio Seipel!, prelado y Canciller federal que gobernaba siguiendo los deseos del Vaticano y cuya primera y última pregunta era: «¿Es útil para la Iglesia?». Que no se arredraba ante ningún medio, ni siquiera el de la guerra civil, para oponerse a los «enemigos de Cristo». Que mandó abrir fuego contra los vieneses cuando éstos —por razones más que comprensibles— incendiaron su palacio, causando entre ellos más de mil heridos y 89 muertos. Que mientras vivió, no dejó de apremiar a sus amigos católicos alemanes del Partido del Centro para que se avinieran con Hitler. Que el 26 de septiembre de 1930, confesó al diario de Estocolmo *Aftonbladet*: «No conozco a Hitler pero tengo el convencimiento de que él y muchos jóvenes que se declaran sus partidarios son personas de talante idealista». Lo cual nos recuerda sospechosamente al punto de vista de su colega teólogo Kaas, el dirigente del Centro, quien tras coadyuvar a la dictadura de Hitler, escribió desde el Vaticano: «Hitler sabe conducir bien la nave del Estado. Antes de que llegase a canciller tuve ocasión de encontrarme con él frecuentemente y quedé profundamente impresionado por la claridad de su pensamiento y por su modo de afrontar los hechos permaneciendo, sin embargo, fiel a sus nobles ideales...». Como también, por otra parte, —todos estos hechos se complementan y cuadran entre sí— el cardenal de Viena Innitzer halló que con la ocupación de Austria por parte de Hitler, el «Führer enviado por Dios», se cumplía «un anhelo milenario de nuestro pueblo» y celebró la irrupción de las tropas alemanas con repique de campanas y ornando las iglesias de banderas con la cruz gamada. A él le concedió Hitler personalmente la «Medalla de la Marca del Este» por sus méritos

—desconocidos hasta hoy por pesar sobre ellos un mutismo general. (El diácono puede informarse sobre aspectos más concretos y otros más amplios en mi obra *Un Siglo de Historia Redentora*, todo ello perfectamente documentado).

«¿Pero dónde cree que estamos?».

¡Que soy intolerante! ¿Acaso he invitado yo al Pater Bsteh o a otros católicos de aquella velada a que me pidan disculpas por haber difundido opiniones falsas o carentes de objetividad? ¿Porque su fe hiera mis sentimientos más profundos? ¿He reprochado al moderador el que no haya intervenido para «refrenar apodicticamente» a los católicos? ¿Le he exigido tal vez satisfacción por los «excesos verbales poco serios emitidos en este Club»? No. Es él, el partidario de la religión del amor al prójimo y a los enemigos quien se lamenta, se sulfura, protesta «en “nombre” (!) de todos los católicos de Austria, con tales modos poco serios, ofensivos, de la dirección del “Club 2”, “si es que merece el nombre de dirección... los católicos no estamos dispuestos a sufrir esos procedimientos (!)”».

Embiste con su frente pero detrás de ella hay poca substancia. Tampoco a él le ha servido de mucho el que haya habido un Karl Kraus.

«Exijo que se disculpe personalmente ante el Pater Bsteh por sus ataques y solicito de la S.A.R. (!) que lo ponga en conocimiento del escritor, que envíe el antedicho escrito y me comunique cuál ha sido la reacción de éste. Si ello no fuera posible, entonces es el Sr. K. “Hkobl” —en su cabalgada por Roma pasa de largo con desinhibido galope sin atender correctamente ni a nombres ni a

cuestiones— quien debe excusarse ante el Pater Bsteh por su fallida dirección e informarme de ello».

K. Knóbl moderó el debate de forma ágil, flexible y con relajado gracejo. Mostró, ¡frente a todos!, una reserva imparcial, casi abstinerente. Dejó tiempo a todos, y con todos fue generoso en la concesión de la palabra. Y justamente esa tolerancia, liberalidad y sinceridad —cosa que no sucede siempre— es lo que hace que el «Club 2» sea estimado en Austria y en el extranjero y precisamente por parte de las personas más exigentes, aunque tal vez no por parte de aquellas sometidas a tratamiento hospitalario y desde luego no por parte de todos los diáconos. No obstante, hasta el servidor de la iglesia en cuestión, da constancia de que «la caballerosidad y la tolerancia... eran hasta ahora habituales en la S.A.R. y también en el “Club 2”», es decir, durante años cuando menos o incluso, quizá, desde hace decenios.

¡Ahora, sin embargo, él eleva su protesta, presenta exigencias, espera disculpas! Disculpas por mi supuesta intolerancia, mi «encono», «histeria», mi «veneno».

Pero ¿no sabe acaso que todo eso es, y de modo especial, antiquísimo patrimonio de su iglesia? ¿Acaso no sabe que los cristianos, entre ellos algunos de los santos prominentes del catolicismo, y ya desde los tiempos de la iglesia primitiva, increpaban incluso a otros cristianos heterodoxos como «apestados», «mutilados», «hijos del diablo» o «diablos», o bien como «perros», «perros rabiosos», «perros enfermos», «zorros», «lobos», «animales con figura humana», «animales salvajes», «bestias», «hermanos de los judíos», «sucios cerdos», «ganado de sacrificio para el infierno», «dementes que debieran ser abatidos a

golpes»?

¿Acaso no sabe que todavía en el siglo XX hallamos católicos que en peticiones dirigidas al Vaticano denominan «animales que se revuelcan en el fango» a quienes no piensan como ellos? ¿Qué otros católicos de nuestro siglo abogan por la pena de muerte para los herejes, recomiendan con entusiasmo las «benditas llamas de las hogueras» o defienden la quema de herejes como «ardiente acto de amor»? ¿Y que *L'Osservatore Romano* califica de «ofensa contra nuestro Señor» la existencia de una escuela protestante en Roma? ¿No sabe que todavía en 1947 un grupo de estudiantes madrileños, antes de saquear una capilla anglicana, se jactan así en una octavilla: «Nosotros, españoles universitarios de 1947 nos consideramos, en el pleno sentido de la palabra, herederos del espíritu de la inquisición», y que en otra octavilla podía leerse: «¡Preferiríamos las hogueras de la Inquisición a la tolerancia liberal! ¡Ni un paso más hacia la herejía!»?

¡Y él echa de menos en mí la tolerancia!

¿No sabe, tal vez, que el cardenal Segura, refiriéndose a los protestantes españoles, declaraba paladinamente en una carta pastoral de 1952 que «el hereje» no tiene derecho a protección jurídica en caso de conflicto con un católico? ¿Que —y estamos ya en 1953— el cardenal de la Curia, Ottaviani, declaró respecto a las minorías protestantes del Sur de Europa: «A los ojos de un verdadero católico la sediciosa tolerancia ésta fuera de lugar?».

¡Y yo debería excusarme por atacar la intolerancia, la brutalidad y la mendacidad de esta iglesia!

¡Cómo si la Catholica se hubiese excusado ni tan siquiera una sola vez —cosa que ya no tendría mucho sentido— por haber explotado y trucidado, directa o indirectamente, a cientos de millones, por haber encarcelado a montones de inocentes durante años o de por vida, a los que previamente arrancó las manos o la lengua, obligándolos también a cantar «oh Dios grande, te alabamos» en el momento de la muerte!, ¡por haber llevado en el año 1600 a la hoguera —valga sólo como un ejemplo a Giordano Bruno, uno de los pensadores más geniales de la Edad Moderna, después de siete años de tinieblas carcelarias! ¡¿Acaso se excusó por ello?! ¡Al contrario! Cuando en 1889 se descubrió un monumento en honor del dominico, erigido en el mismo Mercado de las Flores de Roma, donde la Iglesia lo inmolo reduciéndolo a cenizas, el papa León XIII estuvo rezando todo el día ante el «Sacramento» en expiación de esta blasfemia, fustigó la presunta tentativa de erradicar la fe cristiana y recibió incontables escritos de condolencia de todo el mundo. *Difficile est satiram non scribere* (es difícil resistirse a escribir una sátira).

¿O acaso los crímenes ya no son crímenes cuando se remontan a unos cientos de años? ¡Ése sería un enfoque muy cristiano!

¡Y no sabe tampoco que las atrocidades cometidas por la Iglesia católica en el siglo XX pesan más sobre ella —en una estimación puramente cuantitativa— que las que perpetró en cualquier otro siglo anterior de su historia! ¿No sabe acaso cómo se comportó en la Primera G.M., en La Segunda, en la Guerra de Vietnam, ni cuál fue su actitud ante las dictaduras fascistas de Mussolini, Franco Y Hitler?

No sabe que en la Polonia católica, resurgida en virtud del Tratado

de Versalles, se produjeron en los años 20 y 30 y bajo la batuta vaticana algunas de las peores persecuciones religiosas de los últimos tiempos? ¿Que la mayor parte de las iglesias ortodoxas de Ucrania fueron entregadas al saqueo y usadas como caballerizas o como letrinas, siendo encarcelados más de mil sacerdotes ortodoxos y despobladas, a consecuencia de las masacres, aldeas enteras? Visitadores del Vaticano recorrieron continuamente el país durante esa época y se convencieron de los progresos en la expansión de la «religión que dispensa en exclusiva la bienaventuranza». Hacia 1930 unos 200 mil ucranianos se consumían, al parecer, en las cárceles. ¿No sabe que en 1938 se produjeron allí nuevos *pogroms* y que en julio de ese año, de las 300 iglesias ortodoxas de las comarcas de Chelma y de Podlasia, 100 habían sido ya convertidas en católico-romanas, más de 70 arrasadas a fuego o destruidas de cualquier otra forma y otras tantas clausuradas, y que, ya en agosto, eran 138 los templos ortodoxos reducidos a cenizas?

¡Y el siervo de esa Iglesia quiere enseñarme lo que es tolerancia!

¿No sabe que entre 1941 y 1943 a raíz de la cruzada católica contra la Iglesia Ortodoxa de Servia fueron expoliadas, arrasadas o convertidas en almacenes, retretes públicos o establos 299 iglesias ortodoxas; que 240 mil ortodoxos servios fueron obligados bajo presiones abrumadoras a convertirse al catolicismo? ¿No sabe que unos tres cuartos de millón de cristianos (!) ortodoxos servios fueron sacrificados tras sufrir, a menudo, horribles suplicios como el que se les amputaran la nariz, las orejas; les saltaran los ojos, les arrancaran el cabello, la barba, la piel? ¿No sabe que niños, ancianos, hombres y mujeres fueron decapitados, acuchillados, acribillados a tiros, estrangulados, ahogados y también quemados,

descuartizados, despedazados, enterrados y crucificados, todo ello estando aún vivos? ¿No sabe que al menos 300 sacerdotes ortodoxos fueron acuchillados y que en Zagreb, capital de Croacia y residencia del arzobispo y primado Stepinac y del legado papal Marcone, el metropolitano ortodoxo Dositais fue martirizado hasta perder el juicio? ¿Que el octogenario metropolitano de Sarajevo, Peter Simonic, fue estrangulado y que al obispo de Banja Luca, Platov, que contaba 81 años, le herraron los pies como a un caballo y le obligaron a caminar así hasta que perdió el conocimiento tras lo cual encendieron fuego en su pecho, le saltaron los ojos y le cortaron la nariz y las orejas antes de darle el golpe de gracia?

¿No sabe que las infamias de su iglesia en esta «Croacia de Dios y de María», en este «Reinado de Cristo», eran tan abominables que provocaron la protesta incluso de altas instancias alemanas, de diplomáticos, generales, dirigentes del partido y hasta del servicio de seguridad de las SS y que, finalmente, también el Ministro de AA. EE. nazi von Ribbentrop comunicó a Zagreb el estupor de su gobierno ante los «tremendos desmanes» y que el mismo Hitler declaró: «¡Alguna vez acabaré con este régimen, pero no ahora!»?

¿No sabe que la Iglesia católica estuvo estrechamente aliada con este estado, no sólo como su protectora y valedora, sino que una parte de su clero, los jesuitas en especial y más todavía, los franciscanos tomaron también parte activa en las masacres? ¿No sabe que hubo sacerdotes que reconocieron abiertamente «haber echado, frecuentemente, mano de la ametralladora» y que «ha llegado el tiempo del revólver y el fusil», y que «ya no es pecado matar a un niño de siete años si vulnera la legislación de los Ustashas». «Matar a todos los servios en un plazo de tiempo lo

más corto posible? Ése es nuestro programa». ¿No sabe que el primado A. Stepinac reconoció «la mano de Dios en esta obra», expresando de forma explícita su agradecimiento al clero croata, «ante todo a los franciscanos», y justificando también los «métodos empleados contra los judíos»? ¿No sabe que el mismo «Santo Padre» el, privadamente, multimillonario Pío XII recibió solemnemente en el Vaticano al jefe de partido, gobierno y estado de éste «El Dorado» del asesinato y del homicidio, a saber, Ante Pavelic (que también lo calificó de «Reino de Dios»), a quien el papa despidió después con sus mejores deseos para el «trabajo ulterior», durante el cual lo calificó elogiosamente de «católico practicante» (!)?

¡Y un hombre de esta Iglesia exige de mí que me excuse ante otro hombre de la misma! ¿Es un demente, un ignorante o alguien sin carácter? Como quiera que sea, lo que voy a hacer es algo muy distinto. Sí, quiero prestarle un servicio, un favor, a saber, dándole un consejo y haciéndole una sugerencia que está a su plena disposición, o en su caso, a la de sus superiores, quienes podrían rápidamente saber apreciarlo como cabeza ocurrente, como hombre con tacto para las exigencias pastorales, para la intensificación de la piedad popular, con olfato infalible para todo lo católico. Como alguien, en verdad, digno de ascenso...

Es sabido que la comunión de los santos, a la que él pertenece, tiene patronos para todo lo posible, santos a los que en virtud misma del dogma de fe relativo a esa comunión y de la doctrina acerca de las diversas y especiales funciones del Reino de Dios, se invoca y venera como protectores de determinadas iglesias, personas, estamentos o profesiones. Dios necesita ayuda para el «trabajo ulterior», el trabajo en la viña del señor.

Entre los patronos, los santos protectores, los hay también que protegen oficios realmente sangrientos, sobremanera sangrientos, incluso. ¡No podía ser menos a la vista de la importancia que la sangre tiene en esta Iglesia! Y no obstante —lo advertí precisamente cuando me ocupaba de la «Croacia de Dios y de María», del «Reinado de Cristo»— entre todos los patronos falta el patrono de los comandantes de campos de concentración. Una «auténtica» laguna en la imponente galería de inefabilidades católicas (fue el Código de Derecho Penal, por así decir quien inspiró la formulación). En suma, recomiendo para subsanar la mencionada laguna, al franciscano Filipovic-Majstorovic, llamado «Fray Diablo». Como comandante del campo de concentración Jasenovac, malfamado por sus decapitaciones en masa, liquidó en cuatro meses la nada despreciable cifra de 40 mil personas, adquiriendo así cierta práctica en el oficio y alcanzando la corona del martirio en 1945.

¡Sea elevado a los altares!

¿Tal vez, hay ya un patrono de los verdugos? A la vista del papel que jugó cabalmente esta profesión el área de cultura cristiana, la inexistencia de un santo patrón sería algo casi incomprensible. Pero si tal fuese el caso, propongo para el puesto a otro corifeo, al becario franciscano Brzica, quien en una sola noche, el 29 de agosto de 1942, y provisto de un cuchillo especial decapitó 1360 personas.

Tales canonizaciones, ¿no serían, tal vez, más eficaces que la ampliación de la meditación matutina de tres a cinco minutos?, ¿se conseguiría de esta manera que los valores esenciales del cristianismo —para concluir usando palabras del diácono— y la fe

cristiana en cuanto ayuda existencial, personal e interpersonal, tengan una presencia más efectiva y susciten el entusiasmo haciendo vibrar y dando bríos al corazón, al cerebro y la mano — aunque sea en el sentido del decapitador Brzica o del descerebrado diácono?

Con mis mejores deseos para Ud., estimado Dr. Huemer

Karlheinz Deschner.

# **EL «SOLO» DE DESCHNER EN LA ISLA O CONTRA DOS CALUMNIADORES EVANGÉLICOS.**

Deschner

8728 Hassfurt, 7.2.1987

Goethe Strasse 2

Carta certificada a la

Redacción de la *Marler Zeitung*.

¡Estimados miembros de la Redacción!

Remitiéndome a la Ley de Prensa, bien conocida por Uds., requiero de Uds., con la debida cortesía, que incluyan la siguiente rectificación en el mismo espacio en donde se comentaba mi

lectura de Mari:

1. Es falso lo afirmado por la *Marler Zeitung* del día 2.2.1987 bajo el título «El “solo” de Deschner en la isla» en cuanto que escribe que «Deschner, al final de su lectura en la Biblioteca de la Isla declinó el aplauso y en lugar de ello solicitó de sus oyentes “ayuda material e ideal”». La verdad es que yo, desde hace más de dos años y tras la mayor conmoción padecida en mi vida, no tengo ningún deseo de aplausos, cosa que suelo expresar en cada ocasión a mi auditorio con más o menos las mismas frases. En Mari y según grabación magnetofónica de la «isla» dije así: «Les ruego no aplaudan. Si en lugar de aplaudirme u ovacionarme pueden aportar su ayuda material o, lo que no es poco importante, psíquica *a quien quiera que sea, no a mí, desde luego, eso tendría más sentido*».

La reseñadora tergiversó pérfidamente la frase (o se durmió) haciendo de ella una especie de petición de limosna, al escribir: «que tuvieran a bien comprar sus libros aunque sólo fuese por misericordia...». Bien podría haber preguntado, antes de redactar, a uno o a otro de los aproximadamente 150 oyentes o al magnetofón que estaba grabando a la vista de todos. Ella será responsable si otros periódicos o libros asumen la calumnia que se desprende del tenor de su artículo, cosa que no sería la primera vez que ocurre.

Mi *Historia Criminal del Cristianismo*, algunos de cuyos textos leía, va ya por la cuarta edición, cuatro meses después de aparecer. Tal como se puede leer en el pequeño folleto de la Editorial Rowohlt *Sobre K. Deschner, su vida, su obra y su resonancia* gozo de la promoción de «un generoso mecenas suizo». Pero también si ése

no fuese el caso, no se me ocurriría, ni en sueños, el solicitar «ayuda material» de mi público. Ni en sueños desearía yo que mis libros se comprasen «por misericordia». Tengo millones de lectores y conjeturo que ni tan siquiera uno de ellos me habrá comprado un libro por misericordia. Para comprar mis libros hay motivos de índole muy diferente a ésta. La reportera cristiana se encuentra sin razones para refutarme y como ella —lo típico— no puede invalidar ni uno solo de mis argumentos, (ni hace tan siquiera intentos de ello) acude a la malignidad y escribe falsedades.

Y como tampoco ningún otro pudo ponerme en evidencia como mentiroso, me achaca «arrogancia de sabelotodo» y piensa que «me podría bañar en la autocomplacida arrogancia del “sabelotodo excepcional”». Quien me conoce sabe que evitaría gustoso toda discusión. Profesionalmente, sólo me siento realmente bien en mi escritorio. Quien me conoce sabe que seré de todo menos arrogante, salvo con cierto tipo, muy determinado, de personas. Y la opinión que yo albergo de que después de una ocupación de decenios (y a razón de 100 horas semanales) con la historia del cristianismo sé, tal vez, acerca de ello algo más que un monaguillo o que alguno de mis oyentes, no debiera ser expresión de una autocomplaciente arrogancia. Dejemos de lado al «sabelotodo excepcional». Considero que el saber *cum grano salis* («en clave de humor») es una desdicha, pero la ignorancia (humana) me merece una consideración aún peor. Juzgo de la ciencia, y en especial de la ciencia histórica, con escepticismo y creo en general, a medida que me hago viejo, que la menor de las ayudas vale más que el mayor de los pensamientos.

2. Es falso lo que la *Marler Zeitung* afirma ya en sus mismos

titulares: «La lectura no dejó cabida a ninguna réplica». La verdad es que hubo una larga serie de «réplicas», la mayoría más bien interrogantes, pero también rebatientes. Yo invito casi siempre de forma expresa y, si la memoria no me engaña, también lo hice en Mari, a la duda —duda metódica— frente a mí. Invito incluso a la «incredulidad» porque creo —¡qué arrogancia!— que me lo puedo permitir, muy al revés de aquellos que siempre apelan a la fe y *no tienen más remedio* que apelar a ella. Eso sí, también exijo que se comparen ambas partes, es decir, que se reflexione, que se decida por uno mismo y que no se diga ¡amén!, sin, más.

3. Es falso que «lo que no fue posible durante las dos horas y media de duración del acto, comenzó, apenas concluido aquél, en pequeños grupos: la discusión». Lo correcto sería decir que yo leí durante una hora y cuarto y que la discusión posterior duró otro tanto. Caso de ser cierta la afirmación del periódico de que «el verbo arrollador del crítico de la Iglesia aplastó» a los oyentes, ello no dependió *únicamente de mí*. Desde luego mi verbo no es poderoso (y en eso me parezco incluso a San Pablo aunque no sienta ninguna atracción para emparejarme con él) en los debates (verbales): la cosa misma habla más en favor suyo de lo que yo pueda hablar en su apoyo (algo muy distinto a lo que ocurre en el caso de Pablo).

4. Si la reportera cristiana habría encontrado «como mínimo más limpio... una controversia con un teólogo», conste que eso tampoco dependía de mí, sino de los organizadores que tenían perfecto derecho a fijar una lectura sin controversias; lo cual es, por cierto, una regla que apenas conoce excepciones. ¿Desearía también que después de cada conferencia pronunciada por un teólogo tuviese lugar una controversia con un adversario de la

Iglesia? Apuesto mi cabeza: ¡Nunca hasta ahora! ¿Por qué lo desea entonces en el caso opuesto? ¿Hay en absoluto controversias a raíz de un sermón? ¿Hay siquiera discusión? ¿La hay, por ejemplo, después de la *Palabra dominical*? Y no es tanto la «dignidad» de la cosa, es la cosa misma la que no permite algo así. Por otra parte, los teólogos han sido invitados ya docenas de veces a «medir sus armas» conmigo y con otros adversarios de la Iglesia sin que prácticamente ninguno de ellos haya acudido a la cita. Rehuyen como la peste la derrota en un debate objetivo y la ilustración crítica.

5. Lo habitual es obrar como aquel otro párroco correligionario de la periodista que me difamó en un artículo de cuatro columnas en la *Marler Zeitung* adelantándose incluso a mi lectura en aquel lugar, irritado porque la gente se regala con «semejante literato», porque «despachó todo al estilo del *Stürmer* (El Ariete)», porque «conduzco al acabamiento de la cultura» (por la que, presumiblemente, yo he hecho y hago algo más que él), porque «conmigo se retorna a la genuina mentalidad del *Stürmer* y las consignas que condujeron, en el Tercer Reich, a la aniquilación de los discrepantes y a la selección racial». ¡Diablos! ¿Acaso he propalado yo mentiras y fábulas atroces acerca de los judíos? ¿He comparado yo a los judíos con cerdos? ¿Los he injuriado apostrofándolos de «peores que una puerca»? ¿He exigido la pena de muerte por la celebración de sus oficios divinos? ¿La prohibición de sus escritos? ¿La destrucción de sus casas, de sus escuelas, de sus sinagogas para que desaparezcan «sempiternamente en honor de Nuestro Señor y de la cristiandad, para que Dios vea que somos cristianos»? ¿Fui yo quien escribí esos textos altamente criminales y muchos otros más? ¡No, fue M. Lutero de cuya iglesia es Ud. sacerdote! Lutero, a quien Streicher,

el jefe del *Stürmer* se remitía con razón en Nuremberg. ¡¿Cómo puede reprocharme a mí «estilo del *Stürmer*», «mentalidad del *Stürmer*»?!

¿Pero es que este hombre no sabe realmente que ya en el siglo IV los cristianos incendiaron las sinagogas y que los obispos declararon su ardiente solidaridad con los incendiarios? ¿No sabe realmente que la estrella judía, impuesta por Hitler, tiene su antecedente en el Papado medieval y en el derecho canónico? ¿Que las malfamadas consignas del *Stürmer*: «No compréis a los judíos» y «El diablo es el padre de los judíos» proceden de santos cristianos? ¿Ignora que la larga y sangrienta persecución de los judíos por parte de los cristianos condujo directamente a las cámaras de gas? ¿Ignora con qué entusiasmo pactó precisamente su Iglesia, la Evangélica, con Hitler y los nazis? ¿Que muchas secciones territoriales de esa Iglesia llegaron a excluir de la misma a judíos evangélicos por no ser puros de raza? En ese caso lo desafío a una controversia en Mari. Pero puedo decirlo ahora mismo: seguro que se raja. Al igual que ya ocurrió en otro momento cuando, al estilo de un auténtico clerizonte, me vituperó personalmente a cuatro columnas echando de menos «la noble oportunidad de una versión opuesta», y después cuando, a raíz de mi presentación en Mari, él brilló personalmente por su ausencia, sabiendo muy bien por qué.

Y no le bastó con lo anterior. Este hombre sugiere que yo propugno «una moral de señores» y combato «la ética de la compasión». En realidad, la compasión, mi incapacidad para soportar el sufrimiento, la injusticia, la violencia, se convirtió en el motivo central de mi actividad literaria, de lo cual dan fe todos mis escritos. Como es también el caso que yo no como carne ni

pescado por mis sentimientos fraternos con los animales. Eso no obsta para que ese servidor de Dios mienta diciendo que yo, K. Deschner, «no reconozco ya ningún valor humano como vinculante salvo la libertad y su poder absoluto».

En suma, el exabrupto del evangélico caballero, así como el de la evangélica dama, me recuerdan la frase de Karl Kraus (que cito de memoria): «La deformación que la realidad padece en la noticia es la noticia que más fidedignamente nos habla de esa realidad».

Con mis mayores respetos:

Karlheinz Deschner

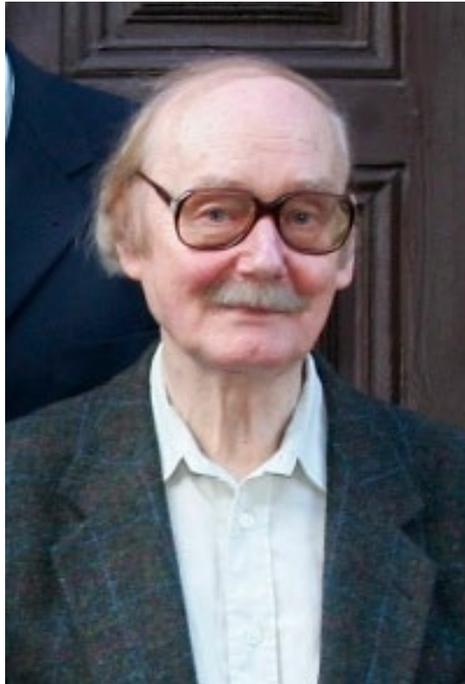
## BIBLIOGRAFÍA.

- Varios. *Historia de las religiones*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1972.
- Adro, X. *Los Concilios Ecuménicos*. Tip. Cat. Casals, Barcelona, 1961.
- Albert, H. *La miseria de la Teología*. Ed. Alfa, Barcelona, 1982.
- Arnheim, M. *¿Es verdadero el Cristianismo?* Crítica, Barcelona, 1982.
- Baer, Y. *Historia de los judíos en la España cristiana*. Ed. Altalena, Madrid, 1985.
- Bennassar, B. *Inquisición española: Poder político y social*. Crítica, Barcelona, 1981.
- Caro Baroja, J. *Las brujas y su mundo*. Alianza Editorial, 1966.

- Cohn, N. ***En pos del milenio***. Alianza Universidad, Madrid, 1981.
- Cohn, N. ***Los demonios familiares de Europa***. Alianza Universidad, Madrid, 1980.
- Deschner, K. ***Der gefälschte Glaube*** (La fe falseada). Veri. Knesebeck & Schuler, Munich, 1989.
- Deschner, K. ***Mit Gott und dem Führer*** (Con Dios y con el Führer). Veri. Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 1988.
- Deschner, K. ***Historia sexual del Cristianismo***. Ecor Verlag. Munich, 1974.
- Doods, E.R. Paganos y cristianos en una época de angustia. Edic. Cristiandad, Madrid, 1975.
- Drews, A. ***El mito de Jesús***. Ed. Tántalo, Madrid, 1982.
- Eliade, M. ***Historia de las creencias y de las ideas religiosas***. Edic. Cristiandad, Madrid, 1978.
- Eymerich, N., y Peña, F. ***Manual de Inquisidores***. Ed. Cero, Barcelona, 1974.
- Heer, F. ***Gottes erste Liebe*** (El primer amor de Dios). Veri. Ullstein, Frankfurt, 1986.

- Heinsohn, G., y Steiger, O. ***Die Vernichtung der weisen Frauei*** (El exterminio de las mujeres sabias). Marz Verlag, Herbststein 1985.
- Kautsky. K. ***Origen y fundamentos del cristianismo***. Edíc. Sígueme Salamanca, 1974.
- Masters, R.E.L. ***Eros and evil*** (Eros y el mal). The Julián Press New York, 1962.
- Moore, R. I. ***El nacimiento de una sociedad represora***. Ed. Crítica Barcelona, 1988.
- Nietzsche, F. ***El Anticristo (Anatema contra el cristianismo)***. Ed Yalde, Zaragoza, 1988.
- Pérez Vilariño. ***Inquisición y Constitución***. Madrid 1970.
- Poliakov, L. ***Historia del antisemitismo***. Muchnák Edit., Barcelona 1985
- Puente Ojea, G. ***La formación del cristianismo como fenómeno ideológico***. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1980...
- Reinach, S. ***Orfeo, Historia General de las religiones***. Ed. Istmo Madrid, 1985.
- Rodríguez Solís, E. ***La santidad del pontificado***. Ed. El Musec Universal, Madrid, 1986.

- Tixeront, J. ***Histoire des dogmes dans l'Antiquité Chrétienne***. Librairie V. Lecoffre, París, 1915.
- Wiles, M. ***Del evangelio al dogma***. Edic. Cristiandad, Madrid 1974.
- Wyneken, G. ***Abschied von Christentum*** (Adiós al cristianismo) Verlag Rohwolt, Hamburgo, 1970.
- Yallop, D. ***En el nombre de Dios***. Ed. Planeta, Barcelona, 1986



KARLHEINZ DESCHNER. (Bamberg, Alemania, 23 de mayo de 1924 – Haßfurt, Alemania, 8 de abril de 2014). Pasó su infancia y juventud en los cotos obispaes de Würzburg y, tras combatir en la Segunda Guerra Mundial, estudió Derecho, Teología, Filosofía e Historia. En 1956 publicó su primer libro, una novela (*La noche ronda mi casa*), que causó gran impacto. Pero súbitamente abandonó la prometedora carrera literaria que acababa de emprender para consagrarse al estudio crítico del cristianismo en general y de la Iglesia católica en particular; desde sus primeras obras ha dado más de dos mil conferencias.

En 1971 fue convocado a una corte en Núremberg acusado de difamar a la Iglesia. Ganó el proceso con una sólida argumentación, pero aquella institución reaccionó rodeando sus obras con un muro de silencio que no se rompió definitivamente hasta los años ochenta, cuando las obras de Deschner comenzaron a publicarse fuera de Alemania (en Polonia, Suiza, Italia y España,

principalmente). En 1988, como reconocimiento por su obra y esfuerzos por combatir la ignorancia, le fue concedido el prestigioso premio Arno Schmidt, el primero de una lista siempre creciente.

# Notas

[1] Ideas para una filosofía de la historia de España. 1944. <<

[2] Literalmente «Misión de la estación»: cantinas caritativas que en algunas grandes estaciones de trenes ofrecían a personas muy pobres un té o café caliente, unas pastas, cierta asistencia espiritual y orientación sobre cómo salir adelante en la ciudad. <<

[3] El hereje —el cátharo— tiene rigurosamente prohibido el juramento (y en eso sigue a Cristo) y su palabra debe por ello ser rigurosamente verdadera. El buen católico reconoce mentir de vez en cuando y que sólo el juramento (que se hace por tanto imprescindible) hace fiable su palabra. <<

[4] J. Streicher era el director del semanario nazi *Der Stürmer*, especialmente virulento y repulsivo en su antisemitismo. Streicher fue condenado a muerte y ahorcado en Nuremberg. <<

[5] Es el artículo del Código Penal que permite en Alemania el aborto en determinados supuestos (coincidentes con los que señala la ley española, aunque admitiendo también, entre ellos, razones sociales de peso). <<

[6] Escritora de literatura de evasión que obtuvo éxitos insólitos entre el gran público de la primera mitad de este siglo. Escribió más de 200 novelas en las que representa un mundo ficticio que satisfacía los deseos inconscientes del lector (generalmente lectora). <<

[7] Ginecólogo y sexólogo holandés muerto en 1937 y autor, entre otros libros, del *Matrimonio Perfecto*. <<

[8] Alusión al libro de Nietzsche *Humano, demasiado humano*. <<

[9] Sobre esta cifra hay cierta disparidad: H. Thomas habla de 100 000; Jacson, de 200 000 entre muertos en las cárceles y fusilados; Guillermo Cabanellas: 300 000 <<

[10] Estas asociaciones estudiantiles, sean o no religiosas, tienen un fuerte «espíritu de cuerpo». A ellas se sigue perteneciendo también cuando, acabados los estudios, se ejerce una profesión civil. El término «filisteo», que habitualmente se refiere a la persona de espíritu estrecho y poco dado a las ideas innovadoras, lo usan irónicamente los estudiantes alemanes referido al profesor que no goza ya de la libertad que todavía pueden permitirse los estudiantes. El nombramiento a que arriba se alude suele afectar a personalidades que se jubilan en un cargo universitario. <<

[11] Es la protagonista de una historieta del dibujante y escritor anticlerical Wilhelm Busch, de la segunda mitad del siglo XIX. Después de un matrimonio frustrado, e influida por un taimado jesuita, acaba siendo una beata prototípica. <<

[12] Esta palabra hebrea significa «espiga» y también «río». Ha pasado a la historia por ser la palabra que los miembros de la tribu de Galad hacían pronunciar a sus enemigos, los de la tribu de Efraín. La pronunciación defectuosa los delataba, precisamente, como tales enemigos (Véase el Libro de los Jueces en el A.T.). <<